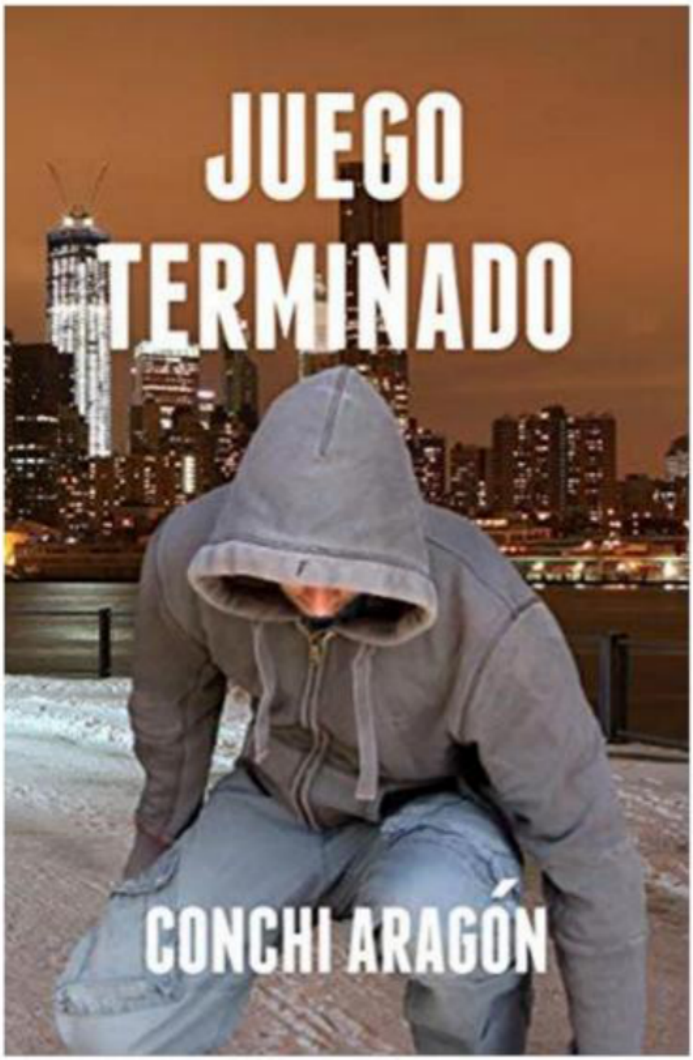
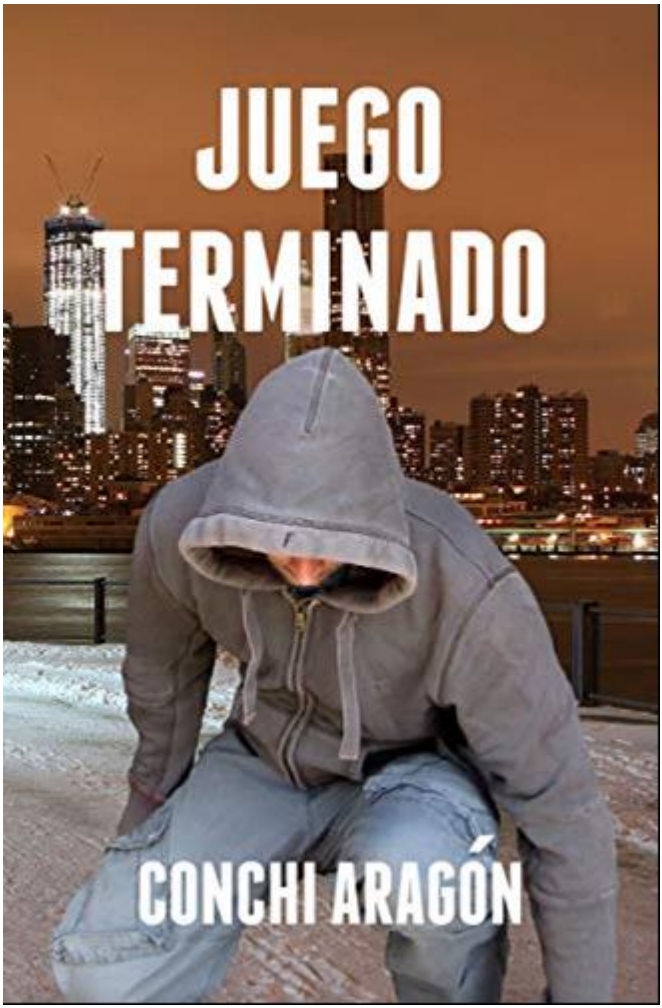

JUEGO
TERMINADO
CONCHI ARAGÓN



«—¿Sabes qué es la Ballena Azul?

—Un juego formado por cincuenta retos en el que cada participante tiene que superar cada uno de ellos. El juego concluye cuando el jugador se suicida».

Cuando el hijo de Harry McKenzie, David, recibe tal paliza en Central

Park que le produce la muerte, este comenzará una investigación para descubrir quién ha asesinado a su vástago y por qué. Gracias a su trabajo en la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos tiene los medios, el conocimiento y el entrenamiento necesarios para completar la misión en la que se ha embarcado.

Ayudado por su amante, la también agente Katherine Jones, se sumergirán en la búsqueda de un culpable que los arrastrará de Nueva York a Rusia, a un pasado que no perdona y que tampoco olvida.

Una novela frenética que nos habla sobre la culpa, la venganza y las decisiones tomadas.

A Igor, que despertó mi imaginación

para crear esta historia.

Juega mucho y juega bien,

juega como si tu vida dependiera de ello.

Porque depende…

Dean Koontz

No tengo miedo de la muerte.

Es el juego que uno acepta para

poder jugar el juego de la vida.

Jean Giraudoux

PARTE I

LA BALLENA AZUL

1

Nueva York

Jamie acababa de leer el mensaje en su teléfono móvil. Sabía que el juego había terminado, había llegado a su fin.

Se encontraba en su habitación. La única luz existente era la que entraba a través de la ventana, la que provenía de las farolas de la calle. Sus padres hacía tiempo que estaban acostados, se habían ido a dormir en cuanto finalizó la película. Luego les había escuchado haciendo el amor. Seguro que no se imaginaban, aun teniendo en cuenta el cuidado que ponían para no hacer ruido alguno, que ella siempre oía los gemidos de su madre y el profundo suspiro de su padre al finalizar el acto, su ritual de los sábados.

Los iba a echar de menos.

En ese momento no se oía ningún sonido en la casa, solo el originado en el exterior. A lo lejos, una sirena de un coche de policía rompía esa calma que se respiraba hacía unos segundos.

Se asomó a la ventana, desde un quinto piso el suelo de la calle parecía más lejano de lo que hubiera esperado. No pasaban coches ni transeúntes, todo estaba muy tranquilo. Supuso que a esas horas todos los vecinos estarían durmiendo, quizás algún rezagado aún estaba sentado frente a la televisión.

Acercó la silla del escritorio y se subió a ella, de otra forma no hubiera conseguido llegar al alféizar. Abrió la ventana despacio y se situó en el poyete con cuidado, estaba asustada. Volvió a mirar abajo, sabía que no podría volver a mirar si quería terminar el juego, no podía dejarlo a medias, ella era mejor que todo eso.

Lo acabaría.

Se dio la vuelta y sin pensárselo dos veces se echó hacia atrás como tantas otras veces había hecho encima de su cama jugando con su hermano pequeño. Ese fue el último pensamiento que pasó por su cabeza, su hermanito.

Cuando la noticia le llegara a su madre, no se lo creería. Su hija había sido una niña dulce y cariñosa, aunque los últimos meses se había

convertido en una chica hostil. Ella siempre creyó que era producto de la adolescencia, nunca se hubiera imaginado la verdad.

El cuerpo de Jamie quedó espatarrado en una postura poco natural en mitad de la acera. La sangre brotaba de su cabeza tiñendo su contorno de color rojo. La imagen resultaba macabra, espeluznante.

Así la encontrarían los barrenderos a primera hora de la mañana.

2

David se acababa de cambiar de ropa. Después de estar toda la tarde hincando los codos, necesitaba sentir el aire fresco en la cara y desahogarse corriendo.

Estudiaba en la Universidad de Columbia, era su primer año y le estaba resultando muy duro, aun así no pensaba defraudar a sus progenitores, se convertiría en el primero de su promoción y todos los bufetes importantes se lo rifarían.

Se despidió de su madre que se encontraba en su despacho, se imaginó que estaría trabajando en su último artículo. Era una afamada periodista que estaba pensando en publicar su primera novela, le había llevado casi cinco años escribirla y se sentía muy orgullosa con el resultado.

Sus padres estaban divorciados. Harry, al que no había llamado papá en su vida, era comercial, no tenía muy claro qué vendía, pero era algo que tenía que ver con algún tipo de software. Viajaba mucho, lo que había provocado el distanciamiento entre ellos hasta llegar a la separación definitiva. Todo el mundo a su alrededor lo había visto venir, para nadie había resultado una sorpresa, excepto para él. Era verdad que apenas veía a su padre, pero nunca creyó que dejara de vivir con ellos. Lo necesitaba. Cuando ocurrió era un crío, pensó que nunca lo superaría, pero no fue así. Este hecho, al contrario de lo que pudiera parecer al principio, lo había acercado a él. Ahora se veían más a menudo que antes.

Aprovechaban los momentos en los que Harry se encontraba en la ciudad para quedar. Solían ir a los partidos de baloncesto, afición que compartían ambos, además de su pasión por los Knicks. Cuando les encajaba, disfrutaban de una tarde en el Madison Square Garden. Y si no, simplemente se juntaban para comer una hamburguesa.

Gracias a la pensión que les pasaba Harry y el trabajo de su madre podían permitirse vivir en el Upper East Side, uno de los barrios más prestigiosos de Nueva York.

Entró en el ascensor poniéndose los cascos, siempre corría escuchando música.

Se miró al espejo, moreno, ojos negros y alto, todo lo había heredado

de su padre, aunque ya le había sobrepasado, le sacaba un par de centímetros. Pero al contrario que él, estaba muy delgado, eso le venía de su madre. Su padre era puro músculo y fibra, cero grasa. Como a él, le gustaba correr, hobby que le había inculcado en los

últimos años. Al principio le resultó un deporte aburrido, pero poco después se dio cuenta de que no podía pasar varios días sin practicarlo, lo echaba en falta. Así que se había habituado a ir al parque al menos cuatro veces por semana.

—Buenas noches, Frankie —le dijo al portero del edificio que en ese momento mantenía la puerta abierta para que saliera.

—Buenas noches, David.

Cruzó la 5th Avenida y se adentró en Central Park. A esas horas ya no había mucha gente. Sobre todo se encontró con corredores como él, los habituales, algunos practicando estiramientos o comprobando sus pulsaciones.

Después de calentar, se dirigió al lago, le gustaba correr por esa zona, le hacía pensar que se encontraba en algún lugar lejos de la ciudad.

Tras una hora sin tregua, decidió volver a casa, aún quería revisar algunas notas pendientes. Al día siguiente tenía una exposición en clase y no quería cometer ningún error.

Miró una vez más el reloj. Sí, ya era la hora, tenía que regresar para que le diera tiempo a un último repaso. Levantó la cabeza para continuar, pero con lo que se encontró no se lo esperaba.

Un puño se dirigía a toda velocidad hacia su cara. Solo le dio tiempo a esquivarlo lo suficiente para que en vez de golpearle directamente en la nariz, causando la consiguiente rotura, le diera en el oído. El segundo impacto no se hizo esperar, no le dio tiempo a reaccionar. El tercero fue una patada en los testículos que provocó que cayera al suelo de rodillas. El dolor le resultó insoportable. No comprendía a qué venía ese ataque de ira de un extraño.

En el suelo se acurrucó, intentando inútilmente protegerse. Sus manos le cubrían la cara, pero no sirvió de nada. El agresor no dejaba de darle patadas.

Sintió cómo se le rompía una de las manos al oír el crujido de todos los huesos.

Unos minutos después dejó de sentir dolor, ya no sentía nada. Todo era oscuridad.

El agresor todavía se ensañó un rato más con él.

3

Harry atravesó a toda velocidad las puertas de urgencias del Weill Cornell. No le hizo falta preguntar por su hijo, se encontró con una abatida Phoebe sollozando en silencio en la sala de espera. Se acercó y se fundieron en un largo abrazo. Ella ya no aguantó más y comenzó a llorar desconsolada. Le costó un rato reponerse para contarle lo ocurrido.

Aunque no soportaba aguardar sin saber qué había sucedido, toleró estoicamente a que su exmujer se tranquilizara.

—Le han dado una paliza en el parque, cuando corría. Nadie sabe nada. Un desconocido llamó a una ambulancia y lo trajeron aquí. La policía no tiene más información.

—¿Y David? ¿Cómo está?

—No lo sé. —De nuevo comenzó a llorar, esta vez por la impotencia. Llevaba ahí sentada varias horas y nadie se había dignado a ir a informarle de cómo evolucionaba su niño—. No me dicen nada. Lo único que sé es que está en el quirófano. Aún no lo he visto.

Se sentaron ambos, confiando en que alguien se acercara a darles noticias del estado en el que se hallaba su hijo, agarrados de la mano en un intento de darse ánimos. Cada vez que aparecía un médico se levantaban esperando que los buscara a ellos, pero en ninguna de esas oportunidades el doctor se detuvo a su altura.

Veían como las manecillas del reloj, colgado en la pared de la sala, avanzaban y continuaban sin recibir ninguna información. Harry se acercó a preguntar a enfermeras y doctores, cualquiera le valía, pero ninguno le decía lo que quería saber. Se estaba volviendo loco.

Tras varios cafés de máquina y unas cuantas horas más, el cirujano que había asistido a su hijo apareció preguntando por la familia de David McKenzie.

—Somos nosotros —dijo Harry. Se pusieron en pie y se acercaron a toda prisa al médico, querían saber.

—Su hijo ha sufrido un fuerte trauma craneoencefálico que se ha complicado debido a la aparición de hematomas subdurales… —Harry

ya no oía la oratoria del facultativo, lo único que quería saber es cómo se encontraba su hijo. Y lo más importante, si sobreviviría.

—¿Cómo está David? —le interrumpió.

—La intervención ha sido complicada, pero ha resultado un éxito. Ahora mismo lo están trasladando de la zona de postoperatorio. Una enfermera les indicará en unos minutos dónde pueden verlo.

—Entonces, ¿está bien?

—Como digo ha sufrido lesiones graves, tenemos que esperar a ver cómo evoluciona. Si supera esta noche tendrá muchas posibilidades de salir de esta.

—Esta frase les alertó.

—¿Quiere decir que podría morir?

—Lo siento. —Fue lo único que pudo decir el doctor antes de que una enfermera se lo llevara por otra urgencia de traumatismo.

Phoebe y Harry se desplomaron sobre los incómodos asientos de la estancia, desesperanzados. No concebían que la vida de su hijo corriera peligro.

Poco después apareció una enfermera que los guio a la cama donde estaba David. Antes de que lo vieran, les puso en antecedentes. Además del traumatismo y las esperadas contusiones, tenía varios huesos y vértebras rotas.

Tras la cortina descubrieron a un joven al que no reconocieron. La cara estaba amoratada por completo, los ojos hinchados y su cuerpo lleno de tubos que salían de todas partes. Phoebe se derrumbó en una butaca. Ni en un millón de años hubiera esperado encontrarse a su hijo en ese estado.

Harry mantuvo la compostura, tenía que soportarlo delante de ella, no podía flaquear, tendría que ser su punto de apoyo como lo fue antaño, aunque por dentro estuviera completamente abatido. El agresor se había despachado a gusto. Había visto agresiones de ese tipo y no todo el mundo superaba una paliza de tal magnitud. Solo esperaba que su hijo sí lo hiciera. Que fuera uno de esos pocos.

Lima

Flor revisó el mensaje que acababa de recibir. El reto había sido lanzado.

Pensó en ir al baño, allí encontraría todo lo necesario. Su padre guardaba cuchillas en el cajón, al lado de los productos que usaba para afeitarse. Nunca le habían gustado las maquinillas eléctricas, siempre había preferido las manuales de toda la vida.

Salió del dormitorio sin hacer ruido. En su casa todo estaba a oscuras, su familia dormía.

Ya en el lavabo, encendió la luz y buscó en el cajón lo que precisaba. No le costó localizarlo. En un lateral había una pequeña cajita que guardaba tres cuchillas nuevas, su padre todavía no las había utilizado. Tomó una de ellas y regresó a su habitación deshaciendo el camino que acababa de andar.

Se sentó en la cama preparada para comenzar. Cuando fue a realizar el primer corte, se percató de que tal y como estaba colocada podría poner perdidas las sábanas y, entonces, tendría que dar explicaciones a su madre. Así que se levantó y se sentó en la silla de su escritorio, si manchaba la mesa con sangre, podría limpiarla con facilidad.

Estiró el brazo buscando un sitio donde poder cortarse de forma que resultara sencillo ocultarles las heridas a sus padres. Si hallaban esas marcas en sus brazos, no podría explicarlo y la llevarían a un loquero. Eso sin contar que estarían pendientes de ella, no le quitarían el ojo de encima. Le habían contado que eso mismo le había ocurrido a otra chica.

Cuando eligió el lugar más razonable, sujetó la cuchilla con cuidado y comenzó a hacerse la incisión. Al principio le dolió y le escoció, pero no abandonó la tarea.

Debía cumplir el desafío.

Tras haberse realizado el pequeño tajo, comprobó cómo emanaba sangre de él.

Limpió la cuchilla frotándola contra su propia piel y la escondió en el cajón, entre sus lápices y bolígrafos, segura de que ahí sus padres no

la encontrarían. Aún no había terminado con ella. Solo se había hecho un corte, le quedaban unos cuantos más.

Cogió su móvil y le hizo una fotografía a la lesión autoinfligida. Envió la imagen como prueba a su cuidador. Había superado el reto lanzado. Estaba orgullosa de sí misma.

Antes de meterse en la cama se dirigió a la cocina. En el fregadero se limpió la herida y la taponó con un trozo de papel absorbente. Cuando creyó que ya había dejado de sangrar, se fue a dormir.

5

Nueva York

David McKenzie no superó su primera noche en el hospital.

Harry se encontraba en el piso de su exmujer. Tras el entierro la había acompañado a casa. Estaba en un fuerte estado de nervios. En cuanto llegaron le dio un tranquilizante y la metió en la cama. Estaba destrozada. Como él.

Tras unos minutos llorando entre sus brazos, se había quedado dormida.

No sabía cómo iban a ser capaces de superar algo así. No era ley de vida que un hijo muriera antes que los padres. Y menos cuando era un joven tan sano y prometedor. Llevaba un año estudiando en Columbia y ya era el primero de su clase, los profesores hablaban del futuro tan halagüeño que le esperaba. Todos lo adoraban.

Recordó el día de su graduación en el instituto. Él había pronunciado el discurso de despedida delante de todos sus compañeros y había resultado muy convincente. Se le hubiera dado bien la abogacía, se dijo Harry.

Estaba sentado en el salón y se estaba tomando un whisky con hielo mientras contemplaba un álbum de fotos. Había imágenes desde el día de su nacimiento, Phoebe y él tan felices en la habitación del hospital por su llegada, hasta el día de su graduación. En esa página se había detenido, observando la instantánea que le había sacado en el momento de la entrega del título. Se había sentido tan orgulloso de él aquel día. Siempre pensó que le esperaba un futuro brillante y sin embargo…

Cerró el álbum y lo volvió a colocar en su sitio. Se terminó la copa de un trago y se dirigió al dormitorio para comprobar que Phoebe siguiera durmiendo. Le hacía falta descansar, desde lo ocurrido apenas había pegado ojo. La miró unos instantes, estaba tan guapa como años atrás. Entendía por qué se separaron, nunca lo había dudado. Dedicaba demasiado tiempo a su trabajo, pero era importante, y ella jamás lo sabría. Aun así, no había dejado de quererla.

Se dio la vuelta y salió de la enorme vivienda. Tomó la 5th Avenida en dirección al Soho, donde se hallaba el loft en el que vivía desde el divorcio.

En cuanto llegó a casa, tras el paseo con el que esperaba que le diera el aire para

sentirse mejor, se dirigió al bar y se sirvió otro whisky. Se lo bebió otra vez de un trago. Rellenó la copa y se acomodó en su sillón orejero, colocó la botella en la pequeña mesa que tenía al lado. Su propósito era seguir bebiendo en soledad.

Al día siguiente Harry se levantó con un plan en la cabeza, pero necesitaba tiempo.

Se puso en marcha, empezaría por el despacho. Cruzó el torno de entrada del edificio, saludando al guardia de seguridad, quien llevaba en ese puesto más de veinte años, alguno más que él.

Tras superar los exhaustivos controles de acceso a las oficinas, se encontró en el interior de una de las bases de la CIA. Tras el 11-S la agencia situada en una de las Torres Gemelas quedó destruida por completo y por este motivo había sido trasladada a ese nuevo emplazamiento. Él había entrado poco después a formar parte del Departamento de Operaciones, responsable de la recolección de inteligencia en el extranjero a través de fuentes clandestinas y acciones encubiertas.

Harry McKenzie era un agente de campo, lo que implicaba constantes viajes. Su tapadera era un trabajo como comercial de productos informáticos. Nadie debía conocer su verdadera identidad. Y su familia, menos que nadie. Les pondría en un peligro innecesario. Aunque ahora eso ya no importaba, se dijo.

La primera y única parada que tenía pensada hacer era reunirse con su superior inmediato, quien ya lo esperaba en su despacho. En cuanto llamó a la puerta, una voz potente le indicó que pasara.

—Harry, ¡cuánto siento lo que le ha sucedido a tu hijo! Si puedo hacer algo, ya sabes dónde estoy. Para lo que quieras. —Mark Goldberg era su jefe. Se podía confiar en él. Se había pasado toda su vida de país en país trabajando para la Agencia, pero a punto de jubilarse le habían dado un despacho para que terminara sus años en el departamento. Él echaba de menos las misiones en las que solía trabajar, pero trataba de llevarlo con la mayor dignidad posible.

—Gracias, Mark. —Sin decir palabra, Mark sirvió dos vasos de whisky y le ofreció uno a Harry que aceptó de inmediato. Se sentaron y

comenzaron a mirar el líquido ambarino.

—¿Cómo está Phoebe?

—Imagínate. Destrozada.

—Lo superará, es fuerte.

—Lo sé. —Se quedaron de nuevo en silencio—. Quería pedirte un favor.

—Lo que quieras, Harry.

—Acabo de llegar de Oriente Medio. Creo que todo ha ido como queríais.

—Esperó la confirmación de Mark que llegó con un contundente movimiento de cabeza—. Necesito unos días. Quiero asimilar lo ocurrido y ayudar a Phoebe a superarlo. Me necesita.

Mark lo miró a los ojos. Como siempre no transmitía qué pasaba por su cabeza, estaba muy bien entrenado y era bueno en lo que hacía, su mirada era inescrutable.

De todas formas, lo conocía lo suficiente para saber que ese no era el único motivo.

Intuía para qué quería esos días de vacaciones, pero ¿podía culparlo? En su situación él hubiera actuado exactamente igual.

—No hay problema. Tómate todo el tiempo que necesites.

—Gracias. —Se bebió lo que le quedaba en la copa, se levantó y le estrechó la mano a modo de despedida. Cuando estaba a punto de abandonar la habitación, Mark lo llamó.

—Harry, ten cuidado. No hagas ninguna estupidez.

Harry continuó su camino sin mirar atrás.

Nada más traspasar la puerta de su hogar se fue directo al minibar. Cogió un vaso que rellenó con un par de hielos y lo colmó de whisky. Se acomodó en su sillón preferido y comenzó a pensar en su siguiente paso.

Mark le había avisado, sabía lo que iba a hacer. Lo conocía bien. Pero era su hijo, ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía experiencia y también tenía recursos. Podía encontrar al asesino de David.

Lo primero sería ir al emplazamiento donde le habían dado la paliza. Quizás la policía había pasado algo por alto. No podría estar seguro hasta hacer sus propias comprobaciones. Había leído el informe redactado por los agentes que llegaron al escenario en primer lugar, lo había conseguido de forma ilícita, pero tenía que

conocer las primeras impresiones. No había deducido gran cosa de ellas, eran vagas e inconclusas, de novato. Ahora llevaría el caso el departamento de homicidios, tendría que conseguir los informes de la investigación. Tenía que saber si habían descubierto algo durante estos días.

Desde lo ocurrido no se había separado de Phoebe. Lo necesitaba más que nunca. Y seguiría dándole apoyo, pero él también necesitaba algo. Necesitaba saber. Necesitaba saber quién y por qué.

Estaba sumido en sus cavilaciones cuando notó el teléfono vibrar en su bolsillo.

Se le había olvidado que lo había dejado sin sonido. De hecho, llevaba días con el volumen al mínimo, no quería saber nada del exterior. Pero ahora era diferente. Se ponía en marcha.

En cuanto la pantalla le indicó que lo llamaba un número oculto, lo cogió rápidamente. Nunca le fallaba. Seguro que tenía noticias interesantes. Y, en efecto, como se esperaba, no le defraudó. Todo lo contrario.

—He encontrado algo que te va a gustar. —Ni siquiera le permitió saludar, fue directo al asunto que se traía entre manos—. Lo tengo.

—¿Qué tienes? —Harry supuso que sería algo importante, si no fuera así ni se hubiera molestado en llamar, pero no tenía ni idea de a qué podría estar refiriéndose, viniendo de él, podría ser cualquier cosa. Loop era el mejor hacker con el que había tenido el privilegio de trabajar y tenía que reconocer que en su historial había contado con varios profesionales del pirateo informático.

—Tengo imágenes de la agresión a tu chico. —Harry no se lo esperaba. Había imágenes. Alguien había grabado la paliza que le habían propinado a su hijo.

Desde luego, eso era un error de principiante. Toda la información estaba disponible y accesible en la nube. Nadie se daba cuenta de lo sencillo que era llegar a ella para alguien como Loop. Y, sin embargo, los ataques y asaltos estaban a la orden del día en la red. Todo el mundo subía sus videos a internet para que cualquiera pudiera curiosearlos. No comprendían lo fácil que era, partiendo del video, localizar quién se había encargado de realizar la grabación—. He seguido un proceso básico matemático, utilizando los puntos de las antenas más cercanas al lugar en donde atacaron a tu chico y la propia posición donde se produjo la agresión. La trilateración de todas las coordenadas me ha llevado a inferir que en ese punto un móvil estaba emitiendo una grabación.

—¿Triangulación?

—No es exactamente lo mismo. La triangulación sirve para captar de dónde emite el móvil a partir de situar al menos tres antenas. Pero en este caso tenía la localización, ya que era donde se produjo el ataque.

—De acuerdo. —A Harry la diferencia le parecía ínfima, pero no quería entrar en una explicación detallada sobre la disparidad entre ambos métodos y Loop comenzaría con la aclaración si se mostraba dubitativo. Y a él, en realidad, eso no le importaba.

—Como te decía, he rastreado el móvil que había ubicado en el lugar del ataque y he confirmado que en ese momento emitía la agresión.

—¿Cómo sabes que emitía la agresión?

—A estas alturas la duda ofende. He localizado el móvil, me he introducido en el mismo con un complejo algoritmo que ahora no te voy a detallar, sobre todo porque no me entenderías, y he recuperado el video. —Harry se quedó sin palabras, aunque prefirió no preguntar, se imaginaba que se habría saltado algunas leyes a la torera, cosa que a él le venía de perlas.

—¿Me lo envías?

—Si compruebas tu correo ya debe de estar esperándote en la bandeja de entrada. —Harry se levantó dejando la copa que apenas había tenido tiempo de probar y se dirigió a su portátil. Mientras que se iniciaba y se descargaba el correo, Loop continuó—: Además del video, en el que se aprecia lo suficiente al asaltante como para poder identificarlo, te he enviado otro email con los datos del chaval.

—¿Chaval?

—Sí, el agresor. Era de la edad de tu chico. Y, la verdad sea dicha, por lo que he encontrado sobre él, no da el perfil.

—¿A qué te refieres? —Harry se estaba empezando a impacientar, el portátil todavía estaba arrancando puesto que se había quedado sin batería y necesitaba cargarse un mínimo para comenzar a funcionar.

—Es un buen estudiante. Estudia en Columbia, como tu chico. Tiene una beca de deporte. Proviene de familia humilde, pero aun así consiguió hacerse con una subvención para continuar con sus estudios. No tiene antecedentes, ni siquiera consta ninguna multa de tráfico. Nada. Parece un buen chaval. —Tras escuchar esto, Harry se preguntó si se conocerían, quizás coincidiesen en el campus o en

alguna clase.

Por fin el portátil concluyó su tarea de inicio. Mientras se descargaba el video, analizó la fotografía del chico del que le hablaba Loop. Le recordó a Denzel Washington en sus primeras películas. Había un historial bastante completo que agradeció en silencio al hacker y, como decía, no cumplía el perfil. Tenía razón.

—Gracias, Loop.

—De nada, hombre. Para eso están los amigos. Si necesitas algo más, ya sabes cómo dar conmigo. —Fue a colgar, pero antes de hacerlo le dio el pésame—: Por cierto, siento lo de tu chico. —Colgó, no era dado a revelar sus emociones y se sintió incómodo.

Harry ignoró su comportamiento, sabía cómo era. Supuso que decir la última frase, que a cualquiera le resultaba una manifestación de lo más habitual en esas circunstancias, a él le habría costado un mundo.

En seguida se olvidó de Loop para centrarse en los archivos que había recibido.

Abrió el video. Ver la brutal paliza que le asestaban a su hijo lo dejó destrozado. Se había ensañado con él. No entendía cómo se podía exhibir tanto odio. Y peor aún, alguien lo había estado grabando y no había hecho nada por ayudar o defender a David.

Tras verlo un par de veces más, volvió al salón. Cogió la copa que había dejado casi sin tocar, donde el hielo ya estaba derretido, y se la bebió de un trago. Se sirvió otra.

Se sentó de nuevo en su sillón y continuó dándole vueltas a las

imágenes que acababa de contemplar. Entonces, se dio cuenta de algo. Algo que le había pasado desapercibido porque no podía ser neutral. No era un desconocido al que atacaban, no era un caso como otro cualquiera, la víctima era su hijo y no podía pensar con claridad. Se dijo que esto tenía que cambiar si quería descubrir la verdad.

Se acercó de nuevo al portátil y visualizó el video una vez más. Cómo no se había dado cuenta antes. En qué estaba pensando. Nadie grababa el ataque. El móvil estaba estático. Debía de estar apoyado en un banco, en un árbol o en cualquier otro sitio. Así que el agresor no tenía cómplice. Estaba solo. Se preguntó a quién le estaría enviando el video, ya que Loop le había dicho que lo estaba emitiendo. Cogió el móvil y marcó el número del hacker.

—Loop, si estaba emitiendo la grabación, ¿a qué número la estaba enviando? ¿o la estaba subiendo a alguna red social?

—Perdona, se me fue el santo al cielo y no te conté esa parte. La emisión era a otro móvil, pero he intentado localizarlo y me ha sido imposible. La señal me ha llevado de un lugar a otro.

—Alguien muestra mucho interés por no ser localizado.

—Exacto. Pero ya sabes que nada se me resiste. Sigo buscando. Aunque lo más probable es que cuando encuentre el número, ya ni exista.

—Llámame en cuanto tengas algo.

—Por supuesto, jefe.

6

Después de pasar una de las peores noches de su vida, en la que al cerrar los ojos lo único que veía era a su hijo siendo apaleado por un joven de color, se levantó. Sabía quién era, ahora quería saber por qué.

Cuando llegó a la dirección que tenía registrada de Leroy Ray, se quedó unos segundos en la puerta antes de llamar. Se iba a encontrar cara a cara con el asesino de su hijo y no sabía cómo iba a reaccionar. Quería saber el porqué, pero se daba cuenta de que eso era una excusa muy débil, lo que quería hacer de verdad era devolverle los golpes, hacerle sufrir tanto como David había sufrido. Quería venganza.

Se hallaba en esta disyuntiva cuando la puerta de uno de los vecinos se abrió, dándose de bruces con él en el pasillo.

Era un hombre mayor, con el pelo blanco y unas gafas que llevaba acomodadas en la punta de la nariz, andaba encorvado y se apoyaba sobre un bastón.

—¿Busca a los Ray? —le dijo el hombre con amabilidad, aunque su mirada reflejaba una profunda tristeza.

—Estaba buscando a Leroy Ray.

—Llega tarde. Ya han salido todos en dirección a Legree. —Harry no comprendió. Conocía Legree, una iglesia baptista cercana, pero no era domingo—.

Hoy es el funeral de Leroy. —La cara de asombro de Harry era evidente.

—¿Funeral?

—¡Oh! No lo sabía. Lo siento. Supuse que… —manifestó el anciano contrariado—. El chico se ha suicidado. Se tiró por la ventana.

Harry no salía de su estado de estupor. Eso no se lo esperaba. ¿Habrían sido los remordimientos por el asesinato de su hijo? Al fin y al cabo, el caso había salido en las noticias. Todo Nueva York estaba enterado de lo ocurrido.

—Yo voy para allá. Si quiere, nos podemos ofrecer compañía mutua

en el camino.

Harry no pudo negarse. Bajaron las plantas que les separaban de la salida en ascensor. El viejo no paraba de hablar, detallándole lo buen chico que había sido Leroy en vida.

—No entiendo por qué se ha suicidado. Parecía que todo le iba bien. Todos teníamos las esperanzas puestas en él. Sabe, estaba estudiando Derecho en Columbia. —Como su hijo, pensó Harry. Tal vez sí se conocían—. Era de los primeros de su clase. Como puede ver por el edificio, sus padres no son precisamente ricos, les estaba costando mucho darle a su hijo una educación, porque aunque recibían una ayuda económica, no les daba para pagar todo lo que conlleva la Universidad. Ambos trabajan de sol a sol. —El hombre hizo una breve pausa, la curiosidad pudo con él—. ¿Y usted de qué conoce a Leroy?

—Oh, no, yo no lo conozco. Es compañero de clase de mi hijo —mintió Harry, pero el anciano pareció quedar complacido con la respuesta.

Iban por la calle cuando Harry supo que tenía que aprovechar la oportunidad que se le había presentado.

—Perdón, me llaman. —El viejo no había oído el sonido de llamada, de hecho, no había sonado—. Lo tengo sin volumen, menos mal que está en modo vibración

—le explicó mientras sacaba el teléfono del bolsillo del pantalón y hacía como si hablara con alguien al otro lado.

—Estos jóvenes… —murmuró el hombre mientras continuaba andando hacia su destino y le hacía a Harry un gesto con la mano, despidiéndose.

Cuando hubo desaparecido de su vista, Harry se dio media vuelta y desanduvo los pocos pasos que le llevaron de regreso al portal. Luego, volvió a situarse delante de la puerta de la familia Ray, aunque esta vez no lo dudó. Sacó del bolsillo de su abrigo una ganzúa y en un instante estaba en el interior de la vivienda.

El lugar era pequeño y los muebles estaban anticuados, pero estaba limpio.

Echó un vistazo al salón donde no halló nada de utilidad. Solo un par de fotos. En una aparecía Leroy con los que se imaginó eran sus padres y su hermana pequeña.

En otra, un Leroy muy sonriente el día de su graduación en el instituto, con el título en la mano y el birrete colocado algo torcido sobre la cabeza.

Se dirigió al pasillo donde se topó con una cocina, a continuación un baño y después los dormitorios. El primero, y el más pequeño, era el de la menor de la casa. Las paredes rosas y el edredón con dibujos de Hello Kitty así lo delataban.

La siguiente puerta daba acceso al cuarto de Leroy. El escritorio lleno de libros de Derecho, la cama individual en tonos masculinos y un corcho lleno de fotografías suyas con sus amigos le indicaron que estaba en el lugar correcto.

La estantería estaba repleta de clásicos, algo en esas novelas le llamó la atención, aunque en ese momento no daba con qué podía ser. Sacó su móvil y le hizo una fotografía, ya lo averiguaría más tarde.

Aprovechó para sacar imágenes con el teléfono de todos los rincones del cuarto, quizás le resultaran de ayuda. Estaba convencido de que tenía que haber una relación entre la agresión a su hijo y el suicidio de Leroy, si bien, todavía no se podía ni imaginar cuál.

Revisó los cajones, pero aparte de apuntes y algún álbum de fotos, no encontró nada de interés.

Estaba a punto de marcharse de allí, cuando se fijó que algo sobresalía de debajo de un cojín apoyado sobre la cama. Lo levantó y descubrió un móvil. Si era el de Leroy, podría obtener información. Ahora se llevaba ahí dentro hasta el más insignificante detalle del día a día, seguro que Loop podría descubrir miles de datos que lo ayudaran a resolver lo que había ocurrido, porque cada pista con la que tropezaba hacía que todo fuera un sinsentido. Se lo guardó en uno de los bolsillos.

Estaba echando un último vistazo a la habitación cuando escuchó un sonido, alguien estaba abriendo la puerta principal. No tenía más salida que la ventana. Si salía al pasillo, cualquiera de las personas que acababan de entrar en escena lo descubrirían.

Salió por el gran ventanal y se ocultó en la escalera de incendios. Se mantuvo en silencio, sin hacer ningún ruido, esperando enterarse de quién había accedido al piso, puesto que la familia aún seguiría en misa. Era temprano para que les hubiera dado tiempo a volver, no llevaba ni un cuarto de hora allí dentro, la ceremonia no habría hecho nada más que comenzar, tal y como le había informado el vecino.

Escuchó un par de voces entrando al dormitorio. Con cuidado de no ser visto, colocó el teléfono en ángulo para poder hacer una fotografía a los intrusos. Luego ya investigaría quiénes eran.

Las voces eran masculinas, una de ellas tenía un fuerte acento, supo que era de algún país de Europa del Este, de inmediato pensó en Ucrania, estaba acostumbrado a escucharlo y por ello no le costó reconocerlo.

—No está —escuchó que decía el americano.

—Busca bien, tiene que estar aquí. —El ucraniano parecía ser el que daba las órdenes.

Tras largo rato de registro en el que dejaron toda la habitación patas arriba, decidieron que en efecto allí no se hallaba lo que andaban buscando. Salieron del piso tal y como habían entrado, sin ser vistos.

Harry empezó a moverse por la escalera de incendios. Quería llegar a la calle antes que ellos. Tenía que seguirlos. Se preguntaba qué estarían buscando. Y más aún, en qué estaba involucrado Leroy Ray. Estaba seguro de que todo eso le llevaría a una explicación de lo ocurrido la noche en que su hijo había sido brutalmente golpeado.

Bajó a toda prisa los cinco pisos que le separaban del callejón trasero de la casa.

No podía retrasarse ni un segundo, si lo hacía, cuando llegara al portal, ya haría tiempo que se habrían ido. Hubo tramos que los bajó resbalando, apoyando los pies en el lateral de las escaleras. Tenía que llegar a tiempo.

En el último tramo ni se molestó en deslizar la escalera hasta el suelo, dio un salto y cayó rodando sobre sí mismo para no partirse las piernas. Se levantó de inmediato, corrió y torció a mano izquierda. El siguiente giro lo llevaría a la calle principal, en donde se encontraba el vestíbulo del edificio.

Cuando dobló la última esquina chocó con el vecino de los Ray, debía haber concluido el funeral. No se veía más comitiva alrededor.

Harry hizo caso omiso al viejo y se quedó observando cómo salían del inmueble los dos hombres que acababan de revolver el cuarto del chico. Se dirigió con premura hacia ellos, pero un coche los esperaba estacionado en segunda fila. Se subieron y salieron pitando de allí. Él no tuvo tiempo de acercarse al suyo para poder seguirlos. Sin

embargo, aunque salieron a toda velocidad, fue capaz de quedarse con la matrícula. Algo era algo. Tenía una pista.

Se volvió para atender al anciano que estaba en el suelo intentando ponerse en pie. Harry ni se había percatado de que el encontronazo había provocado su caída.

En cuanto se dio cuenta fue corriendo a socorrerlo.

—Lo siento. ¿Está usted bien? —le preguntó fijándose si el pobre hombre se había roto algún hueso en el percance.

—Estoy bien. ¡Estos jóvenes! Vais corriendo a todas partes como si os fuera la vida en ello. Si fuerais más despacio disfrutaríais más de cada minuto. Atiende a lo que te digo, que sé de lo que estoy hablando. —Harry le sonrió mientras lo ayudaba a levantarse. Cuando ya estuvo recompuesto y con el bastón firmemente agarrado, Harry sintió que era hora de marcharse.

—Lo siento —repitió.

Dejó al anciano con la palabra en la boca, pero Harry ya no le prestaba atención, estaba inmerso en sus pensamientos, preguntándose quiénes eran esos dos tipos y qué buscaban. Tocó el bolsillo de su abrigo recordando que se había llevado el móvil de Leroy Ray. Esperaba localizar algo significativo en su interior.

En cuanto el coche accedió a la transitada avenida, dejando atrás la solitaria calle de los Ray, Nychaj recibió una llamada. Miró el móvil, la pantalla le avisaba de quién estaba al otro lado. Le impresionó lo oportuno que había sido, como si supiera dónde se encontraban a cada instante.

—¿Lo tenéis? —Sabía a la perfección a qué se refería.

—No. Hemos buscado en la habitación del chico, pero ni rastro. —No podía irse por las ramas ni darle evasivas, eso hubiera sido aún peor. Aunque no oyó nada más que el clic que indicaba que habían colgado, se imaginaba la cara que tendría su jefe, no estaría contento, no estaba acostumbrado a no recibir lo que quería.

—Yure, ¿qué ha dicho? —la pregunta surgió del americano que le habían encasquetado como compañero. El ucraniano estaba asqueado de él, es verdad que era alguien sin escrúpulos al que se le podía

ordenar que hiciera cualquier trabajo, que él lo ejecutaba sin preguntar, pero no tenía dos dedos de frente y en muchas ocasiones resultaba de poca ayuda.

—Nada.

—¿Cómo qué nada? ¿Eso qué significa? —Yure prefirió ignorarlo.

El conductor lo miraba de reojo, conocía a Nychaj desde hacía años y aun cuando nunca mostraba en sus facciones lo que sentía, él a veces lo notaba por algún leve movimiento que le pasaba desapercibido al resto. Estaba cabreado por no haber realizado el recado, pero sabía que si él era el encargado de la búsqueda del teléfono, más tarde o más temprano daría con él.

Contempló por el espejo retrovisor a Bull, que como su mote indicaba era como un toro con serrín en la cabeza. Él se mostraba ajeno a todo, le daba igual si habían conseguido o no el propósito que los había llevado a la casa de los Ray, contaba con que a Yure se le ocurriría algo. Lo único en lo que pensaba era en su siguiente parada, que esperaba que fuera un restaurante, tenía hambre y se le había antojado una gran hamburguesa.

7

Ya en casa Harry se dirigió a la habitación del pánico. Cuando encontró ese loft, esa habitación fue la que le convenció para alquilarlo, sabía que le iba a resultar de gran utilidad. En ella había montado su despacho, donde contaba con algunos juguetitos que más de uno quisiera para sí.

Puede que no fuera un pirata informático tan cualificado como Loop, pero él también era capaz de hacer algunas cosas que otros ni se podían imaginar que fueran posibles de realizar. Con Loop aparentaba desconocimiento, solía sacar más información haciéndose el tonto que comportándose como un entendido en la materia. Además, al hacker le gustaba ser el más listo de la sala, así que, ¿para qué le iba a sacar de ese error? Sobre todo teniendo en cuenta que cumplía con creces su cometido.

Colocó el móvil de Leroy encima de la mesa y lo conectó a uno de los ordenadores. En él tenía instalado un software capaz de introducirse en el dispositivo para ver todo su contenido y, si era necesario, se saltaría todas las barreras con las que se topara, ya fueran claves o cualquier otro obstáculo de seguridad. También introducía una especie de virus que hacía imposible a cualquiera posicionarlo, ya fuera por GPS o cualquier otra aplicación que pudiera localizarlo e incluso acceder a él. Mientras el programa actuaba, copió las fotografías que había realizado en la habitación del chico al ordenador y comenzó a ojearlas.

La primera imagen que analizó fue en la que aparecían los dos intrusos. Con una de sus aplicaciones, conectada a diferentes bases de datos, comprobó si alguno de ellos estaba fichado. No tardó mucho en dar con uno.

En la pantalla apareció un primer plano del susodicho con los datos personales.

Se llamaba John Miller, alias Bull. La lista de delitos era inmensa. Desde los catorce años no había dejado de entrar y salir de correccionales primero y de cárceles después. De pequeños hurtos a robos de coche cuando era menor de edad y transgresiones de mayor gravedad según iba creciendo. Incluso algún asesinato del que había salido impune por falta de pruebas o alguna incidencia en el juicio.

No obstante, del que le había parecido de Europa del Este no halló nada. Dejó el

programa lanzado mientras él se dedicaba a analizar el resto de fotografías tomadas.

Continuó por la que en un primer momento tanto le había sorprendido aunque seguía sin saber por qué. Estudió la pequeña biblioteca que tenía en su habitación.

En internet buscó a los autores de varias de las novelas que en ella había: Ernest Hemingway, Virginia Woolf, Emilio Salgari y Yukio Mishima, entre otros. Lo que encontró en su búsqueda no le sorprendió, todos y cada uno de ellos se habían suicidado. Cada cual por motivos diferentes: por su búsqueda de la felicidad, por su disconformidad con la sociedad, por problemas personales, etcétera, pero todos tuvieron igual final. Se preguntó cuál sería la razón por la que Leroy había acabado con su vida sin darle la oportunidad de saber por qué había asesinado a su hijo.

El resto de la habitación era como cualquier cuarto de estudiante, nada a resaltar excepto el orden. Su hijo tenía una habitación con más o menos los mismos básicos, pero David siempre había sido muy desordenado. Recordó las trifulcas que mantenía con su madre por este mismo motivo. Se quitó esos pensamientos de la cabeza, tenía que volver centrarse en lo que estaba.

Cuando terminó de revisar las fotos, miró el equipo que tenía al lado donde el programa seguía haciendo su magia. Salió de la habitación al escuchar la melodía de su móvil, lo había dejado encima de la mesa del salón.

Al llegar, comprobó que era un viejo amigo, supuso que lo llamaba para darle el pésame. No había podido venir al entierro ni al funeral porque vivía en Los Ángeles, pero ahora no le apetecía hablar con él, así que lo ignoró.

Se sirvió un vaso de whisky con hielo y volvió a su área de trabajo a ver qué había encontrado el programa en el teléfono. Se preguntó si los dos sujetos que le habían interrumpido habían ido a buscar el móvil. Al fin y al cabo, no habían localizado el objeto de su búsqueda y él se había encargado de llevarse el aparato segundos antes. Era una opción viable.

Ahora lo confirmaría, puesto que la aplicación había logrado acceder a él.

8

Nueva York

Acababa de entrar en su despacho. Como hiciera unas horas antes, comprobó en su equipo la ubicación del móvil. Esa mañana le había indicado que se encontraba en la casa de los Ray, pero ahora no emitía señal alguna. El móvil había desaparecido. Dio un fuerte golpe a la mesa dando muestras de su malhumor.

Yure salió de la habitación muy enojado. Tenía que recuperar el móvil del chico, pero si no estaba en su dormitorio y ahora no lo localizaba en ningún lugar, no tenía ni idea de por dónde continuar la búsqueda. Se le pasó por la cabeza que lo hubieran enterrado con él, quizás un despiste, quizás algo simbólico. Si fuera así no tendría de qué preocuparse. Pero era realista y no creía en la suerte, sabía por experiencia que cada uno se buscaba su propia suerte.

Se asomó al gran ventanal del salón y se quedó contemplando la ciudad bajo sus pies. Era un buen piso. Si hubiera continuado en su tierra viviría en la calle o en cualquier cuchitril. Tal vez hubiera salido adelante, era inteligente, pero en su país no hubiera tenido las mismas oportunidades que en Estados Unidos. Ahora era la mano derecha de un importante hombre de negocios. Tenía más dinero del que hubiera imaginado nunca. Además de un nombre. Todo el mundo lo temía y lo respetaba a partes iguales.

Se dio la vuelta y se acercó a por un trago al pequeño bar que tenía en una esquina de la sala. Se sirvió una copa de palinca, un licor de ciruela de alta graduación típico rumano. Su madre era de Rumanía y le había inculcado sus raíces, su padre era de Ucrania, país en el que había nacido y residido hasta que decidió comenzar de cero. Hacía traer la bebida desde Bucarest para su consumo propio. Lo saboreó sorbo a sorbo. Se trataba de un reto personal. Era la misma bebida que tomaba su padre cuando él era un crío. Aunque su padre no sabía parar, cuando terminaba y ya no quedaba nada en la botella, pedía más. Pero nunca había otra botella ni dinero para comprar, por lo que para relajarse y, antes de quedarse dormido, se entretenía dando fuertes palizas a su madre o a él, según el día. Y así fue hasta que en una oportunidad su madre murió por la brutal agresión. Su padre acabó en prisión y él huyó. No quería ir a un orfanato ni a ningún otro lugar de características similares. Se prometió que nunca bebería más de la cuenta y lo había cumplido toda su vida. Lo que no quitaba que se tomara de vez en cuando una copa de este licor para no olvidar.

9

Wako, Texas

Jo lo iba a hacer por última vez. Diez veces había sido retada y ahora concluiría la décima. Lo iba a conseguir, se sentía satisfecha.

En su casa no había nadie. Sus padres estaban trabajando y ella acababa de llegar de clase. Su hermano siempre se quedaba tomando algo con los amigos después del instituto, por lo que tenía tiempo.

Como en las anteriores ocasiones, salió al patio trasero donde estaba libre de las miradas indiscretas de los vecinos que se preguntarían qué estaba tramando.

Comenzó a subir despacio y con paso firme la escalera que había apoyado en la pared y que había sacado del garaje. Se decía a sí misma que era mejor no mirar abajo, ya lo había hecho en otras oportunidades y se había asustado, e incluso se había mareado al comprobar la altura que la separaba del suelo. Se había fijado en que padecía de vértigo, hasta entonces ni se había dado cuenta de que sufría ese trastorno. Negó con la cabeza intentando eliminar esos pensamientos negativos y continuó el ascenso.

Cuando llegó al tejado, se agarró al canalón para poder encaramarse. La escalera se le quedaba un poco corta, así que tenía que esforzarse para auparse.

Tras unos minutos de duro trabajo logró sentarse en el tejado. Tenía que estar colocada en el borde durante un rato. Se tumbó sobre las tejas para contemplar el cielo que empezaba a tintarse de negro. Ya era prácticamente de noche. Le gustaba quedarse ensimismada contemplando las estrellas, estos días en los que había descansado en esa posición disfrutaba de ese momento. Era verdad que la subida le daba miedo, al igual que la bajada, pero el encontrarse en soledad observando el firmamento la relajaba y le hacía olvidarse de todo.

Estaba allí tumbada cuando escuchó un fuerte golpe. Se levantó con brusquedad, pero con cuidado de no caerse de la cornisa, y constató que la escalera se había resbalado, ahora descansaba tumbada en el suelo del patio. Se asustó, cómo iba a bajar, tenía que regresar al interior de la casa antes de que llegara su familia. Nadie podía

encontrársela allí, si la veían, le caería una buena bronca y un buen castigo por haber subido al tejado. Su madre se pondría histérica si lo supiera. Y su padre seguro que le pegaba un bofetón por haber realizado un acto

tan peligroso. Y lo peor de todo sería la cara de su hermano, seguro que él se alegraría de su fracaso.

Decidida a que no la descubrieran encaramada al tejado, empezó a idear alguna forma de bajar, no sabía cómo, pero hallaría una solución. Echó un vistazo a la pared que tenía debajo. Había un tubo conectado al canalón que aparentaba poder soportar su peso, además podría apoyarse en la celosía que recubría la pared y que estaba recorrida por una trepadora cuyas ramas ya comenzaban a tener un grosor aceptable. Se dijo que no sería muy complicado descender por ahí.

Con diligencia y sin mirar abajo se fue acercando al lugar donde comenzaba la tubería, aunque antes de iniciar la bajada se hizo una foto que envió al cuidador para confirmar que había cumplido con el reto. Cuando llegó, se dio la vuelta despacio y apoyó el pie en un pequeño saliente que había sobre la primera ventana. El otro pie le colgaba. Miró hacia abajo buscando un lugar donde colocarlo para no perder el equilibrio, pero eso fue lo peor que pudo hacer. En cuanto vio el suelo, empezó a notar cómo este se alejaba y se acercaba en un continuo ir y venir.

De repente se notó libre. Estaba cayendo.

10

Nueva York

El suave taconeo resonaba mientras subía las escaleras. No se había molestado en acercarse a coger el ascensor, le gustaba hacer ejercicio, aun teniendo en cuenta que entrenaba a diario.

Iba nerviosa, no sabía cuál iba a ser su reacción. La última vez que se vieron habían discutido y decidido poner fin a su relación. Ninguno podía permitirse tener una pareja en el mundo en que se movían. Los dos se habían casado y divorciado, el motivo de lo segundo en ambos casos había sido el trabajo. Pero ninguno podía ni quería dejarlo. Su profesión era su vida. Era lo único que los completaba. Aunque tenía que reconocer que le echaba de menos mucho más de lo que hubiera querido admitir.

Llamó al timbre. Ni siquiera podía saber si estaba en casa. Cuando abrió la puerta su sorpresa se reflejó en su rostro, fue solo un instante, pero tiempo suficiente para que ella se fijara. Harry la atrajo hacia sí y la besó. No hubo un hola, un ¿qué tal estás?, solo deseo.

Cerró la puerta con una mansa patada y se desvistieron sin haberse movido un ápice de la entrada. Unos segundos después se encontraban en la cama, haciendo el amor como en tantas otras ocasiones, con pasión y complicidad.

Estaban tumbados en el lecho donde acababan de hacerse cosas que a más de uno avergonzarían. Harry la abrazaba mientras ella se dejaba abrazar. Él se sentía mejor a su lado, le transmitía su fuerza. Todavía no se habían dicho nada. No se había atrevido a preguntar cuánto tiempo se quedaría, la necesitaba más que a nada en el mundo, y no se había dado cuenta de ello hasta que la encontró en el rellano, tras abrir la puerta, tan hermosa como siempre, con su melena rojiza suelta, ese vestido ajustado que le sentaba tan bien y sus zapatos de salón.

—¿Cómo estás? —Fue ella la que rompió el silencio.

—Destrozado. —Se volvió y lo miró a los ojos.

—Lo siento mucho. En cuanto he podido, he venido a verte.

—Lo sé. Y te lo agradezco. —Se acercó y la besó.

Harry se levantó de la cama, llevaba todo el día sin probar bocado y sentía hambre.

—¿Quieres algo de cenar? —le ofreció antes de salir de la habitación. Ella asintió conforme. Solo había comido lo que le habían servido en el avión y apenas lo había tocado. Esa comida, por más vuelos que hiciera, nunca le agradaría.

Se vistió con la camisa de él, que se encontró tirada en el suelo cuando lo seguía hacia la cocina. Se acomodó en la isla mientras contemplaba cómo se ocupaba de preparar un par de sándwiches con lo poco que tenía en la nevera.

—Lo siento, no he tenido tiempo de ir a comprar —se disculpó.

Harry se sentó a su lado sin decir palabra, dejando los platos que había preparado. Ella notaba que quería contarle algo, lo conocía muy bien, pero también sabía que le costaba arrancarse, así que le dio su tiempo. Tenía que ser importante si le resultaba tan difícil decírselo a ella.

—Creo que detrás de la muerte de David hay mucho más de lo que parece.

—Kate se sorprendió al escuchar esas palabras. Tenía entendido que le habían dado una paliza y por esa causa había muerto, una paliza cuyo objetivo aparente no había sido un simple robo. Se desconocía el motivo.

—¿Crees que tiene algo que ver con nuestro trabajo?

—No lo sé. Creo que no.

Harry le detalló todo lo que había averiguado hasta ahora, lo que tampoco era gran cosa, quería desahogarse con alguien, estaba solo en esto, pero no se sentía con fuerzas para afrontarlo en solitario. Nadie podía percibir lo roto que estaba en realidad, tenía que aparentar ser fuerte, no podía derrumbarse, sobre todo por Phoebe, ella necesitaba un lugar donde agarrarse para superarlo y ese lugar era él.

Cuando terminó de relatarle todo a Kate, ella estaba tan desconcertada como él.

Su olfato le decía que algo no pintaba bien. Ahí había más de lo que se

veía a simple vista. Como Harry, llevaba mucho tiempo de servicio como para no apreciar esas cosas.

—¿Había algo en el móvil de Leroy Ray? —preguntó con curiosidad.

—Apenas nada, aparte de lo que ya me había enviado mi hacker. Aunque me

han llamado la atención algunas fotografías. —Se dirigió a su habitación del pánico, la única que conocía de su existencia era Kate, por lo que le pidió que lo acompañara. Allí le enseñó las imágenes. Ella se sorprendió al verlas. En una se veía a Leroy colocado peligrosamente en la cornisa de su edificio de apartamentos, en otra se encontraba situado en el borde de un puente y, así sucesivamente, las instantáneas mostraban un evidente aumento del nivel de riesgo en las acciones del chico.

—¿Has localizado a quién se le envió el video? —Él negó con la cabeza.

—La señal me lleva de un punto a otro. Desde varias ciudades de Europa a Rusia, no encuentro el origen. A mi hacker le sucede lo mismo.

—¿Y sobre la matrícula?

—Nada. No existe. Quizás no cogiera bien el número. Todo sucedió muy rápido. —Kate lo conocía, sabía cómo trabajaba en situaciones peligrosas y bajo mucho estrés, estaba convencida de que no se había confundido.

—Parece que nos enfrentamos a profesionales. —Harry también lo creía, pero no entendía qué tendría que ver su hijo en toda esta historia—. ¿Y qué has pensado hacer?

—Creo que el siguiente paso lógico es hablar con el tal Bull. Es la única pista que tengo. —Ella estaba de acuerdo—. También había pensado en ir a Central Park, al lugar donde… —durante un instante no supo qué decir— sucedió todo.

—Kate lo abrazó con tanto cariño como fue capaz teniendo en cuenta que no era una persona afectuosa. No podía ni imaginarse por el infierno que debía estar pasando.

Cuando hubieron terminado de cenar, volvieron a la cama. Llevaban largo tiempo sin verse y sus cuerpos se echaban en falta. Necesitaban

sentirse, amarse y olvidar.

A la mañana siguiente, Harry bajó a comprar algo que desayunar. Conocía a la perfección los gustos de Kate, adoraba los cruasanes rellenos de chocolate, como una gran mayoría de población mundial, se dijo. En la pastelería Maison Kayser hacían los mejores de la ciudad. Así que llamó a un taxi y hasta allí se acercó a comprar unos cuantos y sorprenderla llevándoselos a la cama, acompañados de café y zumo, como tantas veces habían hecho antaño.

Regresaba con los bollos recién hechos, cuando se fijó en el periódico. Echó unas monedas, abrió la puerta de cristal y leyó el gran titular: «Encontrado en el Hudson». La imagen que aparecía en primera página era la misma que había en la ficha policial de John Miller, alias Bull.

Se quedó petrificado al leer la noticia. La ojeó por encima, no había mucha información. Se creía que llevaba unos cuantos días muerto. Una pequeña embarcación que salía de paseo se había tropezado con el cadáver flotando y de inmediato habían llamado a los guardacostas.

Siguió andando hacia casa a paso rápido, quería conocer la opinión de Kate. Se encontraba en un callejón sin salida, no sabía por dónde continuar. Su única pista había desaparecido.

11

Moscú, 10 años antes

Acababa de salvar el último control del aeropuerto sin complicaciones, tal y como esperaba. Katherine Jones lo estaría aguardando en la terminal. No la conocía, pero en esa misión serían compañeros. Más que eso, se hacían pasar por un matrimonio feliz. Harry sonrió al pensar en ello. Recién se había divorciado del que había creído el amor de su vida tras varios años de absurda convivencia, lo único que les había mantenido unidos era David, su hijo, pero ya hacía tiempo que entre ellos no había nada. Phoebe siempre había sido muy clara a

ese respecto, su trabajo les había arruinado la vida conyugal, tantos viajes y tantas temporadas alejados habían ido haciendo mella en una relación que él creía que soportaría todos esos contratiempos. Cuán equivocado había estado. Esto le hacía pensar si sería capaz de aparentar formar parte de lo que por definición debía de ser un matrimonio feliz, cuando él nunca lo había disfrutado.

Llevó el hilo de sus pensamientos a otros derroteros, no podía seguir pensando en Phoebe.

Katherine Jones. Harry había hecho sus deberes y la había investigado. Tenía que saber quién le iba a cubrir las espaldas. Y la verdad es que se había sorprendido gratamente. Era muy buena en su trabajo, meticulosa y audaz. Los encargos en los que había participado habían sido concluidos con éxito y de forma limpia. Como él, hablaba el ruso a la perfección, además de dominar el árabe y el francés. Ella también conocía el español, él apenas pronunciaba las cuatro frases necesarias para sobrevivir en algún país de habla hispana unas vacaciones. Sentía curiosidad por conocerla.

Al abrirse las puertas, se encontró a un montón de gente apelotonada, supuso que esperando a amigos y a familiares. Avanzó entre el tumulto buscando a su nueva compañera, la había visto en fotografías, por lo que no creía que tuviera problemas en reconocerla. Cuando una alta y atractiva pelirroja le sonrió, supo que era ella. Se preguntó cómo podría ser una agente encubierta de la CIA, porque era evidente que no pasaría inadvertida en ningún lugar.

Ella se abalanzó a sus brazos y él, como buen marido, los abrió de par en par recibiendo sus labios con todo su cariño.

—Nos observan —le dijo al oído.

Harry prestó atención a la multitud que los rodeaba. Un hombre a su derecha, que aparentaba ser un chófer y que portaba un cartel donde había escrito el nombre de un tal Señor Petrov, seguía observando a la pelirroja, ya se había percatado de su existencia, pero no sabía si la contemplaba por su atractivo o porque estaban siendo vigilados. También le había llamado la atención un ruso que leía tranquilamente el periódico apoyado en una columna, no parecía estar esperando a nadie.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó a ese desconocido al que acababa de besar como si llevaran años casados y el amor no hubiera muerto entre ellos.

—Ha sido perfecto —le sonrió Harry.

Ella lo cogió de la mano y lo arrastró al aparcamiento donde un coche de alquiler los esperaba. Después de colocar el escaso equipaje en el maletero, se pusieron en marcha.

—Jack Smith, te presento a Dimitri. —Jack Smith era el nombre que utilizaría Harry durante ese trabajo, y ella sería Kathleen Smith—. Dimitri es nuestro contacto, él se encargará de escuchas y de guardarnos las espaldas. —El conductor le hizo un movimiento con la cabeza a través del retrovisor.

—Dimitri —le respondió a modo de saludo.

—He pensado —continuó Kate— que en vez de llamarme Kathleen, me llames Kat, es más íntimo. —Harry asintió, le pareció una buena idea—. Te pongo al día.

Ya he contactado con Sergei Sokolov. En efecto su gran debilidad son las mujeres, parece que cualquier chica bonita podría ponerlo contra las cuerdas, aunque ninguna se haya atrevido por las consecuencias.

Sokolov sentía gran atracción por muchachas guapas e inteligentes, pero también era considerado una persona peligrosa, no le temblaba la mano si tenía que matar, sin embargo lo más habitual es que diera la orden y no se ocupara él directamente. Su principal negocio era el tráfico de armas, asimismo participaba en el mercado de trata de blancas, muchas jóvenes eran prostituidas o vendidas al mejor postor, engañadas tras sacarlas del país.

—Siguiendo el plan, contacté con él en su restaurante favorito. No se pudo resistir a mis encantos —soltó una carcajada que Harry no entendió—. Perdona, es que yo no me veo como me veis vosotros. —Harry se daría cuenta, más adelante,

que ella prefería vestir con unos vaqueros o un chándal a esos vestidos de mujer fatal que, por otro lado, le sentaban tan bien. No pasaba desapercibida ante ninguna mirada masculina ni ante algunas femeninas—. He quedado a cenar en varias ocasiones con él. No sospecha nada. Sabe que estoy casada y que llegabas hoy. Parece que la alianza le atrae todavía más. Creo que le fascina la idea de robarle la mujer a otro hombre. Por ahora ha sido bastante comedido. Pienso que está esperando a que aparezcas en escena.

—¿Y eso cuándo va a ser?

—Esta noche nos ha invitado a ambos a su casa. Va a dar una fiesta donde estará lo más selecto de Moscú. Mientras yo le entretengo, tú entrarás en su despacho a conseguir lo que hemos venido a buscar. —Harry se preguntó cómo lo entretendría, pero no preguntó—. En el hotel tengo los planos y todos los detalles de su casa, tanto del interior como del exterior. En cuanto lleguemos te los muestro y pensamos en cómo actuar durante la velada.

Harry la observó, era pragmática y precavida, tenía las cosas claras. Eso le gustó.

Harry se encontraba en la puerta de la habitación, terminando de colocarse la pajarita delante del gran espejo de la entrada, mientras esperaba a Kate. Se habían pasado toda la tarde debatiendo cómo iban a llevar a cabo el plan trazado.

Aunque, la verdad, es que él se había encargado de crear polémica para probarla, porque ella ya había pensado en todo. Y había superado su prueba con matrícula de honor. Era mucho mejor de lo que le habían comentado o de lo que se había imaginado. Por supuesto, ella se había dado cuenta de que estaba siendo examinada, pero no había dicho nada, al fin y al cabo, ella también lo estudiaba a él.

Cuando Kate salió del dormitorio, con un elegante vestido negro que resaltaba su melena pelirroja dejando al descubierto los hombros y que le sentaba como un guante, Harry se quedó sin palabras por un instante. Es una mujer muy hermosa, se dijo.

—Estás preciosa.

—Gracias. Espero que Sokolov piense igual —le sonrió.

—Si tiene ojos en la cara, lo hará.

Salieron del hotel bajo la atenta mirada de todos aquellos con los que se cruzaron. Harry reconoció varias caras con las que se habían topado en el aeropuerto, por lo visto, los seguían muy de cerca.

El coche conducido por Dimitri los esperaba en la entrada principal del Hotel Metropol, un botones les abrió la puerta y Harry le dio una propina que alegró la entristecida cara del joven.

—¿Te has fijado? Había tres personas que esta mañana se encontraban

en el aeropuerto —le comentó Kate en cuanto se hubieron puesto en marcha.

—Los he visto —le confirmó Harry.

En el coche se colocaron unos pequeños dispositivos que hacían la función de micrófonos para mantenerse en contacto. Pasaban totalmente inadvertidos, ocultos por el pelo de ambos.

—Estaré atento y preparado para salir pitando —les manifestó Dimitri en inglés, pero con un fuerte acento ruso, nada más llegar a su destino.

Ambos salieron del coche en dirección a la gran puerta principal de la casa de Sokolov, donde ya algunos invitados hacían cola para acceder a la mansión. Tanto el jardín como la fachada estaban repletos de bombillas mostrando la imponente edificación. El ruso era aficionado a mostrar el lujo y suntuosidad del que se rodeaba. Muchos transeúntes paraban unos segundos para echar un vistazo, sobre todo a los invitados, por si allí hubiera algún famoso.

No tardaron en entrar y pasar al gran salón donde los invitados eran agasajados con un cóctel. Harry y Kate eligieron sendas copas de champagne que no probarían.

—Ahí está —le susurró Kate en cuanto vio al anfitrión dirigiéndose hacia ellos.

—Kathleen tan preciosa como siempre —le dijo a modo de saludo—. Espero que disfrutes del Belle Epoque de Perrier-Jouet —le señaló la copa que tenía en la mano. Harry conocía el exclusivo Chardonnay, sabía que el precio de la botella superaba los mil euros. Al fijarse el ruso en su acompañante, se presentó—: Y me imagino que este es tu marido, Jake Smith.

—Jack —le corrigió Harry.

—¿Perdón? —su tono resultó de una arrogancia extrema.

—Digo que mi nombre es Jack. —Sergei por primera vez prestó atención al hombre que acompañaba a Kathleen. Quién era él para contradecirle, desde luego no sabía con quién estaba hablando, se dijo. Pero obvió el tema porque su venganza ya estaba preparada, acostarse con su mujer le haría olvidar la desfachatez de ese hombre, ya se encargaría de que él se enterara del agravio.

—Me dice Kathleen que tiene un monopolio de empresas de software.

—Kat, cariño, siempre exagerando —le agarró la cintura a su supuesta mujer, marcando su territorio. Ese hombre le producía una fuerte aversión. Kate reparó en el juego de machos que se traían entre manos y se separó de Harry con desenvoltura, tenía que continuar su coqueteo con Sokolov. Si bien, un marido celoso es lo que se esperaría en esa situación para que resultara creíble su tapadera.

—Cariño, ya sabes que no exagero —se acercó a Sergei y lo cogió del brazo—.

Ahora, por favor, enséñanos esta magnífica casa. Me encantan las pinturas que tienes expuestas en el salón.

El ruso hizo caso omiso a Harry y arrastró a su mujer a la habitación contigua donde le mostró algunos lienzos de gran valor que colgaban en las paredes, entre ellos un par de pinturas de Kandinski.

—Son impresionantes —declaró Kate totalmente sorprendida por el conocimiento de ese hombre sobre arte, nunca se lo hubiera imaginado.

—Gracias. Tú sí que eres impresionante —le dijo a modo de confidencia, aunque Harry pudo oírlo—. Y decidme, ¿habéis tenido oportunidad de hacer turismo por la ciudad? —preguntó sin quitarle la vista de encima a Kate. Con el vestido que lucía estaba espléndida, no podía pensar en otra cosa que en arrebatárselo, era la mujer más hermosa del lugar con diferencia.

—Pues nos hemos acercado a la Plaza Roja que no queda lejos de nuestro hotel

—comentó Harry intentando enfriar el ambiente, puesto que el ruso dejaba muy patente cuáles eran sus intenciones.

—¿Habéis visitado el Templo del Cristo Redentor? —consultó sin mucho interés.

—No, todavía no —contestó Kate—, pero me han dicho que es impresionante, dos catedrales, una sobre otra.

—En efecto, querida, no dejes pasar la visita. Eso sí, cuida tu vestimenta, porque

no permiten el acceso con solo enseñar los tobillos. —Kate le sonrió

ladina, cosa que no le pasó desapercibida a Sergei—. Me encantaría mostrarte una pintura especial, la guardo en una de mis habitaciones privadas, en la segunda planta.

—Sería un placer.

—Me encantaría verla —les interrumpió Harry, dejando a Sergei con la boca abierta a punto de dejarle fuera de juego, pero Kate salvó la situación.

—Cariño, te prometo que solo será un momento, ya sabes lo poco que te gusta esta disciplina. Te aburrirías.

—Tienes razón, Kat. —Le dio un beso en la mejilla mientras le decía al oído—: Ten cuidado.

Observó cómo ambos desaparecían por las escaleras en dirección a los pisos superiores. Ahora le tocaba actuar a él.

La ubicación del despacho de Sergei estaba en la misma planta, tendría que subir por esas mismas escaleras sin ser visto, si lo veían, el plan se iba a pique. Los guardaespaldas de Sokolov comenzaron a ascender hacia la segunda planta con intención de proteger a su jefe. Ese era el momento más oportuno.

Se dirigió hacia la escalinata, no sin antes poner la zancadilla a uno de los camareros que iba cargado con una bandeja repleta de copas del exclusivo champagne, lo que provocó el grito de algunas mujeres al ver sus galas empapadas con la burbujeante bebida, mientras los hombres, con servilletas, intentaban solucionar el funesto percance. Harry aprovechó la ocasión de desconcierto y confusión para seguir a la comitiva que acababa de desaparecer de la fiesta.

Subió las escaleras sin que nadie se fijara en él. Sin embargo, al llegar al descansillo, en vez de girar a la izquierda como habían hecho los que lo antecedían, él giró en sentido contrario. El despacho era la segunda puerta, si los planos que habían estado revisando una y otra vez esa misma tarde no estaban erróneos. Entró en la habitación y, como se esperaba, se topó con el despacho del traficante.

Fue directo a por el portátil que descansaba sobre la mesa y lo encendió.

Enganchó un pendrive al dispositivo y esperó a que accediera al contenido del disco duro. Como se imaginaba el ordenador tenía clave de acceso, no obstante, el software de la memoria USB tardó unos

segundos en atravesar esa primera barrera de seguridad. Navegó por las diferentes carpetas hasta que encontró una

encriptada, supo que esa era la que buscaba. Volvió a dejar trabajar al programa para que siguiera derribando el resto de barreras, las cuales fueron más arduas de solventar, pero el algoritmo lo consiguió en un breve lapso de tiempo.

Mientras tanto, unas habitaciones más allá, Sergei besaba la nuca de Kate.

—¡Qué bien hueles! —musitó con voz ronca por la excitación.

—¿Una copa de champán? —le propuso ella al ver sobre una mesa la hielera enfriando una botella de la espumosa bebida.

—Claro, querida.

Kate sirvió dos copas mientras él se quitaba la chaqueta y la abandonaba en el respaldo de una silla. Se volvió a acercar a ella y la agarró por detrás continuando con la tarea que estaba llevando a cabo unos segundos antes. Kate se dio la vuelta y le ofreció una de las copas con sonrisa provocadora. Sergei le devolvió la sonrisa mientras daba un sorbo a su consumición.

—Tu marido es muy celoso, ¿verdad?

—Sí que lo es —contestó antes de probar el excelente champagne en un intento de animarlo a continuar bebiendo.

—No sé qué has visto en él, aparte de su dinero, claro. —Si Harry había sentido aversión por el ruso en cuanto se conocieron, este no se había quedado atrás. Harry no le había caído bien, lo había mirado por encima del hombro, y a él nadie lo menospreciaba y menos con la soberbia demostrada por ese hombre.

Kate sonrió por la muestra tan evidente de celos—. ¿En serio quieres que perdamos el tiempo hablando de Jack? —le preguntó mientras lo tumbaba sobre la cama y se colocaba a horcajadas sobre él.

Sergei la observó con mirada lasciva mientras dejaba su copa vacía sobre la mesilla. La cogió del cuello atrayéndola hacia sí y comenzó a besarla a la par que le acariciaba los muslos. Unos segundos después, se encontraba roncando sobre la cama.

Kate cogió la copa vacía y la limpió en el lavabo del baño adyacente,

prefería que no hallaran restos de la droga que le había suministrado, una de tantas que se utilizaban para tratar los trastornos del sueño, aunque en una dosis un poco mayor de la indicada. Sabía que dormiría profundamente durante al menos siete horas y al despertar no recordaría nada de lo ocurrido.

Su siguiente paso fue mirar debajo del colchón, ahí tenía que estar lo que necesitaba y, en efecto, allí lo localizó. Un conjunto como el que empleaban las camareras del catering que habían contratado para servir a los invitados. Se vistió, se recogió el pelo adornándolo con una pequeña cofia y se sentó a esperar. Tenía que dar tiempo a Harry para copiar toda la información, el margen acordado.

Tras casi una hora de tumbar barreras de seguridad y de copiar archivos, Harry ya tenía lo que habían ido a buscar. Así que continuó con el plan.

Kate seguía en la habitación de Sergei. Como no podía estar sentada sin hacer nada, mientras esperaba, la había estado registrando y había encontrado algunas cosas que le resultaron muy interesantes. El ruso, en el cajón de la mesilla, guardaba fotografías manteniendo relaciones sexuales con diferentes mujeres, algunas parecían demasiado jóvenes, sin embargo otras mostraban el anillo de casada en su dedo anular, a un par de ellas las reconoció como las esposas de hombres influyentes en Rusia. Con las imágenes en la mano, para comprobar el ángulo de donde habían sido tomadas, buscó la cámara que las había realizado, suponiendo que ella también estaría siendo grabada. Enseguida descubrió un cofre de plata que a simple vista parecía un joyero. Lo abrió y dentro se encontró con una diminuta cámara. Comprobó la grabación en donde aparecía echando algo a la copa de Sergei. Pensó en borrarla, pero decidió que sería más sencillo llevarse la pequeña memoria, quizás hubiera más datos interesantes en ella. Tras esto, Kate sacó su móvil y una a una fue haciendo fotografías de las instantáneas atesoradas en el cajón.

Poco después de haber realizado el último disparo, Harry le confirmó, por el pequeño dispositivo que los mantenía comunicados, que había concluido su parte.

Salió de la habitación portando la bandeja en la que estaban el champagne y las copas. El móvil lo llevaba en el delantal y su ropa y demás objetos con los que había llegado a la fiesta los había tirado hacía rato por la ventana, sabiendo que Dimitri se encargaría de recuperarlos.

Al llegar al rellano se topó con los dos gorilas de Sokolov que la miraron extrañados, aunque ninguno hizo movimiento alguno, por lo que supuso que no la habían reconocido. Unos metros más allá vio como Harry aprovechaba que los guardaespaldas estaban centrados en ella para pasar por detrás y comenzar la bajada hacia el piso en el que la fiesta continuaba sin echar de menos al anfitrión.

Aun así, se mantuvo a la espera por si Kate tenía algún problema con los escoltas.

—Los tortolitos querían nata —les dijo a ambos con una pícara sonrisa en un

perfecto ruso. Los hombres se miraron con complicidad y sonrieron, intuyendo para qué la querrían.

Cuando Kate pasó entre ambos, ignorando sus soeces comentarios, notó cómo uno de ellos le daba una palmada en las nalgas, lo que hizo que por una milésima de segundo se detuviera pensando en abatirlo. Pero entró en razón y continuó su camino obviando las carcajadas de los dos rusos.

Harry y Kate salieron por la puerta principal, uno detrás de otro, como si fueran dos desconocidos. Al doblar la esquina, el coche, con Dimitri en el interior, los esperaba preparado para dirigirse hacia el aeropuerto. Tenían que salir del país antes de que Sokolov asimilara lo que acababa de suceder.

12

Cuando Kate despertó, se encontró sola en la cama, se desperezó y se fijó que había una nota de Harry encima de la almohada. «He ido a por el desayuno, no te levantes». Ella sonrió al leer el breve mensaje. Siempre tan atento, se dijo. Era un conquistador nato, el problema venía después, en el día a día.

Había dormido como hacía mucho tiempo, por fin se sentía relajada. No llevaba ni veinticuatro horas en Nueva York y Harry había conseguido lo que nadie había logrado, que descansara como era debido.

Mientras esperaba, recordó su primer fin de semana juntos. Acababan de finalizar su primera misión conjunta en Moscú. Allí se habían conocido. En un encargo que lograron concluir con éxito y que no se les complicó. Tras llevar toda la información recopilada a sus superiores, se cogieron un permiso de dos días y disfrutaron de la estancia en un romántico hotelito en las Cataratas del Niágara.

Apenas habían salido de la habitación, solo una tarde que fueron a visitar la atracción principal, las imponentes cascadas, donde como cualquier turista montaron en un barco que les situó muy cerca de la caída de agua, empapándose entre risas.

—¿En qué piensas? —Harry la sacó de sus ensoñaciones—. Te he pillado sonriendo con cara de boba. —Kate fue a tirarle una almohada, pero se contuvo al ver que iba cargado con una bandeja llena de cruasanes, se imaginó que estarían rellenos de chocolate, como le gustaban a ella, además de dos vasos de zumo de naranja y un par de tazas de café.

—¿Qué se celebra?

—Nada en especial, que estás aquí. —Kate se acercó y lo besó en los labios.

Había olvidado lo encantador que podía llegar a ser cuando quería.

Al colocar la bandeja entre ambos, se dio cuenta de que había un periódico doblado, lo cogió para ver las últimas noticias.

—El de la foto es Bull —le dijo Harry en cuanto Kate abrió el

noticiero.

—¿Bull? ¿Tu Bull? ¿La pista por la que íbamos a comenzar? —Harry asintió y

Kate supo lo que significaba, otro camino sin salida—. Está claro que alguien nos lo quiere poner difícil —comentó—. ¿Crees que sabían que íbamos tras él?

—No creo en las casualidades, pero ¿qué otra cosa podría ser? Lo que no entiendo es cómo se han enterado.

—Habrá que averiguarlo. —Kate dio un bocado a uno de los cruasanes, su sabor le resultó un deleite para el paladar—. Por cierto, he investigado un poco y he pensado en algo. —Harry la miró sorprendido, no sabía de dónde había sacado tiempo—. Sabes que no duermo mucho, así que mientras tú roncabas, yo estuve investigando por internet.

—Yo no ronco —le dio un suave empujón a modo de broma y ella le sacó la lengua en un gesto íntimo e infantil.

—El caso es que he encontrado algo. ¿Sabes qué es la Ballena Azul?

—Sí, un juego formado por cincuenta retos en el que cada participante tiene que superar cada uno de ellos. El juego concluye cuando el jugador se suicida. La policía cree que la paliza que le dieron a mi hijo fue producto de uno de los desafíos, algo como: dale una paliza al primero que veas corriendo en Central Park. También he tenido acceso a los archivos del departamento de Homicidios y no dan posibilidad a otra conclusión. Creo que han dado el caso por cerrado, asumen que la causa de la muerte ha sido ese maldito juego.

—Ya, pero aunque haya sido un juego, alguien se encargó de cometer el asesinato.

—Lo sé, pero parece ser que tienen casos más importantes que una simple paliza en el parque que terminó en homicidio involuntario. —Harry conocía de sobra cómo funcionaba el Departamento de Policía de Nueva York, sobre todo porque no contaban con efectivos suficientes para llevar a cabo investigaciones en profundidad de todos los casos que se les asignaban—. Además, nosotros sabemos que el asesino está muerto, aunque llegaran hasta él, ya no podrían hacer nada.

—Pues nos encargaremos nosotros. —Harry se alegró al escuchar las

palabras de Kate, no estaba solo, lo iba a ayudar.

—No te puedo pedir que te metas en todo este lío. —Sabía que era egoísta aceptar su propuesta, aunque deseara su participación.

—No me lo estás pidiendo, lo hago yo porque quiero. ¿Para qué están los

compañeros? —Su ánimo era contagioso, la necesitaba, él estaba roto por dentro y no estaba seguro de ser capaz de llevar todo ese peso en solitario.

—De acuerdo.

—¿Por dónde empezamos?

—Creo que la clave está en el teléfono de Leroy Ray. También me gustaría saber quién era el hombre que estaba con Bull en el cuarto del chico el otro día. Sigo convencido de que buscaban algo y ese algo es su móvil, el cual tengo yo. Así que tendremos que averiguar qué esconde ese teléfono que resulta tan importante como para que se hayan producido tres muertes: la de David, la de Leroy y la de Bull. —Kate estaba de acuerdo en todo. Tendrían que ir desmadejando todo ese embrollo si querían llegar a algo.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que quien está detrás de todo esto sea alguien que tenga que ver con tu trabajo? ¿con alguna operación encubierta en la que hayas participado?

—Claro que lo he pensado. De hecho, es la respuesta más sensata. Lo más probable es que mi identidad se haya visto comprometida, lo que implica que nadie está a salvo. Phoebe o incluso tú. Si saben quién soy en realidad, mis compañeros penden de un hilo. —Kate sabía que tenía razón, si alguno de los objetivos de sus misiones descubría la identidad de un agente de campo, el resto de la unidad estaba expuesta.

—Tendríamos que analizar esa posibilidad.

—¡¿Cómo?! ¿Sabes en cuántas misiones he trabajado en los últimos años?

—Desde el divorcio ocupaba su tiempo involucrado en el trabajo y el resto lo pasaba con David, algo que ya no se repetiría, pensó entristecido—. Podría ser cualquiera. Tendríamos que acotar y no se me ocurre cómo hacerlo. Mi hacker está intentando localizar el lugar a

dónde se transmitió el video que grabó Leroy Ray mientras daba una paliza a mi hijo... —Todavía le costaba hablar de ello, quizás nunca lo superara—. Por ahora no ha dado con nada.

—Aunque si fuera alguien que tuviera que ver con nosotros, entiendo que no serías el único afectado, ¿verdad? —A Harry ese razonamiento le resultó coherente.

—Si sigues por ese camino nos volveremos locos. Es mejor que continuemos la investigación siguiendo las pruebas que tenemos. Encontrar lo que se oculta en el

móvil de Leroy Ray y hallar al compañero de Bull. —Kate asintió, si abrían muchas líneas de investigación se perderían entre ellas y no se orientarían hacia el camino correcto.

Yure estaba tomando un café en la barra de la cocina, leyendo el periódico. En la primera página aparecía una imagen de Bull en la que no salía muy favorecido, el titular rezaba: «Encontrado en el Hudson».

Por lo que pudo leer, la policía no tenía ni idea de quién podría haber acabado con su vida, aunque al tener una larga ficha policial, estaba seguro de que abandonarían el caso de forma inminente. No tendrían interés en conocer la causa, lo único que les importaría es que un desaprensivo menos andaba haciendo fechorías en su ciudad.

No tenía intención de acabar con la vida de ese tontaina, por lo menos todavía, aún le podía haber sido de gran utilidad. Pero el descubrir que alguien externo al Departamento de Policía de Nueva York estaba investigando sobre él, lo había puesto sobre aviso.

Esperaba que no se hubiera ido de la lengua. Los americanos como él solían divertirse fanfarroneando con el primer extraño que les invitaba a una copa en la barra de un bar.

Creía que no había hablado con nadie. Antes de asesinarlo se ocupó de sonsacarle todo lo que le fue posible y, desde luego, no tenía ni idea de por qué alguien iba tras su pista. Él le creía, pero sabiendo lo obtuso que resultaba, estaba seguro de que se le podía haber escapado algo y ni siquiera se había enterado de su error.

Se levantó del taburete en el que estaba acomodado y dejó el periódico sobre la encimera. Aún seguía muy cabreado. Si habían descubierto a Bull, el siguiente en caer sería él. Tenía que averiguar

quién les estaba siguiendo la pista y por qué.

Él no era un inepto como el americano, sería capaz de esclarecer lo ocurrido. Le daba en la nariz que la persona que se había llevado el móvil de Leroy Ray era el mismo sujeto que iba tras ellos. Lo que le confirmaba que el teléfono no había desaparecido por arte de magia, había alguien investigando la muerte del negro, alguien que había descubierto parte del plan. Se preguntaba qué parte. De lo que no cabía ninguna duda es que tendría que eliminar los cabos sueltos.

La primera persona que le vino a la cabeza fue Harry McKenzie, pero no entendía cómo lo habría averiguado. El plan había sido perfectamente trazado, de hecho, del detalle se había ocupado él mismo con su gente. No había lugar a errores. No entendía dónde podía haberse producido el descuido.

También era posible que no tuviera relación con la misión que le había encomendado su jefe. Una tarea muy valiosa para él. Nunca hacía encargos tan importantes sin participar. Yure sabía que lo había hecho por puro egoísmo: si Harry McKenzie lo descubría, era hombre muerto. Pero había confiado en él, había puesto su mano en el fuego por él, y ahora no podía fallarle.

Quizás en un futuro se quedara con el negocio, con todo lo que implicaba. Su jefe empezaba a estar mayor para el tipo de actividades en las que estaban inmiscuidos y él se estaba convirtiendo en su brazo derecho. Si salía todo como pensaba, estaba convencido de que se lo traspasaría. No podía descuidarse. Y si algo fallaba, el siguiente en aparecer en el Hudson sería él. O todo o nada. Así era el juego.

Se quedó contemplando la ciudad desde el ventanal de su salón. Con los brazos cruzados debajo del pecho, en una postura que le resultaba relajada, veía Manhattan a sus pies. Si se salía con la suya, ya no solo lo vería a sus pies, sino que estaría a sus pies. Sonrió al pensarlo.

13

Nueva York

Harry subía las escaleras del viejo edificio en el que Bull había estado alquilado los últimos años, muy cerca del estadio de béisbol de los Yankees.

Una mujer, que estaba fregando el suelo en el portal, le había dado alguna información. Le había comentado que el señor Miller había sido boxeador en su juventud lo que, según ella, le había dejado medio lelo. Harry había oído hablar de las lesiones cerebrales producidas por los constantes golpes en la cabeza, últimamente se mencionaba mucho la demencia del boxeador en cualquier medio de comunicación.

También le había cotilleado que no era trigo limpio, que sus compañías no eran buenas, de la peor calaña, había dicho. No se había extrañado de su final.

Harry le mostró la foto del ucraniano, quizás lo hubiera visto en alguna ocasión con Bull, pero tras una atenta revisión, no lo reconoció.

Se encontraba en la puerta del apartamento de Bull con la ganzúa en la mano, esperando que en el interior no hubiera nadie, puesto que la señora también le había informado de que el piso no había sido ocupado todavía, ni se habían molestado en acercarse a recoger las escasas pertenencias del anterior inquilino.

Miró a derecha e izquierda con disimulo, confirmando que no había ni un alma a su alrededor, aunque comprendiendo que estaba siendo observado desde alguna de las mirillas. Con un movimiento rápido abrió la puerta y accedió al interior de la vivienda.

El lugar estaba sucio y desordenado, aunque no tenía pinta de haber sido registrado, simplemente la persona que había vivido allí era un cerdo, pensó Harry. Se aproximó a una de las ventanas del salón, la cual abrió, intentando ahuyentar el hedor que se respiraba en la habitación.

Lo primero que inspeccionó fue el cuarto en el que se hallaba, revisó los cajones, los estantes, las lámparas, también las rejillas, que pudo desprender de la pared utilizando a modo de destornillador una pequeña navaja que solía llevar en el bolsillo, comprobó todo lo que

se le ocurrió. Cuando corrió una de las puertas del centro de entretenimiento, bajo el enorme televisor de pantalla plana, localizó una

colección de películas en DVD, la mayoría de acción y unas cuantas porno que parecían las más utilizadas por lo gastado que se conservaba el papel que las envolvía. Abrió de una en una todas las cajas que protegían los discos, por si hubiera allí algo guardado, pero tampoco descubrió nada.

Continuó con el resto de habitaciones de la casa. En el baño quitó la tapa al tanque del inodoro, le llamó la atención que estuviera medio vacío y que el mecanismo interno estuviera torcido, en una posición algo forzada, como si hubiera habido algo allí escondido que impedía el llenado completo y que había ejercido cierta presión sobre el engranaje.

En el dormitorio inspeccionó el colchón, pero no encontró nada más que muelles y espuma. En el armario, que hacía las funciones de vestidor, en el estante superior, oculto por algunos jerséis doblados, se topó con una caja. En cuanto se hizo con ella, empezó a comprobar su contenido algo más animado, si estaba escondida sería por algo, se dijo. Había viejas fotografías familiares de cuando era mucho más joven, ninguna actual, algunas cartas que leyó por encima, todas escritas a diferentes mujeres, a cuál más burda, que nunca habían sido enviadas y poco más.

Cuando terminó con el dormitorio se dio cuenta de que había concluido con el registro y no había sido capaz de localizar una pista que identificara para quién trabajaba o con quién.

Tenía que haber algo, se dijo, no podía ser tan meticuloso cuando todo en el piso indicaba justo lo contrario. La mujer de la entrada le había asegurado que no tenía muchas luces y él lo había intuido al ver la larga ficha policial, le capturaban con facilidad, no se lo ponía difícil a las autoridades.

Tras terminar de comprobar todo el domicilio, llegó a la conclusión, al no hallar ni una pista de por dónde continuar, de que alguien había estado allí antes que él.

Se notaba alterado. Esa mañana había sido una completa pérdida de tiempo.

Primero, se había acercado con Kate a Central Park, al lugar donde ocurrieron los hechos, y como era de esperar no encontró nada. Ya

había pasado mucho tiempo desde la agresión a David, pero además no había posibilidad de que alguien viera lo que sucedió, la zona quedaba oculta entre los árboles, era un lugar muy adecuado para tenderle una trampa a su hijo. Eso le decía que había sido premeditado, el lugar había sido elegido a conciencia. Con tan poca visibilidad no sería posible dar con ningún testigo que pasara por allí a esas horas, ni ninguno que mirara por la ventana desde alguno de los edificios que rodeaban el parque.

Salió del apartamento dando un portazo, lo que provocó el sonido de varias mirillas moviéndose para fisgar al desconocido que salía de la casa de su vecino.

Bajó por las escaleras del bloque a toda prisa, necesitaba salir de allí lo antes posible, se sentía oprimido, necesitaba respirar aire fresco. Traspasó el portal sin cruzarse con nadie. La mujer que había estado fregando un rato antes ya no rondaba por allí.

En cuanto se vio en la calle, dio una gran bocanada de aire, pero no le sirvió de nada, no se sintió mejor. Al contrario, se hallaba en un callejón sin salida. No sabía por dónde continuar.

Tras apoyarse unos segundos en el tronco de un árbol cercano, notó cómo el mareo y la presión iban desapareciendo. Siguió su camino sin mirar atrás, planteándose si se le había pasado algo por alto. Analizó todos los pasos que había dado hasta ahora, quizás no había tenido en cuenta algo que fuera importante.

Enfrente, un hombre lo observaba, sentado en el interior de un coche, esperando, quería saber cuál sería el siguiente movimiento de Harry McKenzie.

Sonrió al verlo tan abatido. No había descubierto nada. Aunque no esperaba menos, ya se había ocupado él de eliminar todo rastro en la vida de Bull que revelase cualquier pequeña información de su persona o de la de su jefe.

Yure Nychaj arrancó y se marchó de allí.

Cuando Harry llegó a casa, Kate estaba muy concentrada en la habitación del pánico. Se colocó a su espalda y observó cómo aporreaba el teclado mientras en la pantalla se mostraban decenas de curvas que iban de un país a otro sin detenerse en ninguno en concreto.

De repente, Kate se percató de su presencia en la estancia y dio un bote en el asiento.

—¡Dios, qué susto me has dado! Tan sigiloso como siempre.

—Perdona —se agachó para darle un beso en el cuello—, ¿qué estás haciendo?

—Rastreo el móvil de Leroy Ray. Pero como le ocurre a tu hacker no estoy llegando a ninguna parte. Quien se haya ocupado de ocultar la señal de origen es realmente bueno, un genio de las comunicaciones.

—Otro rastro que no lleva a ningún sitio. —Kate levantó la cabeza dejando la

tarea en la que tan abstraída había estado, sus palabras habían resultado desmoralizadoras.

—No seas tan negativo. Siempre hay una forma de llegar. Lo único, que llevará más tiempo. —Se dio cuenta de que su comentario no había ayudado a motivarlo—. Entiendo que no has descubierto nada en la casa de Bull.

—Nada.

—Bueno, nos hemos visto en operaciones mucho más complicadas. Ya verás como llegaremos al quid de la cuestión. —Harry se encogió de hombros, se sentía derrotado. Su hijo había sido asesinado, su asesino se había suicidado, sobre los dos hombres con los que se había topado al investigar al joven Ray, uno estaba muerto y no había visos de localizar al otro. No hallaba el optimismo por ninguna parte. La única pista que tenían era ese maldito móvil, y él no había encontrado nada, Loop no había encontrado nada y, por lo visto, Kate tampoco encontraba nada.

—Voy a comer algo, ¿quieres un sándwich? —Aunque Kate no tenía ni pizca de hambre decidió acompañarlo, estaba hundido.

—¡Eres como un crío! —le sermoneó al verlo untar sobre el pan de molde, que acababa de sacar de uno de los armarios de la cocina, mantequilla de cacahuete—.

Anda, déjame que prepare algo más sano.

Se acercó al frigorífico y sacó los ingredientes necesarios para aderezar una ensalada. Harry miró la comida con desprecio, no le

apetecía algo tan insípido.

—Mejor vayamos a comer fuera. Yo invito.

Volvieron de una comida que resultó ser más animada de lo que hubiera parecido en un principio, gracias a que Harry se sintió alentado por su compañera, quien le insufló algo de su positivismo. Era verdad que se habían enfrentado a situaciones con muchos menos indicios de llegar a buen puerto y entre ambos lo habían conseguido. Solo tenía que calmarse y pensar con claridad.

Estaban atravesando la puerta del loft cuando escucharon cómo el móvil de Harry sonaba de forma atronadora. Este fue a echar mano al bolsillo de su chaqueta y se fijó en que no lo llevaba encima, lo había dejado olvidado en casa.

Fue corriendo al lugar de dónde provenía el sonido, pero nada más llegar, este

finalizó. En la pantalla aparecía «número desconocido», de inmediato supo de quién se trataba. Solo había una persona que lo llamaba con número oculto a su teléfono personal. Buscó su número en la agenda y marcó. Al primer tono lo cogieron.

—¿Dónde estabas? Llevo horas llamándote.

—Perdona, he salido y me he olvidado el móvil en casa —explicó, aun cuando nunca daba explicaciones, por lo que Loop se quedó atónito por la respuesta.

—¿Estás bien?

—Sí. —Se recompuso para atender al pirata informático, esperando que llamara para darle buenas noticias. Necesitaba buenas noticias—. Dime que has encontrado algo.

—Tranqui, colega. ¿Por quién me tomas? ¿Acaso lo dudabas? Siempre hay un camino, lo que pasa que no ha sido sencillo. —Más o menos lo que le había dicho Kate un rato antes.

—Cuéntame, no te vayas por las ramas. —Loop se dio cuenta de que Harry no estaba para tonterías, así que fue al grano.

—El origen de la conexión está en Rusia. —Harry iba a gritarle que si

no conocía la inmensidad de ese país, pero Loop no se lo permitió, continuó relatándole lo que había destapado—: Para ser más exactos en Yaroslavl.

—¿Yaroslavl?

—Sí, una ciudad a doscientos cincuenta kilómetros de Moscú, a orillas del Volga.

—Conozco el lugar. Solo he mostrado sorpresa. —Loop volvió a encontrar raro el comportamiento del agente. Lo habitual era que no exhibiera ningún sentimiento, cero pasión.

—En serio, Harry, me preocupas.

—Dime que tienes una dirección. O esperas que vaya de puerta en puerta buscando al que se encargó de mensajearse con Leroy Ray.

—Tengo una dirección, en efecto. Y como soy incapaz de pronunciarla te la he enviado por correo electrónico.

—Muchas gracias, Loop. Te debo una.

—Me debes muchas —le rebatió, pero Harry no lo escuchó, ya había colgado y se había ido directo al portátil.

14

Nueva York

Harry estaba en casa de Phoebe, con una taza de café que acababa de preparar ella, sentados en la mesa de la cocina. Él la observaba esperando a que estallara, sabía que intentaba controlarse, pero la noticia le había superado, explotaría en unos segundos, la conocía demasiado bien. Le acababa de contar que se iba a Yaroslavl por trabajo.

—No puedo creerme lo que me dices. Ahora, cuando más te necesito, sales corriendo. —La frustración de Phoebe era evidente.

—No quiero irme, pero tengo que hacerlo. Quieren que vaya, es un contrato muy importante para la empresa y no quieren dejarlo en manos de cualquiera.

Quieren que sea yo el que lo cierre.

—Siempre igual, tu trabajo es lo primero. Tu hijo acaba de morir… —Supo al instante que no tenía que haber dicho eso. Harry se levantó dejando la taza sobre la mesa con un fuerte golpe.

—Sé perfectamente que nuestro hijo acaba de morir. No hace falta que me lo recuerdes.

—Perdona, no quería… —se echó a llorar, la situación le sobrepasaba. Desde que David ya no estaba con ellos se pasaba el día a base de tranquilizantes, todos recetados por su médico, mudaba de un estado de nervios a un estado de apatía en un instante, nunca había sentido un dolor tan fuerte, le ahogaba, a veces, no podía respirar. Solo superaba esos momentos cuando hablaba con Harry, él sabía lo que estaba viviendo, estaba en su misma situación, y él era más fuerte, era su apoyo, lo necesitaba, no podía abandonarla justo ahora.

Harry la vio tan frágil que no pudo evitar acercarse a ella y abrazarla. Entendía lo que sentía, él también estaba roto por dentro. Lo peor es que no podía contarle la verdad, decirle que iba allí buscando al asesino de su hijo. ¿Cómo podría decírselo cuando ella no sabía…?

—Será un viaje rápido —dijo, sin embargo—. No te darás cuenta de mi ausencia. Cuando vuelvas a pensar en mí, estaré entrando por esa puerta. Te lo prometo. —Phoebe sabía que nunca cumplía sus promesas. Había escuchado

tantas excusas, tantas explicaciones, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ella ya no era nadie en su vida, no podía pedirle que se quedara, no tenía ningún derecho. Así lo decidió. De todas formas, aun cuando estaban casados, nunca se había atrevido a demandárselo, quizás porque le daba miedo la respuesta.

—De acuerdo —fue lo único que fue capaz de manifestar. Se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas con la palma de la mano y se apartó de él. Si seguía pegada a su cuerpo no podría soportar su marcha.

—Te llamaré en cada oportunidad disponible. —La miró a los ojos, lo único que vio en ellos fue desdicha y desconfianza. Le dio un suave beso en los labios y se dio la vuelta.

Allí la dejó, de pie, contemplando cómo abandonaba el solitario piso.

—Te quiero —susurró, pero Harry ya había abandonado la vivienda. Ni siquiera se podía imaginar que ella aún sintiese algo por él.

En el vestíbulo, el portero ya le abría la puerta.

—Buenos días, señor McKenzie —saludó.

—Buenos días, Frankie —lo dijo de forma automática, ya que sus pensamientos se encontraban en otra parte, sumidos en una profunda melancolía, no podía borrar de su mente la imagen de su exmujer tan angustiada y afligida.

Subió al taxi que lo aguardaba, en cuyo interior la sonrisa de Kate le hizo olvidarse de lo que acababa de ocurrir. Ahora tenía que centrarse en lo que le esperaba a continuación, no podía dejarse llevar por sus sentimientos, aunque en este caso estuviera tan involucrado.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

—Imagínate. —Kate solo asintió, estaba claro que él no quería hablar del tema por lo que lo dejó sumido en sus cavilaciones. Harry agradeció el silencio de su compañera, era algo que le atraía de ella, le dejaba su espacio.

El taxi comenzó la marcha mientras ambos ocupantes se dedicaron a mirar por la ventanilla, cada uno concentrado en sus propias reflexiones.

Cuando se quisieron dar cuenta, habían llegado al JFK y el taxi estaba

estacionado en una de las puertas de la terminal uno. Mientras Harry se ocupaba de pagar al taxista, Kate sacaba del maletero los dos pequeños *trolleys* que llevaban

como equipaje de mano. Harry no quería perder tiempo, si necesitaban algo, ya se ocuparían de comprarlo allí, le había dicho.

Entraron cogidos de la mano y con aire decidido, como si fueran una pareja que se va a disfrutar de un fin de semana.

Les esperaba un largo viaje. Se habían visto obligados a coger un vuelo con dos escalas, la primera en Frankfurt y la segunda en San Petersburgo. Aunque iban en primera clase, el viaje se les iba a hacer interminable. Si cumplían con el horario marcado por la aerolínea, aterrizarían en su destino en veintinueve horas y media tras el despegue. Solo de pensarlo, ambos se descomponían.

Traspasaron el control aeroportuario sin ningún incidente y se dirigieron a la puerta de embarque, la cual acababa de ser confirmada.

Ninguno de ellos se había percatado, tan ensimismados que iban pensando en sus asuntos, que tras su coche, a una distancia prudente, otro taxi los seguía.

Tampoco repararon en que, oculto tras unas gafas y una barba, Nychaj no les perdía de vista, quien en cuanto se enteró del destino de la pareja, salió pitando del aeropuerto. Tenía que informar.

Después de la cena, Kate había optado por intentar dormir algo durante el largo vuelo que tenían por delante, así que se había colocado el antifaz que le habían obsequiado en el avión y se había acomodado en la mejor postura posible. En ese momento dormía plácidamente. Sin embargo, Harry no era capaz de conciliar el sueño, estaba cargado de adrenalina. Se encontraba trabajando en su portátil, revisando toda la información que Loop le había enviado.

El *hacker* había logrado recuperar casi todo el contenido del móvil, incluida una gran cantidad de mensajes entre el cuidador y el propio Leroy. En esas conversaciones quedaban reflejados los retos lanzados. Todo volvía a apuntar a que el espeluznante juego de la Ballena Azul jugaba un papel importante.

Aunque los leyera una y otra vez, intentando hallar una explicación, no llegaba a comprender cómo un chico inteligente como Ray, que

estaba en lo mejor de la vida, becado en una gran universidad, de los primeros de la clase, con una familia que lo quería y un gran etcétera que él desconocía, era capaz de hacer las estupideces que le habían desafiado a hacer. Y, lo peor de todo, cómo podía llegar a finalizar el juego quitándose la vida, en qué mente cabía algo así.

Cuando leyó los informes de la policía, en los cuales llegaban a la conclusión de que David había sido asesinado mientras cumplían un reto de ese juego, investigó mucho sobre el asunto. Y aunque algunos psicólogos analizaban estos hechos que se producían en gente joven, chicos que todavía se estaban encontrando a sí mismos, que buscaban su propio camino, ninguno de ellos parecía tener la fórmula correcta, se dispersaban. Él no creía que ninguno tuviera la capacidad de discernir el motivo por el cual un joven llegaba a hacer esas barbaridades.

Dejó de divagar, sus pensamientos estaban yéndose por otros derroteros en los que sabía que se perdería sin atisbar una explicación plausible.

Continuó revisando las fotografías que le había enviado Loop, la mayoría de ellas imágenes que confirmaban que los desafíos lanzados habían sido superados.

También había imágenes personales donde se lo veía acompañado de su familia, de sus amigos y de una guapa chica que se figuró sería su novia. Eso le había sorprendido, creía que Ray se correspondería con un perfil de chaval solitario que interaccionaría poco con la sociedad, pero por lo que se veía, no era así.

Por más que estudiaba todos los datos, más extraño le resultaba. No lo entendía.

—¿Por qué no descansas un poco? —Kate lo miraba tumbada en el asiento de al lado con el antifaz colocado en la frente. Ella se daba cuenta de lo agotado que estaba, las ojeras negras empezaban a estar demasiado marcadas, incluso se le notaba una pérdida de peso considerable.

—No puedo —reconoció.

—Tienes que dormir, si no, no le vas a servir de nada a David. Tienes que estar fresco si quieres que descubramos algo en nuestro viaje.

—Ya no le sirvo de nada a David —la contestación de Harry dejó a Kate en un profundo silencio, no sabía cómo subirle la moral—.

Perdona, no quería decir eso.

—Sabes a lo que me refería.

Harry sabía que Kate tenía razón. Exhausto, tal y como se sentía, no serviría de nada. Sus reflejos y su cabeza no trabajarían de forma eficaz, así que obedientemente siguió su consejo, cerró el portátil y se tumbó. Unos segundos más tarde se había quedado completamente dormido. Kate sonrió al verlo, sabía que no aguantaría mucho en pie si seguía a ese ritmo.

Lo siguiente que escucharon ambos fue al comandante por megafonía

indicando que se abrocharan los cinturones, el avión comenzaba el aterrizaje. En unos minutos tomarían tierra en el aeropuerto Internacional de Frankfurt.

15

Subieron al primer taxi que localizaron a la salida del aeropuerto. El taxista se presentó como Vova, que era un diminutivo cariñoso de Vladímir, tal y como les explicó, y de inmediato comenzó a detallarles las visitas que podían realizar durante su estancia en la ciudad, como si vinieran de vacaciones a hacer turismo.

Ellos no le sacaron de su error, esa era la impresión que querían causar.

—¿Estáis de luna de miel? —El taxista no esperó respuesta, no se le había pasado por alto que entre ellos existía cierta intimidad—. Que sepáis que esta ciudad fue el primer asentamiento ruso a orillas del Volga. Además de los cientos de iglesias que os recomendarán en todos lados, yo os aconsejo dar una vuelta por el teatro. Es el más antiguo de Rusia —aclaró muy orgulloso de ese pormenor—. El fundador fue el gran Fiodor Vólkov al que se considera el padre del teatro ruso. El edificio conserva la fama de haber sido el origen de las artes escénicas en el país.

—Aunque ninguno de los dos le prestaba la más mínima atención, el taxista no se dio por aludido y continuó con su perorata—: Y como paseo romántico no podéis dejar de recorrer el malecón a orillas del Volga y admirar las espectaculares vistas…

Vova seguía hablando como si de un guía turístico se tratara, pero Harry no podía dejar de pensar que en unos minutos se encontraría cara a cara con la persona que había ordenado asesinar a su hijo. Se preguntaba quién sería y por qué. En la cabeza tenía un listado demasiado largo de enemigos que podían ser los posibles culpables, había sido incapaz de reducirlo a una lista más factible de tratar. En Rusia había hecho mucho trabajo de campo.

Por otro lado, se sentía como nunca se había sentido en la vida, notaba cómo se incrementaba un odio irracional hacia ese sujeto del que todavía desconocía su identidad. Por ahora solo contaba con una dirección y un nombre que no le decían nada. Experimentaba un fuerte dolor como nunca había soportado por el agujero que se le había formado en el corazón, además de una tristeza inconmensurable por la pérdida y muchas otras sensaciones que hacían que le costara pensar con claridad, incluso respirar.

Se había pasado todo el viaje intentando tranquilizarse, antes de nada tenía que

saber, tenía que recibir una explicación, y eso es lo que más miedo le daba, que no fuera capaz de refrenarse al verlo, que se enfrentara a él mostrando todo su tormento, y lo peor de todo es que lo matara, allí mismo, a sangre fría, sin ni siquiera darle tiempo a esclarecer lo ocurrido, cobrándose esa venganza que tanto ansiaba. No obstante sabía que tenía que comportarse de manera racional, él no era un justiciero, no se tomaba la justicia por su mano. Nunca lo había hecho y no iba a empezar ahora.

Kate observaba la ciudad por la ventana, le llamaban la atención las preciosas cúpulas doradas y el cambio tan brusco de hermosos edificios palaciegos a construcciones típicas del estilo soviético socialista, muros planos y grises. Le traían muchos recuerdos, de otros tiempos, otros lugares, pero siempre acompañada por la misma persona. Se giró y miró a Harry, quien a su lado se mostraba tenso, quizás nadie más que ella se percatara, el resto no notaría ese estado de ánimo en el que se hallaba, pero ella sí.

—A los rusos les gustaba vivir en casas de madera, a diferencia de los europeos que siempre han preferido el ladrillo. Nuestros antepasados consideraban los ladrillos como barro y el barro como tierra. Y por aquel entonces, vivir bajo tierra en vida estaba mal visto —concluyó Vova antes de detenerse delante de la dirección que le habían facilitado.

Antes de bajarse, negociaron con él el tenerlo disponible como conductor durante todo el día. No habían alquilado ningún coche y les parecía mucho más cómodo funcionar así. Además, el hombre, algo mayor y aun siendo demasiado charlatán, parecía legal, no les había hecho dar vueltas innecesarias, había ido directo del aeropuerto a la dirección dada, lo que les había resultado una agradable sorpresa. Tras llegar a un acuerdo económico en rublos de los que aún no disponían, el taxista aparcó en la esquina, donde aguardaría a que finalizaran la visita. Cogió el periódico que tenía doblado en el asiento del copiloto y mientras esperaba, comenzó con la lectura.

Se encontraban en el barrio Pyatyorka, un barrio residencial de Yaroslavl, buscando el número que les había dado Loop. Esperaban que no hubiera habido equivocación por parte del hacker, un margen de cien metros en una avenida atestada de casas como era esa, podría generar una amplia y costosa búsqueda.

Cuando localizaron el edificio, Harry se encaminó hacia la puerta y llamó con decisión. Estaba deseando saber quién había retado a Leroy Ray para que le diera una paliza tal a su hijo que le había causado la muerte.

La mujer que les abrió iba vestida de negro, con un delantal y una cofia blanca que resaltaban sobre su oscura vestimenta. Por la cara que mostró, estaba claro que no esperaba a nadie, y menos a dos forasteros que era evidente que no eran de la ciudad.

—¿En qué puedo ayudarles? —les dijo con diligencia.

—Estamos buscando a Alexandr Vasíliev. Nos gustaría hablar con él. —Harry habló en perfecto ruso. Estaba preocupado porque tenía el idioma un poco oxidado, sus últimas operaciones como agente de campo habían sido en Oriente Medio y en Sudamérica, llevaba algunos años sin ser asignado a Rusia y le inquietaba haber perdido soltura al expresarse.

La mujer los miró de arriba abajo, parecía desconcertada, pero asintió y entró al interior de la casa dándoles con la puerta en las narices.

Tras unos minutos de espera, plantados en la puerta a la expectativa de que alguien apareciera y les dijera algo, un joven les abrió mirándolos con curiosidad.

—Buenos días, soy Sasha Vasíliev. ¿En qué puedo ayudarles?

—Queríamos hablar con tu padre —se aventuró Harry a decir. Al chico le sorprendió la respuesta.

—Creía que querían hablar conmigo. Nastia me ha dicho que me buscaban.

—Queríamos ver a Alexandr Vasíliev —Kate fue la que habló.

—Pues ese soy yo. Mi padre es Nikolay Vasíliev —Ahora fue Harry el que mostró sorpresa. El chaval que tenían delante no podía ser el cerebro que estaba detrás de una operación de tal envergadura.

—Yo soy Jack Smith y ella es mi mujer Kathleen —Harry recuperó sus antiguas personalidades como matrimonio, retomando el control de la conversación—. Nos gustaría charlar contigo un momento, si no es inconveniente.

—Claro, adelante. Síganme, por favor, iremos al estudio donde

estaremos más cómodos y nadie nos molestará. —Ambos estaban sorprendidos por los modales del joven, parecía acostumbrado a tratar con personas que le doblaban en edad y experiencia.

Cruzaron el enorme vestíbulo del que salía una escalinata que impresionaba porque se bifurcaba en su subida a la planta de arriba. El joven los guio hacia una

sala que debía de hacer las funciones de despacho y biblioteca, con grandes estanterías repletas de libros, un escritorio de madera noble cuyo sobre estaba recubierto por cuero negro para evitar los habituales arañazos, además de una zona de descanso, donde un sofá y un par de sillones orejeros rodeaban una mesa de café, ahí es donde se acomodaron.

—Nos gustaría preguntarte por Leroy Ray —comenzó Harry, esperando la reacción del joven Vasíliev.

—¿Leroy Ray? Creo que se han equivocado de persona —les dijo Sasha comprendiendo que no lo buscaban a él, que había habido alguna confusión, idea que le resultó plausible, puesto que le había extrañado sobremanera que esos dos desconocidos preguntaran por él.

—Queríamos saber si has enviado estos mensajes. —Harry le mostró en la pantalla de su teléfono algunos de los pantallazos enviados por Loop de retazos de las conversaciones mantenidas entre Leroy Ray y su cuidador.

El joven miró con atención las imágenes y asintió.

—¿Son ustedes americanos? —les dijo en correcto inglés—. Si les es más cómodo podemos hablar en su idioma, me manejo con fluidez y de esta forma puedo practicar con nativos. —Les sonrió.

—¿Sabes que estos retos han llevado a la muerte a Leroy Ray? —El ataque de Harry dejó al chico boquiabierto.

—¿Retos? ¿Leroy Ray?

—Sí. Leroy Ray. El joven al que le enviabas estos desafíos.

—No… no sé de qué están hablando. —Sasha se estaba poniendo nervioso,

¿había oído muerte?

—Entonces, ¿nos puedes explicar estos mensajes? —Kate intentó calmar la situación relajando la entrevista. Ella sería el poli bueno en este interrogatorio.

Sasha respiró hondo y empezó a contarles lo que conocía:

—El profesor Ivanov me pidió ayuda en un estudio que está realizando.

—Ambos se quedaron estupefactos, aunque en sus facciones no mostraron la contrariedad que sentían—. El profesor Ivanov es uno de los mejores en su campo.

Imparte clases en la Universidad a la que asisto, la Politécnica, en la Facultad de Psicología. Yo estudio en la Facultad de Información y Ciencias de la

Computación, soy el primero de mi clase, por eso se puso en contacto conmigo.

Necesitaba un estudiante diestro con los ordenadores. Yo, la verdad, es que no lo conocía, pero pregunté a compañeros que estudiaban psicología y me dijeron lo que les acabo de decir, que es el mejor en su campo y que le gusta experimentar y probar sus propias teorías. Así que no me alarmé con su propuesta.

»Me pidió que le ayudara en una investigación que estaba llevando a cabo, quería escribir un capítulo sobre este estudio en el libro en el que se encontraba inmerso, el cual versa sobre el comportamiento humano. Mi trabajo era enviar a un teléfono los mensajes que él me dictaba. Lo único que me pidió es que no se pudiera posicionar el origen del envío. Me dijo que si lo localizaban el experimento no podría ser completo ni darse por válido. A mí no me preocupó, al principio, de hecho me pareció un reto hacia mi persona, poder comprobar hasta donde llegaba mi pericia con los ordenadores, pero…

—¿Pero? —Harry no salía de su asombro. Todo lo que iban descubriendo era cada vez más enrevesado.

—Pero empecé a recibir fotografías en las que un joven negro hacía las cosas que le decía, poniendo su vida en peligro. Yo me asusté y acudí al profesor. Me dijo que era parte del experimento, que no era real, aunque a mí me parecía muy real. Aun así le creí, no tenía motivo para dudar de su palabra.

—¿Continúas enviando mensajes?

—No. Ya hace días que el profesor no se pone en contacto conmigo para enunciarme el texto.

—¿Cuál fue el último mensaje que enviaste? —A Sasha le temblaban las manos, una gota de sudor le recorría en ese momento la frente, estaba empezando a comprender, empezaba a darse cuenta de lo que había hecho.

—¿Me dicen que ha muerto? ¿Cómo murió?

—Se suicidó —dijo Harry con rotundidad.

—En mi mensaje le decía que saltara desde un edificio alto. —Sasha no se lo podía creer, en ningún momento se le había pasado por la cabeza que alguien estuviera haciendo las cosas que él solicitaba en sus mensajes ¿cómo alguien podía haberse atrevido a hacerlas? Se había creído todo lo que el profesor le decía, había supuesto que eran montajes fotográficos. Había sido un ingenuo, solo porque quería probarse a sí mismo, probar lo bueno que era como hacker, ¿cómo no se

había dado cuenta? O quizás en lo más profundo de su mente sabía que todo era real, ¿se había estado engañando a sí mismo? Se tapó la cara con las dos manos y comenzó a llorar—. Es culpa mía. Yo creía… yo creía que era un experimento, que no era real… Cómo he podido ser tan estúpido.

Harry se dio cuenta de lo brusco que había sido con el chaval, sabía que esto le afectaría durante el resto de su vida. Si había dicho la verdad, quizás no pudiera vivir con ello. Y él estaba seguro de que había sido sincero. Se puso en pie y se acercó al él, le colocó la mano en el hombro en un intento fallido de consuelo.

—No es culpa tuya, fue decisión de Leroy Ray. Y si hay algún culpable, ese es el profesor Ivanov. —Sasha levantó la vista y lo miró a los ojos.

—¿Se llamaba Leroy Ray? ¿He asesinado a Leroy Ray? —Continuó llorando sin comprender por qué había enviado esos mensajes, por qué había sido engañado de esa forma, por qué él.

Harry y Kate abandonaron la residencia sintiéndose turbados, acababan de destrozar la vida de un joven prometedor, un joven que todavía tenía mucha vida por delante. Como David, como Leroy, se dijo Harry.

—Espero que lo supere —susurró Kate.

Subieron de nuevo al taxi indicándole a Vova su siguiente destino, la Universidad Politécnica de Yaroslavl. Al hombre le pareció un lugar singular para hacer turismo, pero no sería él quien dijera nada.

Ese día iba a ganar mucho dinero gracias al trato acordado, así que el resto no le importaba.

16

Habían llegado a la Universidad de Psicología, se encontraban recorriendo los pasillos buscando el despacho del profesor Ivanov. Los estudiantes les iban indicando el camino a seguir, pero aun así les llevó más de lo que esperaban.

Como en cualquier Facultad, los corredores eran infinitos y con los estudiantes alrededor todo se convertía en un caos.

Cuando, por fin, localizaron su despacho, se dieron cuenta de que estaban de suerte. En la puerta un cartel señalaba que en ese momento había tutorías, por lo que se figuraron que allí estaría el profesor atendiendo las consultas de sus alumnos.

Llamaron y una voz suave les indicó que pasaran. Ambos se asomaron, en el interior, el hombre hablaba con una alumna. La pequeña sala era muy austera: paredes blancas, una mesa, unas pocas sillas y una estantería, cubriendo una de las paredes, cargada de volúmenes de las materias impartidas.

—¿En qué puedo ayudarles? —les preguntó el profesor.

—Nos gustaría hablar con usted —solicitó Harry.

—Por supuesto. Si me permiten cinco minutos para concluir mi reunión, les atenderé gustoso.

Ambos salieron de la habitación y se quedaron esperando tras la puerta.

Harry se había sorprendido por la edad del profesor, era un anciano, los setenta ya no los cumplía, los debía haber superado unos cuantos años antes. No encajaba como cerebro de una operación para acabar con su hijo, aunque la realidad siempre lo sorprendía.

En cuanto la joven salió del despacho, entraron sin esperar invitación.

—Bueno, y ¿qué es eso de lo que quieren hablar conmigo? —interpeló el anciano con curiosidad tras las presentaciones pertinentes, no comprendía qué querrían de él dos americanos.

—Nos han informado de que usted y un alumno de la Facultad de Información

y Ciencias de la Computación, Alexandr Vasíliev, han colaborado en un experimento sobre un juego de retos.

—¿Un juego de retos? —El profesor no sabía a qué podían referirse. Tampoco reconocía, así de primeras, el nombre pronunciado.

—Sí, lanzar a jóvenes diferentes desafíos, como si de un juego se tratara, para que los ejecuten.

—¿Tipo «Ballena Azul»? —Harry se sorprendió por el conocimiento del viejo profesor de ese entretenimiento en el que se habían enzarzado los jóvenes actuales.

—En efecto.

—¡Yo nunca participaría en algo así! —El anciano se sintió insultado, ¿cómo se atrevían a implicarle en algo tan bárbaro como eso?

—Hemos hablado con el joven Vasíliev, quien nos confirma que usted le solicitó ese envío de mensajes como experimento dentro de una publicación en la que está trabajando —dijo Harry en tono conciliador al ver al anciano tan afectado.

—Yo nunca he hablado con un estudiante llamado Alexandr Vasíliev. Creo que se confunden. Jamás experimentaría con algo similar a la «Ballena Azul». Jamás. Y

menos yo.

—¿Y menos usted?

—Exacto. He escrito varios artículos en revistas científicas sobre ese juego cruel.

Utilizan las debilidades del ser humano para aprovecharse de él, mofarse de él, para luego, como si de un excremento se tratara, deshacerse de él, retándolo al suicidio. Y ni se imaginan la cantidad de casos que se dan en la sociedad actual. Y

no de países subdesarrollados, al contrario, la mayoría de casos se producen en países desarrollados. Estos chicos a los que enganchan son chavales que en su mayoría cuentan con profundos problemas psicológicos, carecen de autoestima, han sido objeto de acoso escolar y un gran etcétera. Creo que es brutal que en pleno siglo veintiuno se utilicen estas tácticas de tormento.

Harry se dio cuenta de que habían vuelto al principio, se encontraban en un callejón sin salida, quien quiera que estuviera detrás de todo esto sabía ocultar su pasos.

—¿Estos últimos meses ha estado usted aquí? —se le ocurrió preguntar, empezaba a formársele una idea en la cabeza.

—No, creía que lo sabían. Llevo varios meses de baja, de hecho, desde antes del verano. Uno ya tiene una edad y el cuerpo empieza a fallarle —les dijo pesaroso—.

—¿Sabe quién ha sido su sustituto?

—¡Oh, claro! Ustedes también la conocen.

—¿Perdón? —demandó Harry sin entender.

—Sí, la joven que acaba de salir de mi despacho. Fue la primera de su promoción, toda una virtuosa que ha preferido enseñar a irse al mundo de las empresas privadas. —El hombre se mostraba satisfecho por la decisión de la joven.

Harry de inmediato pensó que sería alguna alumna suya de un pasado cercano.

—¿Sería posible hablar con ella?

—No creo que tenga inconveniente. Aunque no sé en qué podrá ayudarles. Ella también detesta ese tipo de juegos.

—Me imagino. ¿Dónde podríamos dar con ella?

—¿No tendrán intención de acusarla de participar en algo así, verdad? Tal y como han hecho conmigo.

—¡Oh, no! Discúlpenos, ha sido un error. Pero nos gustaría saber si en este tiempo que usted ha estado de baja ha conocido a alguien interesado en esos juegos.

—Exactamente que están buscando —el profesor se acababa de dar cuenta de que esa pareja no le había dicho qué querían en realidad.

—Un joven de esta universidad ha sido partícipe en este juego y lo ha acusado a usted de ser quién lo ha involucrado para realizar un estudio.

—Pero eso es imposible. Yo me he incorporado esta semana. Llevo

varios meses en cama sin hacer otra cosa que dedicarme a la lectura de Tolstói.

—Eso lo sabemos ahora. Por ello nos gustaría hablar con la persona que lo ha sustituido. —El profesor no estaba seguro de qué hacer, por un lado quería ayudar, ese juego no debería existir y estaba preocupado porque su nombre se viera mezclado con él, pero por otro lado, le preocupaba meter a Anna en un problema, era la mejor estudiante que había tenido en su larga carrera en la enseñanza.

—De acuerdo, se llama Anna Popov. Por lo que me ha dicho antes de marcharse, tenía que pasar por la biblioteca a recoger unos libros para impartir su próxima clase.

Después de explicarles cómo llegar a la biblioteca de la forma más rápida posible, salieron a toda prisa esperando encontrarse con la joven. En cuanto abrieron la puerta, se vieron sumergidos en un lugar abarrotado tanto de tomos de diversas ciencias como de alumnos concentrados en sus estudios. Hallaron a Anna hablando con la bibliotecaria.

—Buenos días, ¿es usted Anna Popov? —La chica asintió mientras recogía los libros que la bibliotecaria le acababa de dejar en el mostrador. Los guardó en su cartera con cuidado—. Nos gustaría hablar con usted unos segundos.

—Vayamos fuera, aquí se requiere silencio.

Ya en el pasillo, Harry hizo las presentaciones oportunas para a posteriori preguntarle por lo mismo que le había preguntado a su maestro.

—Lo siento, pero no, no me suena ningún alumno con el nombre de Alexandr Vasíliev. Y menos ninguna investigación sobre la «Ballena Azul» ¿Quién iba a experimentar con ese juego? —La joven estaba alterada, estaba claro que como les había dicho el profesor Ivanov, ninguno de ellos sería capaz de jugar con la vida humana solo para realizar experimentos.

—¿Y nadie ha venido buscando información al respecto?

—¿Sobre el juego? Claro que no. Nadie. —Anna miró el reloj, se le hacía tarde—. Si me disculpan tengo que dar una clase. Siento mucho no haberles sido de más ayuda. Se giró y se fue caminando a paso rápido hacia el aula correspondiente.

Harry y Kate salieron de la universidad pensando en cuál sería su siguiente paso. Fue a Kate a la que se le ocurrió la idea:

—Y si volvemos a la casa del joven Sasha. Quizás él nos pueda contar cómo era el profesor Ivanov.

—¿Quieres que nos haga un retrato robot?

—Sí, por qué no —sentenció Kate sin ver ningún problema en ello—. Ahora hay programas que te ayudan, tú le indicas a la aplicación las características de la persona y ella se encarga de realizar el dibujo.

—¡Me tomas el pelo! —Kate lo miró molesta.

—No, tú me lo estás tomando a mí. Lo sabes perfectamente. —Harry sonrió, conocía ese tipo de aplicaciones, las utilizaba a menudo.

—Anda, no te enfades. —Le dio un beso en los labios para que se le pasara—.

Me parece buena idea. Vamos a hablar con el chaval.

Aunque las entrevistas realizadas en la universidad no les habían llevado a ninguna parte, Harry tenía el presentimiento de que iban por el buen camino, presentía que se estaban acercando a algo.

17

Cuando Nastia les abrió de nuevo la puerta, el gesto de disgusto que reflejaba su rostro resultaba indiscutible, la mujer no se alegraba de volver a tenerlos allí.

—Queríamos hablar con Alexandr Vasíliev, otra vez —dijo Harry con tono suave, intentando apaciguar el enfado de la doncella.

—Ustedes están locos, ¿verdad? ¿En serio creen que les voy a dejar pasar? ¿que les voy a permitir molestar a mi joven Sasha? —rebatió a voz en grito.

—Necesitamos hablar con él. Es importante —repitió Harry. Se imaginaba que el rechazo que mostraba la mujer era debido a que le habían dejado bastante alterado tras su visita. Prácticamente lo habían acusado de asesinar a un joven americano y, lo peor de eso, es que no había sido una simple acusación, sino más bien una realidad. Le habían dejado asimilando la muerte de Leroy Ray, un joven tan prometedor como él, digiriendo que se había producido a causa de unos mensajes que había enviado, unos mensajes que para él eran ficticios, un experimento para un estudio.

—Después de irse ustedes se ha encerrado en el estudio, no quiere salir de ahí ni hablar con nadie. Ni siquiera conmigo. Yo, que lo he cuidado toda su vida.

—Aunque su actitud era dura, tenía los ojos inundados de lágrimas a punto de comenzar a rodar por sus mejillas.

—Déjeme intentarlo a mí —rogó Harry.

—Ni loca. No sé qué le habrán dicho, ni que habrán tratado ahí dentro, pero desde luego lo han dejado muy trastornado. No pienso dejarles pasar. No pienso dejarles que lo vean.

La mujer fue a cerrar la puerta de un portazo, pero Harry la detuvo poniendo el pie entre marco y puerta, además de agarrarla con la mano, evitando de esa forma que les volviera a dar en las narices con ella. Nastia, asustada, dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de esa pareja que parecía que la iba a atacar, su mirada mostraba espanto, se sentía en peligro. No entendía qué podrían querer de su pobre Sasha y, menos aún, qué habían tratado unas horas antes con él

para dejarlo en el estado en el que se encontraba.

Nastia, en su avance de espaldas, no se percató de que había llegado a la escalinata, por lo que se tropezó con el primer peldaño. Harry, raudo, fue lo suficientemente rápido como para sostenerla antes de que cayera al suelo. La sujetó por la cintura y la dejó en pie a su lado. Ella temblaba por el pánico que de repente le había causado la intrusión de esos forasteros que tanto daño habían causado a Sasha.

—Necesitamos la ayuda del joven Vasíliev. No queremos hacerle ningún daño.

—Harry intentó tranquilizar a la mujer que no ocultaba su temor. Debían de haber dejado al chico en una deplorable disposición tras su marcha, porque si no, no tenía ningún sentido la postura de la sirvienta.

Justo en ese momento, sonó un fuerte golpe en el estudio. Todos miraron en esa dirección. Nastia, muy preocupada, se dirigió corriendo hacia la habitación. Harry y Kate iban detrás de ella pisándole los talones. La mujer intentó abrir la puerta, pero como les había dicho, estaba cerrada, el pomo no hizo el menor movimiento a sus bruscos giros. A continuación, comenzó a aporrear la puerta a la vez que gritaba el nombre de Sasha.

—Apártese —le ordenó Harry con un tono que no permitía discusión.

En cuanto Nastia se movió, Harry dio una fuerte patada al pomo, el impacto provocó que la puerta se abriera de par en par, llevándose con ella un trozo del marco. El tirador rodó por el cuarto hasta chocar con una silla volcada en un lateral, donde frenó y giró sobre sí mismo durante unos segundos.

La mirada de Harry había seguido a ese pequeño artilugio hasta descubrir la butaca desplomada. Al levantar la cabeza, se encontró con Sasha colgando de una de las estanterías, sujeto a ella por una gruesa cuerda. Salió disparado para agarrar al chico y elevarlo, de forma que su garganta dejase de estar oprimida por la soga que le rodeaba el cuello.

—Llame a una ambulancia —urgió a la doncella que se había quedado en la puerta gritando por lo que estaban viendo sus ojos. Su niño, el joven Sasha, colgando.

Salió corriendo de la habitación para coger el teléfono y llamar a Urgencias tal y como le había pedido ese extraño que parecía querer

ayudar a su niño.

Cuando Harry logró descolgar al joven, con ayuda de Kate, lo dejó tumbado en el suelo, le tomó el pulso en el cuello y se dio cuenta de que ya no había nada que hacer, estaba muerto. Otro cadáver que añadir a la que empezaba a ser una larga

lista.

—No entiendo por qué… —dijo Kate sintiendo que la culpa era de ellos.

—Ha sido una muerte rápida. Se le ha roto el cuello en la caída. Si no hubiera sido así, nos hubiera dado tiempo a salvarlo. ¡Mierda! —Ambos agentes sabían que el rango de tiempo de una muerte por ahorcamiento era de dos a tres minutos, tanto si el motivo del fallecimiento era por asfixia como si era por hipoxia cerebral.

Ellos solo habían tardado unos segundos en llegar.

Harry se dirigió a una de las ventanas, estaba abierta, y él estaba completamente seguro de que cuando estuvieron allí todas estaban cerradas, ninguna brisa se colaba en el interior de la habitación como ocurría ahora, moviendo las cortinas al son del viento. Al comprobar el exterior, como se imaginaba, no vio nada fuera de lugar, ya era tarde.

—No ha sido un suicidio.

—¿Qué? —Kate no se había fijado en la ventana abierta, apenas entornada por unos centímetros.

—Sí, quién fuera ha salido por la ventana.

—¿Entraría por ahí?

—Le preguntaremos a Nastia si había alguien con Alexandr Vasíliev cuando hemos llegado, pero creo que conozco la respuesta. No había nadie. Nos dejó muy claro que el chico se había encerrado en la habitación y no quería hablar con nadie.

—Entonces lo conocía.

—Exacto. —Sasha tuvo que abrir la ventana para que el agresor entrara sin que nadie advirtiera la intrusión—. Si te fijas en las manos, hay signos de defensa, tiene un par de uñas rotas y hay evidencias de

intentar protegerse el cuello.

—Estoy de acuerdo.

—Alguien sabe que estamos aquí. Por eso lo han asesinado. El chico sabía más de lo que nos ha contado.

Salieron de la habitación y se toparon con una Nastia histérica, llorando, sentada en el suelo y con el auricular del teléfono en la mano. Harry pensó que tendría que llamar él mismo.

—¿Ha llamado a Urgencias? —le preguntó mientras le quitaba el teléfono de la mano. La mujer asintió sin dejar de llorar desconsolada—. Antes que nosotros, ¿ha venido alguien preguntando por el joven Vasíliev? —Nastia hizo un movimiento mecánico de negación. Harry sabía que de ahí no iba a sacar nada más, la mujer se encontraba en estado de shock, miraba al infinito como si estuviera en otra parte.

Harry cogió a Kate de la mano y la arrastró al exterior. Tenían que salir de allí antes de que llegara la policía, no necesitaban verse implicados en algo así.

Vova los esperaba leyendo el periódico. En cuanto los vio acercarse lo dejó en el asiento de su lado y puso el coche en marcha.

—¿Dónde vamos? —les preguntó mientras se acomodaban en el asiento de atrás.

—Salga de aquí.

El taxista arrancó y cogió calle adelante sin saber muy bien adónde dirigirse, pero cumpliendo las instrucciones de Harry. En su huida del barrio de Pyatyorka se cruzaron con una ambulancia, primero, y luego con un par de coches de policía.

Vova no prestó atención a la comitiva, sin embargo, Harry y Kate respiraron aliviados porque les había dado tiempo a salir de allí sin tener que dar explicaciones.

Estaban comiendo en Penati, un precioso restaurante muy acogedor revestido de madera tallada. En cuanto Vova los sacó de la casa del joven Alexandr Vasíliev, se figuró que la pareja tendría hambre y se le ocurrió llevarlos a un lugar donde sirvieran comida europea, le daba en la nariz que estos extranjeros no disfrutarían con las delicias rusas.

Ambos se deleitaban con una exquisita sopa de pescado y compartían una receta tradicional, arenque bajo abrigo de piel, que en realidad es una especie de ensalada, donde el pescado se encuentra colocado entre diferentes capas de patatas, zanahorias, huevos y demás ingredientes.

—Tenemos que abandonar Yaroslavl —comentó Kate que no había dejado de darle vueltas al asunto—. Creo que la policía nos andará buscando después de que Nastia les haya informado sobre nuestra presencia en la casa.

—Supongo que tienes razón, pero pienso que inicialmente sospecharán que ha sido un suicidio. El que se encargó de Sasha sabía lo que hacía. Es un profesional.

—Ya, pero si tú te diste cuenta, ellos también lo harán.

—Probablemente, pero tenemos algo de tiempo. Si realizan la autopsia el forense dictaminará asesinato, pero no es seguro que se la practiquen siendo un caso de suicido. Dependerá de la astucia policial y del interés que muestren.

—No sé.

—De todas formas, estoy contigo. Aquí ya no tenemos nada más que hacer.

—Genial. —Kate tenía un mal presentimiento, estaba convencida de que si se quedaban allí algo iría mal. Cogió el móvil y comenzó una búsqueda de vuelos de vuelta a casa—. Desde aquí parece que están completos, pero he encontrado uno que sale de Moscú mañana, a última hora.

—¿Moscú? ¿Crees que a Vova le importará llevarnos a Moscú? —Kate sonrió ante la retórica duda de Harry.

—A un buen precio seguro que no pone ningún impedimento. —Sabían que el

viaje no les iba a resultar barato, era un buen negociador.

Tras llegar a un inmejorable acuerdo para Vova, se dirigieron hacia Moscú por la E115. Kate se había quedado dormida, pero Harry no podía dejar de pensar en la pequeña memoria con la que se había tropezado en casa de Sasha, esperaba que contuviera información relevante para su investigación.

En el estudio, mientras elevaba al joven intentando salvarle la vida, se percató de que la pequeña memoria quedaba oculta tras él entre dos volúmenes de la estantería. Parecía que alguien lo había escondido ahí en el último segundo.

Presentía que eso era lo que estaba buscando el asesino, aunque también podía estar equivocado y que solo hubiera guardadas fotografías del verano. A saber.

Pero su experiencia le decía que no era así, que había intentado ocultarla antes de ser asesinado. Esperaba no estar en un error.

Decidió ponerse cómodo y relajarse un rato, tenía que pensar. Con los ojos cerrados y concentrado en sus reflexiones, sintió cómo el coche se salía de la carretera en un giro de unos noventa grados, algo que le resultó extraño puesto que casi todo el trayecto había que mantenerse en la autopista. Entrecerró los ojos de forma que pareciera que estaba dormido, esperando estar accediendo a una gasolinera. Sin embargo, lo que vio es que Vova los había sacado de la carretera principal y recorrían una vía secundaria. No tenía ni idea de a dónde se dirigían.

El taxista observaba por el espejo retrovisor a los pasajeros, confirmando que los dos iban completamente dormidos, feliz por esta situación que hacía que todo resultara mucho más sencillo.

Harry comprobó, sin hacer movimientos bruscos para que Vova no supiera que estaba despierto, el arma que tenía en la funda del tobillo. Ahí seguía, preparada para sofocar cualquier eventualidad como la que se les venía encima.

Kate, a su lado, seguía durmiendo. Con cuidado de no despertarla con brusquedad, le rozó la rodilla, lo que provocó que ella se desperezara. Vova notó el suave movimiento de la mujer, así que corroboró que ambos seguían tendidos en la parte de atrás del vehículo.

Tal y como había hecho Harry, Kate entreabrió los ojos alarmada por el toque de su compañero y, como él, se percató de que no estaban siguiendo el camino que los llevaría a Moscú. Se habían salido de la autopista y ahora seguían una carretera secundaria. Conocía a la perfección la ruta y sabía que no había forma de acortar.

Continuaron haciéndose los dormidos a la espera de que Vova actuase. Por la

ventanilla constataron que se estaban adentrando en algún bosque ruso, no se divisaban casas por los alrededores ni habían atravesado ninguna población. Solo se veían árboles y más árboles, hasta que estos se convertían en negrura debido a su frondosidad.

Un cuarto de hora más tarde, el taxista volvió a salir de la carretera en la que se hallaban, esta vez tomó una calzada sin asfaltar, formada por ripio, lo que hacía que el automóvil no parara de dar botes, haciendo imposible que la pareja siguiera dormida.

—Sé que están despiertos —dijo el conductor contemplándolos desde el retrovisor. A Harry no se le pasó por alto el hecho de que después de llevar todo el día tuteándolos ahora los trataba de usted.

—¿A dónde nos lleva? —preguntó Harry, sabiendo que era absurdo continuar con la farsa.

—Mi jefe quiere hablar con ustedes.

—¿Quién es su jefe? —preguntó con curiosidad, sorprendido por el cariz tan poco favorable que habían tomado los acontecimientos. Vova lo había engañado por completo.

—No tan deprisa, señor McKenzie.

Harry sabía que el taxista estaba indefenso, si hubieran querido, podían habérselo cargado sin pestañear, pero ambos eran de la misma opinión, querían saber de qué iba todo esto. Y, para ello, necesitaban conocer a la persona que estaba tan interesada en entablar una conversación con ellos o, por lo menos, lo suficientemente interesada como para organizar un secuestro.

Unos minutos más tarde, el coche se detenía. El lugar que los rodeaba era un claro en medio del bosque, repleto de arbustos y hierbas creciendo salvajes. Al fondo, la espesura producida por los árboles ocultaba lo que se escondía tras ellos, solo se vislumbraba oscuridad. El silencio era absoluto, solo roto de vez en cuando por algún que otro

insecto y el ulular de un búho.

—Salgan del coche —ordenó el taxista mientras él hacía lo propio—.

Esperaremos unos minutos mientras llega.

Como Harry, Kate había comprobado la pistola que llevaba bajo la falda. No entendía cómo el taxista no les había cacheado, ni cómo les daba órdenes sin un

arma en la mano. Nada tenía sentido. Cualquiera de ellos podría haber reducido al hombre con facilidad.

—¿Fuiste tú quién mató al joven Sasha? —preguntó Harry.

—No, claro que no. No soy un asesino. —Harry ya se lo había imaginado, quién hizo ese trabajo era un profesional y Vova le daba la impresión de ser un hombre atormentado, incluso desesperado.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —esta vez fue Kate la que intervino. No les podía haber fallado el instinto a ambos confiando en ese hombre, algo había más allá.

—Necesito el dinero. —Cuando esa mañana le habían mandado que se encargara de recoger a una pareja de americanos y se ocupara de convertirse en su sombra durante todo el día, a cambio de una importante cantidad de dinero, le habían hecho el hombre más feliz del mundo. Su mujer tenía cáncer y necesitaba pagar las facturas médicas que se le iban acumulando. Lo único que tenía que hacer era informar de los lugares a donde los llevaba. Durante la última parada, mientras la pareja comía en el bonito restaurante al que les había llevado, le habían ordenado conducirlos a las coordenadas en las que se encontraban. El envío de la ubicación no daba lugar a dudas del emplazamiento. Aunque tenía que reconocer que estaba tan desconcertado como los americanos, no entendía qué hacían en medio de ninguna parte.

También le habían comunicado que no se pondrían a la defensiva, no intentarían huir ni le atacarían, se dejarían llevar, puesto que ellos tenían tantas ganas del encuentro con él, como él con ellos.

Mientras esperaban, el teléfono de Vova empezó a vibrar. El hombre revisó el mensaje que acababa de recibir.

—Están llegando. Estarán aquí en cinco minutos.

—Vova, ¿sabes con quién estás tratando?

—Con gente muy rica —dijo el hombre que empezaba a asustarse, quizás había sido un error involucrarse en algo que escapaba a su entendimiento, pero ¿qué otra cosa habría podido hacer? Cuando su jefe ordenaba algo, no había posibilidad de negarse. Desde luego, el lugar al que los había traído era demasiado descorazonador como para tratarse de un encuentro de viejos amigos, más bien le recordaba a un lugar donde ejecutar a alguien. Sin testigos.

—Son asesinos. Ellos han matado al joven que hemos ido a ver antes de ir a comer. Y también han matado a mi hijo. —Al oír esa dura afirmación, Vova no supo qué hacer, no entendía dónde se había metido.

—No me lo creo —dijo por decir, porque sabía que el americano no mentía.

—Es la verdad —apoyó Kate a Harry—. ¿Por qué te has involucrado con ellos?

—Ya os lo he dicho, dinero. Tengo que pagar un montón de facturas del hospital.

—No te das cuenta de que se han aprovechado de ello —esgrimió Harry. Vova no sabía cómo actuar, esa pareja le había caído bien y no tenía ni idea de para qué querían que los trajera aquí. Solo esperaba no ser cómplice de un asesinato, si fuera así, no podría vivir consigo mismo.

Ese fue el último pensamiento del taxista, puesto que un disparo le atravesó el pecho.

—¡Mierda, un francotirador! —dijo Harry, mientras ambos se precipitaban al suelo intentando ocultarse entre la maleza del campo. Les había pillado desprevenidos, esperaban realmente encontrarse con el que hubiera orquestado todo este estrafalario plan.

El francotirador volvió a disparar, pero no le dio a ninguno, como esperaban, los había perdido del visor.

—¿Ves desde dónde dispara? —preguntó Kate sacando su arma.

—Creo que está en aquella colina. —Delante de ellos, un montículo era el único sitio probable para que estuviera instalado, era el lugar más lógico—. Tenemos que alcanzar el coche, es nuestra única

oportunidad.

Kate estaba de acuerdo con él, así que ambos empezaron a arrastrarse entre la maleza, ocultos entre los matorrales, mientras recibían disparos que, por suerte, no les alcanzaban. Harry se detuvo unos instantes ante el cuerpo sin vida de Vova, quien aún mantenía los ojos abiertos. Se ocupó de cerrárselos, sintiendo lástima por una nueva vida arrebatada por alguna razón que no acababa de comprender.

Rebuscó en sus bolsillos a la búsqueda de las llaves del taxi, pero no las llevaba encima. Solo esperaba que las hubiera dejado puestas en el contacto y que no se hubieran perdido entre los hierbajos.

Cuando llegaron al turismo, este quedaba situado entre el francotirador y ellos.

Harry abrió la puerta del copiloto y asomó la cabeza comprobando que las llaves estaban colocadas en el contacto. Respiró aliviado, no tenía tiempo de ponerse a hacer un puente para conseguir que el coche arrancara.

Sabía que si se levantaban, el francotirador les pegaría un tiro. No estaba seguro de cómo salir de allí con vida. Se le había ocurrido un plan, pero había un alto número de probabilidades de que no funcionara.

—Kate, cúbreme —le pidió.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a colocar el coche frente a él, espero lograr que las luces lo deslumbren.

—¿Crees que funcionará? —preguntó esperanzada, aunque pensaba que estaba demasiado lejos para que le afectasen.

—Es lo único que se me ocurre. Depende de la distancia a la que se encuentre, pero por lo menos espero que nos permita ponernos en movimiento. Que no seamos un blanco tan claro.

Kate se levantó y comenzó a disparar hacia el lugar donde tenía localizado al francotirador, lo que hizo que este dejara de descargar durante unos segundos, trasladándose, para evitar las balas que salían del arma de la americana.

Harry se introdujo en el coche, lo más agachado de lo que fue capaz,

lo arrancó y lo movió lo justo para quedar frente al tirador. Encendió las luces largas mientras Kate se colocaba a su lado.

El francotirador volvió a la carga, creando un enorme agujero en la luna delantera. Kate estaba escondida, agazapada en el suelo, entre el asiento del copiloto y el salpicadero. Harry, por su parte, conducía lo más agachado que podía, mientras oía las balas silbar al lado de su cabeza. Pisó el acelerador a fondo y tomó el camino por el que habían llegado.

De repente la luna trasera saltó por los aires, llenando el coche de pequeños cristales. No podían asegurar si había sido a causa de los proyectiles o a causa de los guijarros de la pista que no dejaban de saltar al pasar el coche a toda velocidad.

Cuando sintieron que ya nadie les disparaba y creyeron estar a una distancia prudencial, en la que ningún francotirador hubiera sido capaz de dar en el blanco, se acomodaron en los asientos. Salieron del camino cogiendo la carretera secundaria y acelerando a lo máximo que el coche les permitía. En cuanto se

incorporaron a la E115, respiraron aliviados, habían salido de esta, aunque se daban cuenta de que por poco no lo cuentan.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado a Kate.

—Sí, ¿y tú?

—Yo también estoy bien. —Pero Kate se fijó en que le emanaba sangre por la sien derecha.

—Estás sangrando. —Harry se miró en el espejo retrovisor y comprobó que tenía una pequeña brecha en la frente. Se la tocó con cuidado, y aunque dolía, no era profunda—. Tengo un botiquín en la maleta. Cuando puedas para y le echo un vistazo a esa herida.

En cuanto se cruzaron con una gasolinera, Harry salió de la autopista y detuvo el coche. En el lugar no había nadie, era una estación de autoservicio con pago previo. Ambos se sintieron agradecidos, no estaban por la labor de dar explicaciones del estado en el que se encontraba el taxi.

Harry cogió el botiquín que le entregó Kate y se dirigió al baño, mientras, ella se encargó de rellenar el depósito.

Tras lavar la herida, desinfectarla y taparla con una gasa, Harry salió

del lavabo.

Se había tomado una aspirina, esperando que el dolor de cabeza que se le había instalado, remitiera. Cogió de su maleta una camisa limpia y se quitó la que llevaba puesta que estaba llena de sangre. Con esa pinta no les atenderían en ningún sitio.

—¿Qué tal está? —Kate le levantó el flequillo para ver el estado del corte, pero como estaba cubierto por un apósito no pudo ver nada.

—Bien, no necesita puntos.

—Me alegro. —Kate le mostró las compras que había realizado y que llevaba en el bolso. Él se sorprendió al ver los bocadillos y los refrescos, hasta ese momento no se había dado cuenta del hambre que sentía—. Para el viaje. Al ir al baño he visto unas cuantas máquinas expendedoras y me he surtido. Vamos, que ahora conduzco yo. Tú descansa que tienes muy mala cara.

—Si no te importa, antes me gustaría comerme uno de esos bocadillos. —Cogió uno cualquiera sin esperar respuesta. Kate le sonrió y le ofreció uno de los refrescos, que él no rechazó.

Subieron al coche y se pusieron en marcha.

19

Moscú

Acababan de salir de la ducha. Kate, sentada encima de la cama, envuelta en un albornoz con una toalla recogiéndole el cabello, observaba cómo Harry buscaba su portátil en la maleta.

Había sido una tarde de locos. Después de escapar del tiroteo en el que se habían visto inmersos, habían llegado a la bonita ciudad de Moscú, donde habían reservado una limpia habitación en un motel económico y apartado para pasar la noche, esperando que en un sitio como ese nadie los buscase.

Tras reservar una de las mejores habitaciones de las que disponían, alquilaron un coche en una agencia cercana. Tenían que deshacerse del taxi, lo más probable es que el tirador los buscase siguiendo la pista del vehículo, tal vez incluso llevara un localizador. La forma más rápida que se les ocurrió fue dejándolo abandonado en algún lugar que no fuera evidente y volverse en el Ford recién adquirido. Así que eso fue lo que hicieron.

Mientras Harry conducía el taxi, retrocediendo por la carretera por la que habían llegado, con la idea de dejarlo en un lateral de la misma, en medio del campo, oculto entre los árboles, Kate iba detrás sin perderlo de vista.

Ambos iban atentos a que no apareciera otro coche con el propósito de sacarles de la carretera o de atacarles de cualquier otra manera. Sabían que no había sido la mejor idea retornar por el mismo camino, era peligroso, pero, por lo menos, por ahí, estaban seguros de que existía la posibilidad de ocultarlo en el bosque. Aun cuando alguien fuese buscándolo, no estaría en una posición evidente. Esperaban que se mantuviera allí un tiempo razonable, el suficiente para que no se vieran comprometidos cuando lo localizaran, puesto que el interior estaba lleno de sus huellas. Se les había ocurrido quemarlo, pero las llamas producidas avisarían a cualquiera que estuviera a unos cuantos kilómetros a la redonda. También habían analizado la opción de hundirlo en algún río o lago de la zona, pero cerca no dieron con ninguno con la profundidad adecuada. Finalmente, habían comprado una garrafa de cloro con intención de echarlo por los lugares en los que habían tocado, con eso y con los cientos de huellas que habría del resto de pasajeros, esperaban que no descubrieran ningún rastro que los identificase.

En cuanto Harry se topó con una bifurcación, abandonó la autopista, tomando una estrecha senda que no estaba preparada para que los coches anduvieran por ella. Unos metros hacia delante, entre la espesura, ocultó el vehículo de forma que no resultara sencillo verlo desde la carretera. Echó el cloro en el interior, tapándose con una mascarilla la cara para no respirar sus fuertes gases, y lo cubrió con algunas ramas que encontró tiradas en el suelo a su alrededor. Salió por el mismo camino que acababa de recorrer en el taxi y llegó a la carretera, donde Kate lo esperaba escuchando la radio.

—Han mencionado el suicidio de un chico en un barrio residencial, pero no han dado más datos. Supongo que se referían a Alexandr Vasíliev. —Harry estaba acomodándose en el asiento del copiloto cuando Kate le soltó las últimas noticias.

—¿Y del tiroteo han dicho algo?

—Nada.

—Imagino que es un lugar poco transitado, así que quizás quede en agua de borrajas. Me preocupa que nuestro amigo Vova no aparezca nunca.

Harry se apenó al recordar al hombre y la historia tan triste que lo acompañaba.

Entendía que cuando se estaba desesperado se hacía casi cualquier cosa. Y eso es lo que le había ocurrido al taxista. Entonces le sobrevino una idea a la cabeza, cuando llegara a casa, investigaría la dirección del hombre y enviaría el suficiente dinero como para pagar las facturas de su mujer. Se sentía algo culpable, al fin y al cabo, si no hubiera sido por ellos y su estancia en la ciudad, él seguiría vivo.

Era increíble lo que podían cambiar las cosas de un día para otro. Su hijo estaba estudiando en casa, pero decidió despejarse corriendo un rato por el parque y su vida había acabado. Un joven cualquiera decidía aceptar unos retos enviados por su cuidador para participar en un juego y terminaba suicidándose. Un taxista aceptaba un trabajo bien pagado para saldar facturas del hospital y su vida concluía con un tiro atravesándole el corazón. Por más vueltas que le daba, Harry nunca comprendería para qué estaban en este mundo, ¿para mejorarlo o para todo lo contrario?

Continuaron el trayecto en silencio. El noticiero había finalizado y escuchaban música, en ese momento sonaba Beyoncé. A Harry le resultó peculiar la diferencia cultural que había para unas cosas y la similitud existente para otras. Nada tenía sentido.

Tras una ducha compartida, en la que se habían desfogado, eliminando toda la

carga de adrenalina que habían recibido durante el día, además de disfrutar de un momento de pasión de lo más placentero, que les había hecho olvidar durante un corto lapso de tiempo lo que ocurría a su alrededor, habían retomado la investigación.

Harry tenía ganas de conocer lo que guardaba la memoria que se había llevado de casa de Sasha y por ello estaba concentrado en su portátil y el dispositivo electrónico.

—Y, ¿cuándo dices que cogiste la memoria? ¿dónde? —Kate le había

visto husmeando en el estudio al hallar al chaval ahorcado, pero no había observado que se guardara nada, y menos un pendrive.

—Me parece que alguien está perdiendo facultades —bromeó, y ella, como respuesta a esa provocación, cogió una de las almohadas de la cama y se la lanzó a la cabeza, dando en el blanco.

—¿Seguro que estoy perdiendo facultades?

—Touché. —Harry sonreía, le encantaba picarla, tenía salidas que en la mayoría de las ocasiones lo sorprendían y lo ponían de buen humor.

Se sentó en el escritorio de la habitación e insertó el dispositivo en el puerto USB. Cuando intentó acceder a él, el ordenador mostró una pantalla azul, lo que le alertó, se imaginó que podría contener un virus. Quizás el asesino de Sasha, después de todo, sí que había dado con la memoria. Tras unos segundos en los que el ordenador pareció quedarse colgado, la pantalla volvió a su ser y mostró una solicitud, pedía usuario y contraseña para entrar.

—Usuario y contraseña, ¿se te ocurre algo? —le preguntó a Kate.

—¿Está protegido? —se sorprendió ella—. Eso quiere decir, que como pensabas, la memoria tiene contenido sustancial.

—Eso espero. Tengo un programa para poder atravesar esta barrera, pero va a llevar su tiempo. —Lanzó la aplicación y se acomodó junto a ella en la cama—. Es pronto, ¿te apetece que veamos una película?

—La verdad es que me apetece más otra cosa —le dijo sugerente. Él soltó una carcajada.

—Si no me has dejado descansar ni diez minutos, ya tengo una edad, necesito recuperarme. —Harry cogió el mando de la televisión y comenzó a cambiar de

canal hasta que encontró uno que emitía el telediario. Lo dejó conectado, a la espera de que dieran alguna noticia en la que hubieran sido partícipes, pero allí no apareció nada.

Estaban tumbados en la cama, relajados. Kate jugaba con los caracolillos de vello que se le formaban a Harry en el pecho, mientras él disfrutaba del instante, intentando no pensar en nada más, evitando que se le cruzara la imagen de su hijo en el hospital o en el entierro,

fotogramas que últimamente le venían a la mente en cualquier situación. Procuraba recordarlo en sus citas: divirtiéndose en un partido o charlando con él durante alguno de sus almuerzos. Eso le recordó que tenía que llamar a Phoebe. La había intentado localizar al salir de la Facultad, tras su improductiva visita al profesor Ivanov, pero no le había cogido el teléfono. Se figuró que aún estaría enfadada con él por su ausencia.

—¿Has participado en muchas operaciones encubiertas en Rusia? —preguntó Kate rompiendo el silencio y las cavilaciones de su compañero.

—Sigues creyendo que todo esto tiene que ver con mis trabajos para la Agencia.

—¿Tú no? —Se colocó sobre un codo para poder mirarlo a la cara.

—No estoy seguro. Aunque supongo que esa explicación es la más razonable.

Pero sigo pensando que si fuera así, alguien más estaría expuesto, su identidad habría sido también descubierta y le hubieran causado algún daño como a mí. Y, que yo sepa, soy el único afectado.

—O solo eres el primero. —Harry observó a Kate, ¿y si tenía razón? ¿sus compañeros tendrían a sus familiares en el punto de mira de un asesino?

—En realidad sí, trabajé mucho en Rusia hace algún tiempo. Aquí tengo muchos enemigos —acabó contestando a la pregunta—, la mayoría de ellos muertos o presos.

—Eso reduce la lista. Creo que podríamos investigarlos a todos. Por algún sitio hay que empezar.

—Tenemos que acortarla de otra forma. —Harry solo pensaba en que ese trabajo sería interminable. No solo tenían que pensar en los vivos y en los que estuvieran en libertad, el resto contaría con alguien que se ocupara de una suculenta venganza.

Justo entonces, el algoritmo, que aún seguía trabajando en el portátil, logró acceder a la memoria, avisando del hallazgo con un pitido y el parpadeo de la pantalla. Harry se levantó y se detuvo ante el ordenador, confirmando que la protección había sido traspasada. Se acercó de nuevo a la cama y lo instaló entre ambos, de forma que pudieran observar su contenido al mismo tiempo.

El explorador mostraba una única carpeta cuyo nombre les revelaba que el contenido eran fotografías de los últimos meses. Fueron pasándolas de una en una sin descubrir nada que pudiera resultarles de interés. Tras un rato revisando imágenes personales, Harry se demoró en una de ellas: Sasha estaba sentado en un banco de piedra, el lugar lo reconocía, era la Universidad Politécnica de Yaroslavl, en la que habían estado esa misma mañana. Junto a él había un hombre de mediana edad, solo se veía parte de su perfil, sin la nitidez suficiente como para siquiera divagar de quién se trataba. La persona que había tirado la foto dejaba claras sus intenciones, buscaba retratar al chaval, no a su acompañante. Aun así, a Harry le dejó mal sabor de boca, estaba seguro de que conocía a ese hombre.

—¿Te suena? —le preguntó a Kate, que contempló concentrada la pantalla puesto que a ella le había pasado inadvertida. Tampoco reconocía a la persona que hablaba con Sasha, podía ser cualquiera.

—He de admitir que no sé quién puede ser —dijo abatida, ya que se consideraba una buena fisonomista—. Tal vez podamos utilizar una aplicación de reconocimiento facial.

—Esta imagen no serviría para que una aplicación haga alguna asociación. No tendría las características necesarias del rostro para poder realizar el análisis y a posteriori la búsqueda. —Kate sabía que tenía razón.

Continuaron pasando fotografías hasta que se volvieron a topar con otra similar, parecía ser la misma reunión. Sasha se encontraba con su acompañante desconocido en el mismo lugar, un banco en el campus, pero, en esta ocasión, el hombre era más visible, sin embargo todavía no había calidad para reconocer al sujeto.

Harry aumentó el tamaño de la imagen dejando el rostro del adulto que acompañaba a Sasha demasiado píxelado y granulado. Recortó la parte que le interesaba y la subió a un programa de edición para realizar un filtro y conseguir mediante el desenfoque de los píxeles que estos lucieran más suaves y no se apreciaran tanto. Tras este paso la imagen quedó borrosa. Utilizó luego el filtro de enfoque, esta acción le llevó a la herramienta unos segundos. Al acabar, el

resultado obtenido fue un rostro reconocible.

Lo que les mostraba la pantalla no era lo que se esperaban ninguno de los dos.

—¡Es imposible! ¡No puede ser él! —estalló Harry tras el fuerte

impacto recibido, estaba completamente confundido, al igual que Kate.

20

Nueva York, 9 años antes

Harry se dirigía hacia la sala de juntas donde Mark Goldberg lo esperaba. Había organizado una reunión de urgencia. Le había llamado cuando bajaba del avión, acababa de llegar de Londres y lo que más le apetecía era darse una ducha y descansar, no ir directo a la Agencia, pero Mark le había exigido esa entrevista. No había querido darle detalles de lo que se iba a tratar, prefería hacerlo en persona, según le había dicho.

—Buenos días, señor McKenzie —saludó la secretaria de su jefe—. Lo esperan.

—Buenos días, Linda. ¿Están todos dentro? —Él no tenía ni idea de quién había sido convocado, ahora saldría de dudas.

—Sí, acaban de pasar —le confirmó la joven—. Puede entrar.

Harry abrió la puerta sin llamar, allí ya estaban Mark, presidiendo la larga mesa, y varios de sus compañeros habituales sentados a su vera.

—Harry, ¡ya estás aquí! Perfecto, podemos empezar.

—Hola, Harry —una voz de mujer se había pronunciado a su espalda. No tuvo que decir nada más, la reconoció de inmediato. Aunque llevaban más de un año sin verse, no la había olvidado. Se giró y se encontró con la hermosa Katherine Jones vestida con una falda negra de tubo y una camisa blanca ajustada que acentuaban sus espectaculares curvas.

—Kate, ¡qué sorpresa! —Y no mentía, no esperaba su visita. Desde luego, su presencia resultaba un aliciente.

—Bien, como no hacen falta presentaciones, es mejor que nos acomodemos y comencemos. —Solo estaban ellos dos de pie, por lo

que ambos se sentaron a sendos lados de la mesa, uno frente al otro—. Scott… —Goldberg le dio paso para que empezara con la exposición.

Scott Carter era compañero de Harry, llevaban trabajando juntos desde hacía varios años. Le consideraba un buen amigo, lo que hacía que estuviera más desconcertado porque no le había puesto sobre aviso. Scott encendió la televisión

que había en un lateral de la mesa y comenzó a explicar las imágenes que aparecían en ella.

—Esta mañana las cámaras del aeropuerto JFK han recogido esta grabación.

—Harry observaba cómo un hombre vestido casual, con una gorra que le tapaba la cara, cogía su maleta de la cinta transportadora. No reconocía al sujeto—. Es Sergei Sokolov —precisó Scott.

—¿Sokolov? ¿Y qué hace aquí? —preguntó Harry extrañado. Desde la misión con Kate, no había vuelto a saber nada de él.

—Harry, permite a Scott que nos lo aclare, desde el principio —matizó Mark, haciendo un gesto para que el agente continuara.

—Como decía, esta mañana Sergei Sokolov ha aterrizado en Nueva York. Tras conseguir la información que le robasteis en su casa —miró primero a Kate y luego a Harry—, todos sus negocios cayeron en picado. Hubo muchas detenciones, pero lo peor de todo, fue que entre las grandes familias corrió la voz de que Sokolov los había vendido al mejor postor. Se difundió que era un traidor. Esto lo hundió en la miseria.

»Lleva algunos meses fuera de Rusia esperando que se calmen las cosas y se olviden, pero eso no ha sucedido. Allí nadie quiere tener nada que ver con él ni entablar ningún tipo de negocio. Por lo que sabemos, ha establecido su residencia en Ámsterdam temporalmente, aunque creemos que su destino final es Estados Unidos. Ya ha empezado a labrar amistad con personas influyentes de nuestro país con presuntos negocios ilegales.

»Suponemos que se está abriendo camino y que su próximo paso será instalarse en la ciudad de Nueva York.

—Era una opción viable si hicimos que le cerraran las puertas en Rusia. Aunque yo esperaba que con todas las pruebas que acumulamos ya no se encontrara en libertad —comentó Harry.

—Eso no es todo. —Ahora hablaba Michael Donovan, un joven analista que llevaba un par de años trabajando en la Agencia—. Tenemos intervenidos algunos teléfonos y hemos dado con una comunicación de Sokolov en la que pone precio a vuestra cabeza. —Michael los miró a ambos, sin embargo ninguno de los dos pareció inmutarse.

—No es la primera vez —mencionó Harry restando importancia a la

información que acababa de recibir.

—En efecto, no es la primera vez ni será la última —intervino Mark—, pero esta vez el precio es alto, de varios millones de dólares.

—Según los datos que tenemos, ha contratado a un asesino a sueldo. Lo llaman Fox. Desconocemos todo de él, solo lo que se dice, que es muy escurridizo y que nunca falla. No comete errores —explicó Scott. Se le notaba preocupado por Harry.

—Así que no sabemos si es hombre o mujer, edad, apariencia física, ¿nada de nada? —Harry estaba asombrado. En la actualidad, con todos los mecanismos informáticos existentes, era prácticamente imposible no tener ningún dato concreto.

—Nada —sentenció Scott.

—Por lo que veo, ya habéis empezado a trabajar. —Señaló las carpetas que había sobre la mesa.

—Kate llegó anoche y… —Ella no les dejó continuar, cogió el relevo de la conversación.

—Me ha llegado el chivatazo de que Sokolov se va a alojar en el Plaza. Viene a lo grande y no tiene ninguna intención de esconderse. Ha reservado una suite. Yo estoy alojada, desde ayer, en la misma planta.

Era la segunda vez que ocurría, Kate ya tenía todo organizado cuando él aparecía en escena. Esa mujer lo tenía realmente impresionado.

—¿Y cuál es la idea?

—Creemos que Sokolov se va a reunir con Fox allí. Esta noche —continuó Kate.

—No entiendo —la interrumpió Harry—. Si no se conoce nada de ese tal Fox, es porque ha llevado con sumo cuidado el mostrar su

identidad. ¿Cómo se va a reunir en el Plaza con su cliente? En un lugar público sería muy sencillo conseguir datos de él.

—Otra cosa que no te he dicho sobre Fox es que le gusta jugar con nosotros. Le encanta arriesgarse. Tiene tanta confianza en sí mismo que disfruta poniéndonos a prueba. No cree que ninguno esté a su altura, no le provocamos ningún temor.

Piensa que somos incapaces de cazarlo —terminó Scott.

—Y hasta ahora ha sido así. —A Harry le encantaban los retos.

—Queremos que Kate y tú os alojéis en la habitación ya reservada del Plaza.

Identifiquéis a Fox, a quien se busca en varios países. Y, para finalizar, detengáis a Sokolov. Tened en cuenta que no tenemos pruebas de que haya hecho nada ilegal en Estados Unidos, todavía, así que necesitamos que descubráis algo para encerrarlo de por vida. —Goldberg dejó claras cuáles eran sus intenciones, nadie ponía precio a la cabeza de sus hombres sin pagar por ello—. Y, por supuesto, que sobreviváis. No quiero que les ocurra nada a dos de mis mejores agentes. —Les sonrió a ambos—. Donovan y Carter os cubrirán.

La reunión se dio por finalizada, así que todos se levantaron y fueron saliendo de uno en uno. La primera en abandonar la sala fue Kate, Harry tuvo que acelerar el paso para ponerse a su altura, fascinado por la velocidad en su andar cuando vestía esa falda tan estrecha.

—Me alegra volver a verte —le dijo, presintiendo que estaría cabreada porque él no había intentado contactar con ella tras el fin de semana que pasaron juntos—.

Siento no haberte llamado, pero, ya sabes, el trabajo… —se excusó.

—No hace falta que me des explicaciones. Yo tampoco te llamé —apostilló ella.

Harry le sonrió levantando las cejas por la inesperada respuesta. Nunca sabía qué esperar de esa mujer, siempre le sorprendía—. ¿Te apetece un café? Iba a por uno a la máquina.

—Por supuesto, pero mejor salgamos fuera. Ese no hay quién lo beba.

Estaban sentados en una cafetería cercana al One World Trade Center con un enorme vaso de cartón cargado de café. Ambos en silencio,

contemplando a través de la cristalera el ir y venir de los viandantes.

—¿A qué distancia está tu habitación de la de Sokolov? —Harry pensó que lo mejor para romper el hielo con ella era hablar de trabajo.

—Las habitaciones son contiguas, el hotel le va a asignar la de al lado. Ya hemos colocado cámaras y micrófonos, solo nos queda esperar. —Harry se extrañó de que no hubieran comentado nada de esto en la reunión—. Dos agentes se encuentran esperando a que llegue. A nosotros nos toca esta noche y…

—Actuar —concluyó Harry la frase.

—Exacto.

—¿Has pensado en algo? —Conociéndola sabía que lo tendría todo estudiado y planificado.

—Tengo varias ideas en la cabeza. He estado dándole vueltas y se me ocurren algunas opciones. La más evidente es esperar a que grabemos la entrevista entre Fox y Sokolov, pero me da la impresión de que eso no va a servir para nada. Creo que hablarán en clave y no obtendremos pruebas para acusar al ruso. También asumo que Fox irá disfrazado, por lo que las imágenes que consigamos no van a ayudar ni a la Interpol ni a ninguna de las otras agencias que andan tras él a detenerlo.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Pasar a saludar. —Harry, que estaba dando un sorbo a su café, se atragantó al escuchar su plan. La observó durante unos segundos comprendiendo que hablaba en serio.

—Así que tu idea es llamar a la puerta y presentarnos como los Smith, la pareja que fue a su fiesta aquel día en el que le robaron archivos incriminatorios de sus negocios ilegales. Sin contar que lo drogamos cuando él creía que iba a pasar una velada lujuriosa contigo.

—Eso es. —A ella le parecía la maniobra más acertada—. La droga que le suministré, si funcionó correctamente, cosa que no dudo, le hizo olvidar parte de la noche, por lo que no creo ni que recuerde que llegamos a ir a su dormitorio.

—Puede que él no lo recuerde, pero los guardaespaldas seguro que no lo han olvidado.

—Eso es verdad, pero de ahí a asegurar que fuimos nosotros… En el dormitorio no había nada que me incriminara, tú conseguiste todos los archivos en el despacho y en esa habitación no nos vieron a ninguno de los dos. Dimitri se ocupó de que las cámaras no registraran nada. Pudo ser cualquiera de los invitados que estuvieron presentes.

—Sí, pero te recuerdo que de inmediato desaparecimos de escena. Cogimos el primer vuelo de regreso a casa. Algo que a cualquiera le puede resultar, cuando menos, sospechoso.

—Pero eso no es problema. Yo le conté que tu trabajo a veces provocaba llamadas de urgencia para solucionar contratiempos de última hora.

—De acuerdo. —Era algo descabellado, pero tenía sentido—. Imagínate que ejecutamos la artimaña que propones. Llamamos a su puerta y le soltamos algo como: nos ha parecido verte en el hotel y cuando en recepción nos lo han confirmado hemos venido a saludar, bla, bla, bla. —Kate asentía, a ella le parecía algo de lo más natural—. Y cuando llegue el asesino a sueldo, nos auto invitamos a la fiesta y no nos vamos de allí sin cenar. —Kate soltó una carcajada.

—Dicho así parece absurdo, pero no me digas que esas cosas no suceden.

Situaciones más raras se ven día a día. Y seguro que le dejamos fuera de juego, no se lo esperará.

—Eso seguro.

Harry se quedó pensando, recordando una estancia en Los Angeles con Phoebe en la que se toparon con alguien que no esperaban encontrarse allí. En el hotel coincidieron con un viejo amigo al que hacía tiempo que no veían, había ido con una joven de escapada romántica, y aunque ambos eran amigos de él y de su mujer, que no era la joven que había a su lado, cenaron con ellos mientras aguantaban el tipo. Fue bastante tenso, pero Phoebe con su carisma y simpatía logró que la velada se fuera relajando poco a poco. Pasadas unas semanas, se enteraron de que el matrimonio estaba tramitando el divorcio, cosa que, como era evidente, no les chocó.

—Creo que me estás convenciendo —comenzó a claudicar Harry—. Aunque pongámonos en el peor de los casos: Dimitri se ocupó de que las cámaras no grabasen, por lo que tienes razón, no tiene la certeza de que fuéramos nosotros los ladrones, pero imagínate que algo se nos pasó por alto. Al fin y al cabo, Sokolov ha puesto precio a nuestra

cabeza, algún indicio tendrá.

—Yo creo que no tiene pista alguna, estoy convencida de que es pura deducción. De todas formas, aunque fuese así, ¿qué es lo peor que puede suceder?

—Aparte de que nos maten, no se me ocurre nada más. —Kate volvió a reír y, esta vez, Harry la acompañó.

—Venga, vale, eso puede suceder, pero nos adelantamos y matamos dos pájaros de un tiro. Eliminamos a un asesino a sueldo y a un empresario cuyos negocios son el tráfico de mujeres y de armas. Asunto arreglado —le guiñó un ojo.

—Esa no es la misión que nos han encomendado. —Harry lo soltó con ironía, porque cada vez la idea de Kate le resultaba más atractiva.

—Goldberg ha dicho que no quiere que nos pase nada. Solo nos defenderíamos en caso de ser necesario.

Kate y Harry se dirigían al alojamiento de Sokolov, habían decidido seguir el plan concebido por ella.

Scott Carter y Michael Donovan se habían quedado en la habitación contigua donde toda su atención se centraba en los monitores que les mostraban en ese momento a un Sokolov relajado, disfrutando de una copa de whisky y de la retransmisión de un partido de baloncesto de los Knicks en la televisión. Tras él, dos de sus hombres parecían estar jugando al Durak, un juego de cartas ruso, a la par que consumían una botella de vodka. Era un ambiente distendido. Estaban deseando ver la reacción de todos ellos cuando sus compañeros aparecieran en escena. Acababan de encender los altavoces para oír lo que se dijera, preparados para actuar si fuera necesario.

Cuando Kate y Harry les habían contado el plan, se habían quedado de piedra, no se podían creer lo que pensaban hacer. El ruso había puesto precio a su cabeza y ellos se iban a presentar en su suite como si no hubiera ocurrido nada, como si fueran los mejores amigos del mundo. ¡Era una locura!

Scott y Michael se tensaron delante de las pantallas en cuanto escucharon que alguien golpeaba la puerta de la habitación. Kate y Harry iniciaban el espectáculo.

Ahora les tocaba estar atentos y no despistarse ni un instante, podrían necesitarlos en cualquier momento. Y si era así, sería clave que intervinieran con suma rapidez, sus vidas dependían de ello.

Al escuchar los toques a la puerta, Sergei miró el reloj, era pronto, no podía ser Fox, todavía no. Uno de sus guardaespaldas se levantó aliviado, su compañero le estaba dando una paliza, y se dirigió a abrir. Sokolov se quedó donde estaba, expectante de saber quién le interrumpía en el punto álgido del partido. Tal vez fuera el servicio de habitaciones para ofrecerle algún obsequio, ya que no esperaba a nadie ni había solicitado nada.

Cuando su hombre abrió, no se podía creer lo que veían sus ojos, las personas que allí había eran las mismas a las que llevaba odiando un año, a las que había echado la culpa de todas sus desgracias, las que quería ver muertas y sobre las que había estado planeando su venganza. Se levantó y se encaminó hacia ellos sin entender lo que estaba sucediendo. Ambos lo esperaban con una enorme sonrisa

en sus rostros, como si nada hubiera acontecido desde la última vez que se habían visto. ¡Era absurdo!

Tanto Harry como Kate se fijaron en que la habitación era espectacular, más suntuosa que la de ellos, decorada con un gusto exquisito. El centro de la sala estaba ocupado por un sillón Chester tapizado en terciopelo gris con cojines de dibujos geométricos, frente a él, una chimenea de mármol encima de la cual la gran pantalla plana continuaba emitiendo el partido. Sillas isabelinas forradas en azul y una mesa redonda de espejo envejecido, donde unos instantes antes se estaba jugando una partida de cartas. Además de un escritorio debajo de una de las enormes ventanas con vistas a Central Park completaba la decoración. Tanto Harry como Kate con un simple vistazo dieron buena cuenta de todo lo que había, no querían ninguna sorpresa, tenían que estar preparados para cualquier contingencia.

—Sergei, ¡cuánto me alegro de verte! —Kate se acercó a él con los brazos extendidos, esquivando a su guardaespaldas y haciéndole caso omiso, y le dio dos besos en las mejillas, muy cerca de la comisura de los labios, en un efecto estudiado de coqueteo y provocación—. Te hemos visto esta tarde en el hotel y no nos lo podíamos creer. No sabíamos que estabas en Nueva York, ¿verdad, Jack?

—Sokolov —saludó Harry seco. Tenía que seguir interpretando el papel de marido celoso, en el pasado el ruso había intentado seducir a su supuesta mujer.

—¡¿Kathleen?! —le había sorprendido tanto la visita que tardó unos segundos en recomponerse. Mientras, la pareja había accedido al interior de la habitación sin recibir invitación alguna. Sergei estaba alucinado por la desfachatez que demostraban.

—¡Oh, qué bonita suite! —Kate ya se estaba acomodando en el sofá—. ¿Verdad, cariño? ¿No te parece fantástica?

—Por supuesto, querida.

El ruso decidió seguirles el juego, quería saber hasta dónde querían llegar y cuál era el motivo de su insólita aparición. Aunque reconocía que le preocupaba la intrusión, en menos de una hora Fox haría acto de presencia y no quería que ese par de entrometidos siguiera allí, sentía curiosidad. A lo mejor, después de todo, su deseo se vería cumplido esa misma noche.

—¡Qué sorpresa! —El guardaespaldas, que aún seguía plantado delante de la puerta, la cerró y volvió al juego de cartas, atendiendo al leve movimiento de

cabeza que había realizado su jefe. Sokolov se acercó al minibar donde sirvió un par de copas—. ¿Whisky, verdad?

—Sí, gracias —contestó Harry mientras Kate solo asentía. Parecía que todo iba como ella había calculado, solo esperaba que no se hubiera dejado nada en el tintero, algo así haría que su plan se fuera al traste.

—Así que me habéis visto esta tarde en el hotel y habéis decidido venir a saludar —el sarcasmo en el tono de voz de Sergei era evidente, pero ninguno evidenció apreciarlo.

—En efecto, querido Sergei. La última vez que nos vimos tuvimos que salir de manera tan precipitada de Moscú que no tuvimos oportunidad de despedirnos y, la verdad, me gustaría disculparme, pero a Jack le surgió un problema laboral que requería de su asistencia inmediata. ¡Siempre igual! —Resopló demostrando lo hastiada que estaba por esa constante en su vida. Muy convincente, pensó Harry.

—Así que un problema laboral. —Sokolov había intentado recordar lo sucedido aquella noche en multitud de ocasiones, lo poco que recordaba era porque sus guardaespaldas se lo habían contado. Le habían confirmado que llegó a subir con ella a su dormitorio, pero ni ellos la habían visto marcharse, ni él supo por qué despertó casi diez horas después. Tampoco comprendía la aparición de una doncella en la casa que nunca logró encontrar. Todo había sido un paripé

promovido por esa pareja que ahora tenía delante tratándolo de estúpido.

—Disculpa, Sergei, ¿el baño? —preguntó Harry con la intención de dejarles intimidad.

—Claro, en la entrada a la derecha. —Harry asintió y se dirigió hacia allí. La habitación era parecida a la suya en lo que se refería a distribución, pero a la inversa.

En cuanto el americano hubo desaparecido de la vista del anfitrión, Sokolov les hizo un gesto a sus hombres, lo que provocó que ambos se levantaran y se ausentaran, acatando sus órdenes. Kate continuó con su actuación viendo que había conseguido lo que deseaba.

—Además, también me enfadé un poco contigo.

—¿Conmigo? —preguntó sin saber a dónde querría ir a parar.

—Claro que sí, contigo. Con quién va a ser si no. Me invitas a tu habitación,

entro al baño para ponerme cómoda y cuando salgo te encuentro completamente dormido. Resultó humillante. —Le puso morritos simulando disgusto—. Encima te zarandeé y no despertaste. Me fui bastante ofendida. Nunca me había pasado algo así. —Aparentó dar un sorbo a la copa mientras lo observaba por encima del vidrio, gesto que a él le resultó excitante. Si estaba mintiendo, era clara merecedora de un Óscar, pero no podía olvidar de un plumazo las conclusiones a las que había llegado—. De todas formas, ya ha pasado cierto tiempo y está olvidado. Me gustaría retomarlo donde lo dejamos. —Kate se acercaba de forma provocadora hacia él, con un movimiento de caderas que lo tenía obnubilado. Era tan hermosa como recordaba.

Mientras tanto, Harry escuchaba la conversación oculto en el baño, ambos parecían haber olvidado su presencia. Estaba impresionado con la espectacular intervención de Kate, estaba llevando al ruso donde quería con su voz seductora y su pavoneo. Se preguntó si esa misma táctica la utilizaría con él. Si él hubiera estado en el lugar de Sokolov estaba convencido de que habría caído atrapado en sus redes y, por la respuesta de este, parecía que se había tragado sus excusas y, lo más probable, es que se hubiera creído cualquier cosa que Kate le contase en ese momento. Lo había atraído hacia su tela de araña de donde ya no podría escapar.

Justo entonces, la puerta, que daba acceso al baño desde el

dormitorio, se abrió de par en par dejando ver dos moles delante de él que lo apuntaban con sendas pistolas con silenciador. Conocían a su jefe, no lo quería muerto, querría interrogarlo antes y ambos sabían lo que disfrutaba Sokolov con ello. Si lo mataban, serían duramente castigados. Se regocijaba con el sufrimiento ajeno.

Además, eran sabedores del odio que sentía hacia ese hombre en concreto, lo habían visto durante estos últimos meses, era su única ambición, lograr tenerlo cara a cara y torturarlo. No dudaban de lo que le esperaba, habían estado presentes cientos de veces antes, incluso a ellos, en más de una ocasión, se les habían revuelto las tripas por la crueldad de la que hacía gala. Veían a los hombres desangrarse, morir lentamente, sufrir y, como colofón, acababan siendo enterrados en cajas repletas de sal, donde las heridas producidas durante el interrogatorio convertían el final de sus vidas en un suplicio insoportable. Algunos, los que tenían suerte, se desmayaban y dejaban de padecer ese dolor, pero los que aguantaban, sufrían una pesadilla que nunca se hubieran podido imaginar. Se decía que guardaba el juego de uñas de cada uno de los torturados, todas ellas arrebatadas recién empezado el martirio al que los sometía. Se entretenía arrancando esas pequeñas partes de las manos y de los pies, comprobando el daño que les causaba a sus víctimas, observando lo sencillo que era extraer una porción del cuerpo.

Harry, aun habiendo sido sorprendido, actuó con celeridad. Mientras el primero de los hombres entraba al baño, sin dejar de apuntarlo, le dio una fuerte patada en los testículos que hizo que cayera al suelo de rodillas, sujetándose sus partes nobles y olvidándose del arma que rodaba hacia él. Harry la cogió antes de que el segundo tuviera tiempo a reaccionar. Desde el suelo, y con la pistola recién atrapada, sin pensárselo dos veces, disparó al gorila entre ceja y ceja, lo que hizo que se desplomara hacia atrás, provocando un fuerte impacto contra el suelo. El guardaespaldas que se retorcía de dolor por la patada recibida, al comprender que si no hacía nada sería el siguiente en caer, emprendió una dura contienda contra su adversario, lanzándose sobre él en el frío suelo del lavabo.

Cuando Kate y Sergei escucharon el golpazo producido por el escolta al ser derribado, supieron que algo no andaba bien. Sokolov se dirigió al cajón del escritorio situado bajo la ventana, a unos pasos de donde se encontraba, para coger el arma que allí guardaba, pero Kate estuvo más hábil y con la suya en la mano lo instó a detenerse.

—Levanta las manos, ponlas donde yo pueda verlas y date la vuelta despacio.

Un movimiento brusco y no lo cuentas. —Su voz sonó clara, no dejaba lugar a dudas, Sergei sabía que no dudaría en apretar el gatillo. La había visto posicionarse, estableciendo primero una conducta de seducción para después pasar a una de autoridad, y solo en unas décimas de segundo. El ruso intuyó que no tenía escapatoria, hizo lo que le acababan de ordenar, levantó las manos con lentitud y se giró con cuidado. Miró a los ojos de la mujer y lo supo, era capaz de matarlo y de mucho más.

—Querida, ¿pero qué ocurre? No entiendo nada. —Mientras hablaba con el propósito de distraerla, dio unos pasos hacia atrás dirigidos al escritorio, necesitaba su pistola. Esa puta no saldría viva de la habitación, se dijo.

—Sergei, hablo en serio. ¡No te muevas!

El hombre ignoró su advertencia y, al irse a girar para hacerse con el arma, recibió un disparo que lo hizo caer al suelo, espatarrado sobre la alfombra y emanando sangre, quedó con la vista centrada en el techo mientras respiraba su último aliento.

Scott y Michael, que habían estado observando todo lo acontecido en la pantalla, se levantaron a toda prisa y se encaminaron a la habitación de Sokolov.

Todo se había producido muy rápido, cuando creían que Kate tenía todo bajo control, el ruso había decidido hacerse el héroe. Además, Harry llevaba demasiado

tiempo en el lavabo, donde no habían colocado ninguna cámara, y la existente en el dormitorio tenía un punto muerto que parecía estar justo en el dichoso baño. La persona que había dispuesto las cámaras se había lucido, no se creían que hubiera dejado una habitación a oscuras. Ya se encargarían de amonestarlo. Ahora tenían que comprobar que sus compañeros estaban sanos y salvos.

Harry tenía al guardaespaldas sobre su cuerpo, era demasiado pesado y no podía quitárselo de encima. Entre ellos, el arma cargada no tenía ninguna orientación adecuada, si se disparaba, cualquiera de ellos podría ser herido o muerto.

Harry levantó, con gran esfuerzo, la cabeza del suelo dando un cabezazo a su contrincante quien quedó atontando unas décimas de segundo, tiempo suficiente para que le golpeara de nuevo en la cabeza con su puño, pudiendo, por fin, quitárselo de encima lo bastante para apuntarlo con la pistola. El hombre no pareció mostrar ningún temor

porque volvió a enfrascarse con él, pero esta vez Harry apretó el gatillo hiriéndolo en el estómago.

Entonces, la puerta se abrió y Scott se acercó a socorrer a su amigo.

—Llama a una ambulancia. —El agente le intentó encontrar el pulso.

—Harry, está muerto. —Lo ayudó a ponerse en pie, a la par que contemplaban los cuerpos sin vida de los dos guardaespaldas.

Ya en el salón, todos se enfrentaron al desaguisado que habían organizado, Sokolov se hallaba en el mismo estado que sus hombres.

Goldberg no estaría contento con el resultado de esa operación, pensaron de forma unánime.

—¿Pero se puede saber qué coño ha pasado? ¿A quién se le ocurrió ese plan tan descabellado? —Todos sabían que las preguntas eran retóricas por lo que se mantuvieron en silencio. Estaban en el despacho de Mark Goldberg, recibiendo la perorata correspondiente por la malograda operación. No habían llevado a cabo el plan, no tenían ninguna pista de quién podía ser Fox, uno de los asesinos más buscados en el planeta, y Sokolov yacía muerto—. ¡Menuda picia! No recuerdo una cagada semejante en todos los años que llevo aquí. No me esperaba esto de vosotros. Sois mis mejores hombres y os habéis comportado como si fuerais unos novatos. ¡En qué demonios estabais pensando! No puedo creer el error tan grave

que se ha cometido aquí.

A Goldberg parecía salirle humo por la cabeza. Harry sabía que llevaba razón, no recordaba que una misión hubiera sido un desastre tan enorme como en esta ocasión. Siempre habían estado planificadas al milímetro sin dejar nada al libre albedrío y siempre habían concluido con el resultado buscado. Sin embargo, en este caso, nada había funcionado como esperaban, todo había ido de mal en peor hasta llegar al desastre total.

Goldberg todavía estuvo manteniendo un monólogo unos minutos más, desahogándose por el nefasto resultado de una operación que parecía de lo más sencilla. Todos habían trabajado en encargos más complicados y peligrosos. No entendía cómo se les había ido de las manos con tanta facilidad.

—Salid de aquí. Ahora no os quiero ver ni en pintura. Necesito asimilar lo sucedido. Sigo sin creérmelo. —Los gritos se oían desde fuera del despacho.

Cuando salieron cabizbajos, Linda, la secretaria de Mark, los observaba con pesar, no había podido evitar escuchar cada una de las palabras pronunciadas por su jefe. Tenía presente la enorme bronca que se habían llevado, pero lo peor no era eso; ella tendría que lidiar con su mal humor por lo menos durante una semana, y eso siendo positiva, seguro que le duraba más tiempo.

—Me apetece una copa —le susurró Kate a Harry. Él la miró, tenía muy mala cara, estaba completamente desmoralizada y decaída.

—No ha sido culpa tuya.

—Sí que lo ha sido. Esa estúpida idea se me ocurrió a mí.

—Pero a todos nos pareció bien, si no, no la hubiéramos ejecutado.

—Harry, ahora no necesito ni que me animes ni tu compasión. Me apetece emborracharme. —Él comprendió por lo que no dijo nada más.

—¿En mi casa? —Ella asintió.

21

Moscú

Harry seguía atónito contemplando la imagen que le ofrecía la pantalla del portátil. Su pelo negro, aunque en la actualidad mostraba algunas canas, su tez pálida, esos labios finos que exhibían tanta arrogancia y sus ojos oscuros como el carbón, revelando la crueldad de la que era capaz, eran inconfundibles, era Sergei Sokolov.

—¡¿Cómo puede ser?! Sokolov está muerto. Lo vimos sucumbir delante de nuestras narices —continuó diciendo Harry. Era imposible. Kate lo había matado en aquella misión fallida años atrás, él estaba presente, había visto su cuerpo tirado sobre la cara alfombra de la

habitación del hotel, aún recordaba la sangre desparramada a su alrededor.

Se levantó de la cama y comenzó a andar de lado a lado del cuarto, pensando, sin comprender cómo era posible. Se le pasaron varias ideas por la cabeza, pero todas ellas eran a cuál más ridícula.

Kate lo observaba sentada en la cama, con el ordenador al lado, todavía mostrando esa cara que tanto les había afectado. No sabía cómo tranquilizarlo, así que se mantuvo en silencio, a la espera de que él le contara todas esas divagaciones que sabía que estaban pasando por su mente.

—Me voy a dar una vuelta, necesito tomar el aire —declaró finalmente. Tras vestirse de forma atropellada, desapareció por la puerta, dejando a Kate observando su marcha sin saber qué hacer ni cómo ayudar.

Harry salió del hotel sin dirección aparente, las cuatro paredes de la habitación se le habían echado encima de repente, se había agobiado, sentía el aire pesado que allí se respiraba, precisaba de aire fresco para aclarar sus pensamientos. No comprendía qué estaba ocurriendo, primero la muerte de su hijo y ahora esto. Era un sinsentido. Aunque en el fondo sabía que todo comenzaba a tener una lógica, a seguir un orden, jamás se le hubiera ocurrido esta explicación para la situación que estaba viviendo.

Deambuló por los callejones de alrededor del hotel, tampoco quería mostrarse por las calles principales. Si aún lo buscaban, cosa que no dudaba, no quería dejarse ver con tanta ligereza. Sabía que la ciudad era enorme, muy difícil sería

localizarlo en un encuentro casual, pero prefería no arriesgarse a esas alturas.

En su paseo se topó con un pequeño parque, estaba vacío, por las horas y el frío de la noche todos los niños estarían ya en casa o cenando o metidos en la cama. No se veía ni un alma. Así que pensó que sería un lugar apropiado para disfrutar de su soledad. Se acomodó en un banco y tras unos minutos sin saber por dónde continuar la investigación, tenía que reconocer que su hallazgo lo había dejado en shock, decidió realizar una llamada. Miró el reloj, había una diferencia horaria de ocho horas, luego estaría en la oficina.

—Harry, ¡qué sorpresa! —Mark Goldberg no se esperaba la llamada de su mejor hombre y amigo. Sabía que estaba buscando al asesino de su

hijo, no lo había puesto de manifiesto, pero lo había leído entre líneas, y él se lo había permitido. Lo que no se podía ni imaginar era lo que había descubierto.

Harry le contó con todo detalle lo que habían averiguado hasta el momento.

Mark, al otro lado de la línea, le escuchaba sin parpadear, sorprendido del plan tan intrincado que habían puesto en marcha para hacerle daño. Era premeditado y estaba bien organizado, se había necesitado de mucho tiempo para preparar algo así. Desde luego quien lo hubiera hecho tenía a Harry en muy poca estima.

Cuando le comunicó quién era la cabeza pensante, a Mark casi se le cae el teléfono por la impresión causada.

—Pero eso es imposible. Sergei Sokolov está muerto. Todos vimos su cadáver.

—Eso mismo pensé yo, pero tengo la prueba en el hotel, en forma de imagen.

—¿No puedes estar confundido?, ¿quizás algún familiar que se le parezca y que esté vengándose? —Mark confiaba en que tenía que haber alguna otra explicación, aunque si Harry le decía que era Sokolov, él se fiaba por completo de su opinión.

—Ya lo he pensado, pero no, es Sergei Sokolov. Lo reconocería en cualquier parte. Y que yo sepa no tenía familia cercana y las pocas personas en las que confiaba se esfumaron en cuanto surgió el rumor de que había vendido a su gente.

—Lo sé, pero es que me parece tan inverosímil.

—Se nos debió de pasar algo. Está claro que Sokolov no murió aquel día…

—Harry, si es verdad lo que dices, en esa operación solo participamos cinco personas y conoces a la perfección a los involucrados.

—En realidad hubo agentes vigilando la habitación… —En alto le sonó más descabellado que cuando se le había ocurrido.

—En cualquier caso, ten cuidado y no te fíes de nadie. —Ni de ti, pensó fugazmente.

Harry comprendía que su jefe tenía razón, pero pondría la mano en el fuego por cualquiera de ellos, tenía que ser alguien de fuera del equipo. Como acababa de comentarle a Mark, hubo más personas implicadas, tendría que investigarlos a todos. Pero los únicos que estuvieron allí esa noche fueron: Kate, Scott, Michael, Mark, que apareció en cuanto le llamaron, y él.

—Esto parece complicarse —continuó Mark hablando—. Antes era una vendetta personal por el asesinato de David, pero ahora se ha convertido en un caso de la Agencia. ¿Dónde estáis? Os envío ayuda.

—Gracias, Mark, pero no es necesario. Volvemos a Nueva York. —Colgó.

Se mantuvo sentado en el banco del parque un rato más, cavilando cuál sería el paso a dar a continuación. Entonces se le ocurrió, tenía que confirmarlo. Todavía tendría que investigar un par de cosas en Moscú antes de marcharse de la ciudad.

Tras tomar una decisión, se levantó del banco y se dirigió al hotel. Tuvo que utilizar la aplicación de google maps del móvil porque estaba perdido, no tenía ni idea del camino que había andado hasta llegar allí, tal había sido su bloqueo.

En cuanto entró en el dormitorio caldeado, se dio cuenta de que llegaba congelado, apenas sentía los pies y las manos las tenía heladas. Allí se encontró a una Kate que lo miraba muy preocupada, sentada encima de la cama, en el mismo lugar donde la había dejado una hora antes.

En cuanto lo vio atravesar la puerta, tras observarlo unos segundos, comprendió que estaba tan roto por dentro que sería difícil de amparar. Lo conocía lo suficiente como para saber que se echaba la culpa de la muerte de su hijo y, lo peor de todo, es que ahora se la echaría a ella también.

Se levantó de la cama y corrió hacia él rodeándolo con sus brazos, sin estar segura de cuál sería su reacción, supuso que la rechazaría, pero al contrario, él la abrazó con más fuerza y comenzó a besarla con necesidad, con desenfreno, le urgía desahogarse y el sexo iba a ser su vía de escape, lo que a ella no le decepcionó.

Moscú

Harry se había levantado temprano y, tras una larga ducha en la que había conseguido disminuir la tensión provocada por los últimos acontecimientos, comenzó con el plan que había trazado la noche anterior.

Lo primero que hizo fue disfrazarse de Sam Connors, otra de sus múltiples identidades. Se colocó sus lentillas azules, una perilla que siempre llevaba en su kit de emergencia y sus pesadas gafas de pasta, con este aspecto pasaba por un atractivo contable. A veces, se ponía una peluca, pero tenía que reconocer que desde la muerte de David tenía el pelo bastante más largo de lo habitual, infrecuente para Harry McKenzie o Jack Smith, pero adecuado para Sam Connors.

Antes de abandonar la habitación se quedó contemplando a Kate unos segundos, estaba espectacular tumbada en la cama deshecha, su melena enmarcando sus bellas facciones, apenas cubierta por las sábanas que perfilaban su precioso cuerpo, tan calmada mientras dormía. Se sentó a su lado y le dio un suave beso en la frente con cuidado de no despertarla. Confiaba en ella, le había salvado la vida en infinidad de ocasiones y eso sin contar sus sentimientos hacia él, nunca se lo había dicho, pero Harry sabía que lo amaba.

Salió del hotel y dirigió sus pasos al consulado americano, empezaría por ahí con sus indagaciones. Necesitaba conocer qué había pasado con el cuerpo de Sergei Sokolov cuando su ataúd fue repatriado a Rusia nueve años atrás.

Comenzaría por el principio.

Cuando Kate despertó, se hallaba sola en la cama. Abrió los ojos al palpar el lado del colchón en el que debería de estar el cuerpo de Harry, sin embargo, allí no había nadie, su espacio estaba frío, se tenía que haber levantado hacía largo rato.

Lo llamó esperando que contestara desde el baño, pero no respondió. Ella era la única persona en la habitación.

Abandonó el lecho preocupada por lo que pudiera hacer. Lo conocía,

era la persona más fría y pragmática con la que se había codeado, pero no se comportaba como acostumbraba, estaba demasiado implicado. Ahora su mente funcionaba de

manera imprevisible, nunca sabía lo que iba a hacer, cuál sería su próximo paso.

En general, seguía actuando tal y como había sido entrenado, pero se daba cuenta de que a veces no era así, la sorprendía, por lo que no estaba segura de qué esperar. Como era evidente, la muerte de su hijo lo había afectado, se culpaba por lo ocurrido, y ella se mostraba intranquila por sus reacciones, era como una bomba a punto de estallar. Revisó el dormitorio comprobando si le había dejado una nota en la que le explicara el porqué de su ausencia, pero no encontró nada.

Mientras se duchaba, no pudo evitar pensar en la noche anterior, hacía tanto tiempo que no se desfogaban de ese modo, tan ardiente e impulsivo, ambos tan necesitados el uno del otro, como al principio. ¡Dios, cuánto lo echaba de menos!, se dijo a la vez que cerraba el grifo de la ducha.

Se vistió rápidamente y se encaminó a la recepción del hotel, quizás Harry le había dejado algún recado allí avisándole de a dónde iba. Desde que se había despertado lo había estado llamando cada cinco minutos, pero el teléfono no respondía, lo tenía apagado. No era una conducta típica en él. Así, ¿cómo le guardaría las espaldas? Era una pauta básica de manual.

Como se figuraba, en la recepción tampoco le dieron noticias nuevas, no le había dejado mensaje alguno, así que decidió esperar y no abandonar el hotel hasta su regreso. No tenía intención de tropezarse con ese francotirador, que lo más seguro es que todavía los tuviera entre ceja y ceja y estuviera buscándolos en ese preciso instante, no quería presentarse ante él por el mero hecho de salir a la búsqueda de su compañero. Estaba segura de que aparecería de un momento a otro con una explicación plausible.

Se notaba algo entumecida, así que se le ocurrió practicar algo de deporte. Se compró un bañador en la boutique del hotel y siguiendo los carteles llegó a la piscina cubierta. Allí estuvo más de una hora nadando, procurando desconectar de todo, aunque le resultó imposible. Intentaba no pensar en Harry, le preocupaba no saber dónde estaba y por qué no había contado con ella, pero sobre todo le angustiaba que le sucediera algo. Aunque no había sido capaz de

sincerarse, sus sentimientos hacia él eran más fuertes de lo que nunca hubiera querido admitir, pero sospechaba que él no sentía lo mismo.

Sus reflexiones se alternaban entre Harry y Sergei Sokolov. No se lo podía creer, era inverosímil que se mostrara con tanta facilidad ante una cámara, teniendo en cuenta la complicada simulación que llevó a cabo para hacerles creer que había muerto. Cuando estaba involucrado en negocios ilegales no cometía errores de ese tipo, no se convertía en su propia prueba. Y, sin embargo, ahora… Entonces, lo

comprendió, quería que Harry supiera que estaba vivo y, lo más importante, que supiera que él había sido la persona que había dado la orden de asesinar a su hijo.

Tras completar su último largo a crol, salió del agua bajo la atenta mirada del socorrista, quien se había quedado deslumbrado tanto de su forma de nadar como de su fondo, pero al verla fuera del agua, no pudo evitar fijarse también en su impresionante figura. Se levantó de la silla en la que estaba acoplado, en ese momento solo había un par de personas nadando, y se acercó a esa desconocida por la que había sentido una atracción inmediata.

—Buenos días, nada usted muy bien. No es frecuente encontrar a una nadadora de su calidad en este hotel. —Quizás no era la frase más acertada para ligar, pero era justo lo que pensaba. Kate se dio la vuelta al notar que se dirigían a ella, su máxima era no sobresalir y actuar con naturalidad, quizás el primer punto no lo había respetado, pero tendría más cuidado con el segundo.

—Gracias por fijarse. En el instituto competía —lo dijo en un acento ruso perfecto, al socorrista ni se le pasó por la cabeza pensar que fuera extranjera.

—Me ha impresionado, no puedo decir otra cosa. —Le sonrió mostrando su perfecta dentadura. El joven tendría diez años menos que ella y era muy atractivo.

Como cualquier nadador que se precie estaba musculado, los abdominales marcados y la espalda ancha formando un triángulo invertido, característico de los atletas que practican este deporte. Ella le devolvió la sonrisa por educación—. Al mediodía disfruto de un descanso para almorzar, ¿querría comer conmigo? —El joven estaba acostumbrado a no ser rechazado por las féminas, lo demostraba su confianza al tratar con ella.

—Me encantaría, pero he quedado a comer con mi marido —se

disculpó con esa falsa excusa, sin saber si Harry llegaría o no a la comida.

Kate continuó avanzando hacia el vestuario en dónde había dejado un par de cosas que había traído consigo, desentendiéndose del chaval que la contemplaba sin pudor ni disimulo.

Cuando regresó a la habitación, corroboró que Harry aún no había llegado, comprobó su móvil encontrándose con que no tenía ningún mensaje ni llamada perdida. Volvió a marcar su número, pero, como en las ocasiones anteriores, no recibió respuesta. Empezaba a desesperarse, se preguntaba qué se le habría ocurrido y, peor aún, se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que hubiera dejado de confiar en ella, eso le dolería más que nada en el mundo, aunque

entendería que hubiera llegado a esa conclusión. Tras descubrir que Sokolov estaba con vida, pocos eran los posibles implicados. Como el resto, ella contaba con papeletas que la señalaban como participante en su fuga.

Se duchó de nuevo y se cubrió con un vestido que había comprado esa misma mañana junto con el bañador, era elegante, además de abrigar y resultar cómodo para el viaje de regreso. Se daba cuenta de que lo que había traído en la maleta no era lo más adecuado para las bajas temperaturas del país. Odiaba Rusia, ese frío que se le metía por los huesos, ella prefería los países cálidos. Aun recordaba algunas de sus peores misiones, todas habían ocurrido en esta región, lo único bueno que le había reportado era haber conocido a Harry. Movió la cabeza negativamente, rechazando todos esos recuerdos que le habían sobrevenido, tanto los agradables como los desagradables. Cogió el bolso y salió de la habitación con rumbo al restaurante del hotel.

En cuanto la acomodaron en una pequeña mesa, al lado de un ventanal que daba a la terraza del hotel, la cual estaba inundada de preciosas plantas de diversos colores, un camarero se acercó a tomarle nota. Sin prestar mucha atención a las recomendaciones del hombre, pidió de primero borsch, una sopa caliente de remolacha, y de segundo pelmeni, un enrollado de pollo y huevo duro. No había advertido lo hambrienta que estaba hasta que no había visto a los camareros pasar a su vera con las comandas del resto de huéspedes. Para beber se decantó por un vino tinto italiano que ofrecían en la carta a muy buen precio.

Mientras esperaba, con la copa de vino en la mano y disfrutando del admirable paisaje exterior, sintió que alguien se sentaba con ella a la

mesa. Pensando en que era Harry, se giró con una sonrisa en el rostro, pero a quien se encontró, fue al socorrista que esa misma mañana había coqueteado con ella.

—Parece que su marido se retrasa —le dijo con todo el descaro del que fue capaz.

—No se retrasa, he sido yo la que se ha adelantado. —Esperaba que de esta forma tan comedida, él se percatara de que no era bienvenido, se levantara y se marchara por donde había venido, pero el chico no se dio por aludido.

—Perfecto para mí entonces. Soy un maleducado, no me he presentado, me llamo Sergei. —Al oír ese nombre, a Kate le dio un vuelco al corazón, y en vez de mirar a la persona que tenía sentada enfrente, miró en derredor, comprobando a todos los comensales que estaban en el comedor. No fue capaz de reconocer a nadie, ni siquiera le llamaron la atención, todos aparentaban ser turistas

disfrutando de la sabrosa comida del hotel en el que se alojaban. Algunos miraban sus mapas pensando en la próxima excursión, otros leían sus guías estudiando las visitas que iban a realizar y otros tantos simplemente conversaban con su familia, amigos o parejas. No había nada fuera de lo común—. ¿He dicho algo inconveniente? —El joven se había fijado en la extraña actitud de Kate.

—¡Oh, no, para nada! Es que mi marido es muy celoso y si me ve acompañada por un joven tan guapo como tú, no sé lo que haría. —El socorrista la observaba, decidiendo si lo que acababa de decir era verdad o solo intentaba quitárselo de en medio, en cualquiera de los casos, comprendía que no debería estar allí, había sido un error acercarse a esa impresionante pelirroja, era mejor que se olvidase de echar un polvo con ella y fuera a buscar esa tarde a Anya, su pareja, con la que podría desfogarse del calentón que le había producido esa mujer.

—Creo que será mejor que me vaya, parece que no quiere que esté aquí. —Su intención había sido que ella le rogase que se quedara, pero tras unos segundos de espera, dedujo que eso no ocurriría.

—Cariño, ¿qué bien acompañada te veo? —Harry acababa de entrar en escena.

Se fijó divertido en que ese joven babeaba por Kate.

—Querido, esta mañana he ido a nadar a la piscina del hotel y he

conocido a Sergei, el socorrista, un joven encantador. —Le sonrió, agradecida por su aparición.

Al chico parecía costarle entender el escaso interés que mostraba ella por su persona.

—Pero yo ya me iba, señor. —Se levantó desconcertado ante ese desconocido.

Le sacaba por lo menos diez centímetros de altura, eso sin contar que su cuerpo se mostraba más musculado que el suyo propio, aun estando oculto debajo del abrigo que portaba.

—Espero que mi mujer haya demostrado lo buena nadadora que es.

—Sí, espléndida nadadora —comentó mientras se alejaba.

Harry soltó una sonora carcajada al verlo huir de sus garras, le hizo experimentar una sensación placentera, se sintió joven.

—¿Dónde has estado? Me tenías preocupada. Nuestro vuelo a Nueva York sale esta noche. —Harry se estaba sentando en la misma silla que acababa de abandonar el socorrista mientras cogía la carta para elegir qué pedir.

—Ahora te cuento. —El camarero apareció acarreando la sopa que había pedido Kate. Al ver la buena pinta que tenía, pidió otra igual y de segundo se decantó por lo mismo que su compañera. Cuando el camarero se esfumó, comenzó a relatarle lo que había hecho durante la mañana—: Ha sido un día de locos, he ido al consulado, después a los registros, he ido a donde me han ido indicando todos esos burócratas, pero no me ha servido para nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kate dando un sorbo a su sopa, atenta a lo que le decía.

—Me refiero a que nadie ha sido capaz de enseñarme el certificado de defunción de Sergei Sokolov.

—Bueno, al fin y al cabo, murió en Nueva York —le recordó ella.

—Lo sé, pero no hay ninguna señal de que su cuerpo fuera entregado desde los Estados Unidos.

—Otra evidencia de que sigue con vida —susurró ella desanimada.

—En efecto, pero yo recuerdo, como si hubiera sido ayer, que su

cuerpo fue enviado a Moscú. Incluso he buscado en los cementerios de la ciudad.

—¿Has ido a todos? —Kate estaba asombrada.

—No, claro que no, te recuerdo que existe el teléfono, incluso algunos dan esa información desde internet —declaró con sarcasmo, lo que sorprendió a Kate, ella no se esperaba que tras la noticia recibida la noche anterior se mostrara de tan buen humor.

—Sí, perdona, no sé en qué estaba pensando. —Se mantuvieron unos segundos en silencio, Kate asimilando la información recibida y Harry buscando al camarero, deseando que apareciera con la sopa que acababa de encargar, estaba famélico y, además, no había logrado que los pies le entraran en calor en toda la mañana, esperaba que una sopa caliente aliviara ese pesar—. O sea, que me estás diciendo que nosotros enviamos el cuerpo de Sergei Sokolov a su país, pero que nunca llegó.

—En efecto, eso es lo que te estoy diciendo —confirmó él.

—Creo que quería que lo supiéramos. —Harry se concentró en sus palabras—.

Es decir, quiere que comprendamos que sigue vivo y que es él el que lo ha orquestado todo.

—Eso mismo pienso yo.

—Te veo exultante teniendo en cuenta todo lo que nos ha caído de repente.

—No es eso, pero ahora sé a lo que me enfrento, a lo que nos enfrentamos.

Antes luchábamos contra molinos de viento, ahora sabemos qué tenemos delante.

Tras un vuelo de casi once horas con la compañía Aeroflot, habían tomado tierra en Nueva York. El despegue se había producido poco antes de las ocho de la noche, hora de Moscú, sin embargo, atravesaban la puerta del loft de Harry poco después de las doce de la noche.

Estaban agotados, por lo que se fueron directos a la cama, no obstante, Harry tenía algo que hacer antes de acostarse. Sacó el móvil del bolsillo de su abrigo, lo conectó al cargador, ya que se había quedado sin batería durante el viaje, y marcó el número de Phoebe. Ella, de nuevo, no respondió.

—¿Sigue sin contestar? —Harry asintió en silencio a la pregunta.

Kate estaba asombrada, no comprendía la conducta de su exmujer. Él se había preocupado de llamarla durante todo el viaje, tal y como le había prometido, y ella no se había dignado en cogerle el teléfono. Era ilógico. Se desvivía por apoyarla, cuando ya no era su cometido, y ella le ignoraba. Nunca había entendido a esa mujer y, desde luego, no iba a empezar ahora, se dijo, imaginando la inquietud que debía de sentir Harry al no recibir respuesta por su parte.

—Mañana por la mañana iré a verla y, si no me abre, derribaré la puerta.

—Aunque se lo tomaba a broma, su semblante hacía notar que no se sentía muy agradecido por los desplantes. Tenía una llave del piso, se aseguraría de llevarla por si no le abría. Sabía que su exmujer era de armas tomar y, cuando se enfadaba, lo manifestaba sin problemas, pero hasta para ella ese comportamiento empezaba a resultar extravagante y exagerado. Al día siguiente averiguaría qué es lo que le ocurría y por qué estaba tan disgustada con él, no podía ser únicamente porque se había ido de viaje en esos momentos tan dolorosos. Ella conocía lo que amaba su trabajo, así que no podía extrañarle su forma de actuar.

—Anda, vámonos a dormir. —Kate lo arrastró a la cama donde le regaló un masaje, tenía los músculos en tensión, por lo que esa terapia le resultó de lo más placentera, sobre todo viniendo de las manos experimentadas de ella.

Había sido un viaje duro, psicológicamente hablando, las averiguaciones realizadas en los últimos días le habían resultado, cuando menos, inesperadas.

Cualquiera hubiera acabado desequilibrado con la información recabada.

Kate seguía presionando y frotando sus músculos doloridos cuando se vio atrapado por un sueño profundo.

Harry despertó temprano, estaba acostumbrado a madrugar, además, seguro que el jet lag también tendría algo que ver. Miró al otro lado de la cama y se encontró a Kate, seguía durmiendo. Recordó el masaje que le había dado la noche anterior, su cuerpo todavía olía a almendras dulces debido al aceite que había utilizado. La observó, aparentaba estar tan indefensa allí tumbada en la cama. Le apartó un mechón de cabello que le dividía la cara en dos, y entonces le surgió un recuerdo del día en que se conocieron, en el aeropuerto de Moscú. Era una mujer increíble.

Decidió apartar de su cabeza la nostalgia que le había sobrevenido de súbito.

Necesitaba desentumecerse, en los últimos días no había hecho nada de deporte y su cuerpo se lo requería. Se vistió con su vieja sudadera de los Yankees y unos pantalones cortos y salió a correr por la ciudad.

Echaba de menos vivir enfrente de Central Park, era su zona favorita para practicar running, sin embargo decidió acercarse hasta Washington Square Park y rodearlo las veces que considerase oportunas. Accedió a la plaza por el sur, de frente se situaba el arco de Washington, giró a la derecha y dio varias vueltas al parque siguiendo el camino que lo circunvalaba.

Añoró su época universitaria, cuando él y sus compañeros de estudios se tumbaban en el césped de esa misma plaza a hablar de política o cualquier otro tema candente. También recordó sus primeras citas con Phoebe, sentados allí, charlando de sueños futuros, sueños compartidos, algunos de ellos se cumplieron, pero la mayoría se los llevó el viento.

Cuando creyó que era suficiente por hoy, su reloj le indicaba que ya llevaba corridas casi ocho millas, decidió que era hora de volver a casa. Le esperaba una larga mañana.

Nada más cruzar la entrada, se le presentó el olor de comida recién hecha, llegaba con un hambre canina. Se dirigió a la cocina donde se sorprendió al ver a Kate preparando beicon frito y huevos revueltos.

—¿Y esto? ¿Qué se celebra? —La agarró por la cintura, a la par que ella atendía a las sartenes, y le besó el cuello. Kate no puedo ignorarle, así que se dio la vuelta y le besó, unos segundos después lo apartó.

—Se me va a quemar la comida —afirmó sonriente.

—Creo que es la primera vez que te veo cocinar algo que no sea una ensalada, debes de estar francamente enferma —se burló.

—Para que veas que no me conoces tan bien —opinó socarrona.

Harry cogió de la sartén una loncha de beicon frito y empezó a masticarla mientras la observaba.

—Te vas a quemar. —Kate siempre se sorprendía por el apetito voraz de ese hombre, en todos los sentidos, sonrió al recordar.

—Voy a darme una ducha rápida —dijo a la vez que se quitaba la sudadera y desaparecía de su vista.

Tras un copioso desayuno, teniendo en cuenta que durante el vuelo apenas habían probado bocado no resultó tan exagerado como habría podido parecer, se dirigieron a la habitación. Kate conducía a Harry a la cama, estaba excitada desde que lo había visto llegar con el pelo revuelto y ese atractivo tan varonil que mostraba después de practicar algún deporte, además, con el beso que se habían dado en la cocina, no había dejado de pensar en otra cosa que en tenerlo entre sus piernas.

En cuanto lo vio al otro lado de la calle se dispuso a abrirle la puerta. Frankie, con su constante sonrisa bonachona, lo esperaba.

—Buenos días, Frankie. ¿Sabes si Phoebe está en casa?

—Buenos días, señor McKenzie. Yo no la he visto salir esta mañana. ¿Qué tal se encuentra?

—Tirando, Frankie, tirando.

—Como todos —le replicó el portero.

Harry cogió el ascensor esperando que Phoebe estuviera en su domicilio tal y como le había confirmado el portero. Tras unos minutos pulsando el timbre, sin recibir contestación, decidió utilizar su propia llave. La guardaba solo para emergencias, pero tenía que reconocer que comenzaba a preocuparse, todos estos días sin respuesta por su parte le chocaban. Entendía el mosqueo que se había

pillado por dejarla sola en un duelo tan doloroso, pero Phoebe no era una persona tan rencorosa como para que lo ignorara durante todo este tiempo.

Traspasó la entrada de la residencia llamándola, sin recibir respuesta. De forma automática sacó la pistola que llevaba bajo la pernera de su pantalón y recorrió el piso. Despacio se encaminó de una habitación a otra, comprobando todos los rincones. Cuando se encontraba en el que había sido su dormitorio de matrimonio, supo que Phoebe no estaba allí, había registrado todo el apartamento. Aún se percibía el olor de su perfume en el ambiente, por lo que no debía de hacer mucho que se había marchado.

Llamó de nuevo a su móvil. Entonces, lo escuchó, una sutil melodía de fondo, sonaba la quinta Sinfonía de Beethoven. Ella era una enamorada de la música clásica y esa era una de sus piezas preferidas, le encantaba el compositor alemán.

Se dirigió hacia el origen del sonido, provenía de la cocina. Allí localizó su teléfono, estaba tirado en una esquina, oculto por una de las banquetas de la isla, por ese motivo le había pasado desapercibido al registrar la casa. Se agachó y lo cogió con cuidado, comprendiendo que algo grave había sucedido. Phoebe no se iba a ninguna parte sin llevarlo encima. Algo debía haber ocurrido para descubrir el aparato allí abandonado, pero no se podía imaginar el qué.

Miró en derredor, tenía que buscar alguna pista, algo que le indicase el motivo de la desaparición de su exmujer, solo esperaba estar equivocado, que hubiera sido un descuido, un despiste y que de un momento a otro entrara por la puerta sorprendida porque se hallara en su casa. Entonces vio algo sobre la mesa del comedor, parecía una polaroid. Se acercó temiendo lo que se podría encontrar. Se desplomó sobre una de las sillas al comprobar lo que exhibía la fotografía, la cogió utilizando un pañuelo, no quería dejar en ella sus huellas, y la estudió en detalle.

No podía creerse lo que veían sus ojos.

En la imagen aparecía Phoebe amordazada, con las muñecas atadas, sentada en una de esas mismas sillas en las que él se acomodaba ahora. Su cara reflejaba todo el pánico y temor que debió de sentir en ese instante. Apoyado sobre su pecho descansaba un periódico, tuvo que hacer una foto con su móvil y ampliar la imagen para corroborar que la fecha del mismo era la del día anterior.

Tras unos segundos asimilando el nuevo vuelco que había tomado la situación, se levantó y miró por la ventana. Solo se veía el parque y a lo lejos los rascacielos del Upper West Side. Se preguntó si alguien lo estaría observando. En un acto reflejo corrió las cortinas.

Volvió a registrar las habitaciones de una en una, esta vez no buscándola a ella, sino buscando algún rastro que pudiera haber dejado su raptor. Estaba desesperado, no había nada relevante. La casa estaba tan impoluta, como siempre.

Aparte del móvil que había allí olvidado y la fotografía instantánea con la que se había topado encima de la mesa del comedor, no averiguó nada, todo estaba en su sitio, todo estaba completamente ordenado. Como si nada hubiera pasado. Como si no se hubiera producido un secuestro.

Salió del piso que tan buenos recuerdos le traía y bajó corriendo las escaleras.

No tenía tiempo de entretenerse esperando el ascensor.

En el vestíbulo, Frankie leía tranquilamente el periódico, la sección de deportes.

—Frankie, ¿cuándo fue la última vez que viste a mi exmujer? —preguntó con la esperanza de que el hombre pudiera darle alguna información de utilidad.

—Creo que ayer por la mañana. Sí, ayer por la mañana. Lo recuerdo perfectamente. Me comentó que no había dormido muy bien, que necesitaba salir a que le diera el aire.

—¿Nada más?

—No, lo siento, señor McKenzie. No recuerdo verla a su regreso, debió de pillarme haciendo algún encargo.

—No te preocupes, Frankie. Muchas gracias.

Harry salió del edificio hundido, no se podía creer lo que estaba ocurriendo. No podían hacerle daño también a Phoebe, era la única persona que le quedaba.

Comenzó a andar por la 5th Avenida sin tener claro a dónde dirigirse. Tras sopesar las opciones que tenía, decidió detener un taxi. Ya sabía qué hacer.

Yure Nychaj estaba esperando en la 5th Avenida, frente al edificio en el que vivía Phoebe McKenzie. Harry no se había percatado de que desde que había aterrizado en Nueva York había tenido una sombra. Nychaj no le había dejado ni un segundo a solas, lo tenía vigilado. Esperaba el siguiente movimiento del agente aguardando a que su jefe le diera la orden de actuar.

24

Kate se dirigía con paso decidido al despacho de Mark Goldberg, algo sucedía aunque no se imaginaba qué podría ser. La única información con la que contaba era un mensaje de Harry en el que le decía que había ocurrido algo y la apremiaba a ir a la Agencia.

—La están esperando, señorita Jones —le dijo Linda nada más verla aparecer.

Kate le sonrió con educación, agradeciéndole el aviso.

Ni se molestó en llamar a la puerta, la urgencia con la que había sido convocada le hizo olvidar las reglas de cortesía y más cuando la aguardaban. Allí se encontró a Harry sentado, con la cabeza sostenida por sus manos y los codos apoyados en las piernas. Lo que fuera que hubiera acontecido, era más grave de lo que pensaba, se dijo.

—¿Qué ocurre? —Al escuchar su voz, Harry levantó la cabeza.

—Es Phoebe, ha sido secuestrada. —Le enseñó una copia de la fotografía que había hallado en el piso, la original estaba siendo analizada en el laboratorio.

—¿Secuestrada? Eso no es posible. ¿Por qué iban a secuestrarla? No tiene sentido. —A Kate la noticia le había pillado desprevenida, se había imaginado cientos de posibilidades, pero otro ataque directo hacia Harry no se le había pasado por la cabeza.

—Claro que tiene sentido, tiene todo el sentido del mundo —replicó Harry—.

Es a mí a quien quieren hacer daño, ¿verdad? Pues arremeten contra las personas más importantes en mi vida. —Kate quería apoyarlo, sabía que era un duro golpe, pero tras escuchar esas palabras, se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago.

—Harry, tranquilo, la encontraremos —intervino Mark intentando insuflarle moral, aunque él también estaba afectado por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos.

—No sé cómo, todos los callejones van a un punto muerto, no sé por dónde continuar la investigación.

—Cuéntanoslo todo, desde el principio. Quizás hayas pasado algo por alto.

—Incluso a Scott le pareció poco probable que fuera así, su amigo era demasiado minucioso. Pero al ser un caso personal, estar tan involucrado, tal vez los árboles no le dejaban ver el bosque.

Todos se acomodaron en los asientos del despacho de Mark y Harry les relató todo lo acaecido hasta el secuestro de Phoebe. Se quedaron desconcertados al enterarse de que Sergei Sokolov seguía vivo, todos menos Harry y Kate que ya habían pasado por ese trance.

Mientras ellos asimilaban toda la información que les acababa de referir, a Harry se le ocurrió una idea. Se levantó de la butaca que ocupaba y salió del despacho. El resto lo observó asombrado sin saber qué se le habría venido a la mente, pues sus ojos revelaban obstinación.

Se pusieron en pie y fueron tras él a la sala de operaciones, una sala llena de televisores donde algunos analistas trabajaban en mantener la seguridad de la ciudad.

—SRD —les dijo, aunque eso tampoco les aportó demasiada información, seguían sin comprender—. Tengo una foto del ucraniano, se la saqué cuando estaba en casa de Leroy Ray rebuscando en su dormitorio.

Michael Donovan le arrebató el teléfono de las manos, el cual mostraba la imagen del extranjero en pantalla, y se puso manos a la obra.

—¡Cuenta conmigo, Harry! Lo encontraré —declaró Michael, el mejor analista con el que había trabajado, por ello, sabía que podía confiar en él.

El sistema de reconocimiento de dominio estaba formado por una red de más de seis mil cámaras que vigilaban Manhattan velando por la seguridad de los ciudadanos, y eso sin contar las que había instaladas en el suburbano. El sistema comenzó a trabajar, todas las cámaras colocadas en las esquinas de la ciudad buscaban en ese momento a una única persona, que si se encontraba en la calle sería localizada de inmediato.

Todos observaban los monitores. En uno se mostraba al desconocido con varios puntos situados en el rostro, unidos por líneas que identificaban las características de sus rasgos, este vector de

características pasaba a toda velocidad por las caras que aparecían en el resto de pantallas, donde se mostraban imágenes a tiempo real de la vida en la ciudad. Todos ellos permanecían atentos y expectantes a lo que el sistema pudiera hallar.

Tras media hora sin casi pestañear, fue Scott el que rompió el silencio.

—Creo que necesito un café. ¿Harry? —le incitó. Se daba cuenta de que su amigo lo necesitaba más que él, quizás no la bebida en sí, pero sí salir un rato de esa sala que empezaba a ser opresiva al no obtener resultados.

—No hay problema, yo me quedo —les confirmó Michael que seguía concentrado en la búsqueda, animando al resto a que se tomaran un descanso.

Salieron de la sala y se dirigieron a la máquina de café, iban en silencio, abrumados por los últimos sucesos. Que Sokolov siguiera vivo los había dejado fuera de juego, pero que encima hubiera sido el causante de la muerte del hijo de Harry y del secuestro de su exmujer, había sido el embate final. Estaban francamente alterados. Ninguno era capaz de esgrimir unas palabras para animar a su colega, estaban deshechos.

No acababan de dar ni un sorbo a su café cuando apareció Michael con noticias.

—Lo tengo.

Todos salieron corriendo tras él de vuelta a la sala que habían abandonado unos instantes antes.

—Acaba de salir de un restaurante italiano de Little Italy. —Les enseñó la ubicación del ucraniano. No quedaba lejos.

—Vamos —soltó Harry encaminándose a la salida.

—He dado aviso. Tenemos a un par de agentes siguiendo sus pasos. Nos avisarán cuando se detenga. —Harry lo miró admirado, siempre le dejaba atónito su proactividad y buen hacer—. Tengo amigos en la policía que me deben algún que otro favor. —Se encogió de hombros mientras les explicaba ese detalle.

De todas formas, todos continuaron observando las pantallas en las que aparecía el ucraniano paseando por la ciudad, como si de un ciudadano modelo se tratara, despreocupado, sin percatarse de que las

cámaras colocadas de forma estratégica en las esquinas no le quitaban la vista de encima.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Goldberg intrigado.

—No le localizamos en ninguna base de datos. Es como si no existiera.

Harry entendió por qué su búsqueda no le había llevado a ninguna parte, lo

más probable es que no hubiera nada de él en ningún lado. No quería ser reconocido y sabía cómo hacerlo.

Cuando parecía que iba hacia la dirección en la que se emplazaban ellos, el sujeto cogió el móvil, y como si le hubieran dicho a dónde dirigirse, cambió el sentido de su marcha.

Después de un cuarto de hora atendiendo sus movimientos por las diferentes calles de Manhattan, acabó entrando en un edificio de Chelsea, en la 7th Avenida.

Fue entonces cuando se pusieron en marcha.

Al llegar a las señas obtenidas gracias al sistema, se encontraron delante de una construcción de ladrillo con grandes ventanales en todas sus plantas, con marcos negros que le daban un halo de modernidad a la estructura, y que dejaban ver el interior de algunas de las viviendas. Enfrente del inmueble, un coche patrulla con dos jóvenes en su interior permanecía alerta.

—Sigue dentro. No ha salido —le dijo el conductor a Donovan en cuanto se colocaron a su altura.

—Gracias. Os podéis ir.

Ambos agentes asintieron, no podrían dar explicaciones a sus superiores de qué hacían ahí parados por mucho más tiempo.

—¿Son de confianza? —preguntó Harry.

—Claro. El que conduce es el agente Donovan, mi primo —sonrió—. Y el otro es un amigo del barrio de toda la vida. Pondría mi mano en el fuego por ellos.

—Harry asintió convencido con la aclaración.

Accedieron todos al vestíbulo. Esta vez fue Scott el que utilizó de

forma magistral unas ganzúas que abrieron el portal en cuestión de segundos. Nadie del exterior, que se hubiera fijado en ellos, hubiera imaginado que no estaba abriendo con sus propias llaves.

Comprobaron los buzones hasta que dieron con un nombre.

—Yure Nychaj —dijo Harry, viendo el único buzón que podía pertenecer a un inquilino de Europa del Este—. Última planta.

Subieron Mark, Kate y él, mientras que Scott y Michael se quedaban vigilando, tanto la entrada principal al edificio como la del aparcamiento, por si el ucraniano

decidía escapar por alguna de esas vías.

Harry llamó al timbre, no tenía intención de asustarlo, no quería que saliera huyendo. Tras llamar varias veces sin obtener respuesta alguna, decidió que era mejor entrar en la casa utilizando la misma estrategia que acababan de usar para adentrarse en el interior del inmueble, unas ganzúas.

En cuanto abrió la puerta de la vivienda, los tres se prepararon para afrontar cualquier eventualidad que se les presentara, portando su arma en la mano cruzaron el umbral sin hacer ruido, despacio.

La primera sala con la que se toparon resultó ser un salón con un mirador que ofrecía impresionantes vistas de Nueva York. Inspeccionaron la sala, pero allí no había nadie. Se dividieron entre las diferentes habitaciones de la casa, sin encontrar al ucraniano por ningún lado.

Cuando Harry se disponía a entrar en el último cuarto, el único que quedaba por revisar, notó cómo sus compañeros se pegaban a su espalda, como él, habían concluido con su búsqueda infructuosa.

Lo primero que divisó al entreabrir la puerta fue una estantería frente a ellos que ocupaba toda la pared, cargada de volúmenes. Giró la cabeza y encima del escritorio descubrió el cuerpo sin vida del ucraniano, una de sus sienes estaba apoyada sobre la mesa, un brazo caído hacia el suelo y, debajo, descansando sobre la alfombra, una pistola.

—¿¡Se ha suicidado?! —dedujo Mark Goldberg sin comprender lo que tenían delante.

Harry se comunicó con Scott y Michael mediante los auriculares que

llevaban dispuestos a modo de transmisores.

—Chicos, ¿algo nuevo?

—Nada, Harry. Todo tranquilo —contestó Scott Carter atento a cualquier movimiento fuera de lugar que se pudiera producir a su alrededor.

—Todo está cerrado a cal y canto, si alguien lo ha asesinado, lo conocía —dijo Mark tras evaluar la situación.

—Opino le mismo —sentenció Harry.

—¡Harry! —Scott habló de nuevo—. ¡Sokolov está aquí! —gritó.

Scott había visto al ruso subiendo la pendiente del parking que daba directa a la calle, este se había visto obligado a detenerse unos instantes esperando a que la barrera se levantara. Tras ordenar a Michael que fuera a buscar el coche, avisó a Harry por el pinganillo mientras se colocaba en lo alto de la rampa apuntando a Sokolov con su arma. Pero el ruso no se amedrentó y aceleró, agachándose al recibir un par de disparos que pasaron sin pena ni gloria por encima de su cabeza, produciendo dos agujeros en la luna delantera y estallando la trasera. Scott no pudo hacer otra cosa que apartarse si no quería ser atropellado, aun así disparó de nuevo hacia el conductor mientras saltaba hacia un lateral evitando que el vehículo se le echara encima; este disparo tampoco alcanzó al ruso. Al girar a toda velocidad a su lado, intentó acertar a las ruedas, pero con tan mala suerte que atinó a la máquina expendedora de periódicos que tenía delante, quedando la bala incrustada en el paquete que conformaban. Se contuvo, no entendía cómo había podido fallar con tanta facilidad, además, alrededor la gente se amontonaba y no quería herir a nadie. Todos los transeúntes gritaban y se tiraban al suelo alarmados por ese loco que estaba disparando, creyendo que se trataba de un ataque terrorista, incluso algún turista se dedicaba a tomar fotografías de la escena que tenía delante.

Se levantó a toda velocidad del suelo y corrió al coche, Donovan ya lo esperaba dispuesto a salir tras el objetivo. En cuanto subió, comenzaron la persecución por la 7th Avenida, atestada de coches.

Harry, Kate y Mark estaban en el ascensor atentos a lo que escuchaban. Sabían que en ese momento sus compañeros perseguían a Sokolov por las calles de Manhattan.

—Nos dirigimos hacia el sur —escucharon decir a Scott, mientras de

fondo se oía el sonido continuo del claxon en un intento de avisar al resto de automóviles para que se apartaran de su camino.

Cuando Harry y el resto aparecieron en la calle, se encontraron con un caos, los peatones gritaban y corrían de un lado a otro sin saber a dónde dirigirse, todos histéricos pensando que eran víctimas de un posible atentado. Ellos, ignorando la situación que los rodeaba, salieron disparados al otro coche. Harry se sentó al volante y Kate a su lado. Arrancó con un fuerte chirrido de ruedas, lo que provocó todavía más alboroto entre los viandantes.

—¿Dónde estáis? —preguntó Harry uniéndose al tráfico que circulaba por la 7th Avenida.

—Hemos girado a la izquierda. Estamos en Grand Street. Lo tenemos delante.

—Scott era el que les informaba de su posición, mientras Michael, demostrando una gran pericia, no perdía el contacto visual de su blanco.

—No lo perdáis.

En la esquina con Bowery se encontraron con obras, tanto la acera como el pavimento estaban levantados y los obreros se ocupaban de diferentes tareas. A Sokolov no le preocupó ese imprevisto, se lo tomó como una ventaja para despistar al coche que le iba pisando los talones. Aceleró, lo que desencadenó que todos los trabajadores, al percatarse de la existencia de ese vehículo que era conducido por un loco y que se abalanzaba hacia ellos, se lanzaran a un lateral para no ser arrollados. Donovan y Carter siguieron la maniobra del ruso sin inmutarse.

—Hemos girado en Allen Street. —Harry estaba preocupado, con el tráfico de la ciudad no avanzaban apenas, nunca conseguirían alcanzarlos. Scott y Michael eran los únicos que tenían oportunidad de atraparlo—. Lo hemos perdido —anunció Scott tirando por el suelo las esperanzas de Harry.

—¡Mierda! —fue lo único que pudo decir—. ¿Dónde estáis?

—En la esquina con Broome Street. Al doblar la calle un coche ha salido de Orchard Street. Casi se lleva a Sokolov por delante, pero a él lo ha esquivado, nosotros ya no hemos tenido tanta suerte. Se ha producido un accidente múltiple, estamos todos parados en medio de la calle. Sokolov ha logrado salir del caos que acaba de montarse.

Al escuchar esa información, Harry que ya se hallaba en Allen Street giró en Hester con la idea de coger Essex para luego llegar a Broome, calle en la que Sokolov había escapado. Cuando accedió a Broome, se encontró con la vía copada de peatones que con curiosidad se acercaban a contemplar el accidente.

—¡Mierda! —repitió Harry— ¡Joder! —dio un golpazo al volante por la impotencia que sentía en ese momento. Sergei Sokolov se había escapado delante de sus narices.

Un rato después se encontraban todos en la Agencia, delante de las pantallas que seguían trabajando con el sistema de reconocimiento, SRD, intentando localizar a Sokolov por toda la ciudad, pero la aplicación no les proporcionaba ningún resultado.

Harry sintió el móvil vibrar en el bolsillo de su pantalón y se escabulló de la sala, había comprobado que era la llamada que estaba esperando.

—¿Lo tienes? —preguntó con urgencia.

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas? —Loop sabía que tenía información trascendental, información que afectaría a Harry en cuanto la destapara.

—Dime, no te vayas por las ramas.

Harry le había pedido a su hacker que pinchara las comunicaciones de sus compañeros, no tenía ninguna duda de que uno de ellos era un traidor, pero no tenía ni la más remota idea de cuál de ellos sería. Tenía sospechas, pero necesitaba evidencias. Era obvio que había sido uno de ellos el que había dejado con vida a Sokolov en aquella misión de hacía casi diez años, pero ¿cuál? Unos días antes, hubiera puesto la mano en el fuego por cualquiera de ellos, sin embargo, las pruebas le habían demostrado que había una manzana podrida en el equipo, solo necesitaba saber quién era. Por ello, le había pedido a Loop que estuviera atento, que interceptara las conversaciones de sus compañeros, convencido de que el culpable se pondría en contacto con Sokolov en cualquier momento. El ruso siempre iba por delante, sabía cuál iba a ser su siguiente paso, así que resultaba indiscutible que tenía a alguien dentro. Era imposible que siempre supiera qué iban a hacer y cómo iban a actuar si no recibía ayuda de alguien cercano. Tenía que asegurarse de conocer quién era si quería que el plan que había comenzado a trazar en Rusia saliera a la perfección,

ahora tenía que ser él el que se adelantara a cada movimiento del ruso.

—Uno de los teléfonos que me pediste que vigilara ha enviado el siguiente mensaje: “Vamos tras la pista de Yure Nychaj. Tenemos que hablar.” —Según los datos de Loop, este mensaje había sido enviado poco antes de que le sonara el teléfono al ucraniano, momento en que todos ellos contemplaban la pantalla. Un nuevo aviso. Harry asintió, aunque era lo que esperaba e imaginaba, dolía que uno de los tuyos te traicionara, alguien en quién confiaba plenamente había participado en la muerte de su hijo. Era muy duro de digerir. Y ahora confirmaría de quién se trataba.

—¿Qué teléfono?

Cuando Harry escuchó a quién pertenecía el móvil que había enviado ese mensaje de aviso, se le cayó el alma a los pies, aun siendo la persona que tenía en mente. Siendo realista, no podía haber sido otra. Todo empezaba a encajar.

—Gracias, Loop, te debo una.

—Unas cuantas —le dijo el pirata informático, aunque Harry no pudo oírlo, ya había colgado.

Regresó a la sala donde el resto seguía observando todas las pantallas en busca de Sergei, todos concentrados en las imágenes que iban de un monitor a otro.

—¿Alguna noticia? —le susurró Kate acomodándose a su lado. Se había dado cuenta de que había desaparecido unos minutos, ella también estaba preocupada por Phoebe, sabía lo que él la había amado y lo alterado que estaba por su desaparición, aunque no lo demostrara.

—Nada importante —le dijo sin quitar la vista de encima de los televisores, ocultando lo que sentía en realidad al saberse traicionado por una persona en la que confiaba por completo.

Ella le agarró la mano y le dio un apretón intentando insuflarle ánimo, no obstante, sabía a la perfección, que él no necesitaba de su aliento.

Nueva York

Harry observaba a Kate, a su lado, en la cama, dormida y desnuda. Acababan de hacer el amor. En esta oportunidad no se lo había hecho a ella, sino a Phoebe.

Los ojos verdes de Kate se habían transformado en los ojos azul cielo de su exmujer, la melena pelirroja se había tornado en el color de la arena de la playa, el tono de pelo de Phoebe. En el fondo, siempre había sabido cuánto la echaba de menos, aunque no había querido enfrentarse a esa realidad y, por ello, se había dedicado en cuerpo y alma a su trabajo, abandonando todos los sentimientos románticos que pudiera albergar hacia alguien. Había sido un egoísta, sobre todo con Kate, para él solo había sido una gran amiga, compañera y amante, pero nunca había habido sentimientos más allá. Ahora se daba cuenta de que había sido un estúpido por negarse lo que más quería en el mundo, por negarse la felicidad que implicaba estar al lado de la mujer que amaba, en los buenos y malos momentos, sentirse querido y recibir su apoyo, aun sabiendo que las decisiones tomadas no eran las mejores. Sin embargo, también se daba cuenta de que ya era tarde, no había posibilidad de vuelta atrás, se lo había ganado a pulso.

Se levantó de la cama y se dirigió al salón donde se sirvió una copa de whisky, cogió uno de los DVDs de la estantería y lo introdujo en el lector. Las imágenes de David, Phoebe y él no tardaron en aparecer en la gran pantalla plana de la televisión. Todas ellas eran de un verano que habían pasado en Los Ángeles, cuando David solo contaba con cuatro años. Eran días felices, todavía no tenían ni idea de lo que se les avecinaba.

Las fotografías de repente se convirtieron en un pequeño vídeo. Harry estaba enseñando a nadar a su hijo mientras una divertida Phoebe los grababa desde la orilla. Se encontraban en Venice. Tras dejarlos que siguieran a lo suyo en el agua, ella se había girado para grabar lo que ocurría alrededor. De fondo se veían patinadores y ciclistas recorriendo el paseo marítimo, esquivando a las personas que se hallaban deambulando y contemplando las tiendas y puestos.

De nuevo la imagen enfocó a padre e hijo.

—¡Vamos, hijo, puedes hacerlo! —se le oía decir mientras David asentía con decisión y se tiraba al agua con intención de alcanzar a Harry, quien a un metro de distancia iba dando pasos hacia atrás,

alargando el trayecto de nado del niño que

poco a poco avanzaba hacia él, no sin esfuerzo.

Phoebe, al descubrir la maravillosa escena, dando un grito de alegría tras advertir que su retoño se mantenía a flote en el agua, había dejado la cámara tumbada en el suelo, apoyada sobre la toalla, y se había unido a ellos, corriendo primero, y luego dando saltos en el agua, emocionada porque su hijo había dado sus primeras brazadas. Lo cogió en brazos y lo besó alborozada. Harry se acercó a ambos y se unió al abrazo.

—Éramos tan felices, ¿qué sucedió? —se preguntó en un susurro.

Siguió absorto en el contenido de la cinta, ni se había percatado de que una lágrima de nostalgia le recorría la mejilla, tan obnubilado como estaba en sus recuerdos. Su hijo había muerto y su mujer ya no estaba a su lado. ¿Cómo podía haber ocurrido todo eso?, y lo que era peor, ¿cómo lo había permitido?, se preguntó en silencio, conociendo la respuesta.

Un rato después, Kate se despertó. De inmediato se percató de que Harry no estaba a su lado. Se levantó y, cogiendo la camisa de él, que estaba tirada en el suelo de la habitación, salió del dormitorio en su busca. Lo localizó mirando al televisor, desnudo, solo cubierto por sus slips.

Se acercó con sigilo, comprobando que lo que veía en la pantalla eran fotografías antiguas. Lo abrazó por detrás y le dio un beso en la nuca, quería que supiera que ella podía ser su apoyo.

—La encontraremos —le aseguró.

Despertó por un fuerte y continúo sonido, era el móvil, su música atronadora envolvía todo el dormitorio sacándolo de su forzado descanso. Miró el despertador, no eran ni las nueve de la mañana, llevaba menos de una hora metido en la cama. Lo cogió de mala gana esperando recibir noticias.

—Diga —dijo cabreado por la espantosa noche que había pasado.

—Parece que nos levantamos de mal humor. —Al reconocer la voz de Loop despertó del atontamiento en el que todavía se hallaba. Miró al otro lado de la cama confirmando que Kate no estaba allí tumbada, tal

y como hubiera esperado.

—¿Hay noticias?

—Sí. El móvil se mueve en dirección a Upper West Side.

—¿Sabes a dónde se dirige?

—Por supuesto. Está utilizando la aplicación de google maps. Su destino está en Central Park Avenue. —Tras darle todos los datos detallados, le colgó.

Harry marcó un número de teléfono mientras descubría que sobre la almohada Kate le había dejado una breve nota: «Hoy me encargo yo del desayuno. Descansa.

Te quiero».

Mark Goldberg lo cogió al segundo tono, en cuanto comprobó de quién se trataba, supo lo que significaba, necesitaba ayuda.

El plan daba comienzo.

26

Harry se encontraba en el tejado de uno de los impresionantes edificios de Central Park Avenue. Justo bajo sus pies se ubicaba un ático de dos plantas propiedad de Serge Russell. Desde su posición solo podía divisar la terraza, la cual poseía una larga y estrecha piscina que evidenciaba que su función era deportiva, no de recreo. Como ya había comprobado, Serge Russell era la nueva identidad de Sergei Sokolov. Sentado en la azotea, escuchaba la conversación que mantenía el ruso con su invitada, a quien Harry le había colocado un micrófono en el colgante.

Él sabía que se lo había regalado su madre poco antes de morir y, por ello, nunca se lo quitaba; una confidencia que le contó en la cama, sin fijarse en el descuido que acababa de cometer, porque él no olvidaba nada.

—¿Cómo le vas a explicar tu desaparición durante toda la mañana? —preguntó Sergei con una sonrisa en la boca.

—No te preocupes por eso. Te puedo decir que se ha acostado hace poco más de una hora, descansará durante todo el día. También ha ayudado la pastilla que le he echado en la copa sin que él se percatara de ello. Trazodona, un antidepresivo con efecto sedante. Estoy segura de que al regresar seguirá en la misma posición que lo he dejado —explicó.

Harry escuchaba atento, pero al oírla una sonrisa se le dibujó en el rostro, era lista, pero no tanto como él.

—Si tú lo dices. —Sokolov sabía que su rival americano era impredecible y dudaba que esa mujer, por muy impresionante que fuera, lo tuviera domado o controlado.

—Yo quería hablar contigo de otro tema. ¿Qué has hecho con su exmujer, Phoebe? Esa parte no estaba incluida en el trato. —El ruso torció la cabeza y la observó, no tenía claro a qué se refería, pero lo que menos le había gustado era ese aire altivo con el que lo había hablado. Ella no era nadie para cuestionarlo, era un simple peón en la ecuación, quién se creía que era la muy puta, se dijo.

—No sé de qué me hablas —contestó sin embargo. Todavía no quería deshacerse de ella, aún necesitaba de sus servicios, estaba dentro,

ninguno de sus compañeros se imaginaba que tenían a un infiltrado en sus filas, y aunque les

hubiera pasado por la cabeza, no pensarían en ella, y menos Harry. No era el momento de mostrar sus cartas. Él sabía que tendría que acabar con ella, sabía demasiado y estaba muy involucrada, pero era pronto, aún era de utilidad.

—¡¿Que no sabes de qué te hablo?! —le gritó. Kate se levantó de la butaca en la que estaba sentada tomando una limonada—. La exmujer de Harry ha sido secuestrada. —El hombre soltó una fuerte risotada—. ¿Te hace gracia?

—Querida, un poco sí, por qué voy a mentir. Me hubiera encantado haber participado en esa idea tan emocionante, pero te he de reconocer que no he tenido nada que ver. —Ella se quedó evaluando esa respuesta, no se había imaginado que pudiera ser otra persona, de inmediato se figuró que él estaba detrás de ese rapto inesperado, pero si era verdad lo que decía: ¿quién había sido? ¿quién más estaba confabulando contra Harry? Sergei no tenía motivo para mentirle, pero tampoco para decirle la verdad—. Anda, siéntate y relájate. Es mejor que hablemos tranquilos.

—No me trates como a una de tus putas —le soltó a bocajarro. Odiaba que la trataran con tanta condescendencia.

Harry sonrió al escucharla, le hacía gracia cuando sacaba sus garras y se comportaba como una gata.

Ahora le tocaba a él, tenía que actuar.

Se asomó y comprobó que en la terraza había dos hombres armados haciendo guardia, desde su ubicación eran un blanco fácil. Cogió su pistola con silenciador y les disparó, ambos cayeron al suelo de teca sin hacer apenas ruido, con un golpe seco que no llamaría la atención. No se lo esperaban, ninguno lo había visto venir y ninguno se percató de cómo había ocurrido.

Tras esperar unos segundos, para confirmar que nadie había reparado en este hecho, se descolgó con cuidado desde el tejado a la terraza utilizando una fina cuerda. Oculto tras uno de los sillones allí dispuestos, analizó la situación. Dos hombres charlaban animadamente en la cocina, sentados en la isla comentaban el partido de baloncesto de la noche anterior. No vio a más guardaespaldas en la planta baja de la casa tras estudiar la vivienda desde el exterior. Sokolov y Kate continuaban con su conversación en el salón de la que

él era el asistente invisible, puesto que seguía escuchando lo que decían por el micro.

Se aproximó a las puertas francesas que daban a la cocina sin que los hombres advirtieran su presencia. Se asomó con cuidado de no ser visto y disparó. Igual que

unos minutos antes, los hombres cayeron sin enterarse de lo ocurrido. Se quedaron sentados con las cabezas sobre la encimera, aparentaban estar dormidos. Harry se acercó a comprobarles el pulso. Ambos estaban muertos.

—Querida, no hace falta que te pongas así, ya sabes lo mucho que te aprecio.

Tienes habilidades que me resultan muy atractivas y útiles. Mientras las necesite, estoy a tus pies. —Sergei no se andaba por las ramas, desde luego no se podía decir que fuera un mentiroso, pensó Harry mientras accedía al comedor. Se desplazaba por la casa en estado de alerta por los posibles objetivos que pudiera encontrar en su camino. Únicamente le separaba de ellos una pared, si cualquiera se hubiera levantado y atravesado la puerta en dirección a la cocina, no podría haberse ocultado en ninguna parte, se habrían dado de bruces. Sin embargo, ninguno hizo movimiento alguno, continuaron charlando en la habitación contigua.

Harry avanzó con cuidado de no hacer ningún ruido, el suelo estaba revestido en madera y alguna de las tablas crujía a su paso, por fortuna, el sonido era amortiguado por las alfombras que había extendidas ocupando gran parte del espacio. Aunque pensaba que Sokolov no tendría más guardaespaldas que de los que ya se había ocupado, tenía que asegurarse, si estuviera equivocado podía hacer peligrar la misión y, lo peor de todo, acabaría muerto y sin haber llevado a cabo su pequeña venganza. Cualquier error de ese calibre podría acabar con todo.

—¿Y hasta cuándo crees que te seré útil? —preguntó Kate hastiada. Ese hombre comenzaba a ponerle enferma. Quizás fuera ella la que se lo cargara después de todo.

—¡Ay, querida! Te veo un poco nerviosa esta mañana. —Se lo estaba pasando en grande. Nunca se imaginó lo divertido que iba a resultar su plan, y eso que solo acababa de comenzar.

—Solo quiero saber qué has hecho con la exmujer de Harry —repitió, esperando recibir una contestación que la sacara de dudas. No había

sido informada de ese hito y estaba bastante cabreada por ese desconocimiento del que había sido víctima. Le gustaba tener la situación bajo control, así no era sorprendida con imprevistos. Era primordial para mantenerse con vida en su trabajo.

Sergei negó con la cabeza, no sabía de qué hablaba y empezaba a estar cansado de ese hostigamiento.

Harry comenzó a subir las escaleras hacia la planta superior, sin dejar de observar la puerta que le separaba de Kate y Sokolov, preparado para enfrentarse a

cualquier actividad que dejara constancia de su presencia.

Arriba estaba el área privada del apartamento, compuesta por varios dormitorios y cuartos de baño. Los revisó de uno en uno, con esmero, no quería llevarse sobresaltos, pero allí no había nadie más, ni nada que le pudiera resultar de interés, es decir, ningún arma que pudiera ser usada en su contra, cosa que le resultó extraña, porque estaba seguro de que Sokolov dispondría de un pequeño arsenal y más cuando sabía que siempre guardaba uno cerca, preparado para afrontar cualquier ataque por sorpresa que surgiera. Lo único que localizó fue una Smith & Wesson pegada a la parte baja de la mesilla.

Regresó al piso de abajo y entró en el único cuarto al que todavía no había accedido, aparte del salón donde Kate y Sokolov seguían dialogando. Resultó evidente que era el despacho del ruso. Inspeccionó la habitación de forma meticulosa, intuía que aún podría descubrir algo valioso. Tras el cuadro, enfrente del escritorio, había una caja fuerte, no era el momento de ver qué había en su interior, así que la ignoró, se imaginó que contendría documentos que cuestionarían la labor empresarial del ruso y algo de efectivo por si tuviera que salir pitando del país. Ahora, no era lo que andaba buscando.

Las estanterías cubrían las paredes, repletas de libros y novelas. Al fijarse en una de ellas, le llamó la atención que no tuviera la misma profundidad que el resto.

Dio unos golpecitos en el fondo, notando que estaba hueco comenzó a palpar los estantes y se topó con un pequeño botón que pulsó, justo entonces parte de la estantería se movió hacía él, mostrando lo que se ocultaba tras ella, lo que había estado buscando: el pequeño arsenal de Sokolov. Había fusiles de asalto Bushmaster AR-15 en muy buen estado, Harry los conocía muy bien, habían sido concebidos para las

Fuerzas Armadas estadounidenses basados en el conocido fusil M-16 tan utilizado en la guerra de Vietnam. Además, había varias pistolas: semiautomáticas Sig Sauer y Glock, ambas de 9mm y algunas Glock automáticas de 10mm idénticas a la que llevaba él encima. También la correspondiente munición para todas ellas.

Se hizo con todo lo que allí había y lo guardó en una mochila que traía consigo, en la que conservaba la cuerda que había empleado para descolgarse desde la azotea. Después se colocó delante del escritorio, sabía que el ruso conservaría un arma a mano, nunca se sabía cuándo alguien iba a sorprender a un criminal, pensó Harry divertido. Abrió y comprobó todos los cajones, no encontró en ellos un falso fondo donde poder ocultar una pistola. Sin embargo, cuando estaba tocando la parte de debajo del escritorio, tropezó de nuevo con un botón, lo pulsó y un pequeño cajón apareció en la parte baja del escritorio. Otra pistola, aunque esta

decidió quedársela por si acaso la necesitaba, por lo que se la colocó en la parte de atrás, enganchada a la cinturilla del pantalón.

Abrió la rejilla del aire acondicionado e introdujo en su interior el pequeño macuto con todas las armas que acababa de requisar, esas no las tocaría Sergei para defenderse, pensó preocupado porque hubiera en la casa muchas más que no hubiera descubierto. Estaba seguro de que alguna se le habría pasado, conocía la forma de proceder del ruso, tuvo que estudiarla a fondo en su momento, le gustaba sentirse protegido y nunca había confiado en nadie más que en sí mismo, sobre todo desde que Kate y él habían aparecido en su vida, pero al menos no contaría con las que acababa de incautar. Tampoco tenía tiempo de registrar el lugar con mayor profundidad.

Tras las comprobaciones efectuadas en el ático, se dirigió directo al salón, a enfrentarse a Kate y a Sergei, quienes continuaban a lo suyo, charlando de temas poco trascendentales —de hecho, Harry llevaba un rato sin prestar la menor atención a lo que se contaban—, completamente ajenos a lo que sucedía en el piso.

Scott Carter, Michael Donovan y Mark Goldberg contemplaban en los monitores lo mismo que veía Harry gracias a la cámara que este llevaba colocada.

Ubicados en la parte de atrás de una furgoneta esperaban su turno para intervenir.

En cuanto descendió a la terraza, Goldberg hizo una llamada.

—¿Señor Collins? —contestó Joseph, el portero del edificio, al ver que la llamada tenía origen en el séptimo B.

—Buenos días, Joseph. Necesito que suba a recoger un paquete.

—Por supuesto, señor Collins. —El inquilino colgó dejándole con la palabra en la boca, como hacía siempre. Era un engreído y un clasista. Joseph estaba hasta las pelotas de él, pero no podía hacer nada, su padre le había conseguido ese trabajo pidiendo algunos favores y no podía decepcionarle. Además, tenía que pensar en su mujer y la niña que venía en camino. Suspiró resignado y se dirigió al ascensor dispuesto a hacer el recado que le acababan de encomendar.

—Ya está —les dijo Mark en cuanto hubo colgado al portero de la casa—, el camino está despejado. —Ambos hombres asintieron, ahora les tocaba a ellos.

Carter y Donovan salieron de la furgoneta y se dirigieron hacia el edificio donde ya no había nadie que se fijara en los dos extraños que se iban a colar en él.

Scott fue el encargado de abrir el portal, lo cual hizo en un santiamén.

Michael no solía participar en misiones que conllevaran trabajo de campo, lo más habitual era que se quedara tras pantallas y ordenadores haciendo su magia con algoritmos y programas. De todas formas, le gustaba participar en este tipo de trabajos, había sido entrenado para ello y no dejaba de adiestrarse cuando tenía oportunidad, no quería quedarse oxidado.

Atravesaron la gran puerta de forja y, como acababa de hacer el portero, montaron en el ascensor. Se bajaron en la penúltima planta,

sabiendo que el domicilio de Sokolov estaba en el ático. Se asomaron con cautela comprobando que no hubiera nadie a la vista. Conocían la posición de la cámara del edificio en esa área, estaba situada en la esquina, así que se colocaron de forma que resultara

imposible reconocerlos, manteniendo un ángulo en el que la grabación no permitiera distinguirlos.

Se encaminaron a paso raudo hacia la salida de emergencia y, con cuidado de no revelar su presencia, abrieron la puerta. Con ella entornada escucharon voces provenientes del piso superior, por lo que accedieron a la escalera con el arma en la mano. Subieron despacio el primer tramo, lugar en el que ya tuvieron visión de los dos hombres de Sokolov que hacían guardia en la escalera. Justo en el momento en que uno de ellos sacaba su arma de la funda bajo la chaqueta al percatarse de la aparición de ambos intrusos, recibieron sendos disparos, uno entre ceja y ceja y el otro en el corazón. Cada proyectil fue descargado desde las pistolas de los agentes.

—Dos menos —informaron.

Sin dejar de apuntarlos, subieron el tramo de escaleras que los separaba de los hombres a los que acababan de derribar. Tras confirmar que estaban muertos, los movieron lo suficiente para poder maniobrar, entonces se asomaron al pasillo donde se hallaba la entrada a la vivienda del ruso.

Como se esperaban, delante de la puerta había dos hombres más. Esta vez era más complicado un ataque por sorpresa, en cuanto salieran al corredor serían blanco fácil, y desde su posición no podían dispararlos con la seguridad de abatirlos, cabía la posibilidad de que fueran alcanzados y el plan se fuera al garete cuando los hombres de Sokolov le pusieran sobre aviso del asalto al que estaban siendo sometidos.

Abrieron la puerta, Scott rodó hacia ellos y Michael se agachó nada más situarse en el interior de la galería. Los dos hombres, al ver la maniobra de esos desconocidos que los apuntaban con sus armas, sacaron las suyas a la vez, pero no dispusieron del tiempo necesario para apuntar y disparar. Cayeron al suelo ocasionando un golpe seco. Ambos con disparos mortales.

El impacto se escuchó desde el salón donde Sokolov y Kate se levantaron alarmados por el sonido sin estar seguros del lugar del que provenía.

En ese preciso instante, comprendiendo que sus compañeros se habían

encargado de los guardaespaldas que se encontraban en el exterior de la vivienda, Harry abrió las puertas que daban acceso a la habitación que ocupaban Kate y el ruso, apuntándolos a los dos con su Glock.

28

Kate se quedó de piedra al enfrentarse cara a cara con Harry en el domicilio de Sokolov, sin embargo, el ruso pareció divertido y nada sorprendido por la intrusión.

—Jack Smith —dijo mientras retrocedía despacio y se volvía a acomodar en el sillón orejero en el que estaba sentado unos segundos antes— o he de llamarlo Harry McKenzie.

—Perdonad esta interrupción —les dijo él sin quitarles a ninguno la vista de encima—, supongo que estabais muy ocupados tratando vuestros chanchullos.

—Harry, no es lo que crees. —El agente sonrió ante esa pobre excusa de su compañera y amante.

—¿No, Kate? ¿No es lo que creo? Entonces, ¿qué es?

—Esta mañana he recibido un soplo. Mi confidente me ha comunicado dónde podía encontrar a Sokolov y he venido a negociar con él. —Harry la observaba, en ningún momento se le había pasado por la cabeza que fuera tan ruin o que lo considerara un imbécil integral.

—¿En serio, Kate?

—Claro, Harry. ¿Qué pensabas entonces que estaba haciendo aquí?

—Dímelo tú, Kate.

—He venido a averiguar el paradero de Phoebe. Lo he hecho por ti.

Sokolov se mantenía atento a la conversación, no obstante había hecho un suave movimiento con la mano y había apretado un pequeño pulsador de su brazalete Louis Vuitton. Este dispositivo le había costado un ojo de la cara, aunque no se arrepentía, le había salvado la vida en más de una ocasión de peligro. Harry advirtió el acto.

—Sergei, si esperas que tu séquito de guardaespaldas aparezca a tu llamada, te aviso de que eso no va a suceder. —Por fin los ojos del ruso se mostraron

alarmados, aun cuando su semblante no cambió un ápice.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó sin saber qué esperar de ese hombre. Era un agente de la ley, así que suponía que lo apresaría, pero, por otro lado, él era el que había movido los hilos para que asesinaran a su vástago, quizás buscaba su propia venganza.

—Ahora vamos a charlar. Kate, querida, siéntate. —Utilizó el tratamiento de querida con retintín, sabiendo que así la llamaba el ruso. Ella, obedientemente, hizo lo que le acababan de ordenar y se acomodó en el butacón. Harry se sentó enfrente de ellos, donde podía controlarlos. Un movimiento en falso y era hombre muerto, cualquiera de los dos era un arma letal—. Empecemos por Kate, cuéntame cómo sacaste con vida a Sergei del país.

Kate se daba cuenta de que no tenía nada que hacer, solo ganar tiempo si quería salir de allí con vida. Veía en la mirada del hombre al que amaba que nunca le perdonaría y, más aún, en cuanto tuviera ocasión, la asesinaría. Y esa circunstancia iba a producirse ese mismo día si no ponía remedio. Empezó a hablar sin dejar de buscar un punto débil, algún sitio por el que escabullirse. Mientras respondía a la cuestión de Harry, en su cabeza comenzó a formársele un plan.

—¡Oh, Harry! —resopló—, ¿realmente es eso lo que quieres saber? ¿El cómo y no el porqué?

—En efecto, querida, eso es lo único que me interesa. Aunque no sé por qué me da en la nariz que me vas a contar ambos. —Harry sabía lo que estaba haciendo, pero le daba igual, por mucho tiempo que perdiese no había escapatoria. Scott y Michael estaban tras la puerta principal, Mark en la calle preparado para lo que surgiera y él estaba allí, y no pensaba dejarla marchar.

Kate estaba dolida por esa contestación, demostraba la indiferencia que sentía hacía ella, ni siquiera parecía molesto. Si hubiera sido a la inversa, si ella estuviera en la situación de Harry, estaría más que cabreada. Se daba cuenta de lo insignificante que había resultado en su vida. Ahora no se arrepentía de lo que había hecho, se alegraba de haberle causado todo ese dolor, el mismo desgarro que sentía ella en su interior por su displicencia.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Esa misma noche habían hecho el amor y no había notado diferencia, ¿acaso lo sabía desde antes?

—Cuando descubrimos, bueno, descubrí que Sokolov estaba vivo, resultó evidente que uno de nosotros lo había dejado escapar, solo tuve que averiguar

quién. Hubiera puesto la mano en el fuego por cualquiera. Y he de reconocer que no me esperaba esta asociación, tú y Sokolov, confiaba en ti, me habías demostrado en más de una ocasión que podía hacerlo, pero también, que fueras tú, resultaba lo más sensato. Tú fuiste la que se encargó de matarlo durante aquella intervención.

Creo que me estuve negando a mí mismo lo que el sentido común me decía. Así que ahora que todos tenemos claros nuestros papeles, te repito la pregunta: ¿cómo lo hiciste? —Aunque Harry se lo imaginaba, quería oírselo decir.

—Fue muy sencillo. Todos os fiabais de mí. No teníais ni idea de lo que ocurría a vuestro alrededor. Sí, hice un trato con Sergei, un trato muy ventajoso para mí y para él. Yo lo hice por dinero y él, en la situación en la que se encontraba, que lo dieran por muerto era lo mejor que podía ocurrirle. Así que hicimos un pacto.

—Un pacto con el diablo —susurró Harry.

—Como bien has dicho —continuó Kate ignorando su interrupción—, yo fui la que lo asesiné, solo tuve que cargar mi pistola con balas de fogueo. Y él solo necesitó una cápsula de sangre para continuar con la pantomima.

Harry la observaba, se daba cuenta de lo orgullosa que se sentía por lo que había hecho sin que ninguno de ellos se percatara, no lo entendía, creía conocerla mejor, qué ciego había estado todos estos años, se dijo.

—Te estarás preguntando cómo no os disteis cuenta —le había leído el pensamiento—, porque lo primero que nos enseñan es que hay que asegurarse de que un muerto realmente está muerto —sonrió, sabía que había sido una maniobra inteligente.

»La verdad es que fue más sencillo de lo que puedas imaginar, utilicé un betabloqueante para reducir su ritmo cardiaco, hidroclorotiacida.

»El resto, como ya habrás supuesto, fue tarea fácil. Enviamos a Rusia un ataúd vacío y cuando allí descubrieron que no había viajado el cadáver de Sokolov, contactaron conmigo. No me pidieron explicaciones, solo les informé que se había producido un error y no hicieron más preguntas. Supongo que piensan que los americanos somos estúpidos en temas burocráticos, el caso es que esto me facilitó el engaño. Esto y una pequeña bonificación, claro, ya sabes cómo se mueve este mundo.

»Sé que no tienes el más mínimo interés en conocer el porqué, pero igualmente te lo voy a decir. Fue por ti, por la Agencia, por todo. —Harry se extrañó, ¿en serio lo estaba culpando a él? Estaba más trastornada de lo que creía—. Sí, que no te

sorprenda. —Aunque Harry no había hecho gesto alguno ni mostrado sus sentimientos, Kate lo conocía, sabía que le había desconcertado que ella le echara la culpa—. La Agencia me ha destrozado la vida, primero fue mi matrimonio y después cualquier forma de llevar una vida normal. Debido a mi trabajo vivo en soledad. Ni siquiera he podido compartirla contigo. Tú, que podías ser mi alma gemela, me rechazaste, a mí que soy la única mujer que te ama.

—Kate, tú no tienes ni idea de lo que es amar a alguien, dar sin esperar nada a cambio. No, tú no lo sabes. No creo que nunca hayas experimentado ese sentimiento. Has demostrado que eres una egoísta que piensa solo en sí misma.

—Ella notó un dolor indescriptible en su interior, con todo lo que había hecho por él, cómo era posible oírle decir eso. Estuvo a punto de levantarse para abofetearlo, pero no era el momento, tenía que mantenerse tranquila, si hacía alguna estupidez moriría y tal vez Sokolov tuviera el tiempo que ella buscaba para escapar. Tenía que ser a la inversa, si alguien iba a morir allí ese día, no iba a ser ella.

—Claro que lo sé. ¿Qué crees que he sentido todos estos años por ti? Pero solo recibía rechazo. Solo pensabas en esa estúpida de Phoebe. Esa mujer que no te daba nada, pero que te lo había arrebatado todo. Y tú ni siquiera te dabas cuenta de lo mucho que la amabas. De lo mucho que la amas. Ironías de la vida, porque presumo que está muerta. —Intentó devolverle el golpe con esas palabras que esperaba que le causaran un gran tormento, pero él no se inmutó. Entonces lo supo—. Todo ha sido una farsa —dijo sintiéndose vencida, la había engañado.

—¡Por Dios! Me tenéis aburrido con esta charla de telenovela romanticona.

—Sokolov estaba perdiendo los estribos, tenía que salir de allí y no sabía cómo.

Quizás lo mejor era que lo llevaran a prisión y preparar luego una fuga. Tal vez era la única oportunidad que tenía. Pero algo le decía que la intención de Harry no era esa—. ¿También quieres una confesión por mi parte? —sonrió mostrando el poco orgullo que le

quedaba.

—¡Oh!, no, Sokolov. No hace falta. Sé perfectamente cómo tramaste todo. Te convertiste en el profesor Ivanov mientras este estaba de baja para acercarte al joven Alexandr Vasíliev. Le engañaste para llevar a cabo un experimento social imitando el juego de la Ballena Azul, involucrando a Leroy Ray, un joven prometedor que no estaba pasando por su mejor época, se sentía confuso, solo y apartado en una Facultad a la que había podido acceder gracias a una beca. Sus compañeros lo despreciaban por no ser de su misma clase. Así que fue sencillo embaucarlo en tan espeluznante empresa. Y cuando llegó el momento, lo obligasteis a matar a David. Sin embargo, algo pasó, ¿verdad? Se arrepintió de lo que había hecho. ¿Quizás pensó en ir a la policía y confesarlo todo? Él no era como

los críos que juegan a la Ballena Azul. No. Él era diferente, era fuerte, se daba cuenta del error que había cometido. Así que tuvisteis que organizarle su muerte, que pareciera un suicidio. ¿Voy por buen camino? —El ruso estaba sorprendido con los hallazgos de Harry, nunca pensó que fuera capaz de llegar tan lejos.

—¿Y qué si fue así?

—Hay un reguero de muertes a tu paso. No has dejado títere con cabeza. No pestañeas al apretar el gatillo, aunque sospecho que de eso se ocupan tus hombres.

No tengo claro si tú serías capaz de hacer algo así sin tus esbirros. Porque, Sergei, con franqueza: eres un cobarde.

El ruso no pudo aguantar ese insulto. Nadie le hablaba así. Su soberbia y engreimiento pudieron más que la sensatez. Nadie lo llamaba cobarde y menos ese hijo de puta, se dijo.

Se levantó de su asiento como un lunático y se abalanzó sobre Harry. A este le hizo gracia la furia que mostraba.

—¡Sergei, quieto o disparo! —le gritó, intentando inútilmente frenarlo. El ruso le ignoró.

Cuando estaba a dos pasos, Harry disparó su Glock. Descargó tres proyectiles sobre él, hasta que cayó al suelo. Esta vez no había duda. Sokolov había muerto.

Al oír las voces de su compañero intentando detener al ruso, tanto Carter como Donovan derribaron la puerta que daba acceso al piso y

se adentraron en la vivienda. A toda velocidad se dirigieron al salón dispuestos a ayudar a su amigo.

En el camino escucharon las tres detonaciones, aun cuando el arma llevaba silenciador, y el golpe producido por la caída al suelo de uno de ellos. No podían saber quién se había desplomado ni quién había disparado, podía ser cualquiera o, incluso, ambos. Habían estado atentos a la conversación gracias a los pinganillos, pero no tenían imágenes con las que discernir lo ocurrido.

Cuando entraron en la habitación, se encontraron con Harry arrodillado al lado del cuerpo sin vida del ruso. Lo primero que se les pasó por la cabeza es que estaba comprobando si estaba o no muerto, pero al verle la cara de dolor que mostraba, se fijaron en que se estaba protegiendo la entrepierna.

—Esa zorra me ha dado una patada en los huevos. La hija de puta me ha sorprendido —les explicó al verlos allí plantados.

Kate había aprovechado ese instante de confusión, intuía que no habría otro.

Había ido tras Sokolov, sabiendo que su modo de actuar era un suicidio, y cuando este se había derrumbado en el suelo vio su oportunidad, le dio un fuerte puntapié a Harry en los testículos, asumiendo que él estaría pendiente del inesperado ataque del ruso y no de ella.

De inmediato se había dirigido hacia el piso superior. No quería cruzarse con Scott y Michael, sospechaba que ambos estarían tras la puerta principal, se figuraba que se habrían encargado de incapacitar a los hombres de Sokolov. Además, ella siempre contaba con un plan B, no dejaba nada al azar. Por ser tan precavida se había librado en más de una ocasión de multitud de obstáculos y esta vez no iba a ser diferente.

Harry, ignorando el dolor que lo atenazaba, subió corriendo detrás de ella, les sacaba unos segundos, pero esperaba que no hubiera sido tiempo suficiente para que escapara, porque él, más que nadie, sabía que siempre se guardaba en la manga un plan de fuga preparado para cualquier casuística que pudiera suceder.

Aunque no se podía ni imaginar qué habría planeado, puesto que desde la azotea había pocas posibilidades para escabullirse. Sin embargo, a él se le ocurrían unas cuantas vías de escape, e imaginaba que a ella tampoco se le habrían pasado por alto. La conocía, le

extrañaba que se hubiera dirigido hacia arriba si no tenía algo pensado. Presentía que si se hubiera visto obligada, hubiera sido capaz de matar a Scott y a Michael, aunque también se daba cuenta de que a él no lo había asesinado y había contado con la oportunidad.

Cuando los tres alcanzaron la azotea, se dividieron la zona: Scott se dirigió a la derecha, Michael a la izquierda y Harry a la parte de atrás.

Harry fue el que la localizó, se dirigía al tejado del edificio de al lado utilizando una tirolina. La apuntó con su arma, dispuesto a disparar, pero algo le retuvo, no supo el qué, pero no pudo hacerlo.

Kate lo observaba mientras se desplazaba por el cable, una sonrisa se le perfiló en el rostro al ver que no había sido capaz de utilizar su pistola. Cuando llegó a su destino, comprobó cómo él bajaba su Glock, que se quedó apuntando al suelo. Lo saludó a modo de despedida y desapareció.

—Mark, Kate está bajando por el edificio adyacente.

—Lo he visto, Harry —le dijo su jefe que salía de la furgoneta dispuesto a ir tras la mujer. Quizás Harry no se había aventurado a disparar, pero él no dudaría si la

tenía a tiro. No había llegado a donde estaba teniendo en su equipo manzanas podridas, había que atajarlas de raíz como a la mala hierba.

Salió a toda prisa hacia el edificio contiguo. En cuanto entró al amplio vestíbulo comprobó que un hombre, con unas pequeñas gafas apoyadas en la nariz leyendo el periódico, lo observaba perplejo, incluso atemorizado, al descubrir a un desconocido portando un arma.

—¿Hay alguna otra salida? —le preguntó al portero.

—Cla… claro, por… por el garaje, y tam… también la que da a la calle 75th

—contestó tartamudeando por el pánico que sentía.

—Chicos, este edificio tiene varias salidas. —Les detalló los diferentes accesos que le acababa de indicar el portero de la finca y se dividieron.

Mientras Harry bajaba en el ascensor con Scott y Michael, pulsando el botón de la planta baja en repetidas ocasiones como si con ello el elevador fuera a ir a mayor velocidad, realizó una llamada.

—Localiza el móvil. —Loop notó el tono de voz apremiante de Harry, así que no se molestó en regañarlo por las formas. Tras unos segundos tecleando y esperando que la aplicación le enseñara el resultado, respondió a su pregunta:

—Está en la 75th. —Ellos ya salían del edificio a Central Park West.

—Va por la 75th —le dijo Harry a sus compañeros y a Mark. Todos echaron a correr en esa dirección.

—Acaba de girar en la avenida Columbus. —Dirigieron sus pasos guiados por el hacker—. Harry, se ha detenido. Se encuentra en la esquina Columbus con la 88th.

—Gracias, Loop. —No le colgó por si se movía, pero aceleró la carrera con la esperanza de encontrarla, aunque tenía un mal presentimiento, si estaba parada era porque se había deshecho del teléfono y ella había continuado su camino, de todas formas no quería dar por pérdida todavía la batida.

Su suposición no resultó errónea, en la dirección facilitada por el pirata informático no se toparon con Kate, pero sí con una papelera pegada al semáforo, en donde se veía a la perfección su móvil tirado sobre unas cuantas latas de refrescos. Harry se agachó para recogerlo y confirmó que, en efecto, era el de ella.

—La muy zorra… —No estaba sorprendido, Kate era lista y se había escapado de unas cuantas situaciones bastante más comprometidas, pero sabía que no se volvería a dar otra como esta. La próxima vez ya no contaría con el factor sorpresa.

—Gracias, Loop —repitió, recordando que seguía conectado, y colgó.

Aun así no se rindieron, continuaron recorriendo las calles de la zona, no podía haberse ido muy lejos. Pero la búsqueda resultó improductiva, tras un rato quedó patente que la habían perdido. No tenían ni idea de dónde podía haberse metido, podía haber cogido el metro, un taxi, cualquier medio de transporte que la llevara lejos de allí.

Moscú, unos días antes

Harry, en el papel de Sam Connors, acababa de abandonar el hotel en dirección al consulado americano. Tenía que investigar qué había sucedido con el supuesto cuerpo de Sokolov tras ser enviado desde Estados Unidos a Rusia. No se podía haber perdido por el camino, algo tenía que haber llegado, quizás un ataúd con otro cadáver o, tal vez, vacío. Él estuvo presente en el momento en el que se introdujo el féretro en el avión. Aunque en realidad, no se había perdido, porque nunca había existido. No había fallecido. Pero algo tenía que haber aterrizado en esta ciudad y tenía que averiguar el qué y por qué se quedó en el limbo y nadie intentó escarbar en lo ocurrido.

Todavía estaba asimilando el descubrir que Sokolov seguía con vida y aunque este descubrimiento había dado una nueva perspectiva a la muerte de David, lo había destrozado. El saber que el culpable del asesinato de su hijo había sido él a causa de su trabajo, lo había dejado en un estado de estupor peor aún del que ya sentía. Si ya estaba roto por dentro, ahora estaba destruido. No creía posible superar algo así, superarlo solo. Necesitaba a Phoebe, quizás ella le diera las fuerzas que necesitaba para, al menos, poder soportarlo. Sabía que él era el fuerte de los dos y un apoyo para ella, pero Phoebe no se podía ni imaginar lo que con su simple presencia le reportaba.

La noche anterior, allí solo en un banco de un parque, había estado dándole vueltas a todo lo que habían destapado. Era obvio que Sokolov no había muerto, y para conseguir escapar delante de sus narices alguien del pequeño grupo que formaban tenía que haberlo ayudado, pasó de Mark a Scott, de Scott a Michael y de Michael a Kate. Le dolía en el alma que cualquiera de ellos le hubiera traicionado.

Confiaba plenamente en todos, pondría la mano en el fuego por cualquiera, pero las pruebas no daban otra opción por mucho que intentase implicar a otros agentes. En ese pequeño equipo había un judas.

De camino al consulado llamó a Phoebe. Sabía que estaría durmiendo, pero tenía que hablar con ella. Era importante.

Phoebe se lo cogió después de unos cuantos tonos, extrañada porque Harry la llamara a esas horas, supuso que habría pasado algo, él nunca

llamaba a deshoras.

De todas formas, estaba demasiado adormecida para pensar, cogió el teléfono de

forma automática, y eso que se había propuesto ignorarle. Todavía estaba muy molesta porque se hubiera marchado en esos momentos tan duros, en esos momentos en los que lo necesitaba con toda su alma. Estaba tan dolida con él, estaba tan dolida con su hijo por haberse ido para siempre de su vida. Solo deseaba que el dolor y la pena la engulleran haciéndola desaparecer.

—Phoebe, necesito hablar contigo, por favor, no me cuelgues y escucha.

—Aunque ella hizo el amago, la curiosidad le pudo. Se colocó el inalámbrico entre la almohada y la cabeza, cerró los ojos y se dispuso a escuchar, aunque con el sueño que tenía, se había tomado antes de ir a la cama una pastilla para dormir, no sabía cuánto tiempo podría estar atenta a la conversación. Sin embargo, cuando Harry comenzó, ella se despabiló, no se podía creer todo lo que le estaba contando.

Harry empezó por el principio. Le relató cómo se había convertido en agente de la CIA, cómo Sokolov había entrado en su vida, cómo había creído verlo morir y cómo había sido el causante de que David ya no se encontrara entre ellos. Phoebe no le interrumpió. A cada palabra que oía más desconcertada se sentía. Sus sentimientos eran contradictorios, ahora comprendía el porqué de muchas cosas acaecidas durante los últimos años, pero también se daba cuenta de por qué había perdido a su hijo.

La primera intención de Phoebe fue tirar el teléfono contra la pared, olvidarse de ese hombre que tanto daño le había causado en su vida, desahogarse llorando, aun cuando creía que ya no le quedaba ninguna lágrima más por echar. No lo hizo.

Harry tenía un plan y ese plan la incluía.

Para cazar al culpable del asesinato de su niño tenía que confiar en él y ayudarlo. Y en lo más hondo de su corazón, sabía que podía fiarse de él, sabía que era en la única persona en la que realmente podía confiar.

Harry le dijo que tenía que desaparecer unos días, ocultarse, irse a casa de su madre, para él poder encargarse de descubrir al traidor que había ayudado a que Sokolov se esfumara, que había ideado ese

maquiavélico plan en el que dejar a ese despreciable ser con vida, además de permitirle vivir en una libertad inmerecida.

Confiaba en llegar así hasta el ruso, en lograr encontrar al asesino de su hijo.

Phoebe le escuchaba con atención, ya completamente despierta de su modorra.

Le confirmó que participaría y le confirmó que se iría a casa de sus abuelos en Washington, donde sería más difícil localizarla. Harry le recomendó que cogiera un autobús de línea y pagara en efectivo, además de aconsejarla que llevara puestas unas gafas de sol y un pañuelo, para no ser reconocida por el SRD. Si el

culpable era alguien del equipo, cosa que no dudaba, tendría acceso al sistema de reconocimiento. Y por último, le pidió que dejara tirado su móvil en la cocina y una foto de ella amordazada, en la que aparentara estar atada y sujetando el periódico del día. Eso dejaría constancia del falso secuestro. No estaba seguro de si iría solo a la casa o lo acompañaría alguien, por lo que los detalles eran de suma importancia.

Asimismo le recordó que tuviera cuidado con Frankie, el portero, que no la viera salir del edificio para que el plan no se malograra. Ambos conocían sobradamente lo chismoso que podía llegar a ser.

Phoebe, al otro lado de la línea, asentía, tomando nota mental de todos los pormenores. Quería venganza. Quería que el asesino de su hijo pagara por lo que había hecho. Y sentía que Harry era del mismo parecer. Cuando terminó de hablar, lo único que ella dijo fue:

—Mátalo. —Y colgó.

Harry respiró aliviado, siempre había querido contarle la verdad a su exmujer, sobre todo cuando estaban casados y discutían tan a menudo a causa del trabajo.

Ahora que sabía todo, que conocía su otra vida, sentía que se había quitado un peso de encima. No era la reacción que se esperaba, prácticamente nula, pero el saber que ella conocía su gran secreto lo hacía encontrarse bien consigo mismo, tantas veces había querido hacerlo. Esperaba no haberla puesto en peligro, el no saber nada implicaba seguridad o por lo menos eso es lo que te dicen e imaginas, porque en este caso David había muerto, en este caso el no saber no había suscitado protección alguna. Pero ahora que Phoebe lo sabía,

estaba seguro de que podría defenderse, estaría preparada para lo que pudiera venir.

30

Nueva York

Tras la operación realizada contra Sokolov se encontraban todos en la Agencia, en el despacho de Goldberg, en silencio, decaídos por el duro hallazgo del que habían tenido confirmación esa misma mañana: Katherine Jones, compañera de todos ellos durante tantos años, los había traicionado. Por lo menos la preocupación de no conocer quién era el desleal en el equipo se había desvanecido, eso les tranquilizaba.

—Animaos, hemos dado con Sokolov y esta vez sí nos hemos ocupado de él. No volverá a aparecer en nuestras vidas. —Mark veía a su equipo completamente desmoralizado. El sistema de reconocimiento trabajaba a toda máquina en la búsqueda de Kate, pero todos sabían que era capaz de esconderse de las cámaras y de mucho más, no por nada era de las mejores agentes de la Agencia. No sería fácil localizarla ahora que sabía que la buscaban.

—Sí, pero Kate se ha escapado. —Fue Harry el que habló, había sido culpa suya, la había tenido a tiro y la había dejado marchar. Mark lo miró, sabía exactamente lo que estaba pensando, de hecho, todos intuían lo que pasaba por su cabeza.

—Harry, ha sido un duro golpe para todos nosotros enterarnos de que Kate nos había vendido, nos ha engañado a todos, sin excepciones. No te sientas mal.

—Hizo hincapié en la palabra «todos» cada vez que salía de su boca. Tras una breve pausa, en la que pensó cómo introducir lo que era un intento para alentarlo, continuó—: Es normal que no la dispararas, si lo hubieras hecho, habría caído al vacío muriendo por el impacto. La elección no era dejarla escapar o detenerla. La elección era dejarla escapar o acabar con su vida. Cualquiera de nosotros hubiera hecho lo mismo que tú. —Ni siquiera necesitó aludir a la relación personal que mantenían, no hizo falta, ya que era verdad que en su misma tesitura, todos hubieran reaccionado como él—. Tenemos que estar contentos, hemos detenido a Sokolov, nuestro objetivo inicial. Ya no volverá a matar. Harry, hemos acabado con el asesino de David. Creo que para empezar, no está mal.

—Tienes razón. —Habían liquidado al hombre que tanto le había quitado.

Primero a su hijo y luego a su compañera. Por ahora se tendría que

conformar.

—Ya detendremos a Kate. No te preocupes porque no se va a ir de rositas. No

se lo permitiremos —dijo Michael.

—En efecto, recibirá su merecido castigo. La próxima vez no escapará. —Apoyó Scott a su compañero.

—Bueno, pues creo que damos esta empresa por finalizada —dijo Goldberg para concluir la reunión—. Chicos, cogeros el resto del día libre. Os lo habéis ganado.

Scott y Michael salieron de la sala comentando de ir a tomar unas cervezas.

—Harry, ¿te vienes? —le propusieron desde el umbral—. Vamos a tomar unas birras al bar de la esquina.

—No, chicos. En otra ocasión. —Ambos se encogieron de hombros y continuaron su camino hacia la salida.

—¿Necesitas algo? —preguntó Mark al confirmar que no había abandonado el despacho.

—Quería pedirte unos días. Me gustaría ir a buscar a Phoebe a Washington.

—Mark asintió. Sabía que necesitaba tiempo. Tiempo para asumir la muerte de un hijo, tiempo para asumir que su hijo había perdido la vida por una venganza dirigida hacia él y tiempo para asumir que su compañera y amante formaba parte de ese complot para destruirlo.

—Claro, no hay problema, tómate los días que necesites.

Se dio media vuelta dispuesto a salir de allí. Cuando estaba cruzando la puerta, escuchó a su espalda la voz de Mark.

—Y si quieres charlar, ya sabes dónde estoy.

Harry siguió andando, sin mirar atrás, pero una sonrisa le apareció en el rostro, sabía que podía contar con él. Si no hubiera sido por su estimada ayuda, no habría llegado hasta aquí, a averiguar todo lo que había descubierto. Nunca hubiera atrapado al verdadero asesino de su hijo.

31

Washington D.C.

Cuando Phoebe abrió la puerta, se encontró ante un hombre deshecho, hundido, parecía un perro apaleado por todos los hechos acontecidos en los últimos días. Sintió una gran ternura y afecto hacia él. Se lanzó, sin pensárselo dos veces, a sus brazos y lo envolvió en ellos, sabiendo que era lo que más necesitaba en esos momentos, esperando lograr darle el consuelo que tanto precisaba. Él hizo lo propio y la acogió, recibiendo un fuerte estímulo de energía. Requería de su cariño y de sus mimos. Se sentía más solo y atormentado que nunca.

—Lo he hecho —le susurró al oído y ella comprendió. Había acabado con la vida del cabrón que les había arrebatado a David. Ella no se sintió mejor por ello, pero por lo menos pensó que ese malnacido no robaría ningún hijo más a otros padres. Con eso le bastaba.

Observó a Harry con cariño, intuía el sentimiento de culpabilidad que lo invadía. Ella también lo había culpado en más de una ocasión desde que se enteró de toda la verdad, pero había comprendido que no era su pecado, que no era culpa de nadie más que del hijo de puta que había trazado todo ese plan para acabar con ellos.

Sin saber cómo ni por qué, acercó sus labios a los de su exmarido fundiéndose en un ardiente beso. Lo necesitaba, lo echaba de menos, nunca había sido capaz de reconocer cuánto. Todos estos años se había ocultado tras su hijo David, había hecho que él fuera el centro de su mundo, de toda su existencia en realidad, pero ahora que ya no estaba, se daba cuenta de que había apartado de su vida a la persona a la que más había querido, a la que más quería. Quizás en algún momento todas las justificaciones y motivos habían tenido algún sentido, pero ahora reconocía que eran meras excusas. Se apartó de él y vio en sus ojos sorpresa, no se esperaba esa reacción por parte de ella, pero también descubrió que él sentía lo mismo.

Lo cogió de la mano y lo arrastró al interior de la casa. Sus abuelos se habían ido a cenar con unos viejos amigos, por lo que aún tenían tiempo para disfrutar de su mutua compañía sin ser interrumpidos. Ella no había querido ir, todavía no se encontraba con fuerzas para

relacionarse con la gente, notaba cómo la examinaban: con pena, con lástima; no lo soportaba. Y ahora se alegraba de haberse quedado.

Anduvieron a lo largo del pasillo hasta que se detuvieron en el interior del dormitorio de ella. Harry se fijó en que Phoebe había interrumpido sus movimientos, no sabía si era porque dudaba por lo que acababa de empezar o se arrepentía, no creía posible que ahora le embargara la timidez delante de él, se conocían demasiado.

De todas formas a él le dio igual, la giró y la volvió a estrechar entre sus brazos a la par que la besaba. Ella no opuso resistencia alguna, al contrario, le respondió con tanta necesidad como la que manifestaba él.

Se desnudaron el uno al otro, a toda velocidad, con ansia, con exigencia. Sin embargo, cuando Harry cogió entre sus brazos el liviano cuerpo de Phoebe y lo depósito sobre la cama, lo hizo con el mayor mimo del que fue capaz, quería disfrutar ese instante. La miró a los ojos y vio reflejados en ellos el mismo deseo que experimentaba él.

Volvió a besarle los labios, pero esta vez no se demoró, continuó por su cuello, deteniéndose en sus pechos, jugando con sus pezones endurecidos. Ella jadeaba con suavidad, deleitándose con sus caricias. Reanudó su camino bajando hasta acceder a su monte de Venus, donde se entretuvo jugando con su lengua, mientras notaba cómo la respiración de Phoebe sonaba cada vez más entrecortada a la par que su excitación iba en aumento. Prolongó su juego hasta que creyó que ya estaba preparada para recibirle, entonces la penetró con su sexo. Ella emitió un leve grito y lo rodeó con sus largas piernas, disfrutando de cada embestida. Cuando comenzó a temblar de placer, Harry explotó en su interior.

Se recostó sobre el cuerpo de Phoebe quien lo miraba con cariño, todavía tumbada bajo él.

—Te he echado tanto de menos —le dijo tras darle un dulce beso en los labios.

—Yo también —le reconoció ella.

—Te quiero. —Hacía tanto tiempo que no se oía decir esas palabras que le resultaron ajenas cuando las escuchó salir de su boca.

—Harry, yo también te quiero. Eres el único hombre al que he querido y querré en toda mi vida.

PARTE 2

GAME OVER

32

Nueva York, un año después

Acababan de aterrizar en la Terminal C del Aeropuerto Internacional de Newark, venían de pasar el fin de semana en Las Vegas. Siempre habían tenido ganas de visitar la ciudad de Nevada para deleitarse en alguno de sus impresionantes complejos hoteleros y curiosear en los casinos. Ninguno de ellos sentía ninguna atracción por el juego, pero aun así no desaprovecharon la oportunidad de perder algunos dólares en la ruleta por simple capricho.

Se dirigían a la parada de taxis cuando a Harry comenzó a sonarle el móvil, miró a Phoebe que en ese momento resoplaba porque se daba cuenta de que habían vuelto a la realidad. Los maravillosos días que acababan de disfrutar en mutua compañía daban a su fin.

—Es Mark, tengo que contestar —le explicó mientras cogía la llamada—. ¿Diga?

—¿Qué tal esas mini vacaciones? Espero que hayas descansado porque tenemos trabajo. —Harry sonrió mordaz, descansar, lo que se dice descansar, no habían descansado, pensó—. Te necesito ya en la oficina.

—De acuerdo. Acompaño a Phoebe a casa y voy para allá. —Mark le colgó nada más oír esas palabras, satisfecho por el resultado de la breve conversación. Lo necesitaba con urgencia—. Tengo que ir a la Agencia. Vamos, que te llevo a casa.

Phoebe asintió comprendiendo que el deber lo llamaba. Ahora que sabía a qué se dedicaba no le surgía el sentimiento de desconfianza tan habitual antes en su vida, sin embargo, el miedo a que le sucediera algo terrible le atenazaba el corazón.

Ninguna de las dos sensaciones era plato de buen gusto, no lo llevaba bien, pero sabía que no volvería a abandonar a ese hombre por nada en el mundo, por muy duro que le resultara sobrellevar esa nueva situación estaba convencida de que sería capaz de soportarla. Los últimos meses le habían demostrado que era una persona de gran entereza.

En el taxi que los trasladaba a Manhattan iba recordando el último año. No se podía creer que su hijo se hubiera ido hacía ya más de doce meses. Todavía, a veces, se despertaba con lágrimas recorriéndole las mejillas. Lo extrañaba. Si bien, el tener al otro lado de la cama a Harry le daba fuerzas para seguir adelante y no rendirse.

Aún se acordaba de las palabras que le había dicho cuando fue a buscarla a Washington, las guardaba en su memoria como un preciado tesoro: «Muchos matrimonios se deshacen por la muerte de un hijo, nosotros nos hemos vuelto a unir por esta desgracia. No sé si funcionará o no, no sé qué ocurrirá mañana o pasado mañana, lo único que sé es que esto es un nuevo comienzo». No recordaba cuándo había sido la última vez que Harry le había expresado algún sentimiento y, para ella, había sido un momento muy especial, algo que siempre retendría como uno de sus recuerdos más valiosos.

—Cariño, ya hemos llegado. —Harry la sacó de sus reflexiones. Se habían detenido delante del portal donde volvían a compartir piso. Harry había vivido de alquiler desde su separación, por lo que no le costó mucho abandonar el precioso loft en el que había estado instalado, lo único por lo que lo sintió fue por su habitación del pánico, pero había mandado construir una igual en el piso de Upper East Side, de esta forma se sentía más tranquilo creyéndola protegida—. ¿Quieres que suba contigo?

—No hace falta, es mejor que vayas a ver qué es eso tan acuciante para lo que te requiere Mark. —Salió del taxi y ayudada por el conductor sacó el equipaje del maletero. Antes de dirigirse al interior se acercó a la ventanilla para despedirse de Harry—. Avísame si no vienes a cenar. —Le dio un beso en los labios y se encaminó al portal donde Frankie ya le sujetaba la puerta y le arrebataba la maleta de las manos para encargarse él de acarrearla.

Harry la observó hasta que la perdió de vista al entrar en el ascensor. Fue entonces cuando le dio la dirección al taxista y se pusieron en marcha hacia el nuevo destino.

Ya en el interior del edificio se encontró con Linda, la secretaria de Mark, muy concentrada en la pantalla del ordenador.

—Buenos días, Linda.

—Buenos días, señor McKenzie. Espero que lo haya pasado muy bien el fin de

semana —lo dijo por ser agradable, puesto que el agente mostraba una sonrisa en el rostro, poco habitual en él, que no dejaba lugar a dudas.

—Sí, ha sido espléndido. Espero que el tuyo también.

—Por supuesto —respondió ella guiñándole un ojo, gesto por el cual Harry soltó una sonora carcajada motivada por su descaro juvenil.

Cuando llegó al despacho, Mark Goldberg ya estaba reunido con Scott Carter y Michael Donovan, además de una pareja a la que no conocía.

—Bienvenido, Harry —le dijo Mark sin levantarse de su silla—. Te presento a Charlie Webster y Alysia Soto de la Interpol. Él es el agente del que les hablaba, Harry McKenzie.

Les estrechó la mano a ambos a modo de saludo. El agente Webster era un corpulento hombre de color y la agente Soto una mujer morena, tanto de piel como de pelo, cuyos orígenes eran manifiestamente latinos.

Tras la presentación y saludos de rigor, todos se sentaron alrededor de la mesa de Mark. Este se encargó de ponerlo al tanto de la situación.

—Los agentes Webster y Soto nos han informado de que el asesino a sueldo conocido como Fox ha entrado en nuestro país. —Harry recordó ese nombre, era el supuesto asesino contratado por Sokolov para matarlos a Kate y a él una década antes. O al menos, eso era lo que creían. Ya no podía estar seguro de si esa información había sido real o un engaño más de aquella misión ilusoria—.

Desconocemos quién es el objetivo, pero hay que atraparlo. Nunca nadie ha estado tan cerca de él.

—¿De él? —preguntó Harry. Recordaba que en la ocasión anterior se desconocía todo sobre ese esquivo asesino, ni siquiera su sexo.

—Sí —contestó esta vez Soto tomando el control de la conversación. La pantalla de la televisión, situada a un lado de la sala, se encendió y apareció un retrato robot muy básico, de hecho, parecía dibujado por un crío, pensó Harry—. Por lo que sabemos de él es caucásico, mide casi metro ochenta y es delgado. No disponemos de ninguna otra imagen. —En el monitor aparecía un hombre con perilla, gafas y sombrero, a Harry casi le entra la risa al verlo, para él tener eso y no tener nada era lo mismo. No podían estar hablando en serio, se dijo—. En Nueva York esta semana se van a producir dos acontecimientos relevantes. Uno, el presidente Trump se va a reunir con altos

mandatarios de los países de América

del Sur para tratar sobre el narcotráfico y el terrorismo. Dos, se va a efectuar un congreso que va a contar con los científicos más destacados del mundo para deliberar sobre las energías renovables. Creemos que cualquiera de estos eventos puede estar en el punto de mira de nuestro sicario.

—Harry, toda la información está en este dossier que te hemos preparado para que lo estudies —zanjó Mark.

—Pero por lo que veo, aquí dentro no voy a encontrar nada aparte de lo que me acabáis de contar. —Harry estaba echando un vistazo a la carpeta que Michael le acababa de depositar en las manos sin hallar nada nuevo. Ninguno contestó a su pregunta, así que dio por afirmativa la respuesta. Pero sí hubo algo que le llamó la atención, varios informes psicológicos de diferentes expertos, todos ellos parecían aportar conclusiones dispares—. ¿Y esto? —Sacó todos ellos y los dejó sobre la mesa.

—Los criminólogos no se ponen de acuerdo para construir un perfil. Es lamentable —explicó Webster—. Por lo que por aquí tampoco hemos obtenido ninguna conclusión que nos lleve a conocer su personalidad o algún dato destacado que nos guie hacia él. —Harry asintió conforme con la respuesta, aunque no pudo dejar de pensar que resultaba cuando menos extraño. La Psicología es una ciencia que estudia la conducta de las personas, no obstante, a él le resultaba demasiado abstracta y deductiva, por lo cual no le daba una gran fiabilidad, de todas formas, reconocía que en algunas ocasiones era de gran ayuda, pero no como base o fundamento de una investigación.

Todos se levantaron y salieron del despacho sin decir nada más, dando por concluida la reunión, excepto Harry y Mark. Reparaban en lo poco con lo que contaban, pero por algo tenían que empezar, y a nadie se le ocurría otro motivo por el que Fox se hubiera desplazado a la gran manzana

—¿Alguna noticia? —preguntó Harry dejando sobre la mesa la carpeta que le acaban de entregar. Mark lo miró, le sorprendía que fuera tan obstinado para no dejar ese asunto. Lo entendía, pero tenía que descansar, sabía que si no quería ser encontrada no la encontrarían.

—No, seguimos sin tener noticias del paradero de Kate.

—¿Y la información que obtuve la semana pasada?

—Nos ha llevado a otro callejón sin salida. Lo más probable es que fuera falsa.

La gente conoce lo obsesionado que estás con este tema. Supongo que alguien

quiso aprovecharse de ello.

—Mark no digas chorradas. Sabes perfectamente que no es fácil tomarme el pelo por muy obcecado que esté en localizarla. Era una teoría consistente y lo sabes. No seas condescendiente conmigo que eso no te pega. —Harry estaba hasta las pelotas de que todos pensaran que se lo tomaba como algo personal y que eso le nublaba los pensamientos. En efecto, era algo personal, pero su visión era clara.

Se levantó de su asiento, cabreado, y se marchó del despacho de Mark dando un portazo.

33

Tras leer el informe que le habían proporcionado sobre Fox, Harry no creía que estuviera ni tras la reunión de Trump ni tras la conferencia de científicos. Fox parecía trabajar a la sombra, un único objetivo bien identificado. Una ofensiva a eventos importantes era más típico de un ataque terrorista que de un asesino como él.

Aun así, nunca estaba demás cerciorarse de que no ocurriera nada en ninguno de los dos acontecimientos y, por ello, en ese momento se encontraba en la 5th Avenida, entre las calles 56th y 57th, justo enfrente de donde está situada la Torre Trump, lugar donde se celebraría la entrevista.

Allí se hallaba el FBI y el Servicio Secreto de Estados Unidos protegiendo la integridad del presidente norteamericano. Harry y su equipo solo estaban como apoyo. Todo el operativo era gestionado por el Departamento de Seguridad Nacional.

Harry paseaba observando a los viandantes reunidos en los alrededores, todos ellos interesados en el espectáculo que iba a producirse en unos segundos. Él era de la opinión de que si un asesino iba a matar a alguno de los congregados en la reunión, lo haría desde la azotea de cualquiera de los edificios colindantes. Y, por ello, no dejaba de mirar hacia arriba, sin llegar a ver nada desde la posición en la que estaba ubicado. Así que antes de que el presidente y el resto de dignatarios hicieran acto de presencia, decidió acceder a la propia Torre Trump y subir al tejado a ver qué podía distinguir desde allí.

En los últimos tres pisos era donde se emplazaba la residencia del magnate antes de ser trasladado a la Casa Blanca. Sabía que la decoración de la vivienda era ostentosa, inspirada en el Palacio de Versalles, decorada al estilo Luis XIV con cubiertas de oro y mármol. Esos datos los conocía por Phoebe a quien le encantaba el diseño, siempre había acusado al presidente de ser proclive a la exageración. Si hubiera llegado a entrar en el apartamento hubiera hecho alguna fotografía para que ella se deleitara con el excéntrico gusto del potentado, sin embargo, no tuvo ocasión, fue directo a la azotea, pendiente de cualquier movimiento insólito o fuera de lugar que pudiera producirse.

Cuando accedió al tejado de la torre, se fijó en el resto de edificios sin ver nada que pudiera llamarle la atención. Seguía convencido de que

ninguno de los asistentes a la reunión era un objetivo de ese asesino a sueldo tan escurridizo.

Después de rodear en varias ocasiones la zona contemplando con sumo cuidado las edificaciones colindantes, decidió que allí estaban perdiendo el tiempo. Por lo que se marchó aceptando que ese día no iban a encontrar a Fox, ni tampoco iba a producirse ningún imprevisto que afectara al encuentro entre los representantes americanos.

Ya en la calle, se percató de que los coches oficiales acababan de llegar, por lo que se apartó para no interrumpir la actuación de las fuerzas de seguridad.

En cuanto llegó el Cadillac One de Trump y este bajó de él para entrar en su edificio, se comenzó a escuchar a la muchedumbre silbar y abuchear al presidente, asimismo, otros tantos gritaban su nombre como muestra de apoyo. La concurrencia parecía dividida en cuanto a sentimientos hacia Trump se refería.

Harry hizo caso omiso a lo que vociferaban, solo se fijó en que ninguno de ellos hiciera alguna estupidez. Los manifestantes a veces pecaban de entusiasmarse en demasía al sentirse acompañados, en esos instantes se envalentonaban alentados por la multitud que parecía secundarlos, aunque, a posteriori, en cuanto las cosas se ponían mal, eran los primeros en abandonar el lugar, dejando a esos pringados que pagaran el pato.

Tras el presidente llegaron el resto de limusinas con sus banderines y la seguridad correspondiente.

—Aquí no hay nada que hacer —aseguró Harry. Con todo, Mark no era de su misma opinión.

—Hemos dicho que daríamos nuestro respaldo a los equipos de seguridad y lo haremos hasta que acabe esta pantomima. —No hubo lugar a dudas, ninguno rechistó.

Así que Harry, malhumorado por el tiempo que estaban perdiendo, sabiendo que Fox estaría trabajando en el objetivo marcado, se mantuvo en su puesto sin oponerse a las órdenes dadas por Goldberg, esperando a que llegara el fin de la conferencia para poder continuar con las pesquisas en las que estaba enfrascado.

En realidad estaba centrado en dos búsquedas, la primera y su mayor prioridad, por ahora, era encontrar a Fox, pero la segunda y la que le resultaba más

trascendental era la de localizar a su antigua compañera y amante, Kate. Estaba convencido de que mientras siguiera en libertad tanto su vida como la de Phoebe corrían peligro.

Al igual que ocurriera con la reunión de Trump, la conferencia de científicos que se llevó a cabo en la Academia de las Ciencias les llevó a otro punto de estancamiento. No hubo ningún altercado tampoco en este evento.

La seguridad del lugar fue impecable. Allí se iban a reunir las mentes más prodigiosas del siglo XXI, todo el mundo estaba pendiente de las conclusiones que se obtuvieran, no obstante, no hubo nada que proteger, todo salió como estaba programado. Las ponencias cumplieron los horarios marcados durante los días señalados y el cierre del congreso resultó de lo más tranquilo y anodino. Los pases de la prensa internacional que había asistido fueron gestionados de forma automática sin provocar ninguna incidencia, este asunto había sido el punto más preocupante porque podía resultar un agujero complicado de controlar.

A Harry no le sorprendió lo más mínimo el rumbo de los acontecimientos, él seguía convencido de que ninguno de los dos sucesos era el objetivo de Fox. No dejaba de analizar las diferentes posibilidades que habían podido llevar a un asesino a sueldo de tal categoría a su ciudad. Podría ser cualquier razón y no podían hacer nada sin conocer quién sería la víctima. Estaban dando palos de ciego.

Esa noche había quedado a cenar con Phoebe en uno de sus restaurantes favoritos: Daniel. Cuando llegó a la calle 65th, donde se hallaba el restorán, se encontró con que Phoebe ya estaba disfrutando de un vino blanco sentada en la barra del bar mientras lo esperaba.

—Siento llegar tarde —le dijo mientras le daba un beso en el cuello.

—No has llegado tarde, yo he llegado temprano. —Harry estaba habituado a retrasarse en las citas con su mujer, por lo que se había disculpado por costumbre, pero ella tenía razón, esta vez había sido puntual.

—¿Vamos? —Ella asintió y abandonando la copa vacía en el mostrador se asió a la mano de Harry. Siguieron al camarero que los acomodó en una preciosa mesa al lado de un ventanal.

A ella le encantaba ese restaurante francés, la comida era deliciosa y

el lugar,

con decoración neoclásica, te transportaba a otro lugar. Cuando estaban recién casados, antes de tener a David, venían a menudo, después, las visitas se fueron espaciando en el tiempo hasta que quedaron relegadas al olvido. Pero ahora no quería pensar en eso, así que Phoebe volvió al presente para deleitarse en ese momento especial que estaban disfrutando de nuevo y que no sabía cuánto duraría.

Tras pedir una selección de quesos como entrante para compartir, él un solomillo de bisonte y ella decantarse por el atún, con una botella de vino recomendada por el chef, Phoebe comenzó a darle la gran noticia que tenía reservada para esa noche.

—Hoy he estado con mi editora, le ha encantado la novela, cree que va a ser un éxito de ventas. —Harry la miraba sonriente, llevaba mucho tiempo sin verla mostrar esa energía y alegría que antes siempre le había caracterizado. Todavía no había superado la muerte de David y no creía que alguna vez lo hiciera. Lo sabía muy bien porque él sentía lo mismo. Se vivía con ello, pero no se superaba.

—Me alegro mucho. —Phoebe era una periodista reconocida gracias a sus artículos primicia, había descubierto importantes tramas de corrupción. En sus ratos libres, David había crecido y ya no le robaba tanto tiempo, había comenzado a escribir una novela. Llevaba más de cinco años trabajando en ella. La fase de investigación le había resultado larga y costosa, pero era su especialidad, por lo que había disfrutado de cada segundo.

—Me ha dicho que está muy bien documentada, que los giros inesperados harán que el lector no pierda el interés y que la redacción es magnífica, como no podía ser de otra manera teniendo en cuenta que soy una gran periodista. Esas han sido sus palabras exactas. Supongo que ha sido un poco pelota, pero me da igual, me las he creído. —Rio feliz.

—El trabajo duro siempre se ve recompensado. Brindemos por ello. —El camarero les acababa de servir vino en las copas y había dejado la botella a su lado, en un enfriador.

Ambos brindaron por la gran noticia. Phoebe, mientras cenaban, le comentó todos los pormenores de los que habían tratado en la reunión. Por lo visto, ya habían empezado con la maquetación e incluso tenían varias ideas de portadas, eran bocetos previos, pero querían que ella diera el visto bueno a alguna para continuar

trabajando sobre ella.

Estaba muy emocionada y esa emoción resultaba contagiosa. Aunque Harry llevaba unos días con un humor de perros debido a Fox y a lo poco que avanzaban en el caso, esa noche pudo desconectar y olvidarse de todo, dejando de lado sus preocupaciones y centrándose en la felicidad de su pareja.

En el postre, Phoebe le soltó lo que llevaba pensando durante toda la cena y no se había atrevido a preguntar por miedo a la contestación que pudiera recibir.

—¿Por qué no llevas la alianza? —Harry se observó el dedo anular donde no había nada, ni anillo, ni señal de que lo hubiera habido. No supo ni qué decir, porque ella tenía razón, no tenía explicación a esa pregunta.

—Supongo que por rutina —dijo finalmente sin convicción.

—No será que no quieres decirle a nadie que nos hemos vuelto a casar en Las Vegas. ¿Acaso estás arrepentido de lo que hicimos? —Él la miró a los ojos, de esa pregunta sí sabía la respuesta, no le cabía ninguna duda al respecto.

—Claro que no, Phoebe. El haberme casado de nuevo contigo es lo mejor que me ha ocurrido en los últimos años. No lo dudes nunca. Te quiero. —Se acercó a ella y le dio un beso en los labios, comenzó siendo cariñoso, suave, pero sin pretenderlo se había convertido en ansioso. Al darse cuenta de ello, se frenaron, no era el sitio ni el momento para mostrarse apasionados, no eran unos críos con las hormonas revueltas—. Creo que será mejor que nos vayamos a casa —comentó con voz ronca, expresando sin querer todo el deseo que experimentaba. Ella le sonrió sintiendo el mismo apetito por encontrarse a solas con él.

Desde que se habían vuelto a unir, a pesar del desconsuelo por la pérdida de David, habían sentido complicidad, optimismo y pasión, algo de lo que habían carecido en los últimos años. Volvían a tener esperanza, a creer en las personas, aun siendo conscientes de todo lo ocurrido, de todo lo que habían perdido o les había sido arrebatado.

Harry hizo un movimiento para llamar al camarero y pedir la cuenta, pero algo aconteció en ese preciso lapso de tiempo.

Phoebe cayó de la silla, provocando que la gente de alrededor emitiera un sonoro grito al ver a la mujer desfallecida sobre la

alfombra, manchando esta con su propia sangre. Muchos comensales se levantaron y salieron corriendo del gran salón, otros se tiraron al suelo pensando que estaban siendo atacados y otros tantos chillaban histéricos sin moverse de su posición, alterados por lo que acababa de suceder.

Harry se acercó con celeridad a su mujer confirmando que todo el alboroto que había a su alrededor era debido a que un proyectil la había alcanzado, no entendía cómo había ocurrido, un segundo antes charlaban acaramelados e incluso se besaban encendidos. Se centró en Phoebe y actuó como correspondía, era un agente experimentado, no podía convertirse de repente en un papanatas. Palpó su espalda comprobando que la bala seguía en el interior, no había orificio de salida.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó inquieto. El camarero, que al ver como la mujer caía abatida sobre el suelo había dirigido sus pasos hacia ellos alarmado, marcó el número de urgencias para solicitar auxilio.

Harry taponó la herida de Phoebe con una servilleta de tela a la espera de que la ambulancia con los paramédicos llegara lo antes posible. El que la bala no hubiera salido limpiamente atravesando el hombro le preocupaba, no tenía ni idea de si algún órgano vital había sido afectado, de todos modos, no quería derrumbarse, no era la ocasión más adecuada para ello. Tenía que confortar a su mujer, ahora no necesitaba ver la angustia reflejada en sus ojos, lo que necesitaba era aliento para resistir.

—Cariño, aguanta, te pondrás bien —le decía para animarla mientras observaba la perforación que había causado la bala al atravesar el cristal de la ventana, intentando adivinar desde dónde se había producido el disparo teniendo en cuenta el ángulo de entrada. No había muchas posibilidades, pero viendo el agujero y la situación en la que se encontraba Phoebe, no había otra opción.

Contempló a su mujer que intentaba soportar ese suplicio sin quejarse, aunque las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Mírame a los ojos. Todo saldrá bien, ¿de acuerdo? —Phoebe quería creerle, pero le dolía demasiado la herida, sabía que estaba a punto de desmayarse. Ella nunca había tenido mucho aguante respecto al dolor físico y no iba a empezar ahora. Lo último que vio fue la cara de desazón que mostraba su marido, después se apagó la luz, todo se quedó negro.

Se encontraba en la sala de espera del Hospital General aguardando que la intervención para sacarle a Phoebe la bala terminara con éxito. Estaba intranquilo y no dejaba de darle vueltas a todo. ¿Cómo podía haber ocurrido? El año anterior había perdido a su hijo y ahora que había recuperado a su mujer no podía perderla también. Contempló su mano recordando sus últimas palabras, ¿por qué no se había colocado la alianza? No lo sabía, casarse con ella era lo mejor que le había sucedido, ¿por qué no llevaba entonces el símbolo que le decía a los demás lo feliz que se sentía?, ¿quizás no quería que nadie lo supiera para que no ocurriera algo como lo que acababa de suceder? Era evidente que todas sus precauciones no habían servido de nada, estaba en un hospital esperando que su mujer no muriera.

De nuevo por su culpa. Cogió la cartera, sacó la alianza, se la colocó en el dedo anular y observó durante unos instantes el brillante anillo sabiendo lo mucho que significaba.

—¿Cómo se encuentra? ¿Qué ha pasado? —La voz de Mark lo sacó de sus cavilaciones.

—Le han disparado. Estábamos cenando y un proyectil la ha alcanzado.

—¿A Phoebe?

—No puedo estar seguro de quien de los dos era el objetivo del tirador.

Segundos antes me hubiera acertado a mí. Hice un movimiento demasiado brusco para llamar al camarero, creo que eso me salvó la vida, pero puso en peligro la de Phoebe. —Ese pensamiento era el que evitaba decirse a sí mismo, pero en el fondo era lo que pensaba. Si ella moría volvía a ser por culpa suya, lo más seguro es que el disparo fuera dirigido a él, pero la que se encontraba en el quirófano en esos momentos era Phoebe.

—¿Quién crees que ha podido ser?

—A saber. Tú sabes tan bien como yo que tengo muchos enemigos. Cualquiera puede haber desvelado mi identidad.

Harry dudaba de quién podría ser, tenía muchas ideas, pero ninguna en concreto. Ahora no podía pensar, la preocupación lo estaba matando, nadie le

informaba del estado de su mujer y eso le estaba volviendo loco.

Mark decidió dejar de interrogarlo, se daba cuenta de que estaba alterado y no pensaba con claridad. Ya lo tratarían mejor en la Agencia. Entonces se fijó:

—¿Os habéis vuelto a casar? —Ambos contemplaban la alianza en el dedo de Harry.

—Sí, el fin de semana que estuvimos en Las Vegas.

—¡Enhorabuena! —le dijo en un tono apagado, teniendo presente la situación en la que se hallaban.

Los dos se mantuvieron en silencio mientras veían lo despacio que avanzaban los minutos en el reloj de la sala. Harry no paraba de cambiar de posición en la incómoda silla mientras Mark lo contemplaba decaído, por el tiempo que llevaba en el quirófano empezaba a pensar lo peor, por mucho que intentara animar a su compañero y amigo, él no las tenía todas consigo.

Tras un par de horas que se les hicieron eternas, por fin alguien preguntó por Harry McKenzie en la sala. Un médico de cierta edad que parecía que sabía lo que hacía, por lo menos eso pensó él al verlo acercarse con tanta seguridad, les informó sobre la intervención.

—Su mujer se recuperará —fue lo primero que dijo, lo que provocó un fuerte suspiro por parte de Harry demostrando el alivio que sentía al oír esas palabras—.

Ahora necesita descansar. En breve la trasladaremos a planta y le asignaremos una habitación. Le hemos podido extraer la bala con una cirugía mínimamente invasiva. Hemos comprobado que no se han producido lesiones en ningún órgano principal, por fortuna la bala se había alojado a unos centímetros del corazón sin producirle percance alguno. Aunque sí hemos tenido que reparar el daño ocasionado en los vasos sanguíneos y transfundirle sangre, pero todo ha salido bien. Tendremos que esperar a ver cómo evoluciona. —Harry asintió al oír el diagnóstico.

—¿Puedo pasar con ella? —preguntó con apremio. Aun habiendo escuchado las palabras del doctor, necesitaba verla para quedarse más

tranquilo.

—Claro, el enfermero lo acompañará. —Harry se percató en ese instante de que el médico iba acompañado. Solo se había centrado en el facultativo y en lo que le decía, el resto del mundo había desaparecido ante sus ojos.

—Gracias, doctor —le dijo con sinceridad, más calmado al saber que iban a llevarlo junto a su mujer.

El joven lo guio por varios pasillos, que le resultaron interminables, hasta llegar a la cama de Phoebe donde descansaba conectada a un montón de máquinas que él ignoró. Solo reparó en que parecía relajada mientras dormía. Le cogió la mano y así estuvo hasta que una enfermera le pidió que abandonara la sala ya que la iban a trasladar a una habitación. Ni siquiera supo cuánto tiempo estuvo allí, sentado a su lado sin dejar de observarla.

Cuando Phoebe abrió los ojos, se topó con la mirada expectante de su marido quien le sonrió con cariño.

—¿Qué ha pasado? —Harry la miró preocupado.

—¿No lo recuerdas?

—Recuerdo estar cenando contigo y de repente sentir un fuerte dolor en el pecho, luego… nada.

—Cariño, te han disparado. —Phoebe fue a tocarse el hombro, pero el leve movimiento le produjo un fuerte pinchazo de dolor—. Es mejor que no te muevas.

Voy a avisar de que has despertado.

Harry apretó el botón solicitando la presencia de una enfermera. Poco después alguien entraba por la puerta respondiendo a la llamada.

—Buenos días, ¿cómo se encuentra esta mañana? —preguntó con una alegría contagiosa la mujer, aunque Phoebe no compartía esa felicidad, al contrario, se sentía agotada y dolorida, su cara anunciaba que no era su mejor día, y eso mismo pensó la enfermera al contemplarla, pero ya estaba habituada, era lo normal en el lugar en el que trabajaba. Le revisó las constantes siguiendo el protocolo habitual, comprobando que todo estuviera en orden—. Por lo que veo

su evolución es buena.

—Acaba de despertar —comentó Harry notificando lo que parecía obvio.

—Supongo que tendrá sed. —Phoebe asintió—. Le traeré un poco de agua. —La mujer volvió a salir de la habitación solícita a la necesidad de la paciente.

Tras unos minutos de espera volvió a aparecer portando un vaso de agua y

acompañada de un médico. A Harry le costó unos segundos darse cuenta de que era el mismo con el que había hablado la noche anterior tras la intervención quirúrgica de su mujer.

Como había hecho un rato antes la enfermera, comprobó sus constantes vitales.

—Parece que está todo correcto. Su mejora es palpable. Antes de que se dé cuenta volverá a estar en casa.

—Gracias, doctor. —Phoebe se sentía agotada, lo único que quería era dormir, pero tenía que reconocer que oír al facultativo la había tranquilizado.

En cuanto se hubieron marchado del cuarto, Phoebe se fijó en su marido. Tenía muy mala cara, era obvio que no había pegado ojo en toda la noche, supuso que habría estado todo ese tiempo sentado en la incómoda butaca que había colocada al lado de la cama, dormitando en una engorrosa postura. Las ojeras eran patentes, aunque sabía que también influía su trabajo, la búsqueda de Kate le provocaba noches de insomnio. Vestía con el mismo traje que llevaba la noche anterior, se apreciaban las arrugas y algunas manchas de sangre, imaginó que la suya.

—¿Por qué no vas a casa y descansas un poco? Parece que el que tiene que estar ingresado eres tú y no yo. —Harry sonrió, se alegraba de que tuviera el suficiente ánimo para hacer bromas, eso implicaba que se encontraba mejor de lo que aparentaba.

—No quiero dejarte aquí sola.

—Estaré bien. Además, ahora solo quiero dormir, así podrás hacer tú lo mismo.

Necesitas descansar, tienes muy mala cara.

—Sabes que no necesito dormir mucho.

—Harry, no quiero que te maten porque tus reflejos estén afectados por la falta de descanso. —Él sabía que tenía razón y, por lo que acababa de decir, ella también opinaba que el disparo iba dirigido a él.

—Está bien, te haré caso —confirmó de forma razonable—. ¿Quieres que te traiga algo de casa?

—Creo que me voy a pasar unos días aquí, así que sí, te agradecería que me trajeses un camisón limpio, una bata y ropa interior —él apuntó mentalmente la corta lista—, y otra cosa, cógeme el libro que tengo encima de la mesilla. Así me entretendré cuando tú no estés.

—No pienso dejarte ni un minuto a solas.

—¡Oh, sí, Harry! Claro, que lo harás. —Él se la quedó mirando sorprendido, no esperaba esa reacción—. Tienes que coger al cabronazo que me ha hecho esto.

—Te lo prometo —le susurró mientras le daba un beso en los labios a modo de despedida.

Harry salió del hospital dándole vueltas a todo lo acontecido la noche anterior, veía la escena como si fuera una película a cámara lenta, intentando prestar atención a cualquier detalle que se le hubiera podido pasar por alto. Intentó descubrir si había visto algo al otro lado de la cristalera, pero por más que se concentró en esa visión, lo único que le venía a la mente era oscuridad, desde el restaurante no logró ver nada del exterior. Quizás solo tenía que descansar para tener una perspectiva menos difusa.

En cuanto entró en el portal, se encontró con Frankie que le preguntó cabizbajo por el estado de su mujer. Harry no entendía cómo se había enterado.

—Está bien, está fuera de peligro. —El portero respiró aliviado.

—Lo he visto en las noticias. Estaba muy preocupado.

—¿En las noticias? —Harry se preguntó si los habrían identificado, su identidad no debía verse expuesta.

—Sí, ha salido el Daniel y algunos testigos comentando lo sucedido. Una mujer describió a la persona a la que habían disparado, yo sabía que habían ido a cenar allí y no habían regresado, así que até cabos.

—¿Han llegado a decir el nombre de mi mujer?

—¡Oh, no! En ningún momento se ha mencionado. Ni el suyo tampoco. —Eso era lo que quería saber Harry.

—Me alegro, no quisiera que la prensa acosara a Phoebe, ahora necesita descansar y olvidar —se excusó.

Frankie asintió, estaba de acuerdo con el señor McKenzie, sabía lo importante que era preservar la intimidad.

Tras un sueño reparador, Harry se levantó con la idea de comenzar a investigar quién había sido la persona que los había atacado. Tenía muchos sospechosos en la cabeza, pero necesitaba aclararse descubriendo alguna prueba.

Volvió al restaurante francés donde analizó la ventana al lado de la cual se encontraban cenando la noche anterior, buscaba el ángulo de disparo. Ya había sopesado alguna opción del lugar del que provenía el proyectil. Mientras taponaba la herida de su mujer se había encargado de estudiar la posible entrada de la bala al local, pero ahora estaba más sereno y podría discernir mejor la posición del tirador. Observando los alrededores, no había muchas alternativas, tenía que haberse producido desde alguno de los edificios situados frente al establecimiento.

La detonación se había originado desde un lugar más alto, así que resultaba imposible que les hubieran disparado a pie de calle, además de ser muy arriesgado, ya que, en tal caso, la probabilidad de que hubiera testigos sería alta.

Se acercó a uno de los edificios ubicados enfrente del Daniel y le preguntó al portero si había algún piso en el inmueble que estuviera en alquiler o vacío. El hombre se encogió de hombros negando tal posibilidad.

Salió de allí y guio sus pasos al siguiente, en este tuvo más éxito.

—Sí, claro, hay un piso en el segundo que está en obras. Está siendo renovado por los dueños.

—¿Podría verlo? —Al portero no le pareció mal, sabía que los propietarios querían alquilarlo, por lo que pensó que si él conseguía al inquilino le darían una buena propina. A veces se encargaba de buscar arrendatarios y hasta ahora siempre se habían portado bien con él, se lo sabían agradecer.

—Claro, acompáñeme. Tienen intención de alquilarlo.

—Interesante —manifestó para dar coba al hombre.

Harry subió tras él esperando encontrar algo de utilidad. En cuanto se detuvieron delante de la puerta del apartamento, el portero comenzó a buscar la llave en un aro repleto de ellas. Mientras abría, Harry cavilaba algo que decirle para que le dejara solo, no quería dar explicaciones de lo que andaba buscando, y desde luego el hombre se percataría de que no estaba interesado en alquilar el piso.

Sin embargo, no fue necesario. Justo cuando ambos atravesaban la puerta, el móvil del portero comenzó a sonar, este lo cogió sabiendo que su tranquilidad se había terminado.

—Voy a tener que dejarle, el trabajo me reclama —le anunció tras atender la llamada—. Espero que no le importe.

—No, claro que no. Solo voy a echar un vistazo. Cuando me vaya dejo cerrada la puerta.

—Perfecto, muchas gracias. Si estuviera interesado en él, le agradecería que me avisara, tengo mano con los caseros, seguro que le consigo un descuento. —Le guiñó un ojo y le entregó una tarjeta donde había datos suficientes para contactar con él. Harry, para seguir con la representación, la miró con cierto interés y se la guardó en el bolsillo aparentando que la ponía a buen recaudo.

El portero se marchó contento, pensando que ese hombre volvería y se encaminó a la última planta, en donde había un problema con una cisterna tal y como le acababan de comunicar por teléfono.

Harry, ya en el interior de la vivienda, paseó por las diferentes habitaciones contemplando las vistas de la calle. Solo había dos cuartos que tenían el ángulo adecuado para disparar a la mesa en la que estaban cenando Phoebe y él horas antes. Observó con detenimiento todo lo que había en ambas, pero no pudo obtener gran cosa. Estaban llenas del polvo producido por las obras, los muebles se hallaban cubiertos por sábanas que los protegían de toda la suciedad que los rodeaba, un cenicero cargado de colillas abandonadas por los

obreros y alguna que otra herramienta apoyada en la pared, escasas para estar enfrascados en una obra, pensó. Siguió avanzando entre los distintos enseres cuando la vio, allí en el suelo, oculta tras un mueble, cercana a una de las ventanas, una huella se mostraba perfectamente dibujada en el polvo que reposaba sobre la tarima. Se sorprendió al comprobar que en la habitación no había más que las que él mismo había ido dejando al pasear de un lado a otro y la que contemplaba. Hizo varias fotografías, era la única pista que tenía, el único hilo del que tirar, y sabía que no era un mal comienzo, era más de lo que esperaba descubrir, contaba con que el tirador sería muy precavido, pero, aun así, había dejado algo tan relevante como una pisada.

Eso le indicaba que quizás quería ser encontrado, ¿lo habría hecho adrede?, se preguntó.

Volvió a mirar por la ventana. El tirador tenía que haber entrado por ella a la casa y por eso no había más huellas, tenía que haber subido por la escalera de incendios. Es lo que hubiera hecho él en su lugar, el acceso no era complicado. Se marchó del piso sin dar con nada más en él.

—¿Cuánto hace que no vienen los obreros? —preguntó Harry al portero que

volvía a estar en su puesto.

—Llevan alrededor de una semana sin aparecer por aquí. —Se encogió de hombros dando a entender que desconocía el motivo—. ¿Le ha gustado?

—La verdad es que sí. Tal vez le llame dentro de un tiempo, cuando hayan concluido las obras y lo pueda visitar en todo su esplendor —mintió.

—Por supuesto, no deje de hacerlo —manifestó el portero a modo de despedida.

Cuando Harry llegó a la Agencia se dirigió directo a la mesa de Michael Donovan. En el camino se percató de que todo el mundo lo observaba, con preocupación unos y con pena otros. Se figuró que ya habría corrido la voz del tiroteo del que había sido protagonista la noche anterior. De todas formas, él los ignoró y continuó con paso decidido, tenía una pista que seguir, no había tiempo que perder.

—Harry, me he enterado de lo sucedido. ¿Cómo estás?, ¿y Phoebe? —le preguntó Donovan nada más ver cómo se acercaba a su puesto.

—Bien, Phoebe está descansando en el hospital, los médicos son positivos respecto a su estado. Creen que en cuanto se recupere de la operación podrá volver a casa sin ningún síntoma o repercusión en su vida. Gracias por preguntar.

—Me alegro de oír eso —le manifestó con sinceridad.

—Pero yo venía a otra cosa. He investigado el presunto lugar desde el que nos dispararon y he encontrado esta huella. —Le entregó su móvil mostrándole las imágenes que había obtenido en el piso.

—Ok, déjame que las descargue a ver qué puedo hacer. —Michael traspasó las fotografías a su ordenador y comenzó con su análisis. Ejecutó un programa e introdujo la huella en él, la pantalla les enseñaba cómo el algoritmo de búsqueda comparaba la huella encontrada con otras tantas de la base de datos—. Harry, esto puede tardar un rato, si quieres irte al hospital a estar con Phoebe, no hay ningún problema, en cuanto localice algo, te aviso.

—De acuerdo. Gracias de nuevo, Michael. —El analista asintió y continuó con su labor, sabía que era una pista excelente, tenía que descubrir algo en ella, tenía que ayudar a su compañero, últimamente su familia parecía ser el blanco de un

complot contra él. Ya había perdido el año anterior a su hijo, no podía perder ahora a su mujer. Así que se concentró en la tarea sin ni siquiera moverse a por un café o algo que llevarse a la boca.

Harry se dirigió hacia el hospital haciendo caso a Michael, llevaba en el bolsillo de la chaqueta el libro que le había pedido Phoebe para entretenerse. Además, quería disfrutar de la cena con ella, aun conociendo la penosa comida que le servirían. Si las enfermeras se lo permitían, bajaría a comprarle algo más sabroso a la cafetería que había in situ.

Como se imaginaba, cuando llegó a la habitación de Phoebe, se encontró con que la enfermera le estaba sirviendo la cena.

—Me alegro de que haya llegado en este preciso instante —le dijo la mujer—,

¿se ocupa usted de darle de comer?

—No hay problema.

—Creo que podré hacerlo yo misma —declaró Phoebe en cuanto la enfermera salió del cuarto.

—¿Estás segura? —Harry se mostraba dubitativo. Cogió el caldo y la cuchara que había sobre la mesita auxiliar y se lo acercó todo a su mujer esperando que se diera cuenta de que ella sola sería incapaz. Phoebe, tan cabezota como siempre, intentó sostener el recipiente donde se encontraba ese líquido caliente e inodoro, pero sintió un fuerte pinchazo en el pecho que la hizo desistir.

—Tienes razón, vas a tener que darme de comer —se rindió ante lo evidente.

—Sabes que estoy encantado de cuidarte. Aunque seas una enferma algo obstinada. —Hizo esa observación con una sonrisa en la boca.

—Es que me siento como una inútil. No soy ni capaz de comer sola.

—No te preocupes que esto no durará mucho. En breve podrás hacer todas las cosas que siempre has hecho. Solo necesitas recuperarte. Y para ello, ahora debes estarte quieta y no hacer movimientos innecesarios —le regañó por su testarudez, aunque reconocía que era una de las características de su personalidad que más le atraía. En los momentos más inesperados aparecía, convirtiéndola en la mujer con más fuerza de voluntad que conocía, esa testarudez hacía que siempre saliera adelante por muy complicadas que se pusieran las cosas.

—Está muy caliente —se quejó tras dar el primer sorbo.

—Soplaré como si fueras un niño —le respondió Harry haciendo esa misma acción, soplando la cuchara antes de llevársela a la boca, igual que hacía con David cuando era pequeño.

Ese pensamiento hizo que le viniera a la memoria otra situación en la que Phoebe también yacía en una habitación de hospital, en otro lugar y en otra época, en aquella ocasión por el nacimiento de su hijo. Rememoró esos tiempos tan felices, llenos de orgullo por la vida que habían creado: un niño sano en el que siempre se centrarían, haciendo todo lo que estuviera en su mano para que se convirtiera en un gran hombre. Desde entonces, solo habían vuelto a estar juntos en un hospital tras la paliza que le habían propinado a David, la que provocó su muerte. Como notó que sus elucubraciones vagaban de situaciones

felices a otras más dolorosas, borró todas ellas de su cabeza y se centró en el cometido de alimentar a su mujer, que a cada sorbo de caldo que daba hacía un gesto de lo más esclarecedor, dilucidando lo poco apetitosa que debía estar la cena.

—No quiero más —protestó tras unas pocas cucharadas.

—Pero, cariño, si apenas la has probado.

—Está asquerosa.

—Anda, no será para tanto —le dio un sorbo para enfatizar su frase, pero no pudo evitar hacer el mismo gesto que segundos antes había hecho ella, estaba realmente mala, sosa e insípida.

—Te lo dije.

—Voy a ver si me dejan traerte un consomé de la cafetería, seguro que está mucho mejor.

—Cariño, da igual, no tengo hambre. Estoy agotada. Solo quiero dormir.

—Está bien. —Apartó la mesa donde seguía la cena y le dio un cariñoso beso en la frente.

Harry encendió la televisión, que descansaba frente a ellos, con intención de poner una película. Mientras buscaba algo que ver, la cogió de la mano demostrándole que nunca volvería a separarse de ella.

—¿Has cenado? —le preguntó conociendo la respuesta con antelación—. Me lo

imaginaba. ¿Por qué no bajas a la cafetería y comes algo? Yo no me pienso mover.

—Harry la miró sin intención de levantarse del sitio—. Vete, te aseguro que estaré aquí.

—De acuerdo —aceptó obedientemente, sabiendo que las tripas llevaban un rato recordándole que durante ese día no había probado bocado.

Antes de que saliera de la habitación, Phoebe lo llamó—: Harry, no te sientas culpable. Tú no me has hecho esto. Pero espero que encuentres al hijo de puta que casi me mata —intentó decirlo con la mayor

confianza que pudo, no quería que él se sintiera responsable por lo ocurrido. Lo conocía, siempre se echaba el peso del mundo a la espalda.

Harry asintió y salió de allí en dirección al restaurante sabiendo que sí era el causante de que su mujer estuviera convaleciente en esa cama, pero comprendiendo que no descansaría hasta dar con el tirador. Ese era su trabajo y era lo mejor que sabía hacer, no le fallaría.

35

Esa noche Harry se había ido a dormir a casa, tal y como le había repetido hasta la saciedad Phoebe, tenía que descansar algo, estaba exhausto. Ella le había dicho que en el hospital no tenía nada que hacer y dormir en una butaca no era una buena opción, necesitaba recuperar fuerzas si quería estar al cien por cien en la investigación. Sin embargo, tampoco le había hecho demasiado caso. Se había pasado la mayor parte de la noche leyendo informe tras informe, intentando descubrir algo sobre ese asesino a sueldo que tenía en vilo a todas las Agencias Internacionales de Seguridad. En los reportes estudiados no había hallado nada que le ayudara a localizarlo, o al menos a hacerse una idea de quién podía ser. No tenía sentido que llevara más de diez años actuando y no se hubiera encontrado nada que pudiera servir para identificarlo, solo un triste retrato robot que parecía resultado de un dibujo animado más que de una persona real.

Después de desayunar con Phoebe y acompañarla durante un rato, se había dirigido a la Agencia con la esperanza de que Michael hubiera descubierto algo en las imágenes que le había entregado el día anterior.

Cuando lo abordó en su puesto, estaba muy concentrado, observaba las fotografías que él había realizado con gran interés. Esperanzado porque hubiera encontrado algo, se acercó sin demora a preguntarle.

—¿Hay algo nuevo? —Donovan se sobresaltó al escuchar la voz de Harry a su lado.

—¡Dios, Harry! Podías avisar. Menudo susto me has dado.

—Perdona —se disculpó sin dejar de observar lo que mostraba la pantalla del ordenador—. ¿Qué tienes?

—He descubierto que la huella se corresponde con un zapato de hombre del número cuarenta y tres.

—¿Solo tienes eso? —Harry se sintió desalentado, estaba convencido de que podría obtener más información, como el modelo y la marca del calzado.

—Sí, es lo único que he podido encontrar. Parece ser un modelo tipo Oxford,

pero desconozco la marca, esa suela la utilizan casi todos los fabricantes. Es muy corriente.

—De acuerdo.

—Harry, ¿a dónde vas? —le preguntó Donovan con una sonrisa en la boca al ver que este se daba la vuelta dispuesto a marcharse. El programa no le había dado más datos, pero él sí tenía algo más.

—Creía que eso era todo.

—No. Mira, fíjate bien en la imagen, ¿no ves nada fuera de lugar?, ¿nada llama tu atención? —Harry se abstrajo contemplando la fotografía, acercando la cabeza a la pantalla como si estuviera falto de visión, sin embargo nada en ella le resultó singular. Lo que fuera que hubiera generado curiosidad en su compañero, él no lo vislumbraba.

—No sé a qué te refieres. —Michael se dio cuenta de que no veía lo que tanto interés le había despertado a él.

—De acuerdo. Fíjate en el contorno. ¿No te das cuenta de que la huella apenas queda marcada? —Harry reparó en lo que le indicaba, y tenía toda la razón, la huella estaba completamente marcada en el polvo diseminado en el suelo, pero solo la parte central, los extremos quedaban difuminados, apenas parecían formar parte de la pisada.

—¿Y qué crees que significa eso? —Él empezaba a comprender a dónde quería ir a parar el analista, pero tenía que estar seguro de que su razonamiento era el mismo que el de Michael.

—Creo que la persona que lleva ese zapato usa un número inferior. Utiliza un zapato de ese tamaño para evitar ser reconocido.

—Estoy de acuerdo contigo —corroboró Harry. Eso mismo era lo que se le había pasado por la cabeza, pero él había ido más allá, y ahora creía tener algo que respaldaba su intuición—. ¿Hay alguna posibilidad de que el que llevara ese calzado fuera una mujer? —Michael se quedó pensando unos segundos la consideración de Harry, desde luego tenía mucha lógica, se dijo.

—Creo que sí. Creo que es posible que sea una mujer.

—Ok. Muchas gracias, Michael.

—Harry, te conozco, ¿no estarás pensando…? —Donovan creyó reconocer la bombilla que se le había encendido. No podía saber si era

mera obsesión o sentido común, cualquiera de ellas lo llevaba directo a un camino complicado y difícil de seguir.

Harry ignoró su comentario y salió disparado de la zona de análisis donde varios agentes trabajaban sin descanso en los casos en los que estaban implicados.

Él, por su parte, quería comprobar sus sospechas antes de sacar a la luz la teoría que se le empezaba a formar en la cabeza.

Harry entró en el despacho de Goldberg donde ya se encontraban esperando Scott Carter y Michael Donovan, todos sentados a alrededor de la mesa.

—Harry, ¿cómo está Phoebe? —preguntó Mark nada más verlo cruzar la puerta. Su tono denotaba desasosiego, tanto por Phoebe como por el propio Harry.

—Bien, evolucionando de forma positiva. Los médicos están gratamente sorprendidos por la velocidad de recuperación. Creen que en unos días le darán el alta y podrá regresar a casa. —Se mostraba tranquilo, confiado por las buenas noticias que le acababan de dar en el hospital sobre el estado de su mujer. Sabía que ella contaba con una fuerza interior fuera de lo común, pero comprender que eso mismo había provocado que su recuperación resultara más rápida de lo esperado, le alegraba sobremanera.

—Me congratula oír eso —dijo su superior con sinceridad. No obstante, cambió drásticamente de tema, no tenían tiempo que perder—. Os he convocado a esta reunión para ver los avances en la investigación sobre el asesino a sueldo: Fox.

Necesitamos conocer su próximo objetivo.

—Nada, estamos como al principio —expuso Scott sabiendo que sus pesquisas no habían dado frutos.

—Yo tampoco tengo nada —corroboró Michael abatido, sabiendo que eso no era lo que Goldberg esperaba escuchar.

—¿Harry? —lo miró a los ojos, todavía tenía sus esperanzas puestas en él, aunque era conocedor de la situación por la que estaba pasando, contaba con que él fuera quien los sacara de este embrollo.

—Yo tengo una teoría, pero todavía no tengo prueba alguna —acabó por

anunciar Harry tras unos segundos de vacilación. Era demasiado pronto para mencionar hacia dónde iba dirigida su investigación, pero teniendo en cuenta el poco éxito que habían tenido sus compañeros, quizás lo ayudasen a explorar la vía por la que estaba intentando encaminarse. Solo esperaba que no lo tomaran por loco.

—Cuéntanos, Harry, no nos dejes con la intriga —le pidió Mark deseoso de conocer lo que se le había ocurrido.

—Creo que el objetivo de Fox soy yo. —Ninguno de los presentes pudo evitar sorprenderse ante esa afirmación. Durante un tiempo indeterminado, que a Harry le pareció demasiado largo, se hizo el silencio en la sala, empezaba a pensar que todos creían que había perdido los papeles. Fue Mark quien rompió el tenso mutismo que se había formado.

—¿Por qué piensas tal cosa? —le interrogó Goldberg.

—Creo que la persona que nos disparó a Phoebe y a mí la otra noche en el restaurante es ese asesino a sueldo tan buscado en Europa. Estoy convencido de

—continuó— que el objetivo era yo, pero tuve la suerte de moverme en el momento en el que se produjo la detonación, lo que desencadenó que mi vida no peligrara ante ese incidente, pero que Phoebe fuera herida.

Ninguno de los asistentes dijo nada, podía ser una teoría tan verosímil como cualquier otra, de hecho, no tenían ninguna otra, así que prefirieron callar y seguir escuchando la explicación de Harry sin saber qué pensar.

—También creo que Fox no es un hombre, sino una mujer. Michael ha comprobado las huellas de zapatos que encontré en el lugar donde el tirador nos disparó y hemos llegado a la conclusión de que el número que calza es inferior al tamaño de la huella, por lo que corrobora mi teoría —según se oía hablar en voz alta, tenía que reconocerse a sí mismo que sonaba descabellado, y si le resultaba disparatado a él, no se podía ni imaginar qué estaría pasando por la mente de los presentes.

—Eso no es una prueba, es una simple suposición —intervino Mark.

—Como digo, todo lo que estoy expresando está basado en meras especulaciones, todavía no tengo pruebas de nada, pero espero hallarlas en poco tiempo.

—De acuerdo, continúa. —Nadie más que él barajaba una hipótesis de lo que

estaba ocurriendo, no perdía nada por escucharle, pero sospechaba que estaba demasiado involucrado como para pensar de manera razonable.

—También me baso, para ser de la opinión de que Fox es una mujer, en que es una persona disciplinada, organizada y muy inteligente. Es un asesino a sueldo contratado a menudo al que nadie conoce ni existe posibilidad de identificarlo. Lo que me lleva a pensar que no tiene ni pizca de ego y evita llamar la atención a toda costa, características muy propias de los hombres. Le he estado dando vueltas y creo que sin lugar a dudas se trata de una mujer.

—Tiene sentido —susurró Scott al escuchar ese planteamiento. Harry se sintió más cómodo al notar su apoyo.

—Y voy a ir más allá. Creo que Fox es… Kate. —Harry vio reflejado el desconcierto en sus rostros. Hasta ahora todo lo que había contado lo habían tenido en consideración, sopesando cada palabra, pero sabía que con esa afirmación su castillo de naipes había sido pulverizado.

—¡¿Kate?! —Mark no se podía creer lo que salía de la boca de su mejor hombre, estaba obsesionado con su antigua compañera: Katherine Jones. No sabía lo que decía. Estaba más afectado por todo lo acaecido en los últimos tiempos de lo que pensaba.

—Sí, tiene todo el sentido. —Scott y Michael lo miraron sorprendidos, no entendían adónde quería ir a parar—. Si recordáis, hace diez años, cuando pensamos que habíamos matado a Sokolov en aquella fallida misión, esa misma tarde se iba a reunir con Fox, y todo se fue al garete cuando aparecimos nosotros.

Kate ya tenía tratos con él por aquel entonces. Creo que estaba esperándola a ella para encargarle que me asesinara a mí. Pero todo se complicó con nuestra presencia.

Se mantuvieron callados, asimilando las reflexiones que Harry les estaba presentando. Empezaban a encontrarle sentido a sus revelaciones. Pero no podía ser. Una cosa es que hubieran trabajado con una manzana podrida durante años, otra muy distinta es que

además se tratara de una asesina a sueldo buscada por la Interpol y por Agencias de Seguridad de otros muchos países. ¿En qué posición les dejaba a ellos si se confirmaban las conjeturas de Harry?

—Harry, te recuerdo que para que un agente empiece a trabajar con nosotros, además de los rigurosos exámenes psicológicos de los que son objeto, se investiga por completo al sujeto.

—Lo sé, y aun así se nos puede escapar algo. Algunos son capaces de pasar nuestras barreras y convertirse en uno más, y Kate es un buen ejemplo de lo que estoy diciendo. Nos engañó durante años. Además, hay que tener en cuenta que es una gran hacker. Estoy seguro de que pudo inventarse un pasado falso sin que nadie se percatara de ello.

—Parece que tienes respuesta para todo —se rindió Goldberg.

—Es que estoy convencido de que Fox y Kate son la misma persona. Todas estas preguntas y muchas más ya me las he hecho a mí mismo en más de una ocasión.

—Hizo una pausa, esperaba que lo dejase continuar por esa vía—. Ahora no tenemos ninguna pista que nos indique por dónde seguir. Déjame ir por este camino a ver si estoy en lo cierto.

—Está bien, pero si llegamos a un callejón sin salida quiero que lo dejes estar.

No, mejor, te doy una semana. Solo una semana. Y si no descubres nada olvidamos esta absurda suposición. No tenemos ninguna prueba que avale esta teoría. Solo creo que estás empecinado en localizar a esa mujer. —Respiró hondo porque notaba por el tono de su voz que se estaba alterando. Estaba viendo cómo su amigo se venía abajo y no sabía qué hacer para evitarlo—. El resto también queremos dar con ella, no solo se rio de ti en tu cara, también lo hizo en la nuestra.

—Lo sé, pero tengo un presentimiento y siempre sigo mis intuiciones, nunca me han fallado. —Entendía por qué Mark no daba crédito a sus cábalas, pero algo le decía que estaba siguiendo el rastro correcto, así que confiaría en no patinar y les demostraría que no estaba equivocado.

—Es muy arriesgado. Pero de acuerdo, seguid esa vía de investigación a ver dónde nos lleva —concluyó Goldberg—. Una semana, solo una semana —les recordó en un tono que no permitía réplica.

Dando por finalizado el encuentro, se levantaron de sus sillas

dispuestos a continuar con sus tareas.

—Harry, espera. Tengo que hablar contigo.

Harry, que ya salía de la sala siguiendo los pasos del resto, se detuvo dubitativo, imaginándose que le iba a echar un sermón sobre lo obsesionado que estaba con Kate, y tenía que reconocer, que en ese momento era lo que menos le apetecía escuchar, necesitaba que abriera su mente y viera más allá, que no se cerrara en banda. Quizás se equivocaba, pero si tenía razón podrían cazar dos pájaros de un tiro, y algo le decía que no iba desencaminado. Se giró y se volvió a

acomodar en la silla de la que se acababa de levantar esperando escuchar el rapapolvo, aunque lo que vino a continuación no fue lo que se esperaba.

—Sé lo que me vas a decir. Pero no es obcecación, creo que es bastante plausible que Fox sea Kate. O Kate sea Fox —dijo adelantándose a la amonestación de Mark.

Se sentía como cuando echaba reprimendas a David por cuestiones que para él resultaban evidentes, aunque para la mente de un crío fueran de lo más intrincado.

—Harry, cálmate. No quiero hablar de ese tema. Ya lo he dejado zanjado en la reunión y os he dado tiempo para que encontréis algo. Yo quiero contarte otra cosa. —Harry se extrañó, no sabía qué podría ocurrirle a su jefe y amigo.

—Dime, soy todo oídos. —Mark sonrió, sabía que podía contar con él.

—Voy a jubilarme —le soltó a bocajarro.

—¿Jubilarte? Pero si todavía eres joven.

—Me halagas, Harry, pero sabes que eso no es verdad. Ya estoy mayor para este tipo de operaciones. Alice lleva años diciéndome que lo deje y que nos vayamos a algún lugar apartado a descansar. Y eso que no conoce ni la mitad. Tanto secretismo es agotador, sabes a lo que me refiero. Nuestro trabajo es psicológicamente extenuante. No recuerdo la última vez que fui sincero con ella.

Sincero de verdad —puntualizó.

—Nuestra labor es importante. Salvamos vidas. —Mark levantó la mano para que le dejase terminar.

—Sí, eso es lo que nos decimos para convencernos y continuar, si no actuáramos así nos volveríamos majaretas. —No era el lugar para hablar de lo humano y de lo divino, por lo que se detuvo para retomar el hilo de la conversación—. Mi hijo se mudó a Vancouver hace algunos años, al casarse. Alice todavía está pesarosa porque se enamorara de una mujer canadiense que se lo llevó del país. Tenemos dos nietos y apenas los conocemos. Nuestra intención es mudarnos allí, ella desea estar cerca de la familia. Desde que se trasladaron a Canadá no deja de insinuarme que abandone esto y nos marchemos. Y no puedo culparla. Tiene toda la razón.

—Este no es un trabajo para tener familia —confirmó Harry recordando la reciente pérdida de su hijo. Mark le había contado en multitud de ocasiones que a Alice no le gustaba su profesión, de constante le había instado a abandonarla. No era tonta y, aunque no lo sabía a ciencia cierta, siempre se había olido a lo que se dedicaba su marido aunque hubiera evitado preguntar.

—Quiero que ocupes mi lugar. —El asombro de Harry ante esa petición quedó de manifiesto. Si no se esperaba la confidencia de su superior, menos se había planteado la posibilidad de sustituirlo—. Ya sé que te estoy pidiendo demasiado.

Sé lo que te gusta el trabajo de campo y bien sabes que en este puesto apenas lo hay, la mayoría del tiempo se pierde entre papeleo y burocracia. Pero había pensado que después de lo ocurrido en los últimos meses, te apetecería un cambio.

Salir de las misiones encubiertas y hacer algo de menor riesgo. Y más ahora que has vuelto a casarte con Phoebe. —Desde luego, no le podía llevar la contraria por esa declaración. Su mujer estaría mucho más tranquila si le situara en una oficina en vez de en un país en guerra. Pero, ¿era lo que quería él?

—No sé qué decirte, Mark. No esperaba esto.

—Lo sé. Y no quiero que me des todavía una respuesta, no es mi intención que tomes hoy una decisión. Quiero que lo pienses tranquilamente y, cuando tengas tu resolución, me la hagas llegar.

—Sé que es un significativo avance en mi carrera profesional, pero, en efecto, necesito pensar los pros y los contras. —Harry daba por hecho que ese sería el deseo de Phoebe, pero ¿y el de él?, ¿en realidad quería abandonar el trabajo de campo con el que tanto disfrutaba? Si bien, esto le planteaba otra incógnita, tras lo ocurrido en el último año, la

muerte de David y el disparo a Phoebe, ¿quería seguir poniendo la vida de los suyos en peligro? Era una importante decisión que tendría que meditar.

—No esperaba menos. Como te he dicho, tómate el tiempo que te haga falta.

Bueno, tampoco demasiado, porque espero dejar este puesto en menos de seis meses.

—Antes tendrás una respuesta.

—Gracias.

Harry se levantó y se marchó del despacho dándole vueltas a la entrevista que acababan de mantener. No se creía que Mark se fuera a jubilar y menos aún que hubiera pensado en él para relevarlo. No obstante, ahora mismo no quería cavilar sobre ello. Primero tenía que terminar lo que había empezado, tenía que demostrar que Fox y Kate eran la misma persona. Y por si eso no fuera suficiente, tenía que encontrarla antes de que ocurriera alguna otra desgracia. No podría soportar perder también a Phoebe.

Continuó con la determinación como su fuente principal de energía. Mark le

había dado una semana, una única semana, así que tenía que darse prisa. Y esta vez no pensaba fallarle a los suyos. Daría con ella y demostraría su teoría.

Avanzaba por los pasillos de la Agencia cuando hizo una llamada a su pirata informático favorito.

—Loop, te necesito.

—Tus deseos son órdenes para mí —le dijo con socarronería.

—Me urge que descubras el pasado de Katherine Jones —le solicitó obviando su mofa.

—¿Esa no era tu compañera?

—Exacto. Ten en cuenta que ella también es una hacker de nivel, por lo que no creo que sea fácil hallar nada. Lo más seguro es que haya borrado su pasado y se haya creado uno nuevo.

—¿Es tan buena como yo? —preguntó sin inmutarse, dando por

sentada la respuesta.

—Sabes que nadie es tan bueno como tú. Ni tan vanidoso. —Loop, al otro lado de la línea, soltó una carcajada.

—En cuanto sepa algo te llamo.

—Perfecto.

36

Phoebe se hallaba recostada en la cama, leyendo. Aún le dolía el pecho y el brazo izquierdo, sin embargo no se sentía tan adormilada ni cansada como días anteriores, poco a poco iba recuperando sus fuerzas. En cuanto percibió un leve movimiento en la habitación, levantó la mirada. Allí, Harry, apoyado en el marco de la puerta, la observaba. Había llegado hacía un rato y la había visto tan hermosa y abstraída que estaba deleitándose con el momento, contemplándola sin reservas.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—No demasiado, te he visto tan concentrada y relajada que simplemente estaba disfrutando de la paz que transmitías.

—Anda, no seas tonto. —Harry se acercó y se sentó en el gran butacón que había colocado al lado de la cama, no sin antes darle un beso en los labios—. ¿Qué tal el día? ¿Has averiguado quién me disparó? —Fue directa al grano, sabía que Harry estaba tras una pista aunque no lograba sonsacarle nada.

—Todavía no, pero estamos en ello. Antes o después daremos con el tirador

—evitó darle una respuesta más concisa, cuanto menos supiera, mejor. Ya había cometido el error de confiarle a qué se dedicaba, no podía contarle nada más.

Estaba entrenado para mentir, para que nadie supiera que no decía la verdad, no obstante, engañar a su mujer había sido lo más duro que había hecho en su vida y no volvería a hacerlo. Simplemente esquivaría sus preguntas, sería ambiguo o se saldría por la tangente, ya vería cómo actuar, según se presentara la ocasión eludiría todo lo que tuviera que ver con trabajo. Aun cuando los últimos acontecimientos no le daban la razón, seguía pensando que era más seguro que no conociera su actividad en detalle.

—Seguro que sí —dijo ella animándolo, aunque algo le decía que no necesitaba de su apoyo.

Seguía sorprendida porque en todos los años que había compartido su vida con Harry, ella no se había ni imaginado a lo que se dedicaba su

marido. Le había dado muchas vueltas desde que se había enterado, ahora comprendía muchas cosas, pero era increíble que nunca se hubiera dado cuenta de nada, ¿cómo podía haber estado tan ciega? Se jactaba de conocerlo a la perfección y sin embargo no había

advertido su vida paralela. A veces, incluso había llegado a pensar que mantenía una aventura; tantos viajes, tantas noches llegando tarde a casa no podían ser solo reuniones laborales, aunque esa idea nunca duraba mucho en su cabeza. Harry tenía muchos defectos, pero nunca la engañaría, se había dicho, con todo, eso mismo era lo que había estado haciendo.

Lo habían hablado tiempo atrás, en Washington, tras la muerte de Sokolov y su falso secuestro. Él le había prometido que nunca más la mentiría, que en todo caso le omitiría la información que no debía conocer. Ella había pensado que sería capaz de llevarlo de forma apropiada, pero algunas veces reparaba en que hubiera preferido estar en la inopia a saber y, en otras ocasiones, estaba convencida de que lo mejor era comprender. Se volvía loca solo de pensarlo. Y lo peor de todo es que sentía que no siempre sería capaz de confiar en él, a veces no podía, y le dolía sobremanera, y eso que desde que se habían unido de nuevo, no la había defraudado en ninguna ocasión, todo lo contrario. Borró esos pensamientos negativos de su mente, no quería retomar esas reflexiones tan descorazonadoras, no era el lugar.

—Mark se jubila —le soltó de improviso.

—¿Se jubila? —una idea le surgió de repente: Harry podría ocupar su puesto y quedarse en la oficina, sitio en el que no correría peligro y así ella no estaría preocupada porque regresara o no a casa. Tenía que reconocer que cuando pensaba que su marido se dedicaba al software se solía cabrear con él por los desplantes que le hacía, lo cual le sacaba de quicio, y de hecho fue una de las razones de más peso que provocaron que su matrimonio fracasara la primera vez.

Este último año que había sabido, más o menos, en qué estaba metido, había sufrido los mismos desplantes, en unas ocasiones los había comprendido mejor que en otras, pero lo que no llevaba nada bien era no saber si Harry volvería a entrar por la puerta. Se pasaba el tiempo que no estaba con él inquieta porque le sucediera algo. Había supuesto que lo llevaría con entereza, pero no lo había logrado. No tenía ni idea de cuánto tiempo sus nervios podrían mantener esa tensión sin explotar.

—Me ha ofrecido su puesto. —Phoebe se alegró al escuchar en alto el

deseo que anhelaba en silencio. Se había prometido no comportarse de forma egoísta en la relación, atendería a los sentimientos de su marido, tenía que dejarle a él la tarea de decidir.

—¿Y qué le has contestado? —Le daba miedo lanzar la pregunta, temía la respuesta.

—Todavía nada. Tengo que pensármelo. ¿Tú qué opinas? —Le agradó saberse parte de la decisión, que contara con ella, pero no quería que se convirtiera en algo que a posteriori le echara en cara.

—Creo que sabes perfectamente lo que pienso. Pero es tú decisión, no puedo entrometerme en ella. Decidas lo que decidas, lo aceptaré y te apoyaré. —Durante el tiempo que aguante, pensó, aunque no lo dijo.

El teléfono de Harry sonó interrumpiendo el diálogo. Al ver que el número aparecía como oculto, supo quién lo llamaba. Lo estaba esperando.

—Perdona, cariño, tengo que cogerlo. —Phoebe asintió mientras observaba cómo desaparecía de la habitación buscando un espacio más privado, donde nadie pudiera escucharle, incluida ella.

—Dime, Loop, ¿qué has encontrado? —El hacker no lo llamaría si no tuviera noticias.

—Hola, Harry. Me alegra saber que no has dudado de mí, que sabías que encontraría algo.

—Sabes que nunca lo hago. Confío en ti.

—Así me gusta. Y, como siempre, no te voy a defraudar. —La petulancia del pirata informático a veces le sacaba de sus casillas, sobre todo cuando estaba desesperado por saber, pero tenía razón, era el mejor con el que había trabajado, y por ese insignificante defecto no iba a dejar de hacerlo.

—Al grano, Loop —le conminó.

—Siempre con prisas, McKenzie. —Se escuchó cómo suspiraba, aparentando impotencia por el trato que le dispensaba el agente—. Como suponías toda la vida pública de Katherine Jones es ficticia. Me ha costado destapar todo lo que se ocultaba tras esa cortina de humo, pero lo he conseguido. Te cuento: su verdadero nombre es Katherine Walton. Nació en 1977 en Seattle. A los cinco años, yendo con sus padres en el coche, sufrió un accidente de tráfico en el que murieron

ambos progenitores. Al no tener más familia fue internada en un orfanato, Childhaven, lugar en el que se crio. Nadie la adoptó. Se pasó toda su juventud de casa de acogida en casa de acogida hasta que cumplió la mayoría de edad, momento en el que se larga y desaparece. Ahí le he perdido la pista.

—Muchas gracias, Loop. ¿Puedes seguir buscando? —pidió.

—Claro, no pensaba abandonar. Creí que te gustaría saber lo que había descubierto hasta ahora, ya tienes por dónde comenzar su búsqueda.

—Por Childhaven —dijo apenas en un susurro.

—Exacto —convino el hacker, imaginándose que Harry consideraría ir a investigar al orfanato en el que creció—. Te acabo de enviar la dirección.

—Perfecto. —Colgó y regresó a la habitación donde Phoebe continuaba leyendo la novela—. Parece que la estás terminando. Voy a tener que comprarte otra —le sonrió. Sabía lo mucho que le gustaba leer, devoraba casi todo lo que caía entre sus manos.

—Sí, sería genial que me trajeras otro libro. —Ella le agradecía toda la atención que le dispensaba, era consciente de que estaba trabajando a más del cien por cien en esta investigación y era porque temía por su vida. Pero también pensaba que se mostraba tan atento porque se sentía culpable por lo ocurrido. De todas formas, ella no iba a rechazar sus cuidados, le gustaba cómo le hacía sentir—. ¿Era importante? —le preguntó con curiosidad.

—No mucho, pero tengo una pista que he de seguir. Me voy a Seattle. Espero que sea un viaje corto, pasaré allí una noche. Pasado mañana prometo estar aquí para cenar contigo. —Harry había notado la cara de decepción de Phoebe por su marcha.

Seattle

Como era habitual en esta ciudad, cuando Harry salió del aeropuerto estaba lloviznando. Alquiló un coche a nombre de una de sus múltiples identidades, una que no fuera reconocida por Kate, no quería dejar ningún indicio que la llevara a saber de su visita a Seattle, y se dirigió directo al orfanato. Deseaba desentrañar qué había sido de aquella niña huérfana que se había convertido en su compañera y de la que sospechaba se había transformado en una fría asesina a sueldo.

En veinte minutos se encontraba en el interior del recinto esperando ser atendido, mientras la joven que se ocupaba de la recepción hablaba por teléfono encargándose amablemente de responder las preguntas de su interlocutor. Cuando por fin colgó, miró a Harry mostrando una gran sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó sin borrar el gesto alegre de su cara.

Harry se sorprendió por su cambio de humor, le había dado la impresión de estar hastiada y aburrida mientras conversaba y, sin embargo, ya no quedaba nada de esa estampa.

—Me gustaría hablar con el director del centro —explicó Harry.

—Directora —le corrigió de forma mecánica la recepcionista.

—¡Oh, discúlpeme!

—¿Tiene cita para ver a la Directora Lawrence? —interrogó de forma educada a la par que miraba la agenda de la interpelada comprobando si esperaba a alguien, ella no recordaba que hoy tuviera visita alguna.

—No, lo siento. Es un asunto oficial. —Harry conocía las reacciones habituales de la gente al soltar esa frase, en muchas ocasiones, ni siquiera solicitaban más información, sobre todo cuando ellos no eran el motivo de su búsqueda.

—¿Un asunto oficial? —la joven comenzó a ponerse nerviosa al escuchar esas palabras, tal y como había previsto el agente, de todas formas contaba con un protocolo a seguir. Cuando estaba a punto de pedirle algún tipo de identificación, apareció la directora.

—Mary, ¿algún problema? —preguntó al ver a la chica tan pálida.

—No, señora. Este hombre quería hablar con usted. Es el señor… —se dio cuenta de que no le había pedido ningún dato, se había bloqueado, aunque tampoco había tenido tiempo al ser interrumpida por su jefa.

—Detective Jenkins, del Departamento de Policía de Seattle —mintió mientras le mostraba una placa falsa, que utilizaba para este tipo de intervenciones, en un intento fallido de que ella no advirtiera el engaño. A pesar de ello, la mujer sintió curiosidad por la presencia de ese desconocido, deseaba saber qué quería o qué buscaba—. Buenas tardes, señorita Lawrence, me gustaría hacerle unas preguntas.

—Buenas tardes, detective…

—Jenkins —repitió Harry.

—¿Unas preguntas sobre qué? —le siguió el juego esperando saber de qué iba todo esto.

—Estamos investigando a una mujer que se crio en este lugar. —La directora comprendió.

La joven, que seguía sentada tras el mostrador, se relajó, no era el primer policía que se acercaba al centro para preguntar por alguno de los chiquillos que habían crecido allí, muchos de ellos no acababan de la mejor forma posible, terminaban convirtiéndose es unos criminales. La falta de afecto a tan temprana edad ocasionaba mucho daño, aunque ellos hacían todo lo posible para suplirlo, nunca era suficiente.

—Por favor, acompáñeme a mi despacho, hablaremos mejor allí, en privado

—le dijo mientras con la mano le indicaba que la siguiera.

Harry se encaminó tras ella observando sus gráciles movimientos. Aunque tenía pinta de ser una solterona a la que le esperaban varios gatos en casa, parecía que le habían metido un palo por el culo, era una mujer atractiva. Vestía un traje chaqueta con la falda justo por encima de las rodillas, el pelo recogido muy tirante y unas modernas gafas de pasta. Era algo más joven que él, luego era imposible que trabajara allí en el momento en el que Kate había sido acogida, así que no podría recordarla, tendría que utilizar sus archivos y se figuraba que no lo haría, esa información era confidencial. Para que le comunicara lo que estaba buscando, necesitaría solicitar una petición

a través del juzgado, le exigiría una orden judicial de la que no disponía, ni dispondría. Él había esperado encontrarse a una anciana

con facilidad de palabra que le contara unas cuantas cosas de aquella niña, recuerdos nostálgicos, pero, por el contrario, la persona que tenía delante era una mujer altiva y arrogante. De todas formas, ya estaba allí y no perdía nada por intentarlo, tal vez consiguiera algún detalle que pudiera resultar relevante.

Atravesaron la puerta adentrándose en una habitación compuesta por varias librerías, un escritorio y un par de sillas situadas enfrente de la butaca principal.

Ella tomó asiento y le ofreció acomodarse al otro lado de la mesa. Harry se fijó en que no había ni un solo objeto personal a la vista.

—Y bien, ¿a qué se debe su visita? —fue directa al grano, estaba acostumbrada a no malgastar el tiempo con nimiedades.

—Me gustaría que me hablara de Katherine Walton. Por lo visto se crio en este orfanato. —Harry intentó averiguar, observándola, si el nombre que acababa de pronunciar le decía algo, pero la directora no hizo ademán alguno.

—Aquí han crecido muchas niñas. ¿Por qué quiere saber de Katherine —hizo un paréntesis intentando recordar el nombre que le acababa de revelar—…

Walton?

—Se la busca por asesinato. —Ese tipo de detalles siempre asustaba o ponía en guardia a los interrogados, pero ella ni se inmutó.

—¿Y cree que aquí la va a encontrar? —enarcó las cejas extrañada.

—No, pero estoy interesado en conocer sus orígenes, quizás de esta forma pueda dar con ella. —La actuación tan indiferente de la mujer tenía asombrado a Harry. Eso le dio que pensar, tal vez supiera más de lo que aparentaba. Decidió seguir tanteándola.

—Como sabrá no podemos mostrar información de los chicos sin una orden, y creo que usted no viene con una, ¿me equivoco? —pronosticó sabiendo que acertaría.

—No, tiene razón. Pero sabe que eso llevará tiempo, tiempo que no tenemos.

—Harry comprendió que no iba a sacar nada de esa mujer, cada vez estaba más convencido de que ocultaba algo, pero no podía saber el qué.

—Hagamos una cosa. Usted regresa con una orden y yo le muestro el archivo de…

—Katherine Walton.

—Eso, de Katherine Walton. —La directora se levantó de su asiento invitándole a salir del despacho. Harry supo que no tenía más que hacer allí.

—De acuerdo. —Harry hizo lo propio y salió de la sala bajo la atenta mirada de Carrie Lawrence.

Cualquiera hubiera pensado que esa visita le había hecho perder el tiempo, pero para Harry había resultado esclarecedora. Esa mujer escondía algo y él iba a averiguar el qué. Era obvio que sabía más de lo que decía y se preguntaba qué relación podría tener ella con Kate.

La directora del centro se levantó y se asomó a la ventana a la espera de que ese detective saliera del edificio. Pocos minutos después lo vio cruzar la valla principal, siguió vigilante sus movimientos hasta que dobló la esquina, entonces lo perdió de vista.

Se giró sobre sí misma y se volvió a acomodar en su asiento, cogió el teléfono que descansaba sobre la mesa y marcó un número, no tuvo que mirarlo en la agenda ni en ningún otro lugar, se lo sabía de memoria. Como era su costumbre, lo había memorizado.

Mientras oía de fondo los tonos de llamada, abrió el cajón de su derecha, allí, sobre algunas carpetas, descansaba una vieja fotografía de su infancia. En cuanto escuchó que se conectaban al otro lado, cerró el cajón.

—Te están buscando —fue lo único que dijo antes de colgar.

Tras salir de la improductiva reunión con la directora Lawrence en el orfanato, Harry se había acomodado en una cafetería cercana. Había salido del centro y se había dirigido a un bar a la vuelta de la esquina. No sabía si era observado, pero estaba acostumbrado a que toda prevención fuera escasa, por lo que iba con pies de plomo. De espaldas al ventanal del local, pero con la vista puesta en el gran espejo que había detrás de la barra, observaba cómo los funcionarios abandonaban el edificio para irse a sus casas después de una larga jornada laboral. Salían a toda velocidad, aparentaban tener ganas de llegar a su hogar, o simplemente, de alejarse de un lugar donde el día a día les resultaba abrumador. Nadie concebía que la vida de esos jóvenes ya les hubiera causado fuertes traumas, aún no tenían edad para acarrear con tantas injusticias durante sus cortas existencias.

El día había dado paso a una noche cerrada. La camarera lo observaba con curiosidad, llevaba horas allí sentado y lo único que había consumido era unos cuantos cafés. Solo esperaba que la propina fuera lucrativa, pero algo le decía que no iba a llevarse gran cosa, el hombre parecía que estaba allí pasando el rato, como si nadie lo esperara en casa, cosa que la joven camarera no entendía, porque aunque por edad podía ser su padre, tenía que reconocer que era un hombre apuesto.

Harry no quitaba ojo a la puerta principal del internado a la espera de poder comenzar con su plan. La directora todavía no había salido de allí, pensó que sería una mujer dedicada en cuerpo y alma a su trabajo, así que no le extrañó y siguió esperando mientras tomaba su enésimo café.

Cuando por fin la vio dirigirse al parking exterior donde subió a su pequeño utilitario, supo que llegaba su momento. De todas formas, se mantuvo en la misma posición media hora más, no quería tropezarse con ella por el simple hecho de que hubiera dejado olvidado algún objeto en el despacho. Tras convencerse de que la mujer no regresaría, pagó la cuenta y se encaminó con aire despistado hacia el orfanato. Cualquier peatón que se hubiera cruzado con él no hubiera reparado en su presencia, era un siatelita más.

Sabía que el lugar no estaría vacío, los niños se hallarían cenando o relajados viendo la televisión antes de irse a la cama, y los cuidadores y bedeles estarían por

los pasillos y las salas. Sin embargo, eso no lo detuvo, solo tendría que prestar atención e ir con cuidado de no encontrarse con nadie. Algo de lo que a esas alturas era muy capaz, por peores situaciones había pasado.

Entró por una puerta lateral, la misma que utilizaba el personal para salir a fumar. Ya se había fijado que la dejaban abierta por el continuo trote que le daban, por ello no fue necesario el uso del juego de ganzúas que llevaba siempre encima.

Ese cierre no le hubiera supuesto ningún esfuerzo, pero mejor si ni siquiera tenía que molestarse en entretenerse con él.

Caminó por los pasillos siguiendo su brújula interna, confiando en su orientación. Le hubiera gustado ir por el mismo camino por el que lo había guiado ella unas horas antes, pero no fue posible, por allí rondaban chavales y trabajadores, por lo que tuvo que ir por las escaleras y continuar por corredores que desconocía.

En una oportunidad, escuchó varias voces que se aproximaban a él, lo que provocó que abriera la puerta que más a mano tenía, encerrándose en un cuarto de escobas y deseando que las voces no provinieran de los auxiliares de limpieza. De hecho, muchos chicos debían utilizar ese pequeño cubículo como escondite, porque había cierto olor a tabaco, lo más seguro es que se ocultaran allí a fumar cigarrillos. Esperaba que ese no fuera el rato en el que realizaban sus fechorías, no quería cruzarse con ninguno. En el mejor de los casos lo ignorarían, pero en el peor saldrían corriendo avisando de la presencia de un desconocido. Sonrió al darse cuenta de que todos hacían las mismas travesuras sin importar los años transcurridos. Cuando él empezó a explorar el mundo del tabaco por el mero hecho de que sus compañeros se habían iniciado en el vicio, consumían en el sótano del instituto, donde, por cierto, más de una vez los habían pillado in fraganti.

Salió del armario al oír cómo las voces se alejaban de su posición y continuó por el corredor. Si no se había despistado durante el trayecto, las escaleras a mano derecha lo llevarían directo al lugar donde la directora se pasaba el día organizando el orfanato.

Siguiendo su instinto llegó a su destino sin ningún problema. El despacho estaba cerrado con llave, algo que no le supuso inconveniente alguno, puesto que en cuestión de segundos atravesaba la puerta y la cerraba tras de sí, dispuesto a encontrar lo que había ido a buscar y que con tanta elegancia la directora no le había

proporcionado. Entendía su posición, era lo marcado por la ley, y más cuando se trataba de menores, pero necesitaba saber de Kate si quería localizarla y

que ni su vida ni la de sus allegados se viera comprometida.

Encendió el portátil que reposaba sobre la mesa. Cuando este le mostró una pantalla en la que se advertía de que para acceder a él necesitaría usuario y contraseña, enganchó al USB su pendrive y esperó a que el algoritmo hiciera su magia. El usuario aparecía en pantalla, pero tenía que descifrar la contraseña que le daría acceso a la información contenida en su interior. Se cruzó de brazos, sentado en la butaca que había ocupado la señorita Lawrence durante su conversación, y contempló durante unos segundos la pantalla. El programa trabajaba evaluando las diferentes posibilidades. Decidió entonces, mientras esperaba, cotillear un poco la habitación, sentía curiosidad por esa mujer, tenía el presentimiento de que no era trigo limpio. Y, por experiencia, sabía que sus corazonadas solían ser acertadas.

En las estanterías, aparte de libros y algún que otro objeto decorativo, souvenirs, parecía que a la mujer le gustaba viajar o tal vez eran meros regalos, no había nada de utilidad. Echó un vistazo a los volúmenes, que colocados sin orden ni concierto, dando a entender que no habían sido tocados durante años, tampoco le resultaron de ayuda para adentrarse en su personalidad.

Al no haber más en la habitación, se volvió a sentar, parecía ser tan aburrida como aparentaba. Se fijó en que encima de la mesa no había tampoco nada extraordinario, nada que le diera una pista de cómo era esa mujer que se pasaba allí metida hora tras hora. Solo unos cuantos bolígrafos dentro de un cubilete, un calendario de mesa, un teléfono fijo y el propio portátil. Esa falta de elementos personales lo intrigó. Resultaba chocante la carencia de fotografías familiares en un lugar en el que se pasaba tantas horas al día; la mayoría de personas exhibía imágenes de la familia o de sus mascotas. Así que pensó en seguir su revisión husmeando en los cajones del escritorio, en los que no encontró nada más que papeles sin interés. Cuando fue a abrir el último, el que se situaba a su derecha, halló una fotografía de dos niñas que le inspiró curiosidad. Observó la imagen con atención, era el único objeto familiar con el que se había tropezado en la sala. Una de las niñas tendría unos tres años y la otra unos seis, no supo qué pensar, no estaba seguro de si eran sus hijas, niñas del internado o ella de pequeña. Con su móvil hizo una fotografía por si pudiera aportarle algún dato digno de mención.

En ese preciso instante, la pantalla del ordenador le anunció que el acceso había sido concedido. Navegó por las carpetas contenidas en el disco duro, pero allí no había ningún archivo referente a los niños del centro. Tampoco había encontrado ningún archivador con esa información durante su fisgoneo. Se concentró en el escritorio donde los escasos iconos mostraban las aplicaciones que debía de utilizar a menudo. Pinchó en uno de ellos, la única figura de la que no conocía a qué

software podía pertenecer y, como esperaba, se abrió un programa en el que la pantalla inicial era una fotografía del orfanato, supuso que ese era el lugar donde hallaría lo que andaba buscando.

Repitió el mismo proceso que acababa de realizar, puso a trabajar el algoritmo que había insertado en el portátil y esperó a que este encontrara la clave. En esta ocasión tardó unos segundos, fue casi instantáneo, o era una contraseña muy sencilla, de esas que la gente se habitúa a utilizar pensando que nadie va a intentar acceder a su privacidad, o ingenuamente era la misma contraseña que la del equipo, la cual ya había sido descubierta por el programa.

La página principal mostraba un filtro de búsqueda, por lo que tecleó el nombre que suscitaba su interés, Katherine Walton. De inmediato apareció un informe completo de la niña durante su estancia en el orfanato. Como Loop le había informado, había sido ingresada con cinco años tras un accidente de tráfico mortal en el que sus padres habían perdido la vida. Lo que le sorprendió del dossier que estaba revisando fue que esa niña no viajaba sola con sus padres, en el coche también iba su hermana pequeña.

El desconcierto de Harry fue mayúsculo, si ya se había quedado atónito al averiguar que Kate había crecido en un centro de esas características, el enterarse de que tenía una hermana lo dejaba estupefacto. Nunca se había imaginado lo poco que conocía a esa persona que había significado tanto en su vida, jamás le había mencionado una hermana. Desde Langley siempre habían puesto especial atención en el tema de inventarse una vida, un pasado, pero desde luego su compañera había actuado de matrícula. Él pensaba que habían compartido bastantes momentos de sinceridad, momentos de complicidad, pero era evidente que ella le había dejado entrar en su vida hasta un límite determinado, el que ella misma se había impuesto o le había impuesto.

Grabó el archivo en el dispositivo, dispuesto a analizarlo cuando estuviera en un lugar seguro, en el hotel. En ese vetusto despacho

podría ser descubierto, no era el sitio más adecuado para empezar a conocer a su antigua compañera.

Aunque solo había venido a buscar información de Kate, no se olvidó de su hermana, podía conducirle a alguna pista para localizarla. Quizás ya no mantenían relación alguna y por eso él desconocía su existencia, pero si no era así, sería un interesante rastro por el que continuar, quizás lo guiara a ella.

Buscó el nombre que aparecía en el informe, Leslie C. Walton, y apareció un documento con datos de la otra niña. Comenzó con la grabación, ya los revisaría

ambos esa noche, cuando saliera de ese centro que empezaba a ponerle los pelos de punta.

Pedro aborrecía su trabajo, no llevaba más que un año en el orfanato, pero ya estaba desesperado porque su empresa lo trasladara como había pedido varias veces en los últimos tiempos.

Se encargaba de la seguridad del centro, sin embargo no imponía a esos mocosos que aprovechaban cualquier momento para hacerle una travesura. Los niños pequeños todavía tenían cierta gracia, pero los adolescentes eran lo peor, se divertían provocándolo, les divertía ver cómo se alteraba. Al principio le habían dado pena, sus vidas habían sido desde la niñez una pesadilla, por ello, intentó relacionarse con ellos y ser su colega, un hermano mayor, pero a ellos eso no les interesaba, formaban su propia hermandad donde nadie era bienvenido, unidos en sus fechorías, y a él se la tenían jurada, lo consideraban inferior por sus orígenes hispanos. Estaba hasta las pelotas de ellos. No le extrañaba que no hubieran sido adoptados en los años que llevaban allí ingresados ni que no encontraran casa de acogida, eran unos diablos que no tenían donde caerse muertos. Se imaginaba que la mayoría acabaría en prisión o tal vez algo peor.

Rezaba porque llegara el día que lo llamaran para volver a trabajar en un Walmart. Eso sí que era vida. Las noches eran muy tranquilas, todo en silencio, instantes que él aprovechaba para jugar a algún juego en el móvil o incluso leer alguna novela policíaca, de esas que tanto le gustaban. Durante el día era peor, el público no era agradecido, pero nada comparado a lo que vivía ahora. Además, el poder llevarse los productos del supermercado con un descuento por formar parte del personal recompensaba esos pequeños contratiempos. En el orfelinato

no le daban ni la hora. Y esa mosquita muerta que lo miraba por encima del hombro, la directora Lawrence, era la peor. Aparentaba ser todo cordialidad, pero él sabía que ocultaba algo. Esa mirada fría que a veces le mostraba, le decía que era de otro calado, no entendía cómo había llegado a ocupar ese puesto cuando se veía a la legua que no era la más adecuada. Ella permitía que los muchachos se extralimitaran con él sin decir ni pío. Borró esos oscuros pensamientos de su mente, le tocaba hacer una de sus múltiples rondas nocturnas. Tenía que estar atento para poder escabullirse de los chavales, no tenía ninguna intención de toparse con ellos. Le arruinarían la noche si eso sucedía y no estaba por la labor.

Comenzó a recorrer el edificio, intentaría hacerse el remolón por las áreas en las que sabía que ahora estarían los chicos, a ver si tenía suerte y no se encontraba con

ninguno de ellos. Luego, cuando se fueran a dormir, ya se encargaría de revisar esas zonas. De todas formas, si alguno causara algún problema, se ocuparía de hacérselo saber a los cuidadores, estos sí se molestaban en echarle un mano cuando alguno se desmandaba.

Estaba subiendo las escaleras que lo llevarían al despacho de la directora, esa estirada que se creía superior al resto de los mortales, sobre todo a él. Lo sacaba de sus casillas. Siempre que la veía pensaba que lo que le hacía falta era echar un buen polvo, era una amargada. Más de una vez había hecho bromas con sus compañeros sobre eso mismo, todos pensaban igual que él. Se acercó a la puerta y como de costumbre comprobó que estuviera cerrada, sin embargo, en esta ocasión el pomo cedió y la puerta se abrió. Le resultó inusual, nunca se dejaba la puerta abierta, era cuidadosa y no se olvidaba de cerrar. A veces se le pasaba por la cabeza la idea de que escondía algo ahí dentro, sonrió solo de imaginar lo que podría ocultar. Se asomó al interior sin ver nada fuera de lugar, sacó la linterna y con el haz de luz fue de un lado a otro de la estancia haciendo la correspondiente comprobación. Se encogió de hombros y cerró la puerta, no quería hacer nada que enfadara a esa mujer y si se enteraba de que había puesto un pie en su despacho se le caería el pelo, así que buscó la llave en el llavero que colgaba de su cinturón y cerró.

Siguió con su ronda sin dar más importancia a este hecho, cualquiera podía despistarse. Unos segundos después ya se había olvidado de ese incidente. Solo tenía cavilaciones para esos niños desalmados que hacían que se planteara abandonar su trabajo todos los días.

Al escuchar las fuertes pisadas del guardia, Harry bajó la tapa del portátil y se escondió bajo la mesa, preparado para noquearlo en caso de ser necesario. No podían encontrarlo allí, no tenía ninguna explicación para su intrusión. Pero no hizo falta, aunque el hombre asomó la cabeza para cerciorarse de que todo estaba en orden, no mostró ningún interés en hacer una búsqueda exhaustiva en la habitación. Así que no se percató de su presencia ni de que el portátil estaba encendido y tenía enganchado un pendrive que almacenaba información a la que legalmente no tenía ningún derecho a acceder.

En cuanto el vigilante lo dejó encerrado en el cuarto, siguió con sus quehaceres.

Abrió el portátil confirmando que la descarga había sido completada, entonces lo apagó y salió de allí tal y como había entrado, como una sombra, ya tenía lo que había ido a buscar. No tenía tiempo que perder, cada minuto que pasaba era una posibilidad de que alguien lo descubriera invadiendo la privacidad del centro.

Entreabrió la puerta, que desde dentro no quedaba cerrada, y se marchó, aunque antes se ocupó de colocar todo como se lo había encontrado, no tenía intención de dejar un rastro que indicara que un desconocido había estado allí husmeando.

Dirigió sus pasos por el mismo camino que lo había llevado hasta el despacho y, como antes, no se cruzó con nadie, ni siquiera con el guarda que andaba inspeccionando el edificio. Prestó especial atención para aprovechar los puntos muertos de las cámaras colocadas en algunas esquinas de los pasillos, sin estar completamente seguro de que estuvieran o no funcionando, pero alerta por si había otro vigilante observando los monitores que mostraban lo que sucedía en el complejo, no era el momento de darse a conocer. Lo más práctico era no arriesgarse, ser cuidadoso para no ser grabado.

Cuando salió de allí, anduvo unas cuantas manzanas hasta el lugar donde había dejado aparcado el coche alquilado, un buen lugar para no asociar ese vehículo con la persona que había visitado el orfelinato, lo suficientemente alejado para que nadie pudiera asegurar que venía de allí. Cualquier persona que lo hubiera visto podría convertirse en un futuro testigo.

Un rato más tarde se encontraba en la recepción de su hotel esperando a que le entregaran la llave de su habitación. Aunque sentía que su curiosidad le invadía por dentro, nadie a su alrededor hubiera pensado que la excitación por desvelar lo que había sustraído le carcomía. Su

semblante se mostraba relajado y satisfecho, como cualquier otro hombre de negocios que se alojaba ahí.

Sin mostrar ningún tipo de apremio, en cuanto recibió la tarjeta magnética se dirigió al ascensor donde varias personas esperaban a que el aparato los trasladara a la planta correspondiente. Él saludó de forma educada y continuó inmerso en sus divagaciones. Poco después se hallaba en la soledad de su dormitorio.

Aunque estaba deseoso de analizar los ficheros recopilados, antes prefirió darse una ducha que lo relajara y lo espabilara. Necesitaba estar centrado en los documentos que iba a estudiar, cualquier pequeño detalle que pasara por alto podía ser de suma importancia para localizar a Kate.

Tras salir del baño, encendió el portátil y enganchó el pendrive con la esperanza de descubrir algo que le llevase a su antigua compañera. Sabía que esta era la mejor pista que había encontrado en el último año. Era optimista, estaba seguro de que hallaría algún dato relevante en su investigación. Por David, por Phoebe, por sí mismo.

En cuanto abrió el archivo de Katherine Walton leyó fascinado todo su contenido. Sobre el accidente en el que murieron sus padres no había mucho más que lo que ya sabía. Su hermana Leslie también viajaba con ellos. Las únicas supervivientes resultaron ser las dos pequeñas.

Tras llegar al orfanato fueron adoptadas por una familia que después de unos meses retornaron a la hermana mayor al centro. Según el informe, los padres adoptivos no podían permitirse la manutención de las dos chiquillas. Luego leería el archivo de Leslie Walton para ver si ella se había quedado con esa familia o le había sucedido lo mismo que a su hermana. Continuó con el dossier de Kate, cada línea que leía de él lo desconcertaba. Creía que había conocido a esa mujer y sin embargo esto demostraba que no tenía ni idea de lo que había vivido ni tenido que soportar. Poco a poco se le creaba en la imaginación un perfil muy distinto de su excolega.

Lo siguiente que pudo leer en el documento fueron algunas notas de lo que opinaban los docentes y los médicos que la trataron durante su estancia en el orfanato. Según los especialistas, la niña sentía conmoción y confusión al haber perdido a las personas más importantes de su corta vida. Ira por haber sido abandonada, lo que ponía de manifiesto en juegos que terminaban de forma violenta, pesadillas y enfado que exhibía hacia otros niños del centro. Exigía mayor atención a la que correspondía a una niña de su edad, se

mostraba como un bebé, sentía miedo a la oscuridad, etcétera, había regresado a una etapa anterior del desarrollo emocional. Además, y como resultaba lógico, experimentaba tristeza por la pérdida de sus progenitores y lo demostraba con diferentes conductas: dormía poco, tenía miedo de estar sola, comportamiento que se había acentuado al ser su hermana adoptada y ella no, y presentaba falta de interés por cosas que antes le llamaban la atención. En la época previa al accidente había manifestado disposición por pintar y dibujar, pero tras ser internada había ignorado todo intento por parte de los funcionarios para que volviera a retomar su afición. Y el punto más importante y que más le afectaba era la sensación de culpabilidad que sufría al creer haber sido la causante de la muerte de sus padres.

Harry, al analizar todas esas cuestiones, se imaginó el sufrimiento que tuvo que padecer una niña tan pequeña; perder a sus padres y ser separada de su hermana, debió resultar un fuerte golpe a su autoestima. Perdió a toda su familia en un corto lapso de tiempo.

Continuó repasando el informe, pero la cosa no mejoró, de hecho, fue a peor. Se convirtió en una muchacha agresiva y, cuanto más tiempo pasaba, su actitud empeoraba. Estuvo en diferentes casas de acogida, pero en todas ellas duró muy

poco tiempo por esta facilidad a la agresión que había empezado a formar parte de su proceder. Eso sin contar que en una de esas casas había sido forzada por el hermano del propietario quien durante esa época vivía con la familia. Cuando lo acusó, nadie le había creído, pero quedó demostrado tras una revisión médica realizada en el mismo orfanato donde la hallaron desgarros vaginales. Esa fue la última vez que fue amparada por una familia, el resto de intentos resultaron fallidos porque ella hacía todo lo posible para no ser elegida y, por un motivo u otro, siempre lo logró. Las familias no buscaban jóvenes problemáticas por lo que la evitaban en cuanto se daban cuenta de su forma de actuar. Al llegar a su mayoría de edad, desapareció del centro.

Lo que más le llamó la atención fue que aparte de la deplorable juventud que rodeó a Kate, con todo ello, sus notas se mantuvieron excelentes, según indicaba el dossier era la joven más inteligente que había pasado por el hospicio. Buscó a ver si le habían hecho algún test para calcular el cociente intelectual, tan populares en algunas instituciones, pero no halló ninguno. Conocía a Kate y sabía de su intelecto, lo que no comprendía es que con todas las observaciones negativas sobre su carácter pudiera seguir tan centrada en sus estudios sobresaliendo sobre el resto de sus compañeros.

Tras estudiar ese informe se dispuso a repasar el de la hermana. Este era mucho más breve, poniendo de manifiesto el poco tiempo que había estado ingresada. Se introdujo en sus páginas y, en efecto, aparte de mencionar el accidente, solo se decía que unos meses más tarde había sido adoptada por la misma familia que había adoptado en inicio a las dos hermanas, la familia Lawrence. La única diferencia es que con la pequeña se quedaron, cumplimentando la adopción. Como en el otro, había detalles de la personalidad de la cría, aunque muy escasos en comparación. Según se apuntaba en él, Leslie daba muestras de un amor incondicional hacia su hermana mayor, hacía todo lo que esta le solicitaba.

También encontró una tabla en la que se reflejaba el número de veces que había ido al orfelinato para visitar a Kate. Pudo comprobar que venía a verla casi todos los fines de semana y, los que faltó, debió de ser por pertenecer al periodo vacacional, ya que las fechas coincidían. No dejaba lugar a dudas de que no habían perdido el contacto, nunca la abandonó o, por lo menos, durante aquella época.

En la página final se quedó pasmado al ver su contenido. No se lo podía creer.

En ella se mostraba una fotocopia de una fotografía en la que aparecían las dos hermanas, supuso que poco después de ser internadas. Pero lo que le dejó perplejo no fue la imagen de las dos niñas, sino que esa imagen se correspondía con la que había encontrado en el despacho de la directora.

Entonces se dio cuenta de algo que hasta ese momento no había asociado. La directora del orfanato se llamaba Carrie Lawrence, a Leslie Walton la habían adoptado los Lawrence y, en el informe el nombre completo que había escrito era Leslie C. Walton. Estaba seguro que esa C. significaba Carrie.

Entró en el sistema y buscó ese apunte entre las múltiples bases de datos a las que tenía acceso. No le llevó ni un minuto confirmar que Leslie C. Walton era en realidad Leslie Carrie Walton. Luego no era extraño que tras ser adoptada se hubiera convertido en Carrie Lawrence. Un nuevo comienzo.

Harry se echó hacia atrás en la silla. Ese descubrimiento le resultaba muy atrayente. Si tal y como indicaban los informes, Leslie o Carrie adoraba a su hermana, estaba seguro de que seguirían manteniendo el contacto y de que la protegería hasta el final. Pero eso solo era una suposición, lo mejor que podía hacer era averiguarlo, porque si no

estaba equivocado, utilizaría a Carrie Lawrence para llegar hasta su hermana. Era la única pieza con la que contaba y no pensaba dejarla escapar. Tiraría de ese hilo a ver dónde lo llevaba.

Harry se sentía pletórico por el hallazgo, notaba cómo se acercaba a su presa.

Solo tenía que pensar cómo hacerlo sin saltarse en demasía la ley.

39

Seattle

Harry estaba esperando que Carrie Lawrence abandonara su apartamento para ir a la oficina. Estaba tomando un café en la cafetería de la esquina de 1st Avenida con Madison, justo frente a la alta torre de pisos en la que vivía la hermana de Kate. Obtener esa información le había resultado muy sencillo, hacía un par de años le habían puesto una multa de tráfico por dejar el coche mal estacionado en el centro de la ciudad y, por ello, la dirección constaba en el expediente policial. No se había encontrado con ningún impedimento para acceder a ella.

Se había hecho con un mono de trabajo en el hotel en el que estaba alojado y con una gorra de béisbol que le tapaba prácticamente la cara. Con esa vestimenta esperaba pasar por un técnico y entrar en el interior del edificio sin llamar la atención en exceso.

Mientras esperaba se dedicaba a pensar en el precio de los pisos de la torre en la que vivía la señorita Lawrence, asimilando lo costosos que debían de ser. Estaba situado en una buena zona, un lugar cercano a la Bahía de Elliot, además, parecían tener un tamaño considerable. Se preguntaba cómo se lo podría permitir una simple funcionaria.

Comprobó la hora, eran las ocho de la mañana pasadas, en Nueva York serían más de las once, así que se decidió a llamar a Loop. Sabía que se levantaba tarde, pero suponía que a esas horas ya estaría fuera de la cama.

—¿Diga? Harry, ¿eres tú? —preguntó el hacker con voz soñolienta. Parecía que no era lo suficientemente tarde para pillar al pirata informático despierto.

—Sí, Loop. Soy yo. Necesito que me hagas otro favor.

—Harry, la lista está empezando a ser muy larga —le expuso sonriendo, interesado en saber qué necesitaría ahora. Este hombre nunca le aburría, siempre le mantenía entretenido con sus pesquisas. Sabía que muchas de ellas él solito era capaz de realizarlas, pero también sabía que en multitud de ocasiones no tenía tiempo para llevarlas a cabo y por ello se apoyaba en él. Y desde luego no se iba a quejar, los trabajos eran bien pagados, asimismo, confiaba en la integridad del agente.

—Necesito que investigues las cuentas bancarias de Carrie Lawrence. Toma nota —Harry escuchó cómo al otro lado de la línea revolvían en un cajón, supuso que buscando un bolígrafo y un papel, entonces esperó hasta que se impuso de nuevo el silencio—, el nombre completo es Leslie Carrie Lawrence. Si no hay nada irregular, prueba cambiando el apellido de Lawrence por Walton. —Loop realizó la asociación de inmediato.

—¿Walton? ¿Como Katherine Walton?

—Eso es. He descubierto que Kate tiene una hermana. —Hizo una breve pausa, pensando mentalmente si le interesaba que indagara algo más—. También quiero que investigues a nombre de quién está la vivienda localizada en la siguiente dirección. Apunta —le indicó las señas del apartamento de la directora Lawrence.

Este dato no sería complicado de averiguar, pero ya puestos, que lo hiciera él, se dijo. Su avión salía en pocas horas, no podía permitirse desaprovechar el tiempo, y no quería perder el vuelo, echaba de menos a Phoebe, tenía muchas ganas de verla y pasar un rato en su compañía, charlando. La tarde anterior había podido hablar con ella solo unos segundos, tras la visita al centro y antes de colarse en el lugar, pero había sido muy apresurado, se habían visto interrumpidos por la enfermera que iba a realizarle a su mujer algunas comprobaciones rutinarias, por lo que tuvieron que concluir la comunicación, y desde entonces, Harry no había tenido oportunidad de volver a llamarla.

—Ok. Me pongo con ello. —Loop colgó para hacer la labor que le había encomendado el agente. Lo conocía, y entendía que todo lo que le acababa de pedir era para ayer.

Harry todavía tuvo que esperar unos minutos más hasta que vio asomar el coche de la directora por el garaje del bloque. Se detuvo unos instantes antes de coger la avenida, saludando a un hombre que paseaba un perro, debían de ser vecinos, pensó mientras observaba cómo charlaban. Por sus reacciones y gestos, daba la impresión de que el hombre sentía algún tipo de atracción romántica hacia ella, sin embargo ella era reacia a cualquier acercamiento. En cuanto terminó la rápida conversación, la mujer se incorporó al tráfico de la ciudad y continuó su camino. Tras media hora para asegurarse de que no regresaría, avanzó en dirección al portal.

Entró en el edificio a la par que uno de los inquilinos salía del inmueble. Al verlo, el portero se acercó a él, interesado en saber lo

que ese desconocido buscaba en sus dominios.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó de forma educada.

—Vengo al apartamento del señor Giles, ha llamado al servicio técnico: un problema con la televisión —mintió Harry esperando resultar convincente, puesto que en el mono que había conseguido no había logo alguno.

El hombre comprobó el listado de peticiones de los inquilinos, pero no distinguió ninguna que hiciera referencia al señor Giles, volvió a revisar las hojas por si se la había saltado sin darse cuenta.

—¡Qué raro! No me consta —confirmó finalmente.

—No sé qué decirle —contestó Harry sin inmutarse—. Pero me han dicho que es urgente que viniera. Ya sabe, esta noche hay partido, son los playoffs, no querrá perdérselo. —Harry sabía que con una frase así se convencía a todo el mundo. El deporte, y más cuando se jugaban los puestos finales, para mucha gente resultaba un tema de vida o muerte.

—Un momento. ¡Sam! —llamó a un compañero que llegaba en ese momento al vestíbulo desde uno de los ascensores—, ¿sabes si el señor Giles ha solicitado servicio técnico?

—No sé, si no está apuntado… —El hombre se lo pensó unos segundos— Pero creo que ha llamado hace un rato, lo que no sé es qué querría.

—Está bien. No hay problema —terminó diciéndole a Harry. Este se encaminó hacia los ascensores tras las oportunas indicaciones del portero de cómo llegar al apartamento del señor Giles.

En los buzones se había fijado en que en la planta en la que vivía la directora Lawrence había un tal Giles, así que se había arriesgado con él. El tiro le podía haber salido por la culata, pero había tenido suerte.

Cuando salió del ascensor, en vez de girar a la derecha como tendría que haber hecho si se dirigía al apartamento de los Giles, giró a la izquierda, en dirección al piso donde vivía la hermana de Kate, en la planta treinta del edificio.

Abrió la puerta sin encontrarse con ninguna complicación. En cuanto entró, se quedó obnubilado al contemplar las vistas de la bahía. A esa altura no había ningún edificio que las ocultara quedando visible la

espectacular imagen de postal.

Comenzó echando un vistazo por las diferentes estancias de la casa, quizás a simple vista hallara algo, aunque lo dudaba. Las habitaciones eran amplias,

decoradas con gusto, excesivamente pulcras y recogidas, se le pasó por la cabeza pensar que la señorita Lawrence era una maniática de la limpieza, ya que su despacho en el orfanato mostraba un estado similar. Como se había figurado, todo era demasiado exquisito para que pudiera permitírselo alguien con una posición como la de ella. Sospechaba que alguien estaba pagando tanta exuberancia, y a no ser que tuviera un amante al que le sobrara el dinero, lo más probable es que su hermana se encargara de cubrir las facturas. O eso es lo que se le había pasado a Harry por la cabeza. De todas formas, había un detalle que tampoco se le había pasado por alto, en la vivienda apenas había objetos personales, ni siquiera fotografías con sus seres queridos. Algo que si en su despacho ya le había resultado chocante, en su casa resultaba de lo más excepcional.

En el dormitorio se entretuvo revisando cajones y armarios. Muchas mujeres eran propensas a esconder objetos personales entre la ropa interior, pero allí no descubrió tampoco nada de provecho.

La siguiente sala que registró fue el despacho. En ese lugar esperaba localizar algo que le llevara a su siguiente paso en la investigación, algo por lo que continuar. Observó un portátil encima del escritorio y sin dilación se dirigió a él.

Esta vez no hubo clave que averiguar, el usuario estaba dado de alta por defecto y no se solicitaba password. No le pareció insólito, mucha gente en su casa no guardaba en sus equipos la misma seguridad que en el exterior, porque nadie entraba en ellos más que los familiares y, en este caso, Carrie vivía sola.

Lo primero que hizo fue abrir el navegador y analizar el historial de navegación, casi nadie se ocupaba de borrarlo, y era un gran espacio de información. Antes, si se querían conocer detalles jugosos de una persona se buscaba en la basura, ahora en los históricos de las aplicaciones. Sonrió por lo que avanzaba la vida, a pasos agigantados, la tecnología había eliminado la intimidad de las personas, y la mayoría todavía no se había percatado de ello. Los jóvenes, y los no tan jóvenes, mostraban su día a día en las redes, sin hacer la configuración oportuna de privacidad y enseñándoselo a cualquiera que pasara por allí.

Se volvió a centrar en el ordenador, en el día de ayer solo había visitado un par de páginas y ambas eran agencias online de viajes. Pulsó en la primera de ellas, aún aparecía la búsqueda que había realizado: vuelos de ida y vuelta a Nueva York para ese fin de semana en primera clase. Anotó el horario y continuó indagando.

En una carpeta llamada «fotografías», en la que había subcarpetas que indicaban el año en que habían sido tomadas, encontró imágenes personales de viajes, sobre todo, pero también algunas tomadas en Seattle, con Kate. En ellas

Harry fue capaz de reconocerla, no eran antiguas. Había varias de los últimos años, años en los que habían mantenido una relación y en ningún momento había sabido de la existencia de una hermana. Se daba cuenta de lo poco que la había conocido en realidad, la tenía en alta consideración en el terreno laboral, sin embargo era todavía mejor agente de lo que pensaba.

Después de analizar con cuidado el portátil, llegó a la conclusión de que allí no iba a encontrar más. Había intentado entrar en su banco, pero no había nada en el equipo que le dijera dónde guardaba sus ahorros. El historial había sido borrado hacía unos días, por lo que no pudo obtener muchos más detalles de los sitios web a los que había accedido.

Revisó las estanterías, buscando entre los libros, pero tras un rato, se dio por vencido.

Su siguiente parada fue el salón. Al lado del sillón, en una pequeña mesa, descansaba un teléfono fijo. Creía que ya nadie utilizaba esos aparatos, que con los móviles habían optado por eliminarlos de sus vidas. Se acercó con curiosidad al reparar en que también había una libreta de esas que se utilizan para anotar mensajes. Estaba abierta por una página en blanco, quedando constancia de que la hoja anterior había sido arrancada sin cuidado alguno, con prisa.

Como había visto mil veces en las películas y sabiendo que era un truco que funcionaba, cogió el lapicero colocado junto a la libreta y comenzó a pintar de forma que las letras empezaron a mostrarse con el último apunte tomado. Lo que allí apareció hizo sonreír a Harry.

—Te tengo —dijo mientras arrancaba la nota y se la guardaba en un bolsillo. Ya tenía una pista que seguir.

Salió por la puerta y abandonó el edificio sin mirar atrás. En su cabeza ya se iba componiendo un plan.

En su despacho, la directora Lawrence contemplaba el ordenador con interés, en la pantalla aparecían las diferentes habitaciones de su casa. En ese momento observaba cómo Harry revisaba con esmero su dormitorio. No se sintió especialmente incómoda al ver cómo rebuscaba entre sus cajones, invadiendo su intimidad, no le preocupó en absoluto, ella lo había hecho en multitud de ocasiones. De todos modos, sabía que no encontraría nada.

Tras verlo indagar en el portátil que había dejado preparado previendo esa visita indeseada, pero esperada, sonrió. Harry parecía estar contento por lo que había hallado en su interior, nada que ella no quisiera que descubriera. Notó cómo observaba sus estanterías llenas de libros y volúmenes científicos, además de algunas novelas, todos ellos los había comprado en una vieja librería al peso con el único propósito de rellenar el espacio vacío. Alguna vez hasta se entretenía leyendo uno de esos estropeados relatos, le resultaban muy divertidos, la vida real no se parecía en nada a la ficción, era peor, más dura y dolorosa. Advirtió cómo se detenía ante alguna de ellas, no podía saber si le habían llamado la atención por algo o simplemente sentía curiosidad. Pero por la cara que presentaba al salir de la sala, estaba claro que no había obtenido de ellas ninguna información destacada.

Le costó décimas de segundo descubrir la nota al lado del teléfono, quizás se lo tenía que haber puesto más difícil, pero no quería arriesgarse a que no la encontrara. Aunque su hermana siempre había hablado maravillas de Harry McKenzie, ella no lo conocía y no podía estar segura de sus capacidades. Además, estaba convencida de que hablaba tan bien de él porque estaba enamorada o, por lo menos, lo había estado en algún momento. Siempre lo había negado, pero ella era perro viejo, aun siendo más joven sabía lo que pasaba por la cabeza de Kate.

Sin embargo, cómo cambiaban las cosas, ahora lo que sentía por ese hombre era un odio irrefrenable que aumentaba con cada día que pasaba. Desconocía lo que había ocurrido entre ellos, su hermana era bastante reservada y más en temas amorosos, la consideraba inmadura por el mero hecho de ser la pequeña. Nunca se había dado cuenta de que en realidad ella era la que se había ocupado de ambas, la que las había mantenido unidas; sin su esfuerzo y constancia, Kate se habría convertido en un desecho humano.

Borró esos pensamientos de la cabeza y sonrió con satisfacción al ver a

Harry llevándose de su casa las dos informaciones que le había dejado adrede. Ni se olía que había sido ella la que había organizado todo ese numerito esperando llevarlo a donde quería. Él salía orgulloso por lo que había descubierto en su casa, sin saber que se lo había puesto en bandeja.

—El ego de los hombres —se dijo Carrie resoplando. A veces no eran capaces de ver lo que tenían delante de las narices, solo veían lo que querían ver.

Cogió el teléfono y marcó el número que se sabía de memoria, un tono después alguien recogía esa llamada.

—Todo está preparado. —Colgó. No tenía nada más que decir.

Había sido demasiado fácil, pensó, y soltó una sonora carcajada, envuelta por la emoción del momento.

40

Cuando Harry encendió su móvil nada más aterrizar en el aeropuerto JFK, le saltaron varias llamadas de un número oculto. Figurándose que provenían de Loop, en cuanto bajó del avión, aún antes de atravesar los controles, lo llamó, esperando que tuviera la información que le había solicitado.

—¿Tienes algo? —fue directo al grano, sin saludar, como era su costumbre.

—Harry, te voy a tener que enseñar modales. Buenas noches, se dice. —Cuando Loop oyó resoplar al agente, supo que era un caso perdido, no lograría hacerle cambiar—. Por supuesto que tengo algo, si no fuera así no me hubiera molestado en llamarte.

—Cuéntame —le apremió.

—La dirección que me diste es de un piso propiedad de Carrie Lawrence. No lo tiene alquilado ni está a nombre de otra persona, es por completo de ella. —Harry había pensado que sería de Kate, si ella era Fox, como él se temía, debía recibir grandes cantidades de dinero por los encargos realizados. Claro que también podía habérselo regalado, recapituló.

—Continúa, porque entiendo que no me llamas solo para esto.

—Claro que no —soltó una carcajada—, ¡cómo me conoces! He seguido las diferentes cuentas bancarias de la señorita Lawrence.

—¿De cuántas hablamos?

—Solo dos. La primera es en la que recibe los ingresos por su puesto de trabajo como directora del orfanato Childhaven. En ella hay movimientos de cantidades pequeñas como compras en el supermercado y artículos de primera necesidad. No hay ni veinte de los grandes.

—Háblame de la otra cuenta. Es evidente que con esos ahorros no puede permitirse el mantenimiento del piso en el que vive, ni vuelos en primera clase.

—Ahí le has dado. En efecto, en la otra cuenta hay una cantidad

mayor, más de medio millón de dólares. —Harry silbó sabiendo que había llegado a algo—. Pero

eso no es todo. Esa cuenta recibe un ingreso mensual de cincuenta mil dólares.

—¿Has localizado de dónde proviene ese ingreso?

—¿Por quién me tomas, Harry? He investigado esa cuenta y te he de reconocer que no ha sido fácil. Alguien ha querido ocultar el rastro, pero se han encontrado con la horma de su zapato. —Notó cómo el hacker presumía de su actuación, le gustaba enfrentarse a retos complicados y este parecía haberlo sido, aunque no tanto, porque había descubierto algo en pocas horas—. He seguido sus pasos y me ha llevado a las islas Caimán. Desde un banco local se hacen esas transferencias mensuales. La cuenta bancaria está a nombre de una empresa inexistente. Hasta aquí todo ha resultado sencillo, pero llegar a desvelar a los propietarios de esta compañía me ha costado bastante más. Y, sí, como te estás imaginando, está a nombre de Leslie y Katherine Walton.

Para Harry cada vez era más patente su teoría: Kate ingresaba el dinero recibido por sus encargos en un paraíso fiscal y le hacía a su hermana ingresos constantes para que viviese sin pasar penurias, con todas las comodidades. Además, era una forma de blanquear el dinero recibido de asuntos sucios, utilizando como intermediaria una empresa fantasma.

—Todo empieza a encajar —concluyó tras terminar de escuchar al pirata informático. Por fin todo adquiría sentido. Solo necesitaba poder demostrar la idea que en la cabeza se le iba concretando poco a poco.

Cogió un taxi y le dio al conductor la dirección del hospital. Antes de pasar por casa quería ir a ver a su mujer. La había echado mucho de menos estos dos días que había pasado sin ella. Empezaba a sentirse ridículo por esos sentimientos que no dejaban de crecer y fortalecerse, hacía tanto tiempo que no experimentaba algo así, tanto tiempo encontrándose solo. Ya no recordaba lo que significaba depender de alguien como él dependía de Phoebe, por un lado, estaba encantado, pero por otro lado, estaba aterrorizado.

A la mañana siguiente Harry se levantó temprano, quería llegar cuanto antes a la oficina para poner al tanto de todo lo destapado en

Seattle a sus compañeros.

Estaba seguro de que les iba a desconcertar, tanto como a él, el saber que Kate tenía una hermana y que se había criado en un orfanato donde había disfrutado de una aciaga estancia, una infancia que no había sido precisamente de cuento de hadas.

También estaba deseoso de informarles sobre la cuenta bancaria de la que disponía

en un paraíso fiscal, donde él estaba convencido de que guardaba el dinero que ganaba asesinando a los objetivos marcados por sus clientes.

Y aunque no llevaba prueba alguna de su hipótesis sobre que Kate y Fox fueran una única persona, confiaba en que sus compañeros lo apoyaran y lo creyeran. Con lo que había escarbado hasta ahora empezaba a contar con buenas bases con las que respaldar sus conjeturas.

En ningún momento se planteó lo que en realidad iba a ocurrir en la reunión, su teoría tenía los minutos contados, iba a ser tirada por tierra.

—Buenos días, Linda —le dijo a la secretaria de Goldberg.

—Buenos días, señor McKenzie —le respondió esta, mostrando su gran sonrisa.

Harry había intentado que le tuteara como hacía él con ella, pero nunca lo había conseguido, así que había dejado de pretenderlo hacía mucho tiempo.

Cuando entró en el despacho de Mark, solo estaba él, concentrado en el ordenador leyendo el correo electrónico pendiente. Únicamente le dio tiempo a saludarlo antes de que el resto del equipo atravesara la puerta.

—Ahora que estamos todos, comencemos —instó Goldberg, tenía muchas ganas de conocer lo que había averiguado Harry. La noche anterior habían hablado y, aunque no le había contado nada prefiriendo hacerlo en persona, sí que le había puesto los dientes largos. Debía traer noticias candentes y estaba ansioso por escucharlas.

Harry no se hizo de rogar, en cuanto todos estuvieron acomodados en

las sillas inició su exposición. Les detalló todo los hallazgos obtenidos durante los dos días que había pasado en Seattle, incluso les mostró las copias de los informes que había conseguido de forma ilegal del despacho de la directora Lawrence. Todos ellos estaban asombrados, tanto por las noticias que estaban recibiendo de primera mano de Harry como por lo productivo que había resultado su viaje. Sin embargo, cuando llegó la hora de transmitirles su planteamiento, Michael Donovan no pudo hacer otra cosa que disentir con él.

—Harry, lo siento, pero tengo que llevarte la contraria. Kate y Fox no pueden ser la misma persona. Es imposible. —Michael se mostró contundente con esa afirmación.

—¿A qué te refieres? ¿Qué has encontrado? —Harry lo miró con suspicacia.

Intuía que si lo decía tan confiado era por algún motivo, él también dispondría de

información con la que Harry no contaba. Aunque esperaba atento la justificación a esa aseveración, tenía que reconocer que se le había caído el alma a los pies, estaba prácticamente convencido de que estaba en lo cierto, de que se hallaba en el buen camino. No obstante, esto lo ponía en un brete.

—He estado estudiando las fechas en las que Fox actuó, teniendo en cuenta los informes de las diferentes agencias que van tras él —comenzó Donovan con la aclaración de su análisis—, y en algunas de esas fechas Kate estaba trabajando en operaciones internas. —Antes de que Harry preguntase, el joven se adelantó—. Te he enviado un informe detallado por email. De todas formas, aquí tengo una muestra.

Michael sacó de la carpeta que tenía delante un par de folios enganchados por una grapa y se los entregó. Harry observó el documento en el que había una tabla con un listado de fechas en las que se indicaba el lugar donde había actuado Fox y el lugar en el que se hallaba Kate trabajando para la Agencia. Comprobó que el analista había realizado un trabajo exhaustivo, las informaciones de los emplazamientos en ambos casos eran muy detalladas. Como siempre, había realizado un magnífico trabajo, aunque el mismo tirara sus suposiciones por tierra.

Aun cuando él no había participado en casi ninguna de esas operaciones, había algunas en las que recordaba haber sido su compañero, lo que implicaba que él mismo se había convertido en

coartada de su excompañera.

—Lo siento, Harry —se disculpó Michael al ver la decepción reflejada en el rostro de su amigo. Quería haberle visto antes de la reunión para ponerle al día, pero no había tenido oportunidad, y cuando había intentado contactar con él por teléfono, o estaba apagado, supuestamente porque estaba volando, o estaba comunicando; el caso es que le había sido imposible informarle. Sentía que lo había traicionado, hubiera preferido que ya contara con esa información para la reunión, y resultaba obvio que no había llegado a leer el correo electrónico que adjuntaba su dossier.

—No te preocupes —le dijo sin convicción. Acababan de despedazar toda su teoría y lo peor era que no tenía otra.

Mientras revisaba las operaciones del listado, una escena se le presentó en la mente, un suceso acaecido unos años antes. Y ese recuerdo con Kate, que le hizo volver al pasado, a una antigua conversación, le dio una idea. Quizás tampoco estaba tan errado como pensaban todos en esa sala. Solo tendría que concretar y demostrar su nueva suposición, y eso le parecía una tarea harto complicada.

41

Amán, 5 años antes

Acababan de finalizar una comida con Mohamed Al-Maani en la que habían tratado negocios muy ventajosos para ambas partes. Habían echado el anzuelo y el hombre parecía haber picado, el plan trazado comenzaba. Estaban pletóricos, llevaban en la capital jordana más de un mes intentado acercarse a él y, por un motivo o por otro, cuando parecía que iban a concretar una cita, el árabe se echaba atrás. Pero esta vez lo habían conseguido y ya habían agendado otra velada conjunta, a final de semana quedarían para cenar en su casa y precisar una fecha para la entrega. Les había resultado complicado acceder a él, pero la constancia estaba dando sus frutos.

En esta misión se estaban haciendo pasar por traficantes de armas y Mohamed les iba a comprar un importante cargamento de fusiles, lanzagranadas y demás armas y municiones necesarias para una guerra. Después de eso, solo tenían que seguir los movimientos del cargamento para averiguar dónde se escondía su pequeño ejército.

Para celebrarlo Kate había querido ir a visitar la ciudad. Con todo el tiempo que llevaban allí no habían podido disfrutar del lugar. Esa tarde habían estado en La Ciudadela. El Templo de Hércules les había dejado decepcionados al comprobar que solo se conservaban un par de columnas y algunos escasos restos por los alrededores. Tras visitar el Teatro Romano, en mucho mejor estado, se dirigieron al zoco, donde a Kate le divertía el regateo, una tradición para los comerciantes, quienes sonreían al principio pensando que se enfrentaban con una turista ingenua y que finalmente acababan enardecidos por su testarudez.

Harry no dejaba de observarla, siempre iba con una sonrisa por delante engatusando al vendedor que pensaba que al ser americana haría una venta fácil y muy ventajosa, sin embargo ella comenzaba su negociación y hasta que no llegaba a un precio reducido no dejaba de mercadear. Todos los tenderos acababan aceptando el importe que ella les marcaba, lo que sorprendía a Harry al comprender los márgenes que manejaban.

A él le resultaba entretenida esa facilidad en el regateo de su compañera.

Teniendo en cuenta que no era una práctica habitual en su país, no comprendía en dónde habría aprendido esas artimañas.

Tras cargarse de diferentes especias, pañuelos y baratijas varias, decidió que era suficiente para ese día.

—¿Nos vamos a cenar? —preguntó a un Harry que empezaba a estar desesperado y mareado por tanta tienda.

—Creí que nunca lo dirías. Estoy famélico —sonrió animado al ver cumplido su deseo de concluir las compras.

Se dirigieron a su hotel dando un paseo. Se alojaban en el Fairmont, resultaba un buen lugar puesto que estaba situado a un cuarto de hora de la embajada de Estados Unidos, donde se encontraba su enlace. Cuando podían, solían disfrutar de las exquisiteces que les ofrecía uno de sus restaurantes, el Nasim. Estaban embelesados con la comida que servía y con el trato del personal. Así que cuando el trabajo se lo permitía acababan deleitándose allí con sus suculentos platos típicos jordanos.

Tras ser acomodados y pedir la cena, se mantuvieron en silencio, allí no podían hablar de la operación en la que estaban inmersos, nunca se podía saber quién estaba escuchando. Tenían que ser precavidos, su

vida dependía de ello. Así que siguieron representando su papel, una pareja de socios de una importante empresa norteamericana. A nadie le hacía falta saber que esa supuesta empresa se dedicaba a la venta de armas a los terroristas del país.

Estaban compartiendo un plato de kofana, un postre de queso que resultaba delicioso al paladar de ambos, cuando a Kate le vibró el móvil que descansaba a un lado de la mesa. Ella lo miró con curiosidad, y tras ver que una luz parpadeaba informando de que le había llegado un mensaje, lo encendió y leyó lo que decía.

—Fox ha vuelto a actuar. En Ámsterdam —le anunció, resumiendo la nota recibida.

—¿Ámsterdam? —Harry sentía unas ganas irrefrenables de atrapar a ese asesino a sueldo. Desde que había oído hablar de él, cuando Sokolov quiso contratarlo para acabar con su vida y la de Kate, el atraparlo se había convertido en algo personal. Quería descubrirlo y acabar con él.

—Sí, por lo visto ha habido una conferencia en la ciudad en la que el tema principal era lograr erradicar la explotación infantil. Al salir del encuentro, un tirador ha disparado a uno de los asistentes. —Kate siguió leyendo—. El Presidente de la Conferencia ha sido asesinado —sentenció.

—¿Y por qué saben que ha sido Fox?

—Es su modus operandi. Es lo único que te puedo decir, no tengo más información.

—Sí, perdona. Es que no entiendo nada.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kate con interés.

—A que asesina cada dos por tres, de hecho, cada vez actúa más a menudo. Me parece increíble que nadie tenga ni una sospecha de quién puede ser. ¡Por Dios!, si ni siquiera se le conoce el sexo o el color de piel. Es un fantasma.

—Es bueno —dijo ella sin más—. Seguro que es una mujer, vosotros sois más torpes, os encontrarían antes —sonrió por la puntilla.

—Quizás tengas razón.

—De todas formas, la víctima se lo merecía. —Harry la miró sin

comprender—.

Me refiero a que es un cabrón misógino, además de un cabrón que posee una fábrica en la India en donde tiene a decenas de críos trabajando por una miseria. Y

ahora va proclamando por ahí las virtudes de la no explotación infantil. ¡Venga, ya!

—Ya veo que no te cae bien —dijo Harry al ver la explosión de aversión de su compañera por el hombre asesinado. Kate se dio cuenta de que se había alterado sin venir a cuento, un error, se dijo.

—Anda, vamos, haz que olvide este tema —sonrió provocadora.

Harry la cogió de la mano y la arrastró a su habitación. Ya no pensaba ni en Fox ni en la operación en la que se encontraban enfrascados, solo tenía ojos para ella y pensamientos lujuriosos y excitantes que iba a intentar saciar durante esa larga noche que tenían por delante.

42

Se ocultaban entre los árboles, atentos a los viandantes que se aproximaban, si bien, a esas horas solo observaron a un par de corredores bastante alejados de sus posiciones.

La hora se acercaba, estaban pendientes y expectantes a lo que sucedía a su alrededor. Por las mentes de todos ellos pasaban las mismas reflexiones. Si Harry había acertado, cosa que no dudaban, esa noche capturarían a Kate. Estaban ansiosos por echarle el guante, se sentían traicionados, habían confiado en ella, puesto su vida en sus manos y para ella no había significado nada. Había ayudado a escapar a Sokolov, había estado trabajando con él a sus espaldas y, eso que ellos supieran, a saber en cuántos complots más estaba involucrada.

Mientras los minutos pasaban, Harry rememoraba cómo habían llegado hasta allí, se decía que quizás había sido demasiado fácil. Cuando estuvo en casa de la directora Lawrence había encontrado una pista por la que continuar, al lado del teléfono había apuntada una dirección y una hora. Teniendo en cuenta que había descubierto las búsquedas de vuelos a Nueva York realizadas para ese fin de semana, había sido sencillo atar cabos. Tal vez demasiado sencillo. Por eso habían estudiado el lugar, analizado todos los puntos posibles de acercamiento, escape o ataque. Tenían en mente la posibilidad de que se tratara de una trampa, pero no podían dejar pasar esta oportunidad. Si Leslie Walton pensaba citarse con su hermana, ellos tenían que estar presentes.

En la nota quedaba detallado que el encuentro se realizaría a las doce de la noche del viernes en Central Park, junto a la estatua de Alicia en el País de las Maravillas. Emplazamiento que durante el día estaba repleto de turistas haciendo las oportunas fotografías para el recuerdo, imágenes que a posteriori quedarían olvidadas en un cajón, y niños escalando por cada una de las figuras, entusiasmados por sus complicadas maniobras, sin embargo en cuanto el sol desaparecía, la zona se quedaba desolada.

El sitio era una buena elección para citas secretas, un lugar para no ser visto, camuflado entre los árboles que rodeaban la pequeña plaza; ningún tirador podría disparar a una distancia prudencial, tendría que estar cerca y sería visible ante ojos expertos. Aunque esa circunstancia también jugaba a su favor, puesto que los

mantenía disimulados entre las sombras, ocultos en la oscuridad que los rodeaba.

Se habían escondido entre árboles y arbustos, esperando a que dieran las doce de la noche, hora en la que confiaban que harían acto de presencia las hermanas.

El riesgo de que se enfrentaran a una trampa urdida por ambas era alto, todos lo sabían. Sin embargo dudaban de que la estirada directora del centro fuera capaz de llevar a buen término una operación de esa envergadura, la tenían por una mojigata. Harry había llegado a esa conclusión en cuanto la vio aparecer en el orfanato, el resto eran de la misma opinión en cuanto les desgranó su corta entrevista. Habían dado por supuesto que sería un trabajo sin complicaciones, de todas formas no pensaban subestimarla, eran agentes experimentados, por lo que habían meditado en profundidad todas las contingencias, tenían que estar preparados para actuar ante cualquier imprevisto.

—Quedan dos minutos para las doce, estad atentos —ordenó Harry. No podía equivocarse, si Kate no comparecía en Central Park a media noche no podría mirar a sus compañeros a la cara, luego cómo iba a pedirles que confiaran en sus hipotéticas teorías. Y la verdad, es que si se introducía en la cabeza de su antigua compañera, era una locura citarse en un lugar tan asequible, era muy arriesgado considerando que la estaban buscando.

—En posición —le confirmó Michael Donovan. El analista era el que menos horas de trabajo de campo llevaba a sus espaldas, él solía estar al otro lado, vigilante delante de complejas herramientas tecnológicas. No obstante, también sabía trabajar en la calle, lo había demostrado en multitud de ocasiones.

—Harry, veo algo —esta vez fue Scott Carter el que habló.

Harry dirigió la mirada hacia su posición y divisó lo mismo que él, alguien se acercaba. Era una mujer, vestía ropa deportiva: mallas, chaqueta de chándal, zapatillas de correr y una gorra de béisbol que le ocultaba la cara, pero la cola de caballo pelirroja que asomaba era inconfundible. Era Kate. Todos la reconocieron de inmediato.

—Que nadie haga nada todavía —avisó Goldberg a su equipo, sintiendo, como ellos, regocijo al verla acorralada. También querían atrapar a la señorita Walton, no sabían hasta qué punto estaba involucrada. Asimismo, Kate no les contaría nada, pero si apresaban a

su hermana, se mostraría más cooperativa para con ellos.

Contaba con que fuera el punto débil de su exagente.

Pocos segundos más tarde entró en escena la directora Lawrence. Todos se sorprendieron al verla aparecer, ninguno la había visto llegar y eso que se habían

colocado en puestos estratégicos donde ningún ángulo muerto quedaba descuidado. Tal vez no era tan incapaz como habían pensado en un inicio, saltarse su cerco resultaba insólito.

—¿La habéis visto llegar? —interrogó Harry en un susurro, recibiendo respuestas negativas de todos sus compañeros. Le pareció preocupante que la hermana, alguien que no tenía formación en operaciones especiales, hubiera pasado inadvertida entre agentes con alta formación táctica. Se preguntó si la había menospreciado y supo que la respuesta era afirmativa.

Donovan iba equipado con una antena de corto alcance para escuchar la conversación, por lo que se concentraron en el diálogo que mantenían las hermanas, atendiendo a lo que decían por los pinganillos.

—¿Por qué querías verme? Sabes que es peligroso que nos encontremos —Kate se mostraba molesta con ella. No dejaba de observar en derredor, preocupada.

—Lo sé. —Su hermana, por el contrario, estaba muy tranquila, le extrañó, sabía que su vida estaba en peligro y a Leslie parecía no importarle nada—. Harry McKenzie estuvo hurgando entre mis cosas. Se coló en mi despacho de Childhaven y en mi casa. Conoce nuestra relación. —Aunque a Kate le sorprendió esta confidencia, Harry había llegado más lejos de lo que pensaba, tampoco le extrañó, si alguien podía dar con ella, era él.

—¿Y no me lo has podido decir por teléfono? —Su frialdad era evidente, se jugaba demasiado en esa entrevista. Incluso podía haber ido a Seattle, seguro que hubiera resultado menos peligroso.

—Quería verte. Necesitaba saber cómo estabas. Llevas un año evitándome…

desde que te descubrieron tus compañeros —la censuró. La hermana de Kate estaba dolida, sentía que la había apartado de su vida y ella era la única que la entendía, la única que la había apoyado

incondicionalmente, no comprendía su forma de actuar, como si se arrepintiera de lo que eran—. Sabía que estabas aquí para hacer un encargo, así que no lo dudé. Perdóname.

Ni se lo había dicho, ni se lo iba a decir, no sabía cómo actuaría su hermana si supiera que había invitado a Harry y a sus compañeros a su encuentro. Era la única forma de acabar con ese hombre que tanto daño le había hecho a Kate.

Además, era el culpable de su distanciamiento.

La reunión era el anzuelo, había estudiado el terreno y estaba vigilando cuando los agentes ocupaban sus posiciones sin que ellos se percataran de su presencia.

Todos estaban escondidos por los alrededores, espiándolas, al acecho. Ella había optado llegar por donde se había colocado uno, el que le había parecido con menor experiencia, y no se había equivocado, no la había descubierto. Claro, que ella también sabía cómo pasar inadvertida.

Su siguiente paso era sacarlos de sus escondrijos. Y contaba con que el examante de su hermana estuviera allí con ellos, a él no lo había localizado, aunque por lógica intuía su ubicación; si era como lo había descrito Kate, no se perdería esa velada por nada del mundo. A lo mejor había llegado antes que ella, tal vez era todavía más desconfiado de lo que lo era ella.

—Está bien, tranquila. —Kate se daba cuenta de que su hermana tenía razón.

Desde que había sido desenmascarada por ayudar a Sokolov solo se había dedicado a su trabajo, no había prestado ninguna atención a su relación, ni a nada más. Luchaba consigo misma sabiendo que la había cagado, había destruido su vida y no sabía cómo resolverlo—. Sentémonos —invitó a Leslie. Ambas se acercaron a un banco y se acomodaron.

Goldberg, al deducir que lo único que iban a escuchar era una conversación emotiva entre hermanas, conminó a su equipo a actuar.

—Mark déjame a mí. Creo que puedo detenerlas por las buenas —sugirió Harry saliéndose del plan marcado. Goldberg se lo pensó unos segundos, si alguien era capaz de reducirlas sin llegar al enfrentamiento era él. Conocía los sentimientos que se habían profesado Kate y él en el pasado, quizás un antiguo amante apaciguara

a la mujer.

—De acuerdo. Te cubrimos —convino.

Harry salió de su escondite en dirección a las mujeres, acto que desconcertó a ambas en cuanto lo vieron acercarse, sobre todo a Kate que no se esperaba esa intromisión, no sospechaba de su comparecencia, y la directora tampoco había concebido que apareciera de improviso para charlar con ellas como si de viejos amigos se tratase, aunque tampoco le preocupó, pensó que así todo llegaría antes a su fin.

—¡Harry! —Kate no entendía que hacía él allí, ni cómo había podido enterarse de esa cita. Su hermana y ella siempre eran muy precavidas en sus movimientos, si no lo fueran ninguna de ellas seguiría con vida. Se dirigió despacio hacia él, dejando a Leslie sentada en el banco. Harry la observaba en silencio, esperando que estuviera lo más cerca posible.

—Kate, por favor, entrégate —le suplicó Harry intentando recordar los buenos momentos que habían pasado juntos.

—¡¿Cómo me puedes pedir algo así?! —Se detuvo a un par de pasos de él. Por un instante, solo un instante, se le había pasado por la cabeza que había venido a buscarla, tal vez para empezar una nueva vida juntos. Se daba cuenta de lo estúpido e infantil de ese pensamiento, eso no ocurría en la vida real, solo en las películas y en los cuentos de hadas. Ahora estaban en bandos contrarios, bandos enfrentados y era imposible un final feliz para ellos.

—Kate, no quiero hacerte daño, por favor. Sabes que te buscan muchas Agencias, tienes que dar unas cuantas explicaciones.

—¡No me jodas! —Kate estaba dolida.

—¿No nos vas a presentar? —preguntó Leslie con cierta ironía mientras se ponía en pie—. Buenas noches, detective Jenkins, o he de llamarle Harry McKenzie.

—Siempre lo supiste, ¿verdad? No te engañé. —Justo entonces se dio cuenta de que Leslie C. Walton o Carrie Lawrence o como se llamara le había tendido una trampa. En efecto, había sido engañado por esa mujer y no tenía ni la menor idea del porqué. ¿Por qué querría este choque en el que solo ellas tenían que perder?

—Llegaste a mi despacho con esos aires de grandeza, mirándome por

encima del hombro. Claro, una pobre funcionaria qué va a saber. Me redujiste como si fuera una mosca, una de tus marionetas. —Harry se asombró al escuchar esas palabras, él no actuaba con condescendencia, a no ser que su papel lo requiriera, y en aquella ocasión no fue el caso. La hermana parecía vivir en un mundo paralelo en el que su visión de los sucesos era diferente a la realidad—. No entendía qué podía haber visto Kate en ti. Cuando te conocí, supe que eras un error y que tenías que desaparecer. —Esa revelación dejó claras las intenciones de esa mujer psicológicamente perturbada.

—Pero, ¡qué dices! ¿Todo esto ha sido para deshacerte de Harry? —intervino Kate sin comprender qué chaladura le había dado a su hermana.

—Sí, Kate. Este hombre nos ha separado siempre, cuando estabas con él te olvidabas de nosotras, del imperio que hemos construido juntas.

—¿Imperio, Leslie? ¿A esto le llamas imperio? ¿A dejar muertes por doquier?

—Sí. Lo hemos creado de la nada. Tenemos un nombre.

—Asesinas —se entrometió Harry comprendiendo.

Entonces Leslie Walton hizo algo inesperado, a todos los presentes les pilló desprevenidos, concentrados como estaban en la discusión que mantenían las hermanas: sacó una pistola y sin pensárselo dos veces disparó. Fue el desahogo que buscaba y necesitaba, convencida de que esa proeza volvería a meter a su hermana bajo su ala. Nadie las volvería a separar nunca y menos un hombre.

Sonrió mientras apretaba el gatillo, sintiéndose libre, sintiendo ese poder sobre una persona, el que te da ser capaz de elegir que viva o que muera, como si fueras un ser superior, como si fueras un Dios.

El proyectil iba dirigido a Harry, que nada más ver el arma captó sus intenciones y se tiró al suelo de forma mecánica, a la vez que desenfundaba su arma con intención de encararla.

Kate, por su lado, actuó de forma espontánea dejando a su hermana atónita, Leslie nunca creyó que fuera capaz de intervenir. En vez de tirarse al suelo, se lanzó hacia Harry para protegerlo de la detonación, interponiéndose entre él y la bala. No lo dudó, todo lo que había ocurrido era culpa suya, ya lo había asumido, ahora tenía que pagar por sus actos, resarcirse. Y qué mejor manera que salvando al único hombre al que había amado en toda su vida.

Leslie, al ver lo que acababa de ocurrir, salió corriendo por donde había venido, era el camino más fiable para salir de allí, convencida de que Donovan sería incapaz de detenerla. Ya averiguaría más adelante el estado de su hermana, porque estaba segura de que el disparo la había alcanzado. ¿Cómo podía haberse arrojado a socorrer a ese hombre? No le cabía en la cabeza ese comportamiento estúpido. Además la había traicionado. Eso era superior a sus fuerzas. No comprendía su motivo, se negaba a pensar que fuera Harry McKenzie.

—¡Id a por ella! —gritó Harry a sus compañeros que ya se habían puesto en marcha.

Reparó en el cuerpo inmóvil de Kate a su lado y se acercó a ella. Comprobó que la bala le había entrado por el pecho, una gran mancha de sangre que se iba agrandando progresivamente lo atestiguaba.

—Kate, ¿por qué? —Sabía que no podría contestarle, pero no comprendía su proceder, no entendía por qué se había convertido en una sicaria. Cuando la conoció estaba llena de sueños e ideales, todos ellos positivos. No descifraba cómo

había sucedido, se había convertido en su peor pesadilla, en lo que antes más aborrecía.

Harry le taponaba la herida, pero ya había visto otras como esa, demasiadas, pensó, le quedaban minutos. Le dolía, no hubiera querido ese final para ella.

Kate notaba cómo se le esfumaba la vida, se arrepentía de tantas cosas. Llevaba un año dándole vueltas a todo lo acontecido, no llegaba a distinguir en qué momento se había salido del camino trazado, cuándo había comenzado a tomar malas decisiones. Había cometido un error tras otro, errores que le habían llevado a este violento desenlace. Lo único de lo que no se arrepentía era de haberse enamorado de ese hombre, era una buena persona, y dar su vida por él era lo mejor que había hecho por alguien en toda su vida. Quizás eso la redimiera de todas sus malas obras.

—Te… —Harry aproximó su oreja a la boca de Kate para escuchar lo que le quería decir—. Te amo —susurró de forma entrecortada.

Esas fueron las últimas palabras que pronunció, falleció en los brazos de la persona a la que siempre había amado en silencio. Arrepentida de lo que había hecho en vida.

Harry le colocó dos de sus dedos sobre los párpados y le cerró los ojos

con sumo cuidado. Kate había muerto. Sintió cómo una lágrima le rodaba por la mejilla. Sin pretenderlo había sido alguien importante en su vida, el gran apoyo que necesitó tras su divorcio. Si no hubiera sido por ella, se habría hundido poco a poco. Ella, sin saberlo, le había salvado hacía muchos años. Y ahora, lo había vuelto a hacer. Se acercó a sus labios y le dio un dulce beso de despedida.

—Adiós, Kate.

Al oír un nuevo disparo volvió al presente, alarmado porque alguno de sus compañeros hubiera caído.

Se levantó deprisa y salió corriendo en dirección al lugar en el que se había producido la fuerte detonación, dejando el inerte cuerpo de Kate tirado en Central Park. Cuando llegó, se encontró a Mark arrodillado al lado de alguien, dándole cachetes en la cara para intentar reanimarlo, era Michael. Se precipitó hacia ellos a toda la velocidad de la que fue capaz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó en cuanto se situó a su altura.

—La zorra esa le ha disparado al corazón. —Harry se quedó desconcertado al oír esas palabras. Todo estaba saliendo mal. Este no era el plan y él era el culpable por haber salido a hablar con las hermanas. Pensaba que solo Kate era la criminal, pero se había confundido, su hermana no era la mosquita muerta que había pensado en un principio. Era una loca asesina, y esas eran las peores, resultaban imprevisibles. En menos de cinco minutos se había cargado a dos agentes, a Kate y a Michael.

En ese momento Donovan comenzó a toser. Harry lo miró pasmado mientras Mark sonreía sabiendo que no había sido malherido.

—¿Estás bien? —le preguntó Goldberg intentando alzarlo para que respirara con más libertad—. Harry no te quedes ahí sin hacer nada. Ayúdame.

—Por supuesto. —Harry se acuclilló a su lado y entre los dos lo incorporaron—.

¡Llevas el chaleco! —dijo complacido. Él mismo no solía llevarlo, le resultaba de lo más incómodo, le limitaba algunos movimientos.

—Claro, es obligatorio. —Michael siempre respetaba las reglas, las cumplía sin llevar a nadie la contraria y Harry se daba cuenta de que esa rectitud le acababa de salvar la vida.

Unos segundos después apareció Scott respirando ahogadamente por la carrera, se agachó, colocando las manos en las rodillas, y respiró hondo varias veces antes de comenzar a hablar.

—La he perdido.

—¿La has perdido? —repitió Harry abatido por la situación.

—Tenía un plan de escape. Ha desaparecido delante de mis narices —explicó enfadado consigo mismo por no haber sido capaz de atraparla.

—Las alcantarillas —dedujo Harry tras unos segundos para asimilar las malas noticias, era el único camino posible para huir dando esquinazo a Scott.

—Puede ser —corroboró este, entendiendo cómo no la había alcanzado.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Joder! —explotó Harry dando un puñetazo a uno de los troncos, provocando que su puño comenzara a sangrar.

Nada había salido como tenía pensado. Kate yacía muerta al lado de la estatua de bronce del clásico de Lewis Carroll. Y Michael, aunque sano, podía haber

muerto. Cualquiera de ellos podía ser en ese momento un cadáver, de hecho, a él le había faltado un pelo para sucumbir ante la hermana de Kate. Y todo ello desencadenado por su obsesión por atrapar a su antigua compañera.

—No ha sido culpa tuya. Era un buen plan. Y por lo menos hemos descubierto algo: Leslie Walton es una asesina sin escrúpulos. Ella será nuestro próximo objetivo —concluyó Goldberg.

A Harry se le había ocurrido una idea en cuanto le vino el recuerdo de Kate defendiendo a Fox en Amán y, tras el suceso de hacía unas semanas, esa teoría se había ido afianzando en su cabeza.

Llevaba días indagando sobre dónde se encontraban Kate y la directora Lawrence cuando el asesino a sueldo Fox había actuado y, por fin, había terminado su búsqueda. El resultado lo había dejado abrumado, era más complicado de lo que se había temido en un principio.

Entonces evocó un comentario que había pasado por alto, al que no le había dado la importancia que se merecía, pero que ahora cobraba sentido; un apunte que mencionaron los agentes de la Interpol: «Los criminólogos no se ponen de acuerdo para construir un perfil. Es lamentable. Por lo que por aquí tampoco hemos obtenido ninguna conclusión que nos lleve a conocer la personalidad de nuestro asesino o algún dato destacado que nos guie a él».

Ahora tenía todo el sentido del mundo. No eran capaces de construir un perfil único porque Fox no era un único asesino, sino que eran dos: Kate y su hermana.

Eso explicaba por qué los psicólogos no se ponían de acuerdo. Apenas había conocido a la directora, pero se daba cuenta de que sus caracteres distaban mucho uno del otro. De hecho, por lo que había leído en los informes obtenidos en el orfanato, ambas habían evolucionado de forma crucial, pero por caminos opuestos.

Kate se había ido transformando de una niña rebelde a una persona con cierta integridad, por el contrario, la hermana pequeña, la que había disfrutado del cariño de una familia y el cuidado de su hermana mayor, había involucionado, convirtiéndose en una persona impasible.

Releyendo los informes emitidos por los psicólogos sobre Fox, adivinaba quién se reflejaba en cada uno de ellos. El dossier que parecía más positivo, él intuía que se refería a Kate, mientras que la exposición sobre Lawrence resultaba una descripción de una persona inhumana y déspota. Aunque su actuación había sido impecable, su conducta en Central Park le había llevado a esa misma conclusión.

Harry reunió al equipo en el despacho de Goldberg, tenía que

detallarles la investigación en la que se había visto sumergido durante las últimas jornadas.

Cuando estuvieron todos acomodados y gozaba de toda su atención, comenzó con su discurso:

—Como sabéis, llevo días concentrado en mis propias pesquisas. Durante la última reunión, gracias a la información de Donovan —miró al joven con una sonrisa, agradecido, este hizo un leve gesto de asentimiento ya completamente recuperado del impacto recibido en la operación de Central Park—, descubrimos que Kate no había estado en algunos de los lugares en los que Fox había intervenido, en alguna ocasión, incluso, había estado trabajando para nosotros. Sin embargo tras esta reunión me sobrevino un recuerdo de una misión conjunta en la que Kate defendía el asesinato llevado a cabo por Fox. Este recuerdo me dio la idea. Y después de los comentarios de Carrie Lawrence en el parque, ese bosquejo se convirtió en un pensamiento lógico.

—¿A dónde quieres ir a parar, Harry? —Mark quería saber qué había descubierto su mejor hombre. Hasta ahora había acertado con muchas de sus teorías, así que esperaba que les hiciera avanzar, puesto que ninguno parecía localizar a la hermana de Kate y empezaban a encontrarse en una situación desesperada.

—Mirad. —Harry les mostró en pantalla una tabla idéntica a la que días antes había presentado Donovan, en la que aparecían fechas, dónde había actuado Fox y dónde estaba Kate; solo que ahora había incluido una nueva columna en la que se indicaba dónde se ubicaba Carrie Lawrence durante esas mismas intervenciones.

Se les abrieron los ojos como platos, no se lo esperaban, ni se les había pasado por la cabeza ese argumento. Era una locura.

—Como veis, en el momento en que Fox comete un asesinato, una de las dos hermanas se encuentra en esa misma ciudad. En todos y cada uno de ellos

—enfatizó—. Si Kate estaba con un encargo de la Agencia, allí estaba la señorita Lawrence y a la inversa. Se intercambian. Tengo registros de hoteles, vuelos, etcétera. Cuento con todo tipo de pruebas que demuestran que una de ellas estaba en el lugar en el que se producía el crimen.

El grupo se mantuvo en silencio, boquiabiertos ante tan contundentes afirmaciones. Aunque a ninguno se le había ocurrido pensar que el

sicario fuera en realidad dos personas diferentes, se daban cuenta de que encajaba, tenía sentido.

Mark miró a los ojos a Harry, su rostro reflejaba la convicción que sentía, no daba lugar a dudas, y esta vez él no podía contradecirle, ni él ni nadie del equipo,

poseía sobradas pruebas.

—¿Y el retrato robot que nos entregó la Interpol? —preguntó Scott, era lo único que no parecía encajar. Sabía que el dibujo era demasiado básico, pero evidenciaba que Fox era un hombre.

—Gran retrato —dijo Harry con sarcasmo—. También he pensado en él. Estoy convencido de que cuando las hermanas descubrieron que habían dibujado a un hombre se rieron de nosotros a más no poder. —Volvió a remitirles a la pantalla de la televisión para que vieran lo que había hecho—. Mirad —repitió.

Los asistentes observaron lo que mostraba el aparato: una imagen de la directora Lawrence, un primer plano que comenzó a evolucionar, primero se convirtió en un dibujo, a continuación se le superpuso una perilla, unas gafas y un sombrero, y cuál fue el asombro de los presentes al percatarse de que el resultado era exactamente igual al retrato robot que poseían de Fox.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Donovan estupefacto ante la representación. Se preguntó por qué no se le habría ocurrido a él hacer esa transformación del retrato de Fox. Si lo hubiera hecho, seguro que habrían hallado alguna pista con antelación. Tal vez antes de que Kate muriera.

Reconocían, que aunque Katherine Jones había desertado y se había convertido en un grano en el culo, también les había provocado tristeza su fallecimiento.

Durante los últimos años habían trabajado codo con codo y la habían llegado a apreciar, y aunque los había traicionado, recordaban los buenos momentos que habían vivido junto a ella, porque sí los había habido y habían sido cuantiosos.

—Pues es así. Fox son dos personas: Kate y su hermana —concluyó Harry dejando constancia de lo que había encontrado durante sus minuciosas averiguaciones.

—Muchas gracias, Harry. Ahora nos toca a nosotros actuar, tenemos

que dar con la señorita Lawrence. Y no solo por ser la asesina de Kate, sino por ser el asesino a sueldo más buscado por las Agencias de Seguridad europeas. Tenemos que localizarla. —Con esta contundente decisión Goldberg dio por finalizada la reunión, instando a su equipo a que se pusiera en marcha para descubrir la ubicación de la fratricida.

Salieron del despacho de Mark Goldberg con tareas en la cabeza de por dónde iniciar la búsqueda, aunque ninguno estaba convencido de que esas labores los llevaran a alguna parte.

Harry estaba atareado desenganchando el portátil de la televisión, contento porque habían descubierto quién era Fox, porque todo comenzaba a tener sentido, lo único que le preocupaba en esos instantes era cómo iban a encontrar a la escurridiza Carrie Lawrence; algo le decía que no iba a ser una cuestión sencilla. Se había colado en su casa y en el despacho del orfanato, en ninguno de esos emplazamientos había hallado apenas objetos personales, lo que implicaba que era una persona habituada a salir corriendo de los lugares donde se establecía, o por lo menos, tenía estudiada una estrategia de escape, puesto que en Seattle llevaba bastante tiempo emplazada.

Ya se había encargado de enviar a agentes a investigar los espacios por los que se movía de forma habitual y como había imaginado no se toparon con nadie ni nada que les indicara adónde se habría marchado.

En el orfelinato había presentado su dimisión unos cuantos días antes y su piso estaba vacío y cerrado. No habían sacado información nueva que les diera un indicio de cómo dar con ella. Sabía borrar sus huellas. A Harry le daba en la nariz que no era la primera vez que salía huyendo, solo esperaba que fuera la última, porque en su mente no concebía la posibilidad de dejarla escapar.

—Buen trabajo —le felicitó Goldberg sacándole de sus cavilaciones.

—Gracias, Mark, pero no adelantes acontecimientos, aún tenemos que encontrarla, y creo que va a ser un arduo cometido. Kate era una persona inteligente y muy capaz, sin embargo su hermana es todavía mejor, porque a diferencia de Kate, ella no demuestra tener escrúpulos, se revela como una persona insensible. Asesinó a su hermana a sangre fría y ni pestañeó. Ya sé que la bala no iba dirigida a ella, sino a mí. Pero aun así.

—Entiendo lo que dices, pero lo lograremos, no me cabe duda. —Mark pensaba lo mismo que él, si había sido difícil dar con Kate, básicamente había sido un golpe de suerte, ¿cómo conseguirían encontrar a su hermana?—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Irme al hospital. Hoy dan el alta a Phoebe. —Sonrió a su superior. Sabía que Mark no le había preguntado por eso, pero tenía que reconocer que en ese momento no tenía ni la más remota idea de por dónde continuar.

—Me alegro. Dale un beso de mi parte —le dijo con sinceridad.

—Eso está hecho. —Harry recogió sus cosas y abandonó la sala.

44

Nueva York, 10 años antes

El servicio de limpieza de la Agencia se estaba encargando de recoger los cuerpos sin vida de Sokolov y de sus hombres en la habitación del hotel donde el ruso se alojaba, eliminando cualquier rastro que dejara constancia de lo acaecido esa tarde. No necesitaban que una doncella se encontrara con un montón de cadáveres durante su turno, ni que apareciera la policía para realizar la investigación correspondiente.

La única que se había quedado in situ a gestionar lo que allí sucedía había sido Kate. El resto había salido cabizbajo sabiendo que la habían cagado, no obstante, no se habían dado por vencidos, habían vuelto a tomar posiciones en la habitación de al lado, a la espera de que el asesino a sueldo que había contratado Sokolov hiciera acto de presencia. Si lo atrapaban, podrían salvar la operación, minimizar el resultado tan insatisfactorio producido por su intervención.

Kate sabía que tenía que dar aviso cuanto antes, como se presentara, estarían perdidas. Y, por otro lado, tenía que sacar a Sokolov de la bolsa en la que había sido introducido antes de que se dieran cuenta de que seguía con vida.

—Chicos, me voy a la entrada del hotel a ver si veo llegar a Fox. —Lo dijo en voz alta, a nadie en particular, sabiendo que sus compañeros la

escucharían gracias a los micrófonos dispuestos por la habitación. Ya se habían llevado los cuerpos y todo estaba en orden, no quedaba ni rastro de lo que acababa de suceder.

Kate estaba nerviosa, quedaba muy poco tiempo, en unos minutos su hermana llegaría al hotel, si no conseguía avisarla, la cogerían, y eso no era una opción viable.

Salió del ascensor sabiendo que allí no estaba siendo vigilada, no había ni cámaras ni escuchas, aparte de la seguridad del hotel. Se sentó en uno de los sillones que había nada más acceder al vestíbulo, un buen lugar donde observar el trasiego de gente, donde podría hablar libremente sin que nadie prestara la más mínima atención.

—Aborta. —Su hermana al otro lado supo lo que significaba. Algo había salido mal—. Necesito que me ayudes a sacarlo del país.

—De acuerdo. Nos vemos donde siempre.

Leslie recibió la llamada en el momento en que su taxi se detenía delante de la puerta del Plaza, uno de los porteros se acercaba para abrirle la puerta, sin embargo no le dio tiempo a efectuar su cometido.

—Han anulado mi reunión —le explicó al taxista—. Lléveme al Café Bouloud, en la 76, entre Madison y la 5th Avenida.

Era un café cercano a Central Park, próximo a la estatua de Alicia en el País de las Maravillas, el lugar donde se había citado con su hermana. Se miró en el espejo retrovisor y comprobó que estaba perfecta, nadie la reconocería, tal vez ni Kate.

Llevaba un traje chaqueta oscuro que le acentuaba sus formas, le gustaba ir provocadora a los encuentros con clientes masculinos, era una manera de obtener más de ellos, los hombres aún se quedaban embelesados ante ella, era una ventaja de la que era consciente y de la que sacaba provecho; además, la peluca rubia, las lentillas verdes y el pañuelo en la cabeza, hacían que nadie fuera capaz de apreciar su verdadero aspecto.

Salió del coche y se colocó unas gafas de sol, miró el reloj y, al darse cuenta de la hora que era, cambió de opinión, le pareció más oportuno esperar a su hermana en el parque. En el café sería observada por la concurrencia y no le interesaba que hubiera testigos de su paso por la ciudad, por el contrario, en Central Park la multitud comenzaría a marcharse y nadie repararía en su presencia.

Se sentó en un banco y sacó un periódico del bolso, el que le habían dado esa misma mañana en el vuelo desde Seattle. Los niños a su alrededor gritaban y corrían, jugando entre ellos y encaramándose a la pobre estatua de bronce que no podía hacer otra cosa que rendirse a las vicisitudes provocadas por esos críos. Poco después el sol desapareció llevándose a los mocosos y a sus padres, solo se veía algún que otro turista despistado absorto en la contemplación de lo que había a su alrededor. Fue entonces cuando apareció Kate.

—Todo ha salido como estaba planeado. —Fue el saludo que le dispensó.

—No exactamente, yo tenía que haber sacado de allí a Sokolov —le replicó a su hermana.

—Vale, de acuerdo, Leslie, no ha sido tal y como habíamos planeado, pero hemos obtenido igual resultado por caminos diferentes. —Leslie miraba a su hermana sin comprender, siempre había seguido la planificación a pies juntillas. Su máxima era que no podían producirse sucesos inesperados que llevaran a otra

consecución de acontecimientos diferentes a los analizados. Eso siempre implicaba complicaciones. No entendía por qué estaba tan tranquila, fallos como ese no le gustaban, le extrañaba que no estuviera enfadada consigo misma como era habitual en su modo de actuar—. Tengo a Sokolov en la morgue en una bolsa. Me esperan dentro de una hora para que recoja el cuerpo y lo traslade al aeropuerto, en ese intervalo tienes que llevártelo tal y como habíamos planeado.

—No hay problema. Está todo preparado.

—Perfecto. —Kate miró a su hermana, le sorprendía que aquella niña cariñosa se hubiera convertido en la mujer tan fría que tenía delante.

—Sabes que esto me lo podías haber dicho por teléfono. —Leslie no estaba conforme con ese encuentro, era peligroso, estaban en medio de una operación.

Kate podía ser descubierta ayudando a Sokolov, era muy arriesgado; además ella quedaría comprometida. Nadie tenía ni la más remota idea de quién podía ser Fox, ese asesino que tenía en jaque a las agencias internacionales de seguridad, si las descubrían podrían comenzar a tirar del hilo y desenredar la madeja.

—Quería verte y saber cómo estabas —susurró Kate. En cuanto se

escuchó diciendo esas palabras supo que era una tontería, pero era lo que sentía.

Últimamente echaba de menos a su hermana, se encontraba muy sola. Sin embargo se daba cuenta de que por su culpa ya no quedaba nada de aquella persona cariñosa y afable, ella la había convertido en lo que era, una imperturbable asesina.

—Pues ahora que me has visto y sabes que estoy bien, será mejor que me vaya y continuemos con el plan.

Leslie Walton se levantó del banco en el que las dos hermanas estaban sentadas y salió de la zona a paso rápido. Kate la observó mientras se marchaba a toda prisa, experimentaba lástima por ella y por sí misma. Llevaba sola mucho tiempo y seguiría así, si había creído que podría tener algo con Harry, tras la actuación de hoy, ayudando al ruso y traicionándolo a él, ese sueño se había borrado definitivamente de su cabeza. Porque ella sabía que más tarde o más temprano él lo descubriría. Había tomado malas decisiones y, por primera vez, se arrepentía del rumbo que había tomado. También culpa suya.

Se irguió, borrando esas reflexiones de su mente con las que ya no podía hacer nada, ya no había marcha atrás, y se dirigió al depósito. Tenía que sacar a Sokolov del país antes de la reunión que Mark Goldberg había convocado para echarles la bronca por el desastre que habían desencadenado.

45

Nueva York

Harry estaba cocinando, quería hacerle algo especial a Phoebe, sorprenderla. Ya hacía un mes que había salido del hospital y evolucionaba de forma satisfactoria.

Incluso se había vuelto a involucrar por completo en su nueva novela, en breve saldría a la venta y estaba atando los últimos cabos con su editorial. Todavía tenía que guardar reposo según prescripción médica, lo que implicaba que la mayor parte del tiempo estuviera o en cama o tumbada en el sillón, no obstante no dejaba de contestar emails o llamadas. Harry empezaba a tener verdaderos problemas con su editora puesto que no la dejaba descansar como era debido Si la encontraba vagando por la casa, le echaba la correspondiente regañina como si se tratara de una niña consentida. Se estaba tomando las órdenes del especialista como le venía en gana y Harry se ocupaba de llevarla por el camino recomendado por los facultativos.

No se le daba especialmente bien la cocina, pero había un plato que le salía como si se tratara de un gran gourmet, los pappardelle con salmón. Así que estaba en la cocina preparando esa exquisitez para celebrar que Phoebe ya llevaba un mes en casa y que su recuperación era evidente, en poco tiempo volvería a un estado de normalidad. Y qué mejor noticia para llevar a cabo una celebración.

Intentó no pensar en el trabajo esa noche, no quería estropearla con malas noticias. La muerte de Kate había afectado a todo el equipo, en especial a él ya que había fallecido salvándole la vida, algo que no olvidaría jamás. El siguiente paso que habían dado había sido buscar a su hermana en Seattle, pero en el trabajo no la habían vuelto a ver desde su escapada a Nueva York y tampoco había aparecido por su casa. Habían pedido a trabajadores del orfanato y porteros del inmueble que si aparecía contactasen con ellos, pero no habían recibido respuesta. Harry se imaginaba que no volvería por allí sabiendo que la andaban buscando. Hubiera sido un suicidio, un error de principiante y estaba seguro de que Leslie Walton no era de las que cometía fallos básicos, su profesora había sido Kate, una de las mejores agentes con las que nunca había trabajado. Ya habían entregado a todas las agencias una imagen de Leslie Walton o Carrie Lawrence, las dos identidades que le conocían, para que estuviesen

atentos por si se ocultaba en algún país extranjero.

Tampoco había resultado de gran ayuda, estaba desaparecida.

Cuando Phoebe se levantó de la cama tras la llamada de su marido para cenar, se quedó estupefacta al ver la mesa del comedor dispuesta para dos comensales, con la vajilla que guardaba para las ocasiones especiales y velas por todas partes, haciendo que el ambiente resultara de lo más romántico. Ya se había olvidado de lo seductor que podía ser Harry cuando se lo proponía.

Se sentó en la silla que le ofreció, mientras se acomodaba no pudo evitar disfrutar del soberbio olor que desprendía la comida que tenía ante sí. Harry hizo lo propio y se situó frente a ella, sin quitarle el ojo de encima, emocionado por lo feliz que se mostraba ante ese pequeño agasajo.

—¿Qué celebramos? —consultó ante tan atento obsequio.

—Nada en particular y todo en general —contestó Harry con una enigmática sonrisa.

Ambos comenzaron a comer la deliciosa pasta y beber el Lambrusco rosado que él había seleccionado para la ocasión, sabiendo que era uno de los vinos favoritos de su mujer.

Tenía que reconocer que se hallaba en uno de los momentos más felices de su vida, solo arruinado porque David no estaba con ellos. Ya había pasado casi año y medio y no había momento en que ambos no le extrañaran. Eso mismo era lo que hacía que Harry fuera incapaz de perdonar a Kate aun habiéndole salvado la vida.

La muerte de su hijo había formado parte de la intriga urdida por Sokolov como venganza y jamás podría olvidarlo, de hecho, habían recibido su merecido.

Cuando Harry se disponía a recoger los platos para ir a por el postre, un rico helado de leche merengada, el preferido de su mujer, sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —interrogó a Phoebe que aparentaba estar tan extrañada como él por la interrupción.

—No, ¿y tú?

—Tampoco. —Harry miró el reloj, eran más de las ocho de la noche,

una hora chocante para recibir visita, y más cuando no era esperada.

Se dirigió a la puerta y al abrir se encontró con Frankie, el portero, quien con la cabeza gacha, a modo de disculpa, se sentía incómodo por su imperdonable despiste.

—Siento importunarlo a estas horas, señor McKenzie —se excusó el hombre.

—No te preocupes, Frankie. ¿Ha sucedido algo? —seguía sin entender qué podría haber hecho al portero subir a esas horas de la noche cuando su turno ya había finalizado.

—Es que… el otro día llegó un paquete para usted —dijo el hombre entrecortando las frases—… y se me había olvidado entregárselo.

—¡Hombre, Frankie, no te preocupes!

—Es que me puse a hacer otros recados y se me fue el santo al cielo. Quizás sea importante. Lo siento mucho.

—No digas tonterías, no hay nada que disculpar. Además, más vale tarde que nunca —manifestó Harry ante su apocado comportamiento.

El portero se limitó a sonreírle con cariño y se dirigió al ascensor. Muchos otros inquilinos le hubieran echado una fuerte bronca por ese descuido, sin embargo McKenzie era diferente. Se alegraba mucho de su vuelta, de que su mujer y él se hubieran reconciliado, aunque se daba cuenta de la situación tan dolorosa que habían tenido que sufrir para dar de nuevo ese paso.

Harry cerró la puerta dejando el paquete en el mueble de la entrada. Ahora quería terminar de deleitarse con la cena en compañía de su mujer, luego revisaría su contenido, ya había comprobado que iba a su nombre y que no llevaba remitente. Si bien había sentido una pequeña punzada de curiosidad, no había sido la suficiente para dar por concluida la maravillosa velada que estaban disfrutando.

Tras probar el helado y terminar la botella de Lambrusco, se sentaron en el sillón donde mantuvieron una entretenida charla mientras que Harry le masajeaba los pies. Ninguno de ellos sacó a colación el trabajo, tenían que desconectar, y Phoebe sabía lo que le alteraba últimamente ese tema, parecía un león enjaulado.

Había sido informada del fallecimiento de Kate y le desconcertaba que su marido se hubiera tomado su muerte de forma tan apática, sin

embargo él apenas le contaba nada, no podía, y ella tampoco tenía intención de indagar donde no le correspondía. Si quería hablar con ella, estaría allí para escucharle cuando estuviese preparado.

Phoebe se acercó a su hombre, hacía tiempo que no tenían sexo, desde que ella había sufrido heridas de bala, y lo echaba de menos. Besó a Harry con pasión y cariño, lo necesitaba. Y él se entregó a ella con la misma devoción.

—¿Vamos a la cama? —le preguntó con voz ronca cuando consiguió separar sus labios de los de su mujer. Ella asintió nerviosa—. ¿Estás segura? ¿Te encuentras con fuerzas? —Ella volvió a asentir, en ese momento podía con todo, siempre y cuando Harry estuviera a su lado.

Harry no dejaba de dar vueltas en la cama sin conseguir quedarse dormido.

Había vuelto a obcecarse con la investigación y no podía evitar pensar en ella. Se preguntaba cómo narices iba a encontrar a la hermana de Kate. Si ella había sido su instructora, seguro que les iba a resultar harto complicado, en vida había sido muy buena y así se lo habría transmitido a la señorita Lawrence.

Se levantó de la cama, no quería interrumpir el sueño de Phoebe por su desazón. De camino al minibar del salón, donde pensaba servirse un vaso de whisky para ver si lo relajaba, se tropezó con el paquete que había dejado unas horas antes, seguía en el mismo lugar. Ya se había olvidado de él, sin embargo, al hallarlo, sintió curiosidad por saber quién lo enviaba y qué le enviaba.

Se sentó en su butacón preferido con la copa y el paquete, dio un trago a la bebida y la dejó descansando sobre la mesita, entonces se dispuso a abrir la pequeña caja. En ella no descubrió ninguna nota, solo contenía un CD y una llave que le recordó a las que se utilizan en los bancos para abrir cajas de seguridad, portaba un número, 314.

El contenido del paquete le llamó la atención, por lo que fue a por su portátil y, de nuevo acomodado, introdujo el dispositivo en el lector. Grabado en el disco había un archivo en formato MP4, pulsó sobre él para abrirlo y las imágenes que se mostraron en pantalla lo dejaron atónito.

Kate parecía estar en una vieja cabaña de cazadores, la habitación estaba forrada de troncos de madera, tras ella una chimenea con un

intenso fuego encendido.

Vestida con un grueso jersey de cuello vuelto, miraba a la cámara que parecía estar colocando sobre una mesa en la posición adecuada para quedar encuadrada en ella. Cuando creyó concluida la tarea, se alejó y se sentó en una mecedora situada al lado del hogar. Se mostraba relajada, no como alguien a gusto, sino más bien como alguien que se ha rendido, que ha asumido que ha sido vencida. Harry se mantuvo a la espera, parecía que a su antigua compañera le costaba arrancar. Se le pasó por la cabeza aumentar la velocidad del vídeo, pero prefirió no hacerlo, no fuera a ser que se perdiera algún detalle que resultara de cierta trascendencia.

—Hola, Harry —comenzó a hablar Kate dentro de la grabación—. Supongo que si has recibido este disco es porque estoy muerta. Ambos lo veíamos venir,

¿verdad? Quizás a mí me ha costado más darme cuenta, pero a ti no, tú siempre lo sabes todo —resopló.

»Tengo tantas cosas que decirte que no sé ni por dónde empezar —miró a su derecha unos segundos, pensando en qué decir, tras ese corto periodo de tiempo volvió a su monólogo.

»A estas alturas deduzco que ya habrás descubierto muchas cosas de mí que desconocías y que te habrán sorprendido, seguro que sí. Me hubiera gustado ver tu cara al enterarte, te debiste de quedar de piedra. —Sonrió.

»Sabrás que me crie en un orfanato y que tengo una hermana. Ya sé, no quieres escuchar lo dura que fue mi juventud ni excusas de por qué me convertí en una asesina letal. No te preocupes, este vídeo no es para que me perdones, porque sé que no lo harás. Este vídeo es porque me arrepiento de todo lo que he hecho y, la verdad, es que creo que lo mejor que me puede suceder es que acabes con mi vida.

No sé si serás tú, Michael, Scott o incluso Mark, pero estoy convencida de que seréis alguno de vosotros. Y no, no os culpo.

»Sé que fue un error unirme a Sokolov. En su momento me pareció una buena idea, estaba hastiada de nuestro trabajo y creí que era una opción viable. Lo sé, no fue lo más acertado.

»Desde entonces mi vida ha sido un cúmulo de malas decisiones. No, no te echo la culpa a ti, ni a nadie, todo lo que me ha ocurrido es solo culpa mía. Culpa de las resoluciones que he tomado.

»Supongo que ya sabes que yo soy Fox. O por lo menos lo habrás supuesto. Y

claro, no te cuadra que en alguna de sus intervenciones yo estuviera trabajando contigo en otro país o en otro continente. Sospecho que también has llegado a la siguiente conclusión: Fox no es una única persona. Somos mi hermana Leslie y yo.

»¿Que por qué nos convertimos en sicarias? Otra suma de malas decisiones.

Pero no te envío este vídeo para confesarme. No, no es esa mi intención. —Hizo una pausa, respiró hondo y continuó:

»Quiero que detengas a mi hermana. —A Harry le desconcertó esa aseveración, no se esperaba algo así.

»Parece que he logrado tu atención, ¿verdad? —Él se daba cuenta de que lo

conocía demasiado bien—. Mi hermana era una gran chica y yo la he convertido en la asesina sin conciencia que es ahora; la formé para ser la mejor, la más dura, la más impasible. Ya es tarde para mí, quizás también para ella. Pero no puedo permitirme, ni quiero, que siga aniquilando a personas inocentes. Al principio lo hacíamos siguiendo unos ideales, los sujetos que nos cargábamos no eran apropiados en este sistema, involucionaban el mundo, no eran buenas personas, pero la ley no podía hacer nada contra ellos. Sin embargo, ahora no es así. Ahora solo nos interesa el dinero. Leslie disfruta quitándoles la vida a otras personas. Y

quiero que acabe ya.

»Tienes que pararla. —Hizo una nueva pausa, levantó su mano y con la palma acarició su mejilla, estaba llorando. De inmediato se recompuso.

»Mi hermana hubiera hecho cualquier cosa por mí, lo sé. Yo soy la mayor, soy la que tiene que cuidarla y protegerla, por ello creo que tengo que hacer lo que espero que le salve la vida. Tal vez no lo entienda, tal vez me odie el resto de su vida, pero confío en que estoy haciendo lo correcto.

»Puede que sea presuntuoso pensar que cuando la cojas va a querer redimirse.

Sé que así no es la vida, ya no hay marcha atrás. Sin embargo estoy convencida de que es lo mejor para ella.

»Te estarás preguntando cuándo tomé esta decisión. Fue cuando disparó a Phoebe. —Harry se disponía a darle un sorbo a su consumición cuando escuchó esa confesión, lo que provocó que se derramara parte de la bebida sobre su torso desnudo, pasó la mano por encima en un vano intento de secarse y continuó alerta a las palabras de Kate—. Sí, no me mires así, no fui yo. Aunque no lo creas yo no te deseo ningún mal. He llorado mil veces por David. Siento que la venganza de Sokolov acabara con la vida de tu hijo. Ya sé que no me crees, pero es la triste realidad. Si yo lo hubiera sabido, hubiera sido la primera en detenerlo. Imagino que por ese motivo me lo ocultó y por ese mismo motivo fui en tu ayuda. No podía permitir que se saliera con la suya, aunque reconozco que me salió el tiro por la culata. Por lo menos, te llevé a él. Sí, Harry, hice que siguieras los pasos correctos para llegar a él, sin mí no lo hubieras encontrado. Lo que no previ es que yo también caería. Mi plan no salió como yo quería.

»Bueno, eso es algo del pasado. Volvamos a mi hermana. Ella disparó a tu mujer, y no, el tiro no iba dirigido a ti. Sabía lo que sentía por ti y aunque se ha convertido en alguien sin sentimientos, a mí no me quiere hacer daño. Y si hubiera sido su objetivo el acabar con Phoebe, lo hubiera hecho sin remordimientos. No sé muy bien qué pretendía, asustarte, vengarse como favor hacia mí, no lo sé. Ya no

comprendo muchos de los actos de mi hermana.

»El caso es que te ruego que la detengas. Sé que si no quiere que la encuentren os será muy complicado localizarla. Es la mejor. Pero yo sé cómo, sé dónde puede estar, conozco su escondite. Seguro que en estos momentos está allí, huyendo de su vida y llorándome.

»Tiene una casa en Maui, en una cala privada de difícil acceso, solo se puede llegar a ella por mar. Ahí es donde se esconde de todo y de todos. —Hizo otra pausa, esta más larga que la anterior. Harry se preguntó si le había surgido alguna duda por lo que estaba haciendo: entregarle la cabeza de su hermana en bandeja de plata. Cuando retomó el discurso, asumió que no era así.

»No se me olvida la llave que te he enviado. Como te habrás figurado es de una caja de seguridad. Es del banco en el que estuvimos la última vez juntos. —Harry supo de inmediato a qué banco se refería. Hacía un par de años habían descubierto en una de sus cajas de

seguridad pruebas para demostrar que su objetivo vendía armas a los terroristas de Al-Qaeda—. Me pareció un buen lugar para dejar los medios necesarios para destapar a Fox. Infiero que ahora mismo estáis trabajando bajo suposiciones, que no tenéis nada. Pues yo te he dejado pruebas suficientes para demostrar que mi hermana y yo somos el asesino a sueldo al que llamáis Fox.

Encontrarás unos cuantos archivos con nuestros objetivos, nuestras huellas, algunas de las armas utilizadas, etcétera, creo que será bastante.

»Te continuas preguntando por qué te estoy ayudando a dar caza a mi hermana. No te vale con lo que te he dicho, ¿verdad? Sabes que hay más. Como siempre has acertado. No solo quiero que la obligues a abandonar esta vida en la que la he introducido, también lo hago por ti. —Harry bufó, era lo que le faltaba por escuchar. De todas formas no detuvo la grabación, siguió prestando oídos a todo lo que le tenía que decir.

»Siento como si te tuviera delante, veo tu cara de estupor, pero es la verdad. Te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré. Has sido el único hombre al que he amado en mi vida. Y no te puedes ni imaginar el dolor que siento por haberte causado un daño irreparable. —Kate ya no había podido aguantar más, las lágrimas le resbalaban por la cara, sabía que al otro lado Harry no mostraría sentimiento alguno, le había destrozado la vida.

»Lo siento. Siento todo el daño que te he hecho. —Lloraba desconsolada al pronunciar esas últimas palabras.

Lo siguiente que se vio en el vídeo fue a Kate levantándose de la mecedora en la que había estado sentada durante toda la grabación, para a continuación acercarse a la cámara que apagó. Entonces la pantalla de Harry se quedó en negro.

Ese testimonio le había ocasionado más impresión de la que Kate hubiera supuesto nunca. Se preguntaba si él habría sido el causante de esa elección, la elección de convertirse en una asesina y una traidora. Si la hubiera amado quizás ella nunca se hubiera ido al lado oscuro.

Borró esos pensamientos de su mente, no se podía echar la culpa de todo lo que sucedía a su alrededor. Eso era lo que le repetía Phoebe una y otra vez. Pero lo que sí podía hacer era ponerle remedio. Ahora le tocaba encontrar a Carrie Lawrence y era lo que iba a hacer.

Se habían reunido en la sala de juntas, el silencio reinante se podía cortar con unas tijeras tras la tensión acumulada al visionar el CD que había traído Harry.

Todos pensaban lo mismo, Kate quería redimirse de sus actos, pero se preguntaban si no sería tarde o, peor aún, si no les habría organizado una trampa como colofón final a su gran actuación.

—¿Qué opináis? —preguntó Harry rompiendo el mutismo que se había formado en la sala.

—No sé qué pensar —fue Mark el que respondió a la cuestión planteada—. Si hubiera visto esta cinta hace un par de años, creo que hubiera creído a pies juntillas palabra por palabra de lo mencionado por Kate, pero, en estos momentos, no sé qué decir. —Miró a todos sus hombres a los ojos, de uno en uno, empezando por Scott y terminando en Harry. Tras sopesar las ideas que se le amontonaban en la cabeza llegó a la conclusión más evidente, la que había querido negarse a sí mismo—. Creo que es un doble juego. No me creo que ahora quiera salvar el alma de su hermana. Me parece una auténtica gilipollez. —Scott Carter y Michael Donovan asintieron, estaban de acuerdo con él—. Pero aun así no tenemos que obviar la información que nos ha proporcionado, lo más probable es que sea excelente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Michael intentando seguir el hilo de la explicación de su superior.

—Lo que quiero decir es que hay parte de verdad y parte de mentira.

—Lo que nos enseñan en Camp Peary —susurró Donovan tan bajo que nadie lo escuchó. Recordó su época de instrucción para formar parte de la Agencia Central de Inteligencia, uno de sus instructores siempre les decía: «Decid de vez en cuando la verdad para que os crean cuando mintáis», aunque lo que no lograba recordar era de quién era esa cita que tantas veces les repitió.

—¿Qué es lo más importante para que una mentira resulte creíble? —continuó Goldberg. Hizo una pausa confirmando que tenía toda la atención de su equipo—.

Que contenga parte de verdad. Creo que nos ha dado la ubicación

correcta de su hermana, pero también creo que Leslie Walton nos estará esperando.

—¿Qué propones? —preguntó Harry entrecerrando los ojos, suponía que Mark tenía algo en mente. Aunque él había llegado a la misma conclusión y tenía un plan, quería escuchar lo que tuviera que decir.

—Harry, creo que este tipo de misiones son tu especialidad. Así que lo que propongo es que analices la situación, organices un plan con el equipo y acabes con Fox. La quiero viva o muerta, me da igual. Nuestro objetivo es que no vuelva a actuar. —Goldberg se daba cuenta de que si acababan con ese asesino a sueldo perseguido por todas las Agencias de Inteligencia de Europa, sería un punto meritorio a favor de la CIA.

—La verdad es que ya he pensado en algo —declaró Harry.

Tras ver un par de veces el vídeo grabado por su antigua compañera y amante, Harry infirió algo similar a las deducciones de su jefe, él la conocía lo suficientemente bien como para saber cuándo mentía y cuándo decía la verdad. Y

desde que había visto esas imágenes hasta que amaneció, en su cabeza se había ido formando una idea, pero necesitaba la cooperación y el apoyo de todo su equipo.

—Lo primero que tenemos que hacer es localizar el punto exacto en el que se encuentra Carrie Lawrence y para esa tarea te necesito a ti, Michael.

—No creo que sea complicado si seguimos las particularidades expuestas en la grabación. —Donovan sabía qué tenía que hacer.

—Pues vamos a ello. —En cuanto encontraran la posición de la hermana de Kate expondría su plan para analizar la viabilidad del mismo, mientras tanto irían avanzando en lo que pudieran.

En cuanto dieron por finalizada la reunión reanudaron su trabajo, veían la luz al final del túnel, parecía que, por fin, iban a lograr cerrar todos los cabos sueltos que llevaban intentando atar durante los últimos meses.

Scott se iba a encargar de conseguir el material necesario para llevar a cabo el proyecto de Harry, que aunque aún no lo había detallado, sí que les había dado unas cuantas pinceladas, solo quedaban algunas concreciones que llegarían en cuanto tuvieran la situación exacta de

Fox.

Harry se dirigió con Michael a su puesto, alrededor, el resto de analistas estaban concentrados en sus propias labores sin advertir ninguno de sus movimientos. A Harry le hacía gracia su concentración, siempre con los cascos puestos, revisando números, ecuaciones y pantallas que solo comprendían ellos. Para él eran unos

frikis poco sociables, el único que se salvaba era Michael y por esa razón prefería trabajar con él que con cualquiera de los demás. Harry ya tenía a su excéntrico personal, Loop, y tenía suficiente.

Michael mostró en su monitor, y en una de las televisiones de la sala para que Harry tuviese mejor perspectiva, un mapa en el que aparecía la isla de Maui con todo detalle. Entonces comenzaron a analizar las posibles ubicaciones de su objetivo; tenía que ser un lugar de difícil acceso donde pudiera controlar a cualquier intruso a una distancia prudencial. Tras varias horas estudiando diferentes localizaciones, llegaron a una que por unanimidad tenía las papeletas de ser el emplazamiento en cuestión.

—Confírmalo —le ordenó Harry.

Michael apuntó las coordenadas en uno de los satélites espía y poco después apareció en pantalla una cala que ya había sido invadida por la oscuridad de la noche. Unos metros más allá, entre la espesura de varias palmeras y diferente tipo de vegetación, una casa quedaba oculta a miradas indiscretas, si no hubieran buscado en ese lugar en concreto, la vivienda hubiera pasado inadvertida a ojos de cualquiera.

Estuvieron un rato observando, intentando detectar quién residía en la vivienda, pero no veían nada, podía ser desde la señorita Lawrence a algún famoso que simplemente intentaba ocultarse de la prensa rosa. Sin embargo, la espera no resultó vana. De repente, una mujer vestida con una camisola de playa y que sostenía una copa en una de sus manos salió al exterior y se acomodó en una de las tumbonas.

Allí sentada con su consumición se quedó contemplando la tranquilidad de todo lo que la rodeaba, el sonido de las olas chocando contra los acantilados y el de algunos pájaros clamando con anhelo. Leslie se sentía bien, en paz. La muerte de su hermana había sido un daño colateral para su bienestar, se estaba poniendo muy pesada con su repentino arrepentimiento. Si hubiera seguido con vida estaba convencida de que se habría entregado y hubiera contado todo lo que debía callar.

La hubiera hecho caer, y esa no había sido nunca su intención, le gustaba disfrutar de su libertad. Su plan había funcionado, la muy estúpida se había presentado en Central Park, había ido con resquemor, pero había ido. Los presentes creían que la bala iba dirigida a McKenzie, y así había sido, pero conocía a su hermana, sabía cómo actuaría, la muy imbécil daría su vida por ese hombre al que amaba, cuando él no sentía por ella más que mera indiferencia. De todas formas, había resultado convincente, nadie se imaginaba que el verdadero objetivo había sido Kate. Sonrió

al recordar, sin que se le pasara por la cabeza que en ese preciso instante era observada desde una sala llena de agentes.

Harry y Michael sonrieron al unísono, orgullosos de que su búsqueda hubiera dado sus frutos. Habían encontrado a la hermana de Kate, no habían sido engañados.

—¡Choca esos cinco, chaval! La tenemos. —Harry recordó que eso mismo le decía a su hijo cada vez que jugaban en parejas al baloncesto y metían una canasta.

David se reía, pero siempre abría la mano y la chocaba con su padre, quien orgulloso y complacido manifestaba su alegría.

Michael hizo lo propio y le chocó la mano. Ambos se sentían eufóricos.

El barco estaba situado a unos kilómetros de la cala en la que se ubicaba el escondite de Leslie Walton. Scott y Harry estaban preparados para la inmersión, vestían con sendos neoprenos y tenían preparados sus vehículos de buceo a propulsión, con ellos alcanzarían la playa en media hora sin realizar apenas esfuerzo.

—Os cubrimos las espaldas —les dijo Mark a modo de despedida.

Goldberg no solía formar parte del equipo durante sus actuaciones de campo, pero esta vez no había querido perdérselo. Para todos ellos se había convertido en algo personal.

Scott y Harry asintieron y comenzaron el descenso desde la cubierta al agua, para ello se subieron a una pequeña plataforma sujeta a la embarcación por gruesos cabos que los aproximó al océano. En cuanto se zambulleron en sus aguas, arrancaron sus vehículos de inmersión, provocando que la hélice comenzara a girar y los arrastrara hacia su destino.

Harry, durante el desplazamiento, iba pensando en que se acercaba el final para Fox, por fin terminarían con todos los engaños y entresijos que habían llevado a cabo las dos hermanas. Estaba agotado psicológicamente, la pérdida de su hijo, el ataque a Phoebe, el descubrimiento de que Kate no era la persona que él creía, todos estos sucesos le habían afectado. En cuanto atraparan a Leslie Walton todo llegaría a su fin, dormiría más tranquilo al saber que su mujer no se veía amenazada por culpa de su otra vida, por su trabajo en la CIA.

Desde la muerte de Kate temía una vendetta por parte de la señorita Lawrence a través de Phoebe. Más de una vez se había despertado sudando al contemplar el rostro de esa loca riéndose en su cara tras asesinar a su mujer. De inmediato se había girado en la cama para comprobar que ella dormía tranquilamente a su lado.

Solo una vez no había ocurrido así y se había levantado con gran desazón, preocupado porque le hubiera sucedido algo, pero en aquella ocasión se la había encontrado sentada en el sillón del salón, contemplando un vídeo de David, demostrándole que aunque aparentaba haber superado la muerte de su hijo mostrando una fortaleza espectacular, seguía echándolo de menos en silencio. Él se

había sentado a su lado y la había abrazado, compartiendo ese instante de dolor.

Pero ya había llegado la hora. Tras la muerte de Sokolov y de Kate, Leslie Walton era el único cabo suelto que quedaba, la única persona que podría seguir deseando una venganza hacia su persona. Cada uno de ellos había tenido un motivo diferente, pero todos compartían ese odio sincero hacia él. Estaba seguro de que lo culpaba por la muerte de su hermana, aun habiendo sido un proyectil procedente de su arma, estaba convencido de que lo creería responsable.

En cuanto hubieron llegado a la playa, con cuidado de no ser vistos, ocultaron entre las rocas los vehículos en los que habían sido trasladados y se armaron preparados para el enfrentamiento que los esperaba.

Comenzaron el avance pegados a la pared, entre el neopreno negro y la oscuridad de la noche que los cubría eran dos sombras que pasaban desapercibidas al ojo humano. Aun estando alguien sentado en la terraza de la casa, sería muy difícil ver a ambos hombres, la escasa luz que provenía de la luna no les alcanzaba debido a la espesura de la vegetación. Aprovecharon ese punto a su favor para avanzar sin temor a ser vistos.

En el interior de la casa, Walton estaba cortando con un cuchillo afilado varias verduras, ocupada en hacer daditos con un tallo de apio, que a posteriori pensaba echar en la batidora de mano que ya tenía preparada sobre la encimera. De vez en cuando miraba la televisión, atenta a lo que allí aparecía.

Harry y Scott ya habían llegado a la parte trasera del edificio, tras los cristales vieron cómo su objetivo se servía un zumo de un verde oscuro repulsivo en un gran vaso. Ella estaba colocada de espaldas a los intrusos, y por lo que pudieron comprobar, estaba concentrada en el programa que estuviera visualizando en la pantalla del televisor.

Desde el barco, Mark y Michael observaban lo mismo que Harry y Scott gracias a las cámaras que llevaban adheridas en el traje. Tanto ellos, como todo el equipo que tenían alrededor, estaban pendientes de los movimientos de los agentes que se encontraban en tierra, todos eran de la misma opinión: la operación iba a resultar de lo más sencilla, convencidos de que el factor sorpresa les daría una ventaja fundamental.

Ambos, cada uno a un lado de la puerta, se miraron decididos, Harry

hizo un leve movimiento de cabeza confirmando que era el momento de acceder al interior y atrapar a su objetivo. Sin embargo, cuando atravesaron el umbral, les aguardaba

algo que ninguno de ellos se esperaba.

Leslie se dio la vuelta al escuchar un sonido extraño, pero su rostro no reflejó sorpresa alguna, todo lo contrario, exhibía una gran sonrisa, dejando entrever que los estaba esperando. Solo fue un segundo, pero Harry comprobó que en el monitor no había ningún programa televisivo, estaba dividido en varias partes rectangulares, cada una de ellas ofreciendo diferentes puntos exteriores de la casa.

Estaba asimilando que habían sido descubiertos antes de su llegada cuando se desplomó, sintió el peso de una malla que les había caído encima y que les provocó una descarga durante aproximadamente cinco segundos. Tiempo suficiente para que ambos agentes fueran invalidados para continuar con el ataque.

—Os producirá desorientación, además de un shock que durará varios minutos

—les informaba Walton sin moverse de la cocina, observándolos mientras daba un sorbo a su bebida orgánica.

Le hizo gracia la facilidad con la que los había atrapado a ambos, los había sobreestimado, creía que eran agentes con más experiencia y saber hacer, que no resultaría tan sencillo apresarlos, no obstante, habían caído en la primera de sus trampas como peces en una red. Asumía que no estaban solos, por lo que tendría que actuar con premura. Aun así se quedó contemplándolos mientras se terminaba el batido que se acababa de preparar, satisfecha con el resultado obtenido.

En el barco, Goldberg daba las órdenes oportunas para poner rumbo a tierra. Se habían quedado desconcertados al ver cómo eran abatidos dos de los suyos, esperaban toparse con una mujer desprevenida, pero se habían encontrado con la horma de su zapato.

Cuando Harry volvió en sí tras la electrocución recibida, se descubrió a sí mismo sentado, maniatado y apoyado en la pared en el mismo lugar donde se había desplomado. A su lado, Scott estaba en la misma posición que él, pero no había recobrado el sentido. Miró en derredor buscando a la propietaria de la casa, pero no se la veía por ningún

sitio, se centró en los sonidos intentando ubicarla.

Escuchó pasos sobre su cabeza, Leslie iba de un lado a otro de la habitación, si no se equivocaba se hallaba en su dormitorio, había memorizado el plano de la casa.

Se imaginó que estaría recogiendo sus pertenencias más indispensables en un intento de huida. Esa idea ya la había contemplado, siempre había contado con que tuviera un plan de escape. Lo que no había sido capaz de anticipar era la facilidad con la que él y su compañero iban a ser derribados, les había pillado de improviso,

no se esperaban un recibimiento de esa categoría. Se maldijo por ese error de principiante, aunque sonrió al saber la calidad del contrincante que tenía delante.

—Le has enseñado bien, Kate, es buena —musitó Harry orgulloso de su antigua compañera—, pero yo lo soy más.

Con cuidado de no hacer ruido se levantó ayudándose de la pared en la que se apoyaba. Le costó más de lo que habría predicho, pues aún se sentía algo mareado por la descarga recibida. Ya en pie, sobre la encimera, vio el cuchillo con el que Walton había estado troceando verduras. Dando pequeños saltitos se dirigió hacia él. En cuanto llegó, lo cogió por el mango y cortó las ligaduras que rodeaban tanto sus muñecas como sus tobillos.

Se acercó a Scott e hizo lo propio liberándole pies y manos, además le dio unas suaves bofetadas en la cara en un vano intento de que recuperara la consciencia.

—Scott, despierta —susurró casi de forma inaudible, no era el momento de ser descubierto. Quizás antes no habían actuado con la ventaja de la sorpresa, pero ahora sí lo haría; Walton no podía sospechar que había vuelto a su ser. Al no lograr reanimar a su compañero, decidió actuar por cuenta propia.

A toda velocidad se aproximó al lugar en el que habían escondido sus vehículos de buceo. En un compartimento estanco Harry guardaba una Glock 26, una pistola de bolsillo. Recordaba que era Kate quien solía utilizarla, podía ocultarla de forma discreta cuando los vestidos que llevaba no dejaban nada a la imaginación. Se había reído al ver su exiguo tamaño, pero se daba cuenta de la utilidad que tenía a veces una pistola con tales dimensiones.

Tras hacerse con el arma, regresó a la casa. Scott continuaba en la misma posición en la que lo había dejado. Caminó en dirección a la planta superior donde todavía se escuchaba movimiento. Anduvo despacio, atento, no quería ser sorprendido de nuevo. En la habitación del final del pasillo se encontró con que Leslie Walton salía por una puerta lateral portando una mochila a la espalda.

Esperaba que escapase por donde habían llegado ellos, posición cubierta por sus compañeros, no comprendía a dónde se dirigía por ese camino. La siguió sin entender, retenía en su memoria el mapa de la parcela y ahí no había nada más que selva.

Cruzó la puerta y bajó las escaleras que le devolvieron al exterior de la vivienda, a pocos metros vislumbró, entre la maleza, un canal donde la hermana de Kate guardaba una lancha. Si no actuaba con rapidez se le iba a escapar delante de sus

narices, y no estaba preparado para dejarla huir, tenía que detenerla.

La lancha arrancó y empezó a moverse, entonces Harry lanzó el primer disparo, esperando que ese aviso hiciera que Leslie se detuviera. Sin embargo, la mujer se giró y, cual capitán de barco, le saludó acercando sus dos dedos a la frente en un gesto que evidenciaba burla.

La barca ya avanzaba por el canal, si bien no a gran velocidad porque el espacio no se lo posibilitaba, lo que obligó a Harry a correr con toda la agilidad que su cuerpo trastocado le permitía. Cuando la tierra estaba a punto de desaparecer bajo sus pies, se abalanzó sobre ella.

Quería cogerla con vida, quería que confesara todos sus crímenes, todo lo que habían hecho ambas. Estaba seguro de que no tenían constancia de todos los delitos cometidos. Harry no tenía intención de matarla, sentía que se lo debía a Kate, ella había dado su vida por la de él y era su forma de compensarla. Nunca le perdonaría el asesinato de su hijo, estuviera o no involucrada, pero intentaría no transformarse en lo que se había convertido ella, procuraría dejar a su hermana con vida. Como Kate le había prometido, en la caja de seguridad había evidencias suficientes para que pasara un largo periodo en prisión, tenían pruebas de varios asesinatos, pero el listado era mucho más largo.

Justo en el momento en el que saltaba a la barca, la embarcación aceleró aproximándose a mar abierto. Leslie, al ver al polizón, había provocado el brusco cambio de velocidad, intentando que Harry

saliera disparado y cayera al agua, pese a ello, aun cuando salió despedido hacia atrás, en el último segundo fue capaz de agarrarse al pasamanos, sin embargo su pistola se perdió en las profundidades del mar.

La hermana de Kate abandonó el canal bastante más al este de donde los esperaba el barco del que habían desembarcado Harry y Scott un rato antes. Nadie había localizado ese estrecho cauce por el que había podido escapar. Harry recordaba a la perfección los mapas del área y no aparecía en ellos, ni siquiera lo habían descubierto con las imágenes obtenidas vía satélite, lo más probable que a causa de la densa vegetación.

Walton ató el volante con un cabo para que mantuviera su movimiento en línea recta y se dispuso a echar a ese hombre, que parecía no rendirse nunca, de su barca. Se armó con la pistola que tenía enganchada a la cinturilla del pantalón y se acercó a popa, al punto por el cual lo había visto tropezar, sabiendo que no había caído por la borda, que en el último segundo había conseguido aferrarse a la

lancha. Cuando llegó a su destino, se percató de que Harry no estaba ahí. Por un instante se le pasó por la cabeza la idea de que se había equivocado y que sí había logrado tirarlo al mar, tal y como había sido su intención, pero ese pensamiento se esfumó en cuanto se dio la vuelta y se lo encontró de pie frente a ella, con uno de sus puños abalanzándose sobre su rostro. Ella no tuvo tiempo de reaccionar, y aunque apartó la cara, no fue lo suficientemente rápida como para evitar que el puñetazo le diera de lleno.

Calló por el fuerte impacto recibido sobre el frío suelo, soltando su arma que rodó hacia uno de los asientos de proa. Se fijó en que McKenzie no iba armado, supuso que habría perdido su Glock evitando caerse de la lancha. Se lanzó a por su pistola, tenía que acabar con ese cabrón que le había arruinado la vida a su hermana y que parecía que ahora quería hacer lo mismo con la suya.

Harry, al ver sus intenciones, arremetió contra Leslie intentando atrapar la pistola, si no conseguía hacerse con ella moriría a manos de esa psicópata. Llegó antes, pero la mujer no se detuvo al verlo con el arma en la mano, se arrojó sobre él para quitársela. Harry, debido al impulso, cayó, lo mismo que Walton que quedó tendida sobre él. Tirados en el suelo de la embarcación, mantuvieron una lucha encarnizada por la posesión del arma. Era su trofeo, quien la consiguiera, ganaba.

Leslie asesinaría con ella a ese hombre y Harry la detendría. Cada uno tenía sus propios planes.

Sin embargo sucedió lo que ambos intentaban evitar. La pistola se disparó provocando que comenzara a fluir sangre de uno de los cuerpos. En cuestión de segundos la lancha había pasado del color crema al rojo oscuro.

Harry apartó con cuidado el cuerpo de Walton que todavía descansaba encima de él. El disparo le había dado de lleno en las tripas, y aunque ella intentaba contener la hemorragia que salía del boquete que tenía en su estómago, Harry sabía que era cuestión de tiempo, no había nada que hacer, en unos segundos yacería muerta.

Leslie quería decir algo, sus labios se movían sin emitir sonido alguno. Harry se acercó para escuchar las últimas palabras de la mujer, se le cruzó un pensamiento por la mente, quizás fueran unas palabras de arrepentimiento, tal vez se diera cuenta de la persona en la que se había transformado, como le ocurrió a Kate.

—Has ganado —fue lo único que dijo antes de dar su último aliento.

Entonces Harry lo comprendió, para ella solo había sido un juego, por eso le

había dejado con vida. La miró con desprecio y la abandonó en el suelo, se llevaría todos los pecados a la tumba, aun así, se maldijo por no haber podido atraparla con vida como era su deseo.

Se dirigió al timón y viró con intención de regresar a la playa, a la casa de Leslie Walton. Estaba preocupado por el estado de su compañero Scott, aunque suponía que a esas alturas ya habría recobrado el conocimiento.

48

Nueva York, seis meses después

La señorita Portman los observaba risueña al otro lado de la mesa, sin embargo ellos se sujetaban la mano para no mostrar el nerviosismo

que sentían por esa espera que se les estaba haciendo eterna, sobre todo a Phoebe, quien estaba segura de que si Harry no tuviera posada su mano sobre las de ella comenzarían a temblar sin parar, demostrando el estado de ansiedad en el que se encontraba. Todavía le daba vueltas a cómo habían tomado esa decisión, a esas alturas parecía una locura, si bien el sentimiento de felicidad que los embargaba superaba las dudas que surgían a cada paso que daban.

La directora del centro ya se había encargado de avisar a una de las voluntarias para que trajese a Josie. Llevaba varios años en el orfanato, había perdido a su madre cuando contaba solo con cinco años, el cáncer se la llevó; la niña quedó muy afectada porque la dolencia fue prolongada, los primeros años de vida los pasó prácticamente confinada en una habitación de hospital, acompañándola. Y seis años más tarde pereció su padre en un accidente laboral, trabajaba en la construcción y murió aplastado por una viga. Estuvo viviendo durante unos meses con su abuelo hasta que este también falleció, de muerte natural. Se quedó sola.

Con doce años recién cumplidos entró a formar parte de la gran familia que componían los habitantes del orfanato, o por lo menos eso era lo que intentaba conseguir la señorita Portman, que conformaran un grupo bien avenido, y con ese propósito siempre había tratado a los chicos que allí se alojaban, como si ella fuera la madre de todos ellos, firme cuando era necesario, pero siempre cariñosa.

Aún recordaba cuando vio por primera vez a Josie acarreando su pequeña maleta; era una niña morena con unos ojos marrones enormes que mostraban todo el pánico que sentía en aquellos momentos. Se sabía sola y eso le asustaba, un sentimiento de lo más natural en sus circunstancias. Pese a su corta edad era muy madura, su forma de actuar revelaba que había cuidado a todos sus mayores, primero se había ocupado de atender a su madre, después había velado por su padre y, por último, se había encargado de su anciano abuelo. No había conocido la niñez y ella había intentado que el tiempo que pasara allí fuera lo más feliz posible, tarea que creía cumplida.

Ninguna pareja quiso jamás hacerse cargo de una niña de tan avanzada edad, por lo que se convirtió en la hermana mayor del resto, se alegraba y sufría por

partes iguales cada vez que uno de sus compañeros era adoptado por alguna familia. Disfrutaba comprobando que se iban a un sitio mejor, donde les darían el amor que necesitaban y los tratarían como a sus

propios hijos, no obstante, la pena la carcomía sabiendo que no los volvería a ver. Todos los niños decían que regresarían de vez en cuando de visita, pero no lo hacían, nunca volvían.

Y en esta ocasión, en esta oportunidad, era ella la que se iba con unos padres.

Josie ya tenía dieciséis años, había perdido toda esperanza de formar parte de una familia y, pese a ello, ahí estaban los McKenzie, esa pareja que había perdido a un hijo y había sobrevivido unida al triste suceso. Tras un tiempo de duelo en el que habían aceptado lo sucedido, habían decidido ayudar a una joven. Llegaron con las ideas claras, no querían un bebé, ya no tenían edad de comenzar de nuevo, querían acoger a un adolescente, no tenían preferencia alguna en el sexo. Y, desde luego, habían elegido a la mejor chica que pudieran encontrar. Era una gran estudiante, y teniendo en cuenta todas las pérdidas que se habían producido en su vida, jamás se había rendido, era una luchadora nata, una superviviente. No tenía dudas sobre su pasado, su presente y hasta su futuro. Soñaba con convertirse en oncóloga, quería investigar sobre el cáncer, ayudar a los enfermos para que no sufrieran el calvario que padeció su madre, investigar la cura, erradicar esa enfermedad que tanto daño hacía en el mundo actual. Desde que la conocía tenía esa idea entre ceja y ceja y no había nadie que pudiera quitársela, y ella como su cuidadora estaba encantada del camino que había decidido tomar.

De repente la puerta se abrió, haciendo que todos los reunidos en el despacho se giraran, Josie se quedó algo cohibida al sentirse el centro de sus miradas. Tras un segundo de indecisión cruzó el umbral cargando con una mochila en la que guardaba sus escasas pertenencias. No tenía claro qué hacer en esa situación ni cómo comportarse, no sabía si acercarse y dar dos besos a sus padres adoptivos, o si con saludar era suficiente, pero mientras resolvía esas dudas, la mujer, Phoebe recordó que se llamaba, se levantó y se dirigió a ella con lágrimas en los ojos que no pudo contener, aun cuando se notaba que intentaba que no se le derramaran.

Phoebe nada más verla entrar en el despacho sintió una felicidad inmensa.

Sabía que David estaría orgullosa de ella, de haber seguido adelante y de haber tomado la decisión de acoger a una joven, una buena chica a la que podría dar todos los caprichos que ya no podría dar a su hijo.

Se acercó dubitativa, Josie mostraba tanta vacilación como ella en su

rostro, e hizo lo que le salió de dentro, le dio un fuerte abrazo.

La joven hizo lo propio, abrazó a esa mujer con la que apenas se había

relacionado, solo habían mantenido unas cuantas citas para empezar a conocerse.

Desde el principio le había agradado, estaba convencida de que su cambio de vida iba a ser para bien. Miró por encima de su hombro y se topó con la mirada de su marido quien las observaba con cariño. Se apreciaba que se encontraba tan incómodo como ella en esta situación.

—Harry, ven, no te quedes ahí como un pánfilo —le apremió Phoebe.

Él, obediente, siguió la orden de su mujer y se aproximó a ambas. Le estrechó la mano a Josie con afecto, sin saber cómo interactuar, había perdido práctica en el trato con adolescentes, aunque, si lo pensaba con frialdad, esa etapa se la saltó casi al completo en la vida de su hijo. Esta vez no ocurriría así.

—Bienvenida, espero que te sientas a gusto con nosotros —declaró cordial.

Josie sonrió agradecida, segura de que así iba a ser, convencida de que comenzaba una nueva vida que le traería la felicidad que durante tanto tiempo le había sido negada.

Phoebe se sentía afortunada, acoger a una joven era la mejor idea que podían haber tenido. Como plus, Harry había tomado la decisión de ocupar el puesto que le había ofrecido Mark Goldberg, por lo que ahora apenas viajaba ni efectuaba operaciones de campo que entrañaran grandes peligros. Ella percibía que echaba en falta esa parcela que siempre había formado parte de su vida, pero también se daba cuenta de que se hallaba en paz consigo mismo.

Harry todavía se echaba la culpa de todo lo ocurrido, pero poco a poco iba viviendo con ello; aún sufría de pesadillas en las que veía a su hijo pedirle ayuda y en las que él no podía salvarlo. Cuando Phoebe le formuló su deseo de adoptar, tomó la única decisión que creyó adecuada: tenía que dejar el trabajo de campo, no quería que se repitiese lo sucedido estos últimos años. Scott y Michael habían apoyado su decisión y lo secundaban en su nuevo puesto, se habían convertido en su mano derecha. Sabía que con eso no sería suficiente, su pasado seguía ahí, pero esta vez no lo pillarían desprevenido, estaría preparado para proteger a su familia.

No volvería a permitir que les sucediese nada a ninguna de sus chicas, ni a Phoebe ni a Josie, por la que ya sentía aprecio. Le admiraba la fuerza que transmitía, todo lo que había pasado con tan corta edad y cómo había tomado al toro por los cuernos y había salido adelante. Nunca había claudicado. Apenas la conocía y ya se sentía orgulloso de ella.

Harry y Phoebe comprendían que comenzaba una nueva etapa para ellos y la

iban a aprovechar hasta el último segundo. No permitirían que nada ni nadie los separase.

Nota de la autora

Los que me hayáis leído, sabéis que suelo añadir en mis novelas una nota en la que os cuento cómo se ha creado esta historia.

Lo primero que tendría que comentaros es cómo surgió la idea en mi cabeza, que he de reconocer que no fue por un asunto grato, la verdad sea dicha. Un compañero de trabajo, también de Universidad, recibió una paliza en un parque de Madrid sin venir a cuento, muy similar a la ocurrida a David McKenzie en Central Park. En este caso, resultó que no hubo graves lesiones físicas, otra cosa son las psicológicas que pueden provocar ser protagonista de un hecho de estas características. Tras el suceso, entre los compañeros compartimos una lluvia de ideas del porqué sucedió, y una de ellas fue la que provocó que escribiera esta novela, es decir, que la paliza fuera motivada por un reto lanzado, tal y como ocurre aquí, utilizando el conocido juego de la «Ballena azul».

Para quién no sepa sobre este juego, he de admitir que no es una invención mía de escritora, aunque os parezca impensable creer lo contrario.

Según varias noticias, como la recogida por la BBC, en 2017 un juego suicida se viralizó en internet, el reto de la «Ballena azul». Dirigido a adolescentes, establecía cincuenta tareas a realizar para completar en cincuenta días. El desafío estuvo vinculado, presuntamente, con numerosas muertes en todo el mundo. Los primeros lances resultaban

inofensivos: ver una película de terror, hacer un dibujo del animal, etcétera. Así bien, según se adentraba uno en el juego, los retos se iban tornando más siniestros: pararse en el borde de un precipicio, tatuarse una ballena azul y demás. Hasta llegar a la última prueba en la que se desafiaba al usuario a llevar a cabo su suicidio.

En otro artículo, esta vez del periódico El Mundo, se indicaba que fue en Rusia donde sonó la primera alarma en 2013. Entonces, al menos 130 chicos se suicidaron mientras participaban en este juego en VKontakte, una red social equivalente a Facebook en Rusia muy popular entre los adolescentes.

En esta misma crónica cuentan cómo a finales del 2016 la policía detuvo a un joven de veintiún años al que acusaron de ser uno de los cerebros en la creación de este juego. En una entrevista al SaintPetesburg.ru reconoció su presunta culpabilidad: «Hay personas y, luego, hay desechos biodegradables. Estaba limpiando a nuestra sociedad de este tipo de gente. A veces pensaba que estaba mal, pero, al final, tenía la sensación de que estaba haciendo lo correcto». Decenas de jóvenes con episodios depresivos cayeron en la trampa: «Murieron felices, les di

lo que no tienen en la vida real: calidez, comprensión y comunicación». Por este hecho, se me ocurrió introducir el personaje del joven universitario Alexandr Vasíliev quien envía mensajes al desafortunado Leroy Ray.

Como veis y, como siempre digo, por mucho que nos extrañe, la realidad supera con creces la ficción.

Cambiando de tema; en el capítulo cinco hago mención a unas oficinas de la CIA en las Torres Gemelas. Es un dato que a mí me resultó llamativo, por eso hago una breve mención en el libro, y aquí os voy a relatar algo más sobre este tema.

Según un artículo de El País, en la planta 47 del edificio 7 del World Trade Center había unas oficinas clandestinas de la CIA, camufladas con la falsa fachada de otra organización federal. Tras el ataque del 11-S, se puso en marcha un operativo para recuperar documentos secretos e informes de inteligencia, tanto en papel como en ficheros informáticos, que pudieran encontrarse entre los escombros. Por lo que cuentan, era una base de operaciones para espiar y para reclutar personal entre los diplomáticos de Naciones Unidas que llegasen a Nueva York, a la par que se encargaban de recopilar información traída por ejecutivos estadounidenses que colaboraban con la CIA tras

sus viajes al extranjero. ¿No me digáis que no os ha parecido un dato curioso?

Otro detalle que quizás os ha llamado la atención a los que me habéis leído, o eso creo, es que esta es mi primera novela donde el protagonista es un hombre y, además, la ficción se ubica fuera de las fronteras de España, cosa que no ocurre en las anteriores donde el personaje principal era mujer y la localización se situaba en algún punto de España, esta vez me he lanzado a recorrer algo de mundo. Espero que este pequeño cambio lo hayáis disfrutado tanto como yo. Meterme en la piel de un hombre ha sido divertido y todo un placer, aunque es verdad que en mis historias anteriores también ellos tienen un papel de mucho peso en la trama. Y el haber abandonado España para recorrer diferentes países ha sido un gusto, ya que me ha traído a la memoria muchos recuerdos de lugares que he visitado como turista durante mis vacaciones.

Para terminar, me gustaría dar las gracias a dos grandes amigas, Mar y Elena, por sus consejos y aportaciones. Ellas han logrado que esta historia tenga sentido.

Y, por último, agradecerte a ti, lector, que has leído esta novela, el haberla tenido en cuenta entre tus lecturas, espero que la hayas disfrutado y te haya hecho pasar un buen rato.